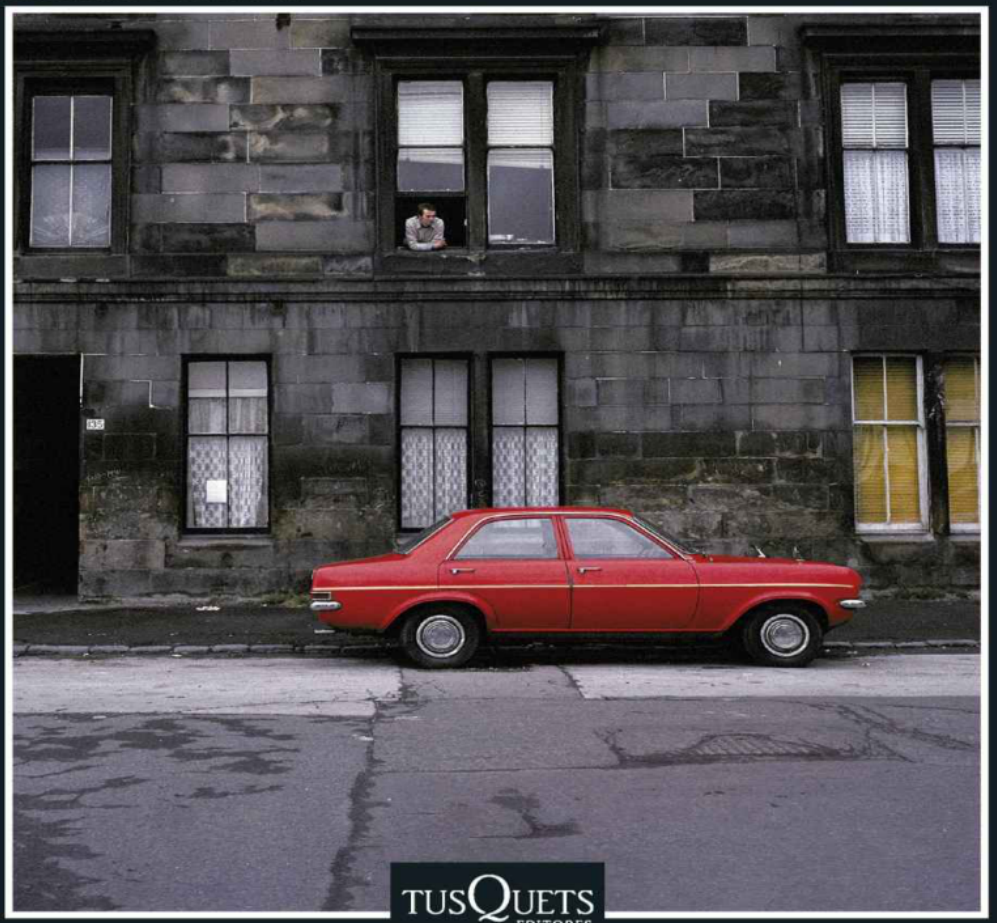
Alan Parks

MUERTE EN ABRIL

SERIE
HARRY
McCOY

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Lema
12 de abril de 1974
- Uno
- Dos

13 de abril de 1974
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis
- Siete
- Ocho
- Nueve
- Diez

14 de abril de 1974
- Once
- Doce
- Trece
- Catorce
- Quince
- Dieciséis

15 de abril de 1974
- Diecisiete
- Dieciocho
- Diecinueve
- Veinte

16 de abril de 1974
- Veintiuno
- Veintidós
- Veintitrés
- Veinticuatro
- Veinticinco
- Veintiséis

17 de abril de 1974

Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos
18 de abril de 1974
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
19 de abril de 1974
Cuarenta
Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Cuarenta y tres
Cuarenta y cuatro
Cuarenta y cinco
Cuarenta y seis
Cuarenta y siete
Cuarenta y ocho
Cuarenta y nueve
Cincuenta
Cincuenta y uno
Cincuenta y dos
Cincuenta y tres
Cincuenta y cuatro
Cincuenta y cinco
Cincuenta y seis
20 de abril de 1974
Cincuenta y siete
Cincuenta y ocho
Cincuenta y nueve
Sesenta
Sesenta y uno
Sesenta y dos
Sesenta y tres
21 de abril de 1974
Sesenta y cuatro
Sesenta y cinco
Sesenta y seis

Sesenta y siete
Sesenta y ocho
22 de abril de 1974
Sesenta y nueve
Setenta
Setenta y uno
Sutherland
Agradecimientos
Créditos

Sinopsis

Abril de 1974, día de Viernes Santo. Una bomba casera estalla en un piso de Woodlans, un barrio pobre de Glasgow. ¿Qué hace una bomba allí? ¿Será el IRA? Al fin y al cabo, y según el agente Harry McCoy, Glasgow es como Belfast pero sin bombas. En el piso encuentran un cadáver (o parte de él, pues el resto está repartido por todo el comedor). Alguien estaba construyendo una bomba y le ha estallado en las manos. En plena investigación, un hombre aborda a McCoy en un pub donde están de celebración con la familia de su colega Wattie, que acaba de ser padre. Ese desconocido, llamado Andrew Stewart, es un rico estadounidense cuyo hijo (marine, veintidós años, seis meses de servicio en el *USS Canopus*) lleva tres días desaparecido; está desesperado, y tras recurrir en vano a todos los medios oficiales, acude a McCoy en busca de ayuda. Así arranca la trepidante cuarta entrega de las novelas protagonizadas por el policía Harry McCoy.

Muerte en abril

Alan Parks

Traducción de Juan Trejo

TUSQUETS EDITORES

En memoria de Jean Parks
1933-2020

Will you bleed for me?

JAMES KING AND THE LONE WOLVES

Dejé continuar a aquel Mefistófeles de cartón piedra y me pareció que, si lo intentaba, podría atravesarlo con mi dedo índice y que en su interior no encontraría nada salvo, quizá, un poco de suciedad suelta.

JOSEPH CONRAD

12 de abril de 1974

Uno

—¿Quién demonios querría poner una bomba en el barrio de Woodlands? —preguntó McCoy—. Es el culo de Glasgow.

—¿El IRA? —preguntó Wattie.

—Tal vez —dijo McCoy—. Supongo que tendrá algo que ver con el Viernes Santo. Pero no estoy seguro de que hacer volar por los aires un asqueroso apartamento de alquiler en Glasgow sea la mejor manera de atacar a la clase dirigente británica. No estamos hablando precisamente del Parlamento, ¿no te parece?

Se encontraban en mitad de la calle West Princes, observando las ventanas destrozadas y los ladrillos chamuscados de lo que había sido un apartamento en el número 43. Los pisos cercanos también habían sufrido las consecuencias: cristales rotos, cortinas hechas jirones colgando de cualquier manera, una jardinera con narcisos caída en mitad de la calzada. McCoy sacó el paquete de cigarrillos y encendió uno, apagó la cerilla y la lanzó sobre la calle húmeda.

—¿Cómo sabe que es un apartamento alquilado? —preguntó Wattie.

—Todos los de por aquí lo son, alquilados o realquilados, sin registro ninguno, sin contratos. La mitad de los parias de Glasgow viven en estos apartamentos.

—¿Cree que esto es el principio? Quiero decir, ¿aquí? —preguntó Wattie—. Me refiero a las bombas.

McCoy se encogió de hombros.

—Espero que no, pero ya sabes lo que dicen: Glasgow es como Belfast pero sin bombas.

—Al menos hasta ahora —dijo Wattie.

Oyeron el grito de uno de los bomberos y dieron un paso atrás para permitir que un camión de bomberos cambiase de sentido en tres maniobras debido a la estrechez de la calzada. Toda la calle era una baraúnda de camiones de bomberos, mangueras, ambulancias, coches patrulla y agentes uniformados intentando acordonar la zona. Los apartamentos cercanos al del número 43 habían sido evacuados, los residentes estaban en la calle observándolo todo, conmocionados, vestidos con una variedad de atuendos que iba desde gente en pijama a otros en ropa interior y cubiertos con mantas, e incluso un hombre en traje de raya diplomática, sin zapatos, con un gato en brazos.

Un corpulento bombero salió por la puerta del edificio y se quitó

el casco; tenía el cabello castaño húmedo por el sudor. Pateó con fuerza contra el suelo un par de veces y se acercó sin prisa.

—Es seguro —dijo—. Pueden subir.

McCoy asintió.

—¿Algún cadáver?

—Uno —dijo—. Una mitad ha quedado esparcida por las paredes, la otra está carbonizada.

Al oír esas palabras, a McCoy le dio un vuelco el estómago.

—Todo suyo —dijo el bombero, camino ya del camión que había dado la vuelta.

—Mierda —comentó McCoy—. Vamos a tener que subir, ¿verdad?

—Sí —respondió Wattie—. ¿Prefiere vomitar ya para soportar mejor el mal trago?

—Capullo —dijo McCoy, a pesar de que era justamente eso lo que le apetecía—. A lo mejor tendríamos que esperar a Faulds. Está en camino.

—¿Se le ocurre alguna otra excusa? —preguntó Wattie—. ¿O podemos dejarlo aquí?

McCoy suspiró.

—Venga, vamos.

Se agacharon para pasar por debajo de la manguera que un bombero estaba recogiendo en la rueda y se acercaron a la puerta del inmueble. Por las escaleras bajaba una corriente de agua. Olía a humo y a madera quemada. Comenzaron a subir con desgana, camino del último piso y de la inevitable escena horripilante.

—¿Se acuerda de lo de esta noche? —preguntó Wattie.

—Cómo olvidarlo —respondió McCoy—. Me lo recuerdas cada cinco minutos. Estaré en casa de tu padre a las seis, como quedamos.

—Ha reservado mesa en un restaurante chino —dijo Wattie—. En el pueblo. Es barato.

—Genial —dijo McCoy, pensando que tendría que comer algo antes de la cita. Un restaurante chino en Greenock cuyo mayor atractivo era ser económico parecía una invitación a, como mínimo, sufrir un corte de digestión; en el peor de los casos, intoxicación alimentaria.

Llegaron a la última planta. Los bomberos habían destrozado la puerta del apartamento para poder entrar, la mitad colgaba de las bisagras. McCoy echó mano del último recurso.

—¿No crees que deberíamos esperar a Phyllis Gilroy? —preguntó —. ¿Qué sabemos nosotros de muertes por bomba? Después de todo, ella es la forense, debe de estar mucho más acostumbrada que nosotros.

Wattie suspiró mirándole a los ojos.

—Si no quiere entrar, me parece bien. Entraré yo.

—¿En serio? —preguntó McCoy—. Eso estaría muy...

—Sí, claro, y me aseguraré de contarle a Murray, cuando volvamos a la comisaría, que mi superior tenía demasiado miedo para ocuparse de la escena del asesinato.

—Te voy a advertir una cosa, Watson: no te pases de listo —dijo McCoy.

—He aprendido del mejor. ¿Preparado? —preguntó Wattie, al tiempo que empujaba lo que quedaba de puerta.

Una mitad del apartamento parecía normal y la otra estaba empapada, aunque en realidad era más bien un revoltijo ennegrecido. El olor a humo era más intenso allí, lo notaron en la garganta en cuanto entraron. Había otro olor más, al fondo, algo que recordaba ligeramente a una barbacoa dominical. McCoy sacó un pañuelo del bolsillo y se tapó la nariz y la boca, aunque no le sirvió de gran cosa. Atravesaron el recibidor y llegaron al salón, chapoteando en el pegajoso lodo, formado por ceniza y agua, que ahora cubría la moqueta.

La bomba debía de haber explotado en el salón. Las andrajosas cortinas ondeaban con la brisa que se colaba por el agujero que habían dejado las ahora inexistentes ventanas. El lodo era también más espeso: cubría buena parte del calzado. McCoy seguía a Wattie, manteniéndose detrás de él para que le tapase lo que tenían ante sus ojos; era unos cuantos centímetros más alto que McCoy y también de hombros más anchos. Su plan funcionó hasta que Wattie se acuclilló para sacar del lodo un LP medio fundido. De repente, McCoy vio la panorámica al completo.

Parecía como si alguien hubiese salpicado de pintura roja el papel pintado de efecto bambú que cubría la pared de la chimenea. Tomó aire apretando los dientes antes de observar con mayor precisión. En el suelo, en lo que quedaba del sofá, había algo parecido a una pila de ropa chamuscada. McCoy se acercó un poco y vio el hueso que sobresalía de la tela. Dio un paso atrás. Notó los familiares síntomas del mareo.

—Es el disco *Ram,* de Paul McCartney —dijo Wattie leyendo la etiqueta del retorcido LP—. Una mierda como un piano. —Volvió a dejarlo en el lodo—. Como ese álbum que usted me obligó a comprar. ¿Cuál era? ¿Dentro y fuera? Virgen santa, ¿se encuentra bien? —preguntó.

McCoy había apoyado la espalda en la pared, contaba a medida que inspiraba y espiraba intentando evitar desmayarse. Logró asentir, se llevó de nuevo el pañuelo a la nariz para dejar de oler a carne asada. Echó un vistazo a su alrededor, apañándoselas para no volver a posar la vista en los restos del difunto inquilino. Se parecía a otros

muchos apartamentos de Woodlands. Papel descolorido, un pequeño fogón de gas para cocinar, un sillón con el asiento hundido, manchas de humedad en el techo y las paredes. ¿Por qué querría alguien poner una bomba en una pocilga como esa?

—Voy a acercarme a la ventana, necesito un poco de aire fresco —dijo desplazándose sin apartarse de la pared. Llegó al gran agujero donde antes había estado la ventana y asomó la cabeza.

—Menudo desastre —dijo Wattie—. Hay un trozo de su cráneo clavado en el yeso, sobre la chimenea.

—¿En serio? —dijo McCoy sin apartar la vista del gentío que había en la calle, intentando no imaginar a qué podía parecerse un pedazo de cráneo incrustado en una pared.

—Creía que había superado usted estas mierdas —dijo Wattie.

—Yo también lo creía —replicó McCoy—. Voy a echar un vistazo por aquí para ver si encuentro algo con su nombre, ¿te parece?

Vio cómo Wattie negaba con la cabeza al pasar a su lado camino del pasillo, antes de entrar en el dormitorio. Todavía estaba intacto, no le había afectado que una bomba estallase en la habitación de al lado. Daba la impresión de que la puerta hubiese retenido el paso del fuego. Una cama individual sin hacer, un saco de dormir desplegado sobre ella. Una pequeña cajonera con un cenicero y un ejemplar de la revista *Melody Maker* encima. De la pared colgaba un póster de Black Sabbath y sobre la cama había un par de fotografías de Ferraris. Era la habitación de un muchacho joven.

Abrió los cajones y se topó con el habitual surtido de calzoncillos y calcetines. Bajo una pila de camisetas había una revista porno. No encontró ni una sola pista, no había nada que llevara escrito o grabado ningún nombre. Abrió otro cajón. Un jersey, unos vaqueros 747. Un par de camisas dobladas. Lo cerró y se acercó a la ventana. El cristal había desaparecido, respiró aire fresco. Allí abajo, un coche patrulla avanzó entre la multitud hasta aparcar junto a los camiones de bomberos; se detuvo lo más cerca posible del edificio. De la parte trasera del coche descendió Hughie Faulds. Se alisó la ropa. McCoy entendía sus cuitas, porque no resultaba sencillo acomodar un cuerpo de metro noventa y cinco en los asientos traseros de un Vauxhall Viva. Faulds alzó la vista hacia el apartamento, vio a McCoy y lo saludó con la mano.

McCoy lanzó un grito hacia el interior:

—¡Ha llegado Faulds!

Se sentó durante un minuto en la cama. Olía a rancio, la funda de la almohada brillaba debido a la gomina del pelo. No estaba seguro de qué andaba buscando. Daba la impresión de ser un apartamento de alquiler como tantos otros. Se fijó en que había una maleta junto a la cajonera. La colocó sobre la cama y la abrió. Más ropa: camisas, una

corbata, unas botas para jugar al béisbol. Cerró la maleta y la devolvió a su sitio. Atravesó el salón y se puso de nuevo junto a lo que había sido la ventana.

—¿Crees que serán capaces de recuperar su cartera? —preguntó McCoy.

Wattie fijó la mirada en el cuerpo carbonizado. Respiró por la boca sin separar los dientes.

—Lo dudo. Si el calor fue tan intenso como para hacerle esto al cuerpo, sin duda también lo fue para desintegrar su cartera.

—Muy posiblemente —dijo McCoy—. Creo que le daremos a Gilroy la oportunidad de que intente encontrarla.

Oyeron el estallido de un vozarrón con un marcado acento de Belfast:

—¿Cómo has conseguido que entre aquí?

Al darse la vuelta vieron a Hughie Faulds, su masa corporal ocupando toda la anchura del pasillo.

—No ha sido fácil —dijo Wattie—. Se lo aseguro.

Faulds esbozó una media sonrisa.

—No es más que un poco de sangre y vísceras, Harry. A estas alturas, ¿no tendrías que estar acostumbrado?

—En eso estamos —repuso McCoy sin apartar la vista de los apartamentos al otro lado de la calle. Un viejo con una americana le sostuvo la mirada—. ¿Te resulta familiar? —preguntó.

—Por eso estoy aquí, ¿no es cierto? —preguntó Faulds—. El puñetero experto en bombas. Ese soy yo.

—Sí, señor —dijo McCoy—. No creo que haya nadie más en el cuerpo que haya visto nunca un lugar donde haya explotado una bomba. No digamos ya que tenga la más remota idea al respecto.

Faulds apenas echó un vistazo a los daños causados y asintió.

—Me topé con situaciones parecidas a esta cuando estaba en Belfast. Aquí no han puesto ninguna bomba.

—¿Cómo? —preguntó McCoy.

Faulds señaló la pila de ropa sobre el sofá.

—A ese estúpido cabrón le estalló la bomba que estaba intentando fabricar. —Se acercó a los restos calcinados y olisqueó—. Almendras. ¿No notáis el olor?

McCoy negó con la cabeza. No iba a apartar el pañuelo de su nariz por nada del mundo.

—Un poco —dijo Wattie—. ¿Qué significa?

—Significa que estaba usando una mezcla Co-op —respondió Faulds.

—¿A qué te refieres? —preguntó McCoy totalmente desorientado.

—La llamamos mezcla Co-op porque todos los ingredientes puedes comprarlos en el supermercado Co-op que tengas más cerca de

casa. Fácil de hacer y muy efectiva. Material típico tanto de la UDA como del IRA.

—¿Estás seguro? —preguntó McCoy—. Si alguno de ellos está implicado en esto, nos quedaremos fuera. El caso pasará directamente a los chicos de la Brigada Especial. Ellos se harán cargo.

Faulds asintió en dirección a lo que quedaba del cuerpo.

—Pasa con más frecuencia de lo que podría pensarse —prosiguió —. Como resulta sencillo comprar los ingredientes, creen que es fácil de elaborar, que cualquiera puede hacerlo. Pero te diré una cosa, hacer una bomba no es tan fácil como creen esos payasos.

—¿Está seguro de que ha sido eso? —preguntó Wattie.

Faulds asintió.

—Es de manual. —Echó otro vistazo alrededor—. Además, ¿por qué querría alguien poner una bomba en un apartamento como este? No parece un objetivo evidente, ¿no creéis?

McCoy permaneció junto a la pared y observó cómo Faulds caminaba de un lado a otro examinando la escena atentamente. Es decir, estaba haciendo lo que McCoy debería haber hecho. Faulds tiró de las perneras de su pantalón hasta subirlas por encima de las pantorrillas y se acuclilló frente al cuerpo para observarlo mejor.

—Horrible —dijo—. El tipo debía de estar inclinado encima cuando estalló, probablemente intentando conectar el detonador. —Señaló hacia la pared con el mentón—. Creo que tampoco vais a poder conseguir una identificación dental, todo está demasiado fragmentado. La mitad de la mandíbula y los dientes están clavados en esa pared.

Se puso en pie y agarró un libro que se encontraba en medio del lodo junto a la chimenea. Lo sacudió un poco para retirar el lodo húmedo y leyó el título de la cubierta:

— *The Life and Death of St Kilda.* ¿Lo has leído?

McCoy negó con la cabeza.

Faulds abrió el libro y leyó una dedicatoria medio borrada escrita con bolígrafo:

—«Para Paul. Feliz cumpleaños de parte de Henry.»

—Mierda —dijo McCoy—. Paul. Podría ser ambas cosas: protestante o católico.

—¿Qué esperabas? —preguntó Faulds—. ¿Que se llamase Finbar?

—Eso habría estado bien —dijo McCoy—. Eso o Gary. No encontrarás muchos católicos que se llamen Gary.

Wattie apareció por el pasillo, llevaba en las manos un puñado de facturas y de publicidad postal.

—Todas están a nombres diferentes —dijo. Empezó a leer—: Señora E. Fletcher, Thomas Wright, Al inquilino, señor S.A. Bowen, C. Smith. Y sigue.

—¿Algún Paul? —preguntó McCoy.

Wattie escudriñó de nuevo en el montón.

—Un Peter, pero ningún Paul.

—¿Has acabado, Faulds? —le preguntó McCoy.

Faulds asintió.

—No veo nada fuera de lo corriente. Es justo lo que cabría esperar de un niñato estúpido que no supiese lo que estaba haciendo.

—Entonces, si se trata de mezcla Co-op, hay posibilidades de que sea un paramilitar. ¿Te suena que haya alguno en Glasgow? —preguntó McCoy.

Faulds negó con la cabeza.

—Nada destacado. Unos pocos muchachos que fingían estar metidos en la UDA, alardeando en los pubs. Básicamente, lo que hacen es recaudar fondos aquí, tal vez esconder a alguien que haya tenido que salir de Irlanda. Podría preguntar a la gente de allá. Ver si saben algo de esta historia. ¿Puedo regresar ya a la calle Tobago? ¿Dedicarme a hacer mi trabajo?

McCoy asintió.

—Vamos contigo —dijo—. Lo último que me apetece es estar aquí cuando lleguen los de la Brigada Especial.

—O pasar un rato más mirando las manchas de sangre —dijo Wattie.

—Watson —replicó McCoy—, a ver si te callas de una vez.

Faulds sonrió de medio lado.

—Pero no se equivoca, ¿verdad? Un pequeño inconveniente para un detective, eso de que le dé reparo ver sangre.

—No es tan malo como ser un estúpido irlandés. Vámonos.

Dos

—Ya tenemos los resultados.

McCoy miró al doctor. No había dedicado mucho tiempo a pensar en ese asunto, pero, de repente, se sintió un poco intranquilo. Había acudido al médico hacía unas semanas, el dolor de estómago estaba dándole por saco. Le costaba comer, le dolía casi todo el rato. El médico le había enviado al hospital, donde tuvo que beberse más de medio litro de un menjunje blancuzco y después le hicieron una radiografía.

—Bien —dijo.

El médico, oriundo de Dundee, con cara de perro apaleado y bigotito francés, mordisqueó la patilla de las gafas, bajó la radiografía y le miró a los ojos. Sonrió.

—Por lo que parece, señor McCoy, tiene usted una úlcera péptica.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una úlcera en la pared del estómago. Esa es la causa del dolor.

—Cristo bendito —dijo McCoy.

—Preferiría que no blasfemase —replicó el médico.

—Lo siento —dijo McCoy, aunque no era cierto—. ¿Y qué hago ahora?

—Tiene que dejar de beber alcohol y de fumar. Tiene que comer cosas sencillas, blancas principalmente. Pescado hervido, gachas de avena, leche, arroz, pan sin tostar. Esa clase de cosas. Si el dolor persiste, tome un poco de Pepto-Bismol.

McCoy estuvo a punto de soltar otro improperio, pero fue capaz de controlarse.

—Si se ciñe a este régimen, el dolor debería disminuir —dijo el médico—. Como policía, supongo que tiene que ocuparse de cosas estresantes, que tiene horarios irregulares. Nada de eso ayuda. Procure cuidarse. Ese es el mejor consejo que puedo darle. Me temo que no disponemos de un tratamiento que cure o que ayude en exceso. Me temo que todo depende de usted.

Una vez fuera del consultorio, McCoy encendió un cigarrillo. Todavía podía notar el olor del humo del apartamento en su ropa. Tan solo tenía treinta y dos años, ¿cómo era posible que le hubiese salido una úlcera? Esa clase de cosas les pasaba a tipos mayores, gordos. Vio cómo salía un hombre de una licorería al otro lado de la calle, con una tintineante bolsa de plástico entre los brazos, y echaba a correr para

pillar el autobús. De algo estaba completamente seguro: no había modo de que dejase de fumar o de beber, no valía la pena ni planteárselo. Si eso le obligaba a seguir una dieta de alimentos blancos y Pepto-Bismol, tendría que conformarse. Miró qué hora era en su reloj. Mejor ponerse en marcha si quería llegar a tiempo a Greenock. Recorrió la calle hasta donde había aparcado el coche. Como mínimo, el diagnóstico tenía un lado bueno: era la excusa perfecta para no tener que cenar repugnante comida china esa noche.

McCoy llegó a la casa del padre de Wattie justo después de las seis. Una vez allí, el padre —Llámame Ken— le condujo hasta un diminuto salón. Papel pintado Anaglypta de color beis en las paredes, tupida moqueta verde y una mesita de café sobre la que había una bandeja con sándwiches de pasta de salmón. Una estufa eléctrica con tres barras encendidas calentaba la estancia. Hogar dulce hogar.

Mary, la novia de Wattie, estaba sentada en un sofá de polipiel junto a la ventana, todavía un poco desconcertada por su situación actual. A McCoy también le había sorprendido un poco verla allí, estaba más acostumbrado a encontrársela en la redacción o en el escenario de un crimen que sentada en un sofá sosteniendo un biberón en una mano y un koala de peluche en la otra.

—¿Cómo estás? —le preguntó McCoy al sentarse a su lado.

—Agotada —dijo Mary, un tanto abatida—. Y pensar que solía quejarme por tener que hacer turnos dobles. Lo único que hacía era sentarme a mi mesa, beber té y fumar. No sabía la suerte que tenía. He oído que ha explotado una bomba.

Al parecer, la reportera que había sido Mary en su vida anterior no había quedado enterrada del todo por el pequeño Duggie y la omnipresencia de los pañales. Su sentido de la vestimenta tampoco había cambiado gran cosa. Llevaba algo parecido a una minifalda vaquera con botas rojas de plataforma y una camiseta púrpura en la que podía leerse «Sigue adelante con tu camión» junto a la imagen de un hombre haciendo autostop.

McCoy asintió.

—Un gilipollas saltó por los aires mientras construía una bomba.

—¿Se ha hecho cargo la Brigada Especial? —preguntó Mary.

McCoy asintió de nuevo y aceptó la copa que le ofreció Llámame Ken.

—Douglas se ha llevado al niño para que lo vean los vecinos de al lado —dijo Llámame Ken—. Ha dicho que volvía en un minuto.

—No se preocupe, lo tengo ya muy visto —dijo McCoy.

—Supongo que era una cuestión de tiempo —prosiguió Mary—. Bombas en Londres, Birmingham, Manchester. Tenía que pasar aquí.

—Eso parece —respondió McCoy.

—Genial —dijo Mary—. Una gran historia y yo aquí,

colocándome pañuelos de papel debajo del sujetador para no mancharme con la leche y cantando canciones infantiles cada dos por tres.

McCoy esbozó una sonrisa.

—Así son las cosas.

—Oh, no, no son así. Contrataría a una canguro a tiempo completo. Pero no podemos permitírnoslo, a menos que nos toque la quiniela. —Suspiró—. ¿Y qué más está pasando en ese horrendo mundo de ahí fuera?

—No gran cosa —respondió McCoy—. Ayer Murray me echó una buena bronca. Por tu culpa.

—¿Por mi culpa? —preguntó Mary.

—Pasó por la calle Pitt y la bola de mierda empezó a crecer. Ellos le gritaron, él me gritó a mí. El *Daily Record* ha iniciado una cruzada. «Nuestras violentas calles», dicen en primera plana y en medio justo del periódico.

—Lo hacen cada dos años —dijo Mary—. Eso significa que no tienen nada que contar.

—Ya sé que sabes de qué va el asunto —replicó McCoy—. Pero los de la calle Pitt también tendrían que saberlo.

Alzaron la vista cuando se abrió la puerta del salón y apareció Wattie con el bebé en brazos y una enorme sonrisa en la cara.

—Te dije que estaría encantado —dijo McCoy—. Ha nacido para ser padre.

—¡Papá! Trae la cámara —dijo Wattie—. Quiero una foto del bebé con su padrino.

McCoy se puso en pie y Wattie le soltó el bebé en los brazos. En cuanto lo agarró, a McCoy le asaltaron los recuerdos. Fue por el olor: los polvos de talco, la lana y la leche. No había vuelto a sostener a un bebé en brazos desde Bobby.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Mary.

Asintió. Era una monada. El pequeñajo tenía un revoltijo de pelo rubio en lo alto de la cabeza y ojitos azules dormilones. Un clic, el fogonazo del flash y ahí acabó todo. Wattie tomó de nuevo al bebé y lo acercó a la mejilla de McCoy diciéndole:

—Dale un beso al tío Harry. —El bebé obedeció sin rechistar.

A Wattie le cambió la expresión, empezó a olisquear, parecía alarmado.

—Otra vez, no.

Se acercó el trasero del bebé a la nariz y olfateó.

—Creo que ha vuelto a ensuciar el pañal —dijo Wattie al tiempo que le pasaba el niño a Mary, todavía sentada en el sofá.

—¿Y a ti te ha pasado algo? —preguntó Mary—. ¿De repente no puedes utilizar las manos?

—Mujer, ese no es trabajo para un hombre —dijo Llámame Ken.

Ese fue el punto de inflexión.

—El cambiador está en la habitación de al lado —dijo Mary—. Es tan tuyo como mío. Así que ocúpate tú.

Wattie masculló algo entre dientes y se dirigió a la puerta mientras Llámame Ken sacudía la cabeza.

—Así son las cosas —comentó McCoy—. Angela también me obligaba a hacerlo.

—¿Sabes algo de ella? —preguntó Mary.

—No. Desde hace tiempo que no sé nada. Sigue en Estados Unidos, supongo —respondió McCoy.

Llegó un grito desde el dormitorio.

—¡Mary! ¿Dónde están los polvos de talco?

Mary puso los ojos en blanco y se levantó.

—Tiene suerte.

Tomaron un par de copas en el apartamento e hicieron algunas cuantas fotos más de Harry con el niño en brazos, ahora perfumado y embutido en un atuendo que la madre de Mary había tejido. Finalmente, Llámame Ken anunció que era la hora de irse al temido restaurante chino.

—¿Has comido ahí alguna vez? —preguntó sin alzar la voz.

Mary se dio la vuelta para que Llámame Ken no pudiese verla y susurró:

—Una puta mierda. Por nada del mundo pidas cerdo.

McCoy asintió. Mary era capaz de comer cualquier cosa. Pero si ella creía que era un mal sitio, no había modo alguno de que él fuese a probar bocado.

McCoy, Wattie y Llámame Ken salieron del edificio. McCoy se sintió un poco mareado al notar el aire fresco; posiblemente había bebido más de lo que creía. El apartamento del padre de Wattie se encontraba en lo alto de un montículo, pasado el pueblo. Desde allí se tenían vistas del astillero y de unos cerros distantes cubiertos de nieve al otro lado del estuario del Clyde, de una tonalidad rosácea debido al crepúsculo.

—La Tierra de Dios —dijo Llámame Ken cuando empezaron a descender—. Las mejores vistas del mundo.

Tal vez fuese la Tierra de Dios con relación al río y a los cerros y los lagos de Argyll, pero Greenock no tenía nada que ver con eso. El pueblo al completo parecía una masa gris, los rostros abatidos de la gente que se cruzaba con ellos, todos bien abrigados debido al viento frío que soplaba del norte. Pasaron junto a varias tiendas cerradas, con tablones de madera cubiertos de grafitis tapiando los escaparates. Había un grupo de niños sentados en un coche abandonado sin parabrisas. El fuego que salía de un cubo de basura metálico

iluminaba la escena. Y, al igual que ocurría en Glasgow, también estaban los inevitables jóvenes en las esquinas, congelándose con sus chaquetas bomber y sus pantalones anchos. Todos con caras chupadas, pasándose cigarrillos y latas de cerveza, con ganas de meterse en líos.

Tal como había supuesto, el restaurante chino era un tugurio. Eso no impidió que todo el mundo pareciese encantado. Los dos hermanos de Wattie llegaron casi al mismo tiempo que ellos. Ambos se parecían a Llámame Ken: cabello oscuro, metro setenta y cinco. A saber de dónde habría salido Wattie. ¿Del lechero? James era carpintero, Robby fontanero. Eran bastante majos y el niño los tuvo entretenidos. Más cerveza, rollitos de primavera, costillas, curry, tallarines y, para finalizar, copas de coñac y plátano frito. McCoy picó un poco de todo y fingió que estaba delicioso.

Después de cenar fueron al Imperial, uno de los bares supuestamente bonitos de Greenock, donde coincidieron con unos cuantos antiguos compañeros del instituto de Wattie. Se acomodaron al fondo del local, juntaron un par de mesas. Wattie no dejó de preguntarle, cada cinco minutos, si se sentía a gusto, si lo estaba pasando bien, mientras le traía una pinta tras otra, afirmando que eran para «que el padrino bautice al bebé». McCoy le dijo que lo estaba pasando de maravilla, al tiempo que se aseguraba de que no se diese cuenta de que no dejaba de controlar la hora para poder marcharse sin que a nadie le resultase incómodo.

Estaba pidiendo otra ronda en la barra, agarrando un vaso de cristal con el dibujo de un gatito lleno de dinero, cuando James se le acercó y le pasó una papelina de speed. Eso lo cambió todo. Las mejores intenciones pueden irse a la porra tras unas pocas rayas esnifadas sobre la tapa de la cisterna de un lavabo de caballeros.

Tres horas más tarde, McCoy todavía seguía allí, todavía no se había metido en la cama; una noche que podía irse temprano a dormir. En lugar de eso, seguía despierto, en la barra de un garito llamado Rotunda, apretando los dientes. Tal vez no fuese el peor local en el que había estado en su vida, pero poco le faltaba. Era un garito de mala muerte en lo que parecía ser el sótano de la estación de autobuses. El local, sin duda, había sido decorado por alguien obsesionado con el color naranja. Paredes naranja, moqueta naranja, lámparas con pantalla naranja por todo el bar. Eso era lo máximo que Greenock podía ofrecer, glamur del bueno.

Se inclinó en la barra para ver cómo el barman intentaba explicarle a un tipo borracho que se tambaleaba, vestido con un traje de cuadros con las solapas más anchas que McCoy había visto en su vida, que ya había bebido suficiente. Como cabía suponer, el borracho no era de la misma opinión y por eso iba a seguir discutiendo. Al verlos, McCoy se preguntó si lo ocurrido en la calle West Princes

realmente era el inicio de algo malo. Cabía la posibilidad de que explotasen más bombas en Glasgow. No dejaba de pensar en aquel joven, el tal Paul, montando el artefacto. Con toda probabilidad había muerto al instante, sin darse cuenta siquiera de lo que había ocurrido. Poco importaba la causa que le hubiese motivado a ello, volar en pedazos no merecía la pena por nada ni por nadie. Aunque la auténtica pregunta sobre la bomba era otra: ¿para quién estaba pensada? ¿Quién era el que tendría que haber quedado hecho papilla?

En la barra, seguían discutiendo; ahora se señalaban con el dedo índice. Comprobó la hora en su reloj, la una y media de la madrugada. Se estaban acercando al momento peligroso de la noche. El momento en el que los fanfarrones y las parejas y los que buscan rollo de una noche se encuentran unos a otros y, al mismo tiempo, muchos otros tipos empiezan a ser plenamente conscientes de que no forman parte de ninguno de esos colectivos. Por eso siguen bebiendo y se ponen a buscar una excusa para sentirse ofendidos. Un poco de cerveza derramada, un comentario oído a medias, un elogio al equipo de fútbol equivocado.

Podía ver a Wattie reflejado en el espejo que había tras la barra. Con la corbata aflojada, despeinado, repantigado entre sus dos hermanos sobre el banco de plástico naranja pegado a la pared. Para ser un tipo tan grande, no toleraba muy bien la bebida. Pensó que si se marchaba, Wattie ni siquiera se daría cuenta. Ya hablaría con él el lunes, en el trabajo, si es que Mary no le daba una buena tunda cuando llegase a casa en ese estado. McCoy estaba a punto de dar buena cuenta del whisky Bells doble que había pedido para el camino, con la intención de que bajase el efecto del speed, cuando notó que alguien le palmeaba el hombro.

Suspiró. Casi había logrado salir indemne. Por eso ignoró ese toque con la esperanza de que tan solo hubiese sido fruto de su imaginación. Pero no funcionó, le palmearon otra vez, con algo más de fuerza. Desde su punto de vista, tan solo tenía dos opciones. Sacar su placa de policía y decirle al tipo que no se pusiese tonto o bien hacerle frente y encaminarse hacia la puerta del local. En cuanto abriese la boca, tendría que optar por una de las dos. El acento de Glasgow lo delataría y eso sería excusa más que suficiente para que un chicarrón de Greenock quisiese buscarle las cosquillas. Se acabó el whisky, sonrió de medio lado y se dio la vuelta.

—¿Puedo ayudarte en algo, colega? —preguntó con escasa amabilidad.

Lo primero en lo que se fijó fue que el tipo estaba sonriendo; lo segundo, que sus manos parecían dos puñeteras mazas. Lucía dos grandes anillos en los dedos de la mano izquierda.

—Alguien ha dicho que eres policía —dijo.

Hablaba con un obvio acento norteamericano, como el de las películas. Y ahora que podía verle bien la cara tenía sentido. Dientes blancos, pelo rubio cortado al estilo militar, americana azul con botones plateados sobre una camisa de cuadros de color claro. Se parecía un poco al golfista Jack Nicklaus. McCoy asintió.

—¿Puedo invitarte a una copa? —dijo el hombre—. ¿Whisky?

McCoy volvió a asentir, sin estar muy seguro todavía de qué estaba ocurriendo.

El tipo señaló hacia un rincón tranquilo al fondo del local.

—Sentémonos ahí —dijo—. Yo llevo las copas. —Acto seguido se perdió entre el gentío del bar.

McCoy encontró una pequeña mesa redonda vacía y acercó un par de taburetes. En esa esquina, lejos de la pista de baile, «Do The Bump», gracias a Dios, era poco más que un rumor. Sacó sus cigarrillos, encendió uno y se preguntó qué querría de él aquel tipo. Lo cierto es que no le importaba mucho, y estaba a punto de zafarse cuando lo vio abriéndose paso entre la multitud que bailaba, portando una bandeja de latón con dos whiskies y dos pintas de cerveza encima. A saber qué comían los estadounidenses, pero fuera lo que fuese tenía que ser algo bueno, porque aquel tipo era tan ancho como alto era el propio McCoy. Dejó la bandeja sobre la mesa y, señalándola, sonrió.

—También te he traído una cerveza —dijo—. Al parecer, es como se hacen las cosas por aquí. —Le tendió la mano—. Andrew Stewart.

McCoy le tendió su pálida mano, que desapareció dentro de aquella gigantesca garra.

—Harry McCoy —dijo alzando la pinta—. Salud.

Stewart se sentó, le dio un trago a la cerveza e hizo una mueca de desagrado.

—Lo siento —dijo—. Todavía no he logrado acostumbrarme a esta cerveza. —Señaló hacia Wattie y sus colegas—. He oído que uno de esos tipos de ahí decía que eras policía. —McCoy asintió—. Genial, a lo mejor puedes ayudarme. Mi hijo ha desaparecido.

De eso se trataba. Quería un consejo fuera de horas de trabajo. McCoy se iba a tomar con gusto las copas, pero ni por asomo se iba a meter en ese asunto, no a esas horas. Además, tenía la excusa perfecta. Alzó la mano.

—Lamento interrumpirte, Andy, pero soy policía en Glasgow. Aquí no pinto nada. Tendrás que hablar con la gente de Greenock.

—Ya lo he hecho —respondió Stewart—. Ha sido una pérdida de tiempo, no les interesa.

—Señoras, ¡escojan pareja! —gritó el pinchadiscos cuando sonaron los primeros acordes de «Seasons In The Sun»—. ¡A por ellos!

McCoy esperó a que dejase de gritar y le preguntó:

—¿Qué edad tiene tu hijo?

—Veintidós —respondió Stewart—. Cumplió veintidós hace un par de...

—¿Cuánto tiempo lleva desaparecido? —preguntó McCoy.

—Tres días —dijo Stewart—. Yo llegué ayer, fui a verlo directamente desde el aeropuerto...

McCoy volvió a alzar la mano, dispuesto a cortarle en seco y poner punto final al asunto.

—Ese es tu problema —dijo—. Es un adulto y no hace tanto tiempo que ha desaparecido. Voy a serte sincero, no se trata de una prioridad. —Hasta que encuentran un cadáver, pensó, pero no tenía sentido llevar el asunto por esos derroteros—. A lo mejor tendrías más suerte con un detective privado.

—Es lo que me dijeron. —Rebuscó en el bolsillo y sacó una tarjeta—. Me recomendaron a un tipo llamado... —Leyó la tarjeta—. Bernard Raeburn...

—¡Virgen santa! —exclamó McCoy—. Esa es la última persona a la que tendrías que recurrir, es un inútil. Déjame pensar. Tiene que haber alguien mejor que...

Alzó la vista y vio que Wattie estaba junto a la mesa, bamboleándose adelante y atrás, con la cara gris y los ojos medio cerrados.

—Tengo que irme a casa —dijo—. No me encuentro bien y Mary va a matarme. Estoy jodido, Harry, tienes que ayudarme.

Acto seguido, apartó la cabeza y cubrió de vómito la pista de baile.

—¡Por amor de Dios! —exclamó McCoy apartando las piernas para evitar que le salpicase. Stewart parecía horrorizado. Wattie se limpió la boca con la manga del traje. Tenía un aspecto horrible.

—No me encuentro bien —dijo—. Tienen que haber sido los tallarines.

Al personal del bar no le hizo ninguna gracia. Un tipo corpulento, con las mangas arremangadas dejando a la vista varios tatuajes de temática escocesa, 1690 y esas cosas, salió de detrás de la barra y se dirigió hacia donde estaban.

—¡Me cago en la puta, Dougie! —dijo James surgiendo de entre la nube de hielo seco que cubría la pista de baile—. ¡Cabrón asqueroso!

McCoy se acabó el whisky de un trago, se puso en pie y le pasó un brazo a Wattie por la espalda para ayudarle a conservar el equilibrio, al tiempo que mantenía su cara alejada, pues no tenía ningunas ganas de notar el aliento a vómito.

—James, tranquiliza al barman —dijo—. Yo voy a llevar a este capullo a casa.

Stewart todavía estaba sentado, con la pinta de cerveza a medio

camino de su boca y una expresión de perplejidad.

—Lo siento, amigo, tengo que irme —le dijo McCoy—. Buena suerte. —Empezó a conducir a Wattie hacia la puerta. Gritó por encima del hombro—: ¡Recuerda! No malgastes tu dinero con Raeburn.

Stewart asintió y se puso de pie. El barman se acercó a él y se colocó a su espalda. Le obligó a darse la vuelta.

—¡Eh! ¡Colega! ¿Has montado tú este puto jaleo?

McCoy dejó a Stewart negando con la cabeza y explicándole al barman que aquello no tenía nada que ver con él, empujó a Wattie hasta las escaleras y salieron de allí antes de que vomitase otra vez. Los tallarines... Y una mierda. Más bien las diez pintas de cerveza que se había tomado.

13 de abril de 1974

Tres

El despertador no dejaba de sonar. McCoy estiró el brazo, lo apagó y soltó un gruñido. Las siete de la mañana. Le costó varios segundos recordar dónde estaba, pero toda la información le llegó de golpe. Pensión Sea-View, en Greenock. Se sentó en la cama. No se encontraba tan mal, teniendo en cuenta que se había acostado pasadas las dos de la madrugada, tras acompañar a Wattie a su casa. Se imaginaba lo mal que debía de sentirse Wattie; había vomitado un par de veces más camino de casa. El muy estúpido había seguido insistiendo en que su estado no se debía a haber bebido, sino a los tallarines.

McCoy se las apañó para, a trompicones, subir con Wattie la cuesta y después las escaleras hasta la entrada. Llamó a la puerta. Tenía la esperanza de que abriese Llámame Ken, pero no hubo suerte. Cuando se abrió la puerta, la que apareció fue Mary, en camisón y con el pequeño Duggie berreando en sus brazos. Su mirada habría hecho flaquear a un hombre menos bregado en esos menesteres. Wattie pasó a su lado, chocó contra el perchero y cayó de morros sobre la moqueta. Se quedó allí, roncando tranquilamente, mientras McCoy intentaba hacer callar al bebé y le explicaba a Mary que no había sido culpa suya. En serio.

Mary no creyó una sola palabra. Le dijo que era un idiota integral y que tendría que habérselo pensado dos veces antes de permitir que Wattie se emborrachase de ese modo. McCoy se esforzó por convencerla de que no había sido cosa suya, que habían sido sus hermanos, pero ella ya no le escuchaba, estaba demasiado ocupada intentando calmar al bebé. Dejó a McCoy en la puerta, le propinó una patada en el costado a Wattie antes de entrar en el dormitorio y cerró la puerta a su espalda. Wattie roncaba, felizmente inconsciente de lo que le esperaba a la mañana siguiente, cuando se despertarse y Mary se lanzase sobre él.

A las siete y media, McCoy ya se había duchado y vestido y, con una bolsa de deporte en la mano, bajó las escaleras hasta el comedor. Pudo oler el beicon y las tostadas. Su estómago rugió. La noche anterior apenas había comido nada, pero ahora no tenía tiempo para las gachas de avena que le había recetado el médico. Su plan era parar en la carretera al cabo de un par de horas, cuando tuviese hambre. Con una taza de café y un cigarrillo, de momento estaría bien.

Las paredes del comedor eran de un alegre color amarillo, se trataba de una luminosa estancia en la parte delantera de la casa. Con grandes ventanales y hermosas vistas del Clyde y los nevados cerros al otro lado del río. Las mesas estaban preparadas para el desayuno, con servilletas dobladas y una diminuta carta sobre cada una de ellas. Había ya una pareja sentada a una de las mesas, de mediana edad, vestidos para dar un paseo por la montaña, ambos inclinados sobre un mapa de la agencia cartográfica del Reino Unido. McCoy se sentó a una mesa junto a la ventana y le pidió un café a una de las jóvenes camareras, que, por su aspecto y por cómo gruñó la palabra «hola», seguro que también había trasnochado. Sobre un estante en la pared, los periódicos de la mañana. Todos los titulares eran variaciones sobre los temas BOMBA y EL CONFLICTO LLEGA A ESCOCIA. No se sintió con ánimo para leer ninguno de ellos.

Al acabar de tomarse el café, justo cuando estaba tirando la ceniza del cigarrillo en un cenicero en el que podía leerse RECUERDO DE DUNOON, un Ford Cortina con el distintivo TAXIS CLYDE en la puerta se detuvo frente a la pensión. Al abrirse la puerta de atrás apareció el estadounidense de la noche anterior y se asomó por las ventanas. Debe de alojarse aquí, pensó McCoy, e inmediatamente se puso a idear cómo podría salir de allí sin hablar con él. No lo conseguiría. Stewart lo vio a través de los cristales, hizo un gesto con la mano y esbozó una enorme sonrisa. Le pasó varios billetes al taxista, sacó su bolsa del maletero y se encaminó a la puerta de la pensión.

McCoy maldijo entre dientes y, sentado a la mesa, se resignó a afrontar su destino. Pocos segundos después se abrió la puerta del comedor y apareció Stewart. Una de las camareras y la encargada del hotel echaron a andar tras él.

—Muchacho, no es fácil dar contigo —dijo—. Creo que esta es la sexta pensión en la que he estado. Los chicos de anoche no eran capaces de recordar en cuál te alojabas.

Señaló la silla que estaba en el lado opuesto de McCoy. Este asintió y Stewart tomó asiento. La americana de la noche anterior había sido sustituida por una cazadora con cremallera, pantalones de cuadros y náuticos. A decir verdad, se parecía bastante a Jack Nicklaus.

—¿Qué tal se encuentra tu amigo esta mañana? —preguntó Stewart—. Me costó lo suyo convencer al barman de que no había sido yo el que había vomitado en el suelo. Tenía muy malas pulgas, te lo aseguro.

—¿Te refieres a Wattie? —preguntó McCoy—. Estará bien. Nada que un refresco y un bocadillo de beicon no puedan curar. Creo que el problema será la conversación con su esposa.

Stewart hizo un gesto de perplejidad y luego volvió a asentir.

McCoy se puso en pie y le tendió la mano.

—Bueno, ha sido un placer volver a verte. Que tengas suerte con la búsqueda de tu hijo. Yo tengo que irme, voy con retraso.

Stewart se mostró contrariado.

—¡No! Tengo que hablar contigo. Llevo toda la mañana buscándote. ¿Adónde vas? —Alzó las manos—. Lo siento, no es asunto mío...

—A Aberdeen —dijo McCoy agarrando su bolsa—. Me marcho.

—¿Aberdeen? —preguntó Stewart—. ¿Está muy lejos de aquí?

—Hacia el norte —respondió McCoy—. A unos doscientos cuarenta kilómetros.

El gesto de decepción en la cara de Stewart provocó que McCoy se sintiese un tanto culpable. El pobre tipo daba la impresión de haber perdido todo su dinero en la última apuesta.

—Verás —dijo McCoy—. Si pasas por Glasgow en los próximos días, búscame. En la comisaría de la calle Stewart, que no está muy lejos del centro. Cualquiera podrá indicarte...

—¿Puedo ir contigo? —preguntó de repente Stewart—. ¡Por favor! Lo siento, pero anoche me dijiste más cosas con sentido en cinco minutos de lo que me habían dicho los policías de Greenock en tres horas. Pareces saber de lo que...

—Mira, colega, no creo que sea buena idea...

—Por favor —repitió Stewart—. Es mi único hijo. Es todo lo que me queda. He venido hasta aquí y me he topado con un muro. No puedo... —De repente empezó a llorar. Agarró una servilleta de la mesa y se enjugó las lágrimas—. Lo siento. No sé qué otra cosa hacer. Creí que podrías ayudarme. Contaba con ello. —Stewart intentó recomponerse, volvió a frotarse los ojos. Era un tipo grande y fuerte, transmitía la típica confianza en sí mismo de los yanquis, pero McCoy sintió cierta pena por él. Fuera quien fuese, estaba perdido en un país que no conocía, buscando a su hijo desaparecido sin que a nadie le importase lo más mínimo. No le perjudicaría escuchar su historia, darle algunos consejos.

—Venga —dijo McCoy—. Me harás compañía.

Una gran sonrisa brotó en la cara de Stewart, agarró la mano de McCoy y la sacudió con fuerza.

—Gracias, amigo. Eres buena persona. Te lo agradezco. No te causaré problemas. Te lo prometo.

*

McCoy observó a través del mojado parabrisas, vio el cartel de la salida para Dunblane, faltaban siete kilómetros. Dunblane solo significaba una cosa: el café Fourways, la tradicional parada camino

del norte. Llevaban un par de horas en ruta, tiempo más que suficiente, y el estómago de McCoy volvía a rugir. Había llegado el momento de detenerse a repostar. Echó un vistazo al asiento del copiloto. Stewart no le había mentido, no había causado problema alguno, más que nada porque había estado fuera de combate durante las dos últimas horas. Roncaba ligeramente, repantigado en el asiento delantero del Vauxhall Viva. Había empezado a bostezar en cuanto se montó en el coche, le dijo a McCoy que no había pegado ojo en toda la noche, debido al *jet lag*, y para cuando llegaron al puente Kingston ya se había dormido. Desde entonces no se había despertado.

McCoy salió en la rotonda y detuvo el coche en el aparcamiento de la cafetería. Pretendía dejar a Stewart en el coche, durmiendo, para poder desayunar tranquilo, pero en cuanto salió del automóvil, Stewart abrió los ojos y miró a su alrededor.

—Te quedaste dormido —dijo McCoy.

—Lo siento —se disculpó Stewart incorporándose—. ¿Hemos llegado? ¿Estamos en Aberdeen?

—Ni por asomo —dijo McCoy—. Vamos, es hora de desayunar.

El Fourways estaba lleno, como siempre. Tuvieron que esperar un rato hasta que un joven que jugaba a ser un camarero eficiente limpió la mesa para que pudieran sentarse. McCoy pidió gachas de avena. Stewart quiso un zumo de naranja natural, unos panqueques con jarabe de arce y también un poco de beicon crujiente. Para acabar pidió un panecillo y una salchicha, un bocadillo de beicon y una lata de Fanta. Le gustó la idea de la «salchicha plana» tras dar varios bocados.

—Es como una especie de hamburguesa pero a la pimienta. —dijo a modo de veredicto.

Transcurridos diez minutos, después de charlar un poco sobre el clima y relatarle su vuelo desde Estados Unidos, McCoy apartó el cuenco vacío y encendió un cigarrillo.

—De acuerdo. Cuéntame la historia —dijo—. Empieza por el principio.

Stewart asintió, se bebió lo que le quedaba del café, hizo una mueca de desagrado y empezó a hablar.

—Recibí una llamada hace tres días en mi casa de Beacon Hill.

—¿Beacon Hill? —preguntó McCoy.

—Boston —respondió Stewart. Prosiguió—: Me dijeron que mi hijo Donald se había ausentado sin permiso. No había vuelto al barco cuando se acabó el permiso para bajar a tierra.

—¿Qué barco? —preguntó McCoy. Entonces se dio cuenta de algo que debería haber entendido antes—. ¿Está destinado en Holy Loch?

Stewart asintió.

—Así es.

Holy Loch, la enorme base naval construida para albergar los submarinos nucleares estadounidenses, se encontraba al otro lado de Greenock. Veías a los soldados en el pueblo de vez en cuando, conduciendo los llamativos coches que se traían consigo. Varios cientos de ellos estaban destinados allí, incluso disponían de sus propios colegios, boleras y restaurantes. Era como un pequeño pueblo estadounidenses a orillas del Clyde; como si hubiese caído del cielo.

—Forma parte de la tripulación del *USS Canopus* —continuó Stewart—. Oficial de división. Lleva ahí unos seis meses.

Un detalle llamó la atención de McCoy.

—Un segundo. ¿Te llamaron a Estados Unidos tan solo un día después de que no regresara? —preguntó—. ¿No es un poco precipitado? ¿Los soldados no suelen beber mucho y regresar tarde en más de una ocasión? ¿O es que he visto demasiadas películas?

Stewart sacudió la cabeza.

—No, tienes razón. No es un procedimiento habitual. La llamada respondió a un favor, más bien, una especie de aviso.

—Muy amable por parte de ellos —dijo McCoy—. No tenía noticia de que en la Armada de Estados Unidos fuesen tan cordiales.

Stewart se recostó en el respaldo de la silla.

—Para ser sincero, no creo que sean tan amables con todo el mundo. Digamos que me mantenían informado.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó McCoy.

Stewart parecía un poco avergonzado.

—Bueno, yo fui uno de ellos hasta que me retiré. Era capitán.

—Eso quiere decir que serviste durante bastante tiempo —dijo McCoy.

—El actual comandante del *Canopus* fue uno de mis antiguos tenientes. Creyó que me gustaría saberlo. Pensó que Donny regresaría al día siguiente y que podría llamarle y echarle un rapapolvo. Transmitirle que le tenían controlado y que era mejor que no hiciese ninguna tontería.

—Pero no regresó al día siguiente... —dijo McCoy.

—No —dijo Stewart—. No regresó. Ni al otro. Así que me subí a un avión y volé hasta Prestwick. Suponía que habría vuelto para cuando llegase aquí.

—¿Y su madre? ¿Qué opina ella?

—Grace falleció hace diez años —dijo Stewart—. Cáncer.

—Lo lamento —dijo McCoy.

Stewart asintió.

—Ella jamás me perdonaría que no hiciese todo lo posible para encontrarlo.

McCoy recapacitó durante unos segundos.

—No sé muy bien cómo preguntarte esto, pero ¿es el tipo de muchacho que suele desaparecer? ¿Suele meterse en problemas?

Stewart negó con la cabeza.

—Donny, no. Ha habido ocasiones en que he deseado que lo hiciese, que se desahogase un poco, que se emborrachase o que se enrollase con alguna chica. Pero no es de esos. Es un chico tímido, callado, sobre todo desde que Grace murió. Ni siquiera estaba seguro de que fuese capaz de superar el entrenamiento básico, pero lo logró. Lo destinaron aquí y estaba absolutamente feliz.

McCoy alzó la vista al cielo gris y se quedó mirando el aparcamiento mojado por la lluvia y plagado de charcos lodosos.

—¿Aquí? —preguntó—. ¿En serio? ¿Me estás diciendo que esto es mejor que Pearl Harbor?

—Para Donny, sí. Se quedaba con su abuelo cuando yo estaba fuera del país y este se pasaba el día diciéndole que era escocés, que era su legado, que Escocia era su hogar.

McCoy le miró con suspicacia.

Stewart alzó las manos.

—Lo sé, no tienes que decir nada. Es estadounidense de la cabeza a los pies, tanto como la tarta de manzana, pero no para su abuelo. No, señor. Nuestra familia es originaria de Escocia, de ahí fuimos a Terranova y después a Boston. Primero balleneros, después la Armada. El tema de los orígenes se perdió en una generación, conmigo. Tal vez el hecho de que no lograse convertirme en escocés le llevó a intentarlo con más fuerza con Donny. Por lo que a mí respecta, prefiero estar en Carolina del Sur, en la parte de atrás de un bote, pescando peces espada, en bermudas, con el sol pegándome en la espalda y una cerveza en la mano. Ahí era adonde íbamos Grace y yo todos los veranos. Pero Donald se tomó en serio el asunto escocés. Roberto I de Escocia. Colgó de la pared un mapa de clanes, incluso tenía una camiseta de un equipo de fútbol escocés cuando era un niño. No fui capaz de aficionarlo a los Patriots, ni con amor ni con dinero, y te aseguro que lo intenté. Con ahínco.

—¿Y qué te dijeron los de la Armada cuando llegaste aquí? —preguntó McCoy.

Stewart se encogió de hombros.

—No gran cosa. Como tú has dicho antes, cuando están en puertos extranjeros, los soldados salen por ahí sin permiso en infinidad de ocasiones. Me dijeron lo que ya sabía. Por lo general, suelen regresar cuando se les acaba el dinero o cuando la mujer con la que se han acostado se cansa de ellos.

—¿Y no podría ser eso lo que le ha pasado a Donald? —preguntó McCoy—. Parece la explicación más sencilla.

—Te diré una cosa. Si fuese así, me alegraría —respondió Stewart

—. Aceptaría la preocupación si supiese que se lo está pasando bien. Pero Donny no es de esos. Como te he dicho, no es de los que corren aventuras. —Miró a McCoy—. Por eso estoy preocupado.

McCoy se puso en pie.

—Mañana tengo el día libre. Si hoy no aparece, haremos algunas preguntas. Pero tengo que volver al trabajo el lunes. ¿Entendido?

Stewart asintió. Parecía aliviado. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un rollo de billetes de veinte.

—Puedo pagarte, no será un problema.

—Deja tu dinero —dijo McCoy—. No seas estúpido. —Pero entonces se lo pensó mejor—. Pero si te sientes lo bastante generoso, puedes pagar el carburante. Se nos está acabando.

Stewart se sorprendió.

—La gasolina —aclaró McCoy.

Stewart asintió.

—¡Ah! Lo haré encantado.

Se levantaron y se dirigieron hacia la puerta.

—No me has dicho por qué tienes que ir a Aberdeen —dijo Stewart.

—Tengo que recoger a alguien —respondió McCoy—. Es un favor.

Stewart asintió y salieron de la cafetería. La lluvia los acompañó hasta el coche. McCoy no mentía, iba a recoger a alguien. El problema era que ese alguien no tenía ni idea de que iba a buscarlo.

Cuatro

La cárcel de Peterhead estaba situada en un risco justo a las afueras de Aberdeen, por encima de la bahía, con un enorme espigón extendiéndose por debajo para intentar contener las envestidas del bravío mar del Norte. Se trataba de una triste reunión de edificios bajos y rectangulares, cubiertos por una gruesa capa de yeso, con ventanas diminutas y patios de ejercicio sobre los que pendían alambres retorcidos. La mayoría de los días, la lluvia y el viento aullaban provenientes del mar, sacudiendo las ventanas, inclinando los árboles, provocando que los guardias cruzasen los patios a toda prisa para volver al interior lo antes posible. Peterhead era la cárcel a la que enviaban a los chicos malos de otras prisiones. Aquellos que habían agredido a funcionarios o a otros presos, tipos tan rabiosos, perturbados y frustrados que habrían atacado a un globo enganchado a un palo si hubiesen tenido ocasión. Los amontonaban en camionetas, en dirección al norte, y los encerraban en un lugar en el que incluso ellos iban a pasar miedo.

—¿Vamos a una cárcel? —preguntó Stewart al leer el cartel justo al abandonar la carretera principal.

—Sí —respondió McCoy—. Un amigo mío se metió en un pequeño lío, nada serio, y hoy queda en libertad.

De haber sido Pinocho, pensó McCoy, su nariz ya habría roto el parabrisas. Aun así, a Stewart no iba a hacerle ningún daño desconocer los detalles. Entraron en el aparcamiento de grava, detuvo el motor, miró por la ventanilla hacia la enorme puerta y las instalaciones de la prisión que se extendían tras ella.

—Menudo sitio —dijo Stewart—. Hace que la mazmorra de Miramar parezca un lugar acogedor.

McCoy comprobó la hora. La una menos cinco. Justo a tiempo. Le dijo a Stewart que tardaría unos diez minutos y salió del coche. Sintió de inmediato el amargo viento que soplaba desde el mar. En Glasgow ya era el mes de abril, se notaba que la primavera estaba llegando. Pero ahí arriba no, todavía estaban en pleno invierno. Se levantó las solapas de la americana, hundió las manos en los bolsillos y se dirigió a la puerta. El mar del Norte, gris y furioso, se estampaba contra las rocas y contra el espigón levantando una cortina de espuma. Podía notar el salitre en el aire, el frío y cortante viento, lo que le llevó a preguntarse por qué alguien querría vivir allí.

Había unas cuantas personas fuera, esperando, con aspecto triste bajo la lluvia y el viento. Una pareja de viejos, una mujer joven con un niño pequeño embutido en un anorak y con pasamontañas de lana azul. McCoy asintió a modo de saludo y se colocó a su lado. Logró encenderse un cigarrillo tras varios intentos. Comprobó que, para variar, no le dolía el estómago. A lo mejor, las gachas de avena eran una buena idea, después de todo.

—Ya falta poco, hijo —dijo el señor mayor al ver la hora en su reloj—. Si estos bastardos tienen una cosa buena es que siempre son puntuales. Eso hay que reconocérselo.

En cuanto cerró la boca, la puerta de varios niveles de la entrada principal se abrió y la cruzó un hombre joven con la cabeza rapada, chaqueta y pantalones vaqueros y una bolsa bajo el brazo, con evidente gesto de frío. El niño pequeño gritó «¡Papá!» y echó a correr hasta saltar a sus brazos. Tras él apareció un hombre mayor que le hizo un gesto con la mano a la pareja de viejos y caminó hacia ellos. No salió nadie más. McCoy maldijo entre dientes. Si se había equivocado de fecha y tenía que arrastrarse hasta allí otra vez le iba a sentar como una patada en el culo. Esperó un minuto más, se secó las gotas de agua de la cara y se dio la vuelta para volver al coche. En ese preciso momento oyó una voz conocida.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí?

Al mirar hacia la puerta vio que por ella estaba saliendo Stevie Cooper, con un paquete de papel marrón en la mano y una enorme sonrisa en la cara.

—Su carruaje le espera —dijo McCoy con una reverencia y señalando después hacia el maltrecho Vauxhall Viva.

Cooper se le acercó y lo estudió de arriba abajo. No parecía muy impresionado.

—Necesitas un traje nuevo —dijo—. Aunque no tienes mala pinta.

—Gracias —dijo McCoy—. Me alegro de verte.

—Ven aquí —dijo Cooper sonriendo.

McCoy negó con la cabeza.

—Ni hablar.

—Venga ya —insistió Cooper—. Solo quiero darte un abrazo. Te he echado de menos.

—Sí, claro —dijo McCoy dándose la vuelta para alejarse, pero Cooper no se movió, se quedó quieto, sonriendo, con los brazos abiertos. McCoy suspiró y se dijo que lo mejor sería pasar lo más rápido posible por ese trance. Cooper lo agarró, le colocó la cabeza bajo su brazo y empezó a frotar los nudillos contra la coronilla de McCoy.

—¿Te rindes? —le preguntó.

McCoy intentó decir que sí, pero no pudo articular palabra con la cara enterrada en la chaqueta de Cooper.

—¿Qué dices? —preguntó Cooper—. ¡No te oigo!

McCoy logró decir, con un hilo de voz, que sí y Cooper lo soltó.

—¿Hasta cuándo vas a seguir haciendo esto? —dijo—. ¿Qué edad tienes, Cooper? ¿Nueve años? Ya no somos dos críos.

Cooper le tendió la mano y tiró de él.

—Venga ya —dijo—. Deja de lloriquear. ¿Dónde está el pub más cercano?

McCoy se alisó la ropa y echaron a andar por el aparcamiento hacia el coche. Cooper se detuvo.

—¿Quién es ese? —preguntó—. El del coche.

—Ese... —dijo McCoy, sin estar muy seguro de lo que iba a decir —. Ese es Andrew Stewart, capitán retirado de la Armada de los Estados Unidos.

Cooper le miró a los ojos.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Ya te lo explicaré —dijo McCoy abriendo la puerta del coche—. Entra de una vez, que se me están congelando las pelotas.

Veinte minutos más tarde, Cooper tenía una pinta de cerveza en la mano y estaba sentado en un rincón de un sórdido pub con el absurdo nombre de Peep Peeps Bar, El Mirón de Mirones. Se hallaba cerca de los muelles, fue el primero con el que se toparon; qué se le iba a hacer. Eran los únicos parroquianos, lo cual no resultaba sorprendente habida cuenta del deprimente recibimiento que les había dispensado el dueño, así como del estado del local. El televisor, sobre un estante en la pared, mostraba las carreras de caballos sin sonido y los diminutos radiadores no hacían gran cosa para paliar el frío. Cooper engulló media pinta de un trago y dejó el vaso sobre la mesa. Stewart se había ofrecido a ir a dar una vuelta para que pudieran «charlar un rato» y había salido a mojarse en la gris Aberdeen tras decir algo relacionado con los barcos del puerto.

—Dios santo —dijo Cooper secándose la boca—. Estaba deseando tomarme una. ¿Tienes tabaco?

McCoy le tendió un paquete de Number 10. Cooper tenía más o menos el mismo aspecto que siempre, tal vez un poco más pálido. Tupé rubio, cazadora roja con la cremallera subida y vaqueros. Daba la impresión de que había ganado algo de músculo en la cárcel, tenía los hombros más anchos. Debía de haber hecho ejercicio.

—Bueno, cuéntame cómo te ha ido —preguntó McCoy—. No se te cayó el jabón en la ducha, ¿verdad?

Cooper se encogió de hombros. No le rio la gracia.

—¿Eso es todo? —dijo McCoy—. Has estado ahí dentro casi seis meses. Algo te habrá pasado.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó Cooper.

McCoy asintió, aunque, de repente, dudó de si estaba haciendo lo correcto.

—Vale. Pídeme otra pinta y te lo cuento —respondió Cooper.

McCoy se acercó a la barra pensando en qué era lo que había cambiado en Cooper. Se dijo que todo seguía igual, que era el mismo de siempre, como cuando quería ascender, antes de convertirse en el Gran Jefe, protegido ahora por sus hombres y su dinero. El Cooper que no tenía nada que perder ni nada que temer. El Cooper peligroso. Lo cual hacía que el viaje a Aberdeen de McCoy tuviese menos posibilidades de éxito. Pero, a pesar de todo, debía intentarlo. Había un pequeño calentador de comida con tapa de cristal sobre la barra, con un par de pedazos de tarta reseca dentro. Daba la impresión de que llevaban semanas allí.

—¿Quiere uno? —preguntó el dueño al tiempo que dejaba las dos pintas de cerveza frente a McCoy.

Negó con la cabeza.

—Peor para usted —dijo el dueño, y retomó la lectura del periódico.

McCoy se llevó las pintas y las dejó sobre la mesa. Cooper tenía una moneda en la mano, se la pasaba entre los dedos, repiqueteaba con el pie en el suelo. Estaba nervioso. Le dio un trago a la cerveza y empezó a hablar.

—Los cabrones ya empezaron en la camioneta que nos traía aquí. En la cárcel te están esperando, lo saben todo de ti, saben cómo van a joderte, para asegurarse de que no puedas andar durante una semana. Jodiste a uno de los nuestros, pues ahora te vamos a joder nosotros.

—¿Te refieres a los guardias?

Cooper asintió.

—Le di una buena tunda a uno de esos bastardos en Barlinnie, por eso me enviaron aquí. Así que cuando te traen aquí te llevan a una de sus celdas, justo al fondo del pasillo para que nadie pueda oír nada, y te encuentras con que te están esperando cinco de ellos. Se hacen llamar la Brigada de los Golpes. Todos metidos en la celda, sacan las porras y los garrotes, se les pone bien dura, te retienen allí y cierran la puerta. —Sonrió—. Y te muelen a palos.

—Virgen santa —dijo McCoy.

—Empezaron a darme una y otra vez con las porras, me tiraron al suelo, y entonces uno me pateó los riñones con sus botas. Me defendí durante un rato, pero eran cinco contra uno. No tenía ninguna oportunidad, ¿no crees? Me desperté dos días después, desnudo sobre el suelo de cemento de la celda, que estaba cubierto de agua de mar. El viento soplaba por entre los barrotes. Estuve meando sangre durante una semana. Varias costillas rotas, los ojos morados, el lote

completo.

Cooper le dio otro trago a su cerveza. Todavía repiqueteaba con el pie. Miró a McCoy. Sonrió.

—¡Joder, McCoy! ¡Alegra esa cara! Tú me has preguntado. Fue a mí al que le dieron la paliza, no a ti. A la mierda, ya pasó. No me fue tan mal cuando me pusieron en la celda adecuada.

—Tenía que hacer un frío del copón ahí dentro —comentó McCoy—. Justo frente a la costa.

—Qué va —dijo Cooper, negando con la cabeza—. Hacía un calor de la hostia.

—¿Qué? —preguntó McCoy.

—Tres hombres en una celda minúscula y una sucia tubería de agua caliente que la atravesaba. La mayor parte del tiempo parecía una puta sauna. Y, además, apestaba. Sudor y pedos y pis de tres hombres usando una única cubeta. —Cooper se recostó en la silla y exhaló varios anillos de humo hacia el techo, que con el paso de los años había adquirido el color de la nicotina. Estuvo mirando las carreras de caballos durante un minuto—. Entonces, ¿me vas a contar por qué has venido? —le preguntó—. No me creo que hayas conducido hasta aquí simplemente para ser mi puñetero chófer.

McCoy lo miró a los ojos. Cooper era bueno en algunas cosas, pero ser delicado no era lo suyo. Sabía perfectamente por qué se encontraba allí McCoy.

—Aberdeen está a doscientos cuarenta kilómetros de Glasgow —dijo McCoy—. No está en la otra punta del mundo. ¿Vas a decirme que aquí no llegan las noticias?

Cooper se mantuvo inexpresivo, con la vista clavada en el televisor. McCoy maldijo entre dientes. Iba a tener que soltarlo.

—De todas las personas con las que podrías haberte peleado un sábado por la noche de borrachera, tuviste que meterte con Pat Dixon.

—Se lo merecía —masculló Cooper.

—Es posible, pero no merecía que se te fuera la olla de ese modo. Le pegaste con tanta fuerza que le rompiste el hueso ocular y ha perdido la vista de un ojo. Eso serían tres años de condena como mínimo para alguien normal y corriente, pero, debido a su experiencia legal y a la cantidad de dinero que le pagas, nuestro querido Archie Lomax lo redujo a seis meses en el relativo confort de Barlinnie. Eso fue hasta que le diste, y cito, «una buena tunda» a uno de los guardias y acabaste en la Prisión de Su Majestad de Peterhead. ¿Quieres que siga?

Cooper se encogió de hombros. Siguió lanzando anillos de humo, sin dejar de repiquetear con el pie.

A McCoy se le escapó un suspiro. ¿Por qué las cosas nunca resultaban sencillas con Cooper? Prosiguió.

—Y como bien sabes, Pat Dixon, aunque tiene cierta reputación de tarado, no es nadie comparado con su hermano Jamsie. Sí, el mismo Jamsie Dixon que lleva entrando y saliendo de Barlinnie desde los dieciséis años. Me sorprende que nunca lo hayan mandado a Carstairs con el resto de los zumbados, pero para eso estás tú. Jamsie Dixon, psicópata a sueldo, ha decidido que tú, y vuelvo a citar, «estás jodidamente muerto» por lo que le hiciste a su hermano.

—Puedo manejar a Jamsie Dixon —dijo Cooper—. No es más que otro marrullero que quiere...

—No, no puedes —replicó McCoy—. Nadie puede. Es un puto animal. Tan animal que el miércoles tiene que ir a juicio por haber apuñalado diecisiete veces a un pobre cabrón que tropezó con él en un pub. También le arrancó la oreja de un mordisco, para quedársela de recuerdo. Lo bueno del asunto es que Jamsie no puede permitirse un abogado de campanillas como tú y se va a pasar unos cuantos años a la sombra. Así que lo único que tienes que hacer es apartarte de su camino y permanecer lejos de Glasgow hasta entonces.

Cooper reaccionó airado.

—¿Y eso por qué?

—¡Porque ya tengo suficiente mierda con la que lidiar como para que te metas en más problemas con los hermanos Dixon! —exclamó McCoy—. Desy vive en Gateshead. En cuanto aprecie una señal que le llame la atención, se presentará aquí como una exhalación y, si no te pilla, irá a por Billy o Jumbo y la cosa no parará nunca.

—Sí, claro. A Desy le pueden dar por culo —dijo Cooper.

McCoy intentó mantener la calma y habló despacio.

—Lo único que te pido es que no te metas en líos durante cinco días. Solo cinco días. Quédate en un hotel de por aquí, come en la habitación, ve la tele, hazte pajas, lo que quieras, pero mantente alejado de Glasgow hasta que Jamsie entre en prisión. ¿Te parece bien?

—Llevo seis meses haciéndome pajas —protestó Cooper con un gruñido.

—¡Vale, pues le pides al conserje que te consiga compañía! —gritó McCoy exasperado—. ¡En Aberdeen hay mucho de eso! —Se inclinó hacia delante—. Lo digo en serio, Cooper. He visto lo que Jamsie Dixon es capaz de hacerle a la gente. No es nada agradable.

—¿Por qué de repente te preocupas tanto por mí? —preguntó Cooper—. ¿Has conducido todos estos kilómetros solo para advertirme?

—Te equivocas —replicó McCoy—. No eres tú el que me preocupa. Soy yo. Murray ha vuelto y no está nada contento. Cree que hemos estado haciendo un trabajo de mierda y no se equivoca. Solo hay que leer los periódicos. Los titulares. Violencia en las calles de

nuestra ciudad. La policía tiene que actuar. Esa clase de mierdas. Lo último que necesito es una pelea de bandas en las primeras páginas de los periódicos para aumentar el efecto.

En cuanto dijo esas palabras, deseó no haberlo hecho. Murray siempre ejercía de trapo rojo para Cooper.

—Así que ha vuelto, ¿eh? El Gran Jefe Murray —dijo.

McCoy asintió.

—Y por eso tienes que volver a besarle el culo, a correr detrás de él como si fueses su perrito faldero.

Si Cooper pretendía incomodarlo, lo estaba logrando. McCoy se esforzó por no reaccionar, por mantenerse impasible. Cooper se inclinó hacia delante, acercándose a su cara. Tenía aquella mirada que McCoy conocía tan bien. Esa mirada que significaba que estaba enfadado. Muy enfadado.

—Haré lo que me salga de la punta de la polla, McCoy —dijo sin separar los dientes—. Y ni tú ni Murray me vais a detener. ¿Lo pillas? Si crees que me voy a quedar aquí, escondiéndome como un perro asustado del puto Jamsie Dixon, estás muy equivocado. El gilipollas de su hermano empezó el asunto y yo lo acabé. Fin de la historia. Si Jamsie Dixon quiere seguir con el asunto es cosa suya, pero yo no me voy a echar atrás. Puede venir a por mí las veces que quiera. Y ahora ve a pedir otra pinta para mí.

Así era Cooper, siempre igual. McCoy no entendía cómo podía sorprenderle. Te ponía a prueba. Le había pedido a McCoy que le trajese una pinta no porque tuviese sed. Quería que lo hiciese porque se lo había pedido. Tenía que demostrar quién era el jefe, siempre había actuado de ese modo, desde que eran niños. Lo único que Cooper necesitaba era lealtad: o estabas con él o contra él, y si McCoy no le llevaba la pinta, estaría contra él. No tenía sentido que McCoy se encarase con él cuando estaba de ese humor.

—Stevie, por favor, apártate de Jamsie durante unos días, compórtate cuando estés en Glasgow, si eso es lo que quieres, pero no te metas en líos. Hazlo por mí, ¿de acuerdo?

Cooper agitó su vaso vacío frente a él.

—Una cerveza y un whisky y me lo pensaré.

McCoy asintió, agarró el vaso y se fue a la barra. Ignoró el nudo que sentía en el estómago y la sensación de que había vuelto al colegio, haciendo lo que Stevie le decía para que le protegiese cuando se presentaban los abusones y los Hermanos Cristianos. Le daba la impresión de no haber salido nunca de allí.

Para cuando Stewart regresó, Cooper ya se había bebido la mitad de la tercera pinta y estaba de mucho mejor humor. McCoy había hecho lo que le había pedido que hiciese, así que por lo que a él respectaba el mundo volvía a estar en orden. Incluso había dejado de

repiquetear con el pie en el suelo.

Stewart se sacudió el agua de su chaqueta y se sentó.

—Menudo tiempecito —dijo—. ¿Queréis tomar algo?

—Una Coca-Cola —dijo McCoy—. Tengo que conducir.

—Una pinta —añadió Cooper—. Y un whisky doble. De malta.

Stewart se acercó a la barra y McCoy miró a Cooper.

—¿Qué pasa? —dijo Cooper—. Es yanqui, seguro que tiene pasta. Además, le estás haciendo un favor, ¿no es cierto?

—Sí —contestó McCoy—. Pero se lo estoy haciendo yo, no tú. Así que tómatelo con calma.

Stewart regresó con las bebidas en una bandeja y la dejó sobre la mesa.

—Harry me ha contado que te metiste en una pelea en un bar —dijo al sentarse.

Cooper asintió, esforzándose por no sonreír.

—Algo parecido.

—De joven, yo también me metí en unas cuantas —dijo Stewart —. Cuando pasas muchos días en alta mar, llegas a una ciudad extranjera y bebes demasiado, suele pasar. Los hombres somos así. Cuéntame, ¿qué pasó?

McCoy se activó de golpe, ansioso por escuchar la respuesta.

—Sí, Steve —dijo—. Cuéntale a Stewart qué te pasó.

Cooper no entró al trapo.

—Bueno, ya sabes, Andrew —dijo—. Soy un hombre de negocios y me veo obligado a tocar muchas teclas.

Stewart asintió. McCoy negó con la cabeza.

—¿En serio? Pues acaba tu copa, Nelson Rockefeller. Tenemos que montarnos en el famoso Viva y regresar a Glasgow.

Cinco

McCoy tamborileaba con los dedos sobre el volante. Había tenido que detenerse a un lado de la carretera por enésima vez para que Cooper hiciese pipí. Demasiada cerveza. Lo único que podía ver a través de la cortina de lluvia era un campo salpicado de vacas de expresión triste que se apiñaban en busca de calor. No sabía dónde estaban, pero parecía un lugar deprimente. Se abrió la puerta del copiloto y Cooper se montó en el coche.

—Me estaba congelando —dijo soplándose los dedos—. No estoy acostumbrado.

—Esta es la última puñetera vez que paro el coche —le advirtió McCoy—. A partir de aquí, vas a tener que aguantarte.

Cooper no le hizo caso, se encendió un cigarrillo y se chupó el pulgar. McCoy suspiró, puso en marcha el motor, salieron de la zona de descanso y se adentraron de nuevo en la carretera. Como ruido de fondo se oían los comentarios sobre fútbol en la radio, y también el ir y venir de los limpiaparabrisas. McCoy estaba cansado y temía dormirse. Bajó la ventanilla, tomó aire un par de veces y volvió a subirla.

—¿Qué crees que puede haberle pasado a tu chico? —preguntó Cooper sin previo aviso. Apenas le había dirigido la palabra a Stewart.

—No tengo ni idea —respondió Stewart—. Espero que tu amigo me ayude a descubrirlo.

—Sí, bueno, has acudido a la persona ideal. McCoy es un gilipollas, eso por descontado, pero es un buen policía. Se le da bien lo de perseguir a la gente. Cantarles a los demás las cuarenta.

McCoy se esforzó por no replicar. Subió el volumen de la radio. Noticias de deporte.

«... y se ha confirmado hoy que George Foreman peleará contra Muhammad Ali el 24 de septiembre en el Zaire, en lo que se ha dado en llamar “La pelea en la selva”...»

Stewart soltó un silbido.

—Amigos, ese va a ser un combate de verdad.

—¿Te gusta el boxeo? —preguntó McCoy bajando el volumen.

—Supongo que sí —dijo Stewart—. Representé a mi país en las Olimpiadas del 48.

Cooper se dio la vuelta para mirarlo.

—¡Y una mierda!

Stewart asintió con una sonrisa.

—Lo hice. Me zurraron de lo lindo, pero allí estuve.

—Alucinante —dijo McCoy.

—Bueno, lo del boxeo estaba muy en boga en la Armada en aquellos tiempos —dijo Stewart—. Eran unos fanáticos. Lo único que querían era que ganásemos a los del Ejército en los combates anuales. Nos pasábamos el año entrenando. Yo logré noquear en el cuarto asalto al tipo que me tocó. Después llegaron las Olimpiadas. Mentiría si dijese que era lo bastante bueno para estar allí, pero recién finalizada la guerra no había demasiados jóvenes, así que me escogieron. Acababa de cumplir dieciocho, me enviaron a Londres con el equipo de Estados Unidos y, amigos, fue la leche. Todavía funcionaba el racionamiento, la mitad de la ciudad estaba destruida y deseaba con todas mis fuerzas volver a casa. En particular, después de que aquel tipo de Sudáfrica me noquease.

—¿Y quién va a ganar? —preguntó McCoy—. ¿Ali o Foreman? Danos tu experta opinión para que pueda apostar todo mi dinero y retirarme a Barbados.

Stewart recapacitó durante unos segundos.

—Si por mi fuera, apostaría por Ali. No es el favorito, pero tiene posibilidades. Sabe pelear. Y odia perder.

—¿Qué haces esta noche, Stewart? —preguntó Cooper.

—¿Yo? —respondió Stewart—. No gran cosa. Supongo que pillaré una habitación en un hotel en Glasgow. McCoy me ha dicho que me ayudará a buscar a Donny mañana. No tiene mucho sentido ir a Dunoon para regresar después.

Cooper asintió. Estaba sonriendo. McCoy lo miró. No se le ocurría en qué estaría pensando Cooper, pero, por el gesto de su cara, sin duda estaba tramando algo.

Stewart se inclinó y miró hacia el asiento de delante.

—Lo de mañana sigue en pie, ¿verdad que sí, Harry? ¿Todo en orden?

McCoy asintió. Después de todo, se lo había prometido.

—¡Genial! Bueno, supongo que si eso está arreglado —dijo Stewart—, pillaré una habitación y me encontraré con Harry por la mañana.

Acababan de dejar atrás Stirling, a treinta kilómetros de Glasgow, cuando Cooper finalmente enseñó sus cartas.

—Te he dicho que tengo que tocar muchas teclas —dijo—. Una de esas teclas tiene que ver con el boxeo. Me interesan los nuevos boxeadores. A lo mejor podrías venir conmigo y echarles un vistazo a algunos de ellos, ver qué te parecen.

A Stewart le desconcertó un poco la proposición.

—Sí, claro —dijo—. Estoy un poco fuera de onda, pero de

acuerdo.

—¡Estupendo! —exclamó Cooper—. Entonces iremos a ver unos combates. Esta noche, en Govan Town Hall, pelea un tipo, no estaba seguro de si llegaría a tiempo.

McCoy no podía creer lo que estaba oyendo. Se volvió hacia Cooper.

—¿Desde cuándo te interesan los boxeadores? —le preguntó—. ¿Cuándo te dio por ahí?

—Hace un tiempo —respondió Cooper—. No tengo por qué contártelo todo.

—¿Vendrás con nosotros, Harry? —preguntó Stewart—. Permitidme que os invite a cenar. Decid que sí.

McCoy iba a responder que no, porque odiaba el boxeo y no tenía ninguna intención de ver cómo alguien llenaba de sangre todo el ring. Pero entonces habló Cooper.

—Por supuesto —dijo—. Quiere tenerme controlado, asegurarse de que no hago ninguna tontería. ¿A que sí, McCoy?

Seis

Los boxeadores de Cooper estaban vinculados al Gimnasio Morrison, en la calle Sydney. McCoy aparcó el coche en la puerta y bostezó. Estaba cansado, tenía el cuerpo agarrotado y le dolía el cuello. Normal, había estado conduciendo durante unas nueve horas. Sacudió la cabeza con la intención de despejarse un poco.

—Es ahí —dijo Cooper mirando por la ventanilla—. Los chicos ya tendrían que estar dentro.

—Pues veamos qué tienes —dijo Stewart—. ¿Vienes, Harry?

McCoy negó con la cabeza.

—Llevo todo el día metido en el coche. Necesito un poco de aire fresco. Nos encontramos ahí dentro de unos veinte minutos.

Stewart asintió y salieron del coche. McCoy se encendió un cigarrillo. Cooper y Stewart se alejaron. Cooper le hablaba de un peso medio en Motherwell al que le había echado el ojo. Ahora eran buenos amigos.

McCoy los dejó allí y enfiló la calle. En realidad, no necesitaba aire fresco, simplemente no quería pasar más tiempo del imprescindible en un gimnasio de boxeo. Giró por la calle Duke cuando empezó a llover, aunque no demasiado, tan solo lloviznaba. Apreció el olor a malta proveniente de la cervecera Tennent's que se encontraba un poco más arriba en esa misma calle.

Era esa curiosa hora de la tarde de los sábados en la que todo el mundo ya ha vuelto a casa del fútbol o de comprar y todavía nadie ha salido para pasar la noche fuera. La calle Duke estaba muy tranquila, ni siquiera había mucho tráfico, tan solo el habitual ruido de los autobuses de la Corporación. Le costaba creer que ahora a Cooper le hubiese dado por invertir en boxeo. Pero si le mantenía ocupado y lejos de Jamsie Dixon, a McCoy le parecía bien. Se detuvo ante una cabina de teléfono, abrió la puerta y vio el rizado cable negro colgando, sin receptor en el extremo. Habían escrito con espray en el cristal REAL CALTON TONGS. Maldijo, soltó la puerta y echó un vistazo alrededor. El pub Shuna estaba un poco más arriba, en la esquina con la calle John Knox. Parecía la mejor opción. Entró en el local, la mayoría de los clientes observaban los resultados del fútbol en la televisión, y se pidió una pinta. Se la llevó hasta donde estaba el teléfono, metió las monedas y marcó el número de la comisaría. Pidió que le pusieran con Wattie.

—¿Sigues con vida? —preguntó McCoy.

—Por poco —respondió Wattie—. No sé qué es peor, la resaca o la bronca que me ha echado Mary.

—Te lo mereces. ¡Tuve que arrastrarte por toda la puta calle! —dijo McCoy.

—¿Así llegué a casa? —preguntó Wattie—. No lo tenía claro. Nunca más. Es decir, hasta la próxima vez.

—¿Qué tal por ahí? —preguntó McCoy.

—Nada importante —respondió Wattie—. Llevo toda la tarde sentado a mi mesa intentando volver a sentirme persona. Thomson se ha pasado el día yendo y viniendo a las apuestas y ahora está comprobando los resultados. Ah, sí, sabía que algo había pasado. Al parecer, los chicos de la Brigada Especial ya se han hecho cargo del tema de la bomba. Han estado todo el día en el apartamento, según Murray. Fue allí y los vio.

—¿Ha comentado algo más? —preguntó McCoy.

—No gran cosa. Que los de la Brigada Especial no creen que esté conectado con los paramilitares irlandeses. De ninguno de los dos bandos.

—¿Cómo? —exclamó McCoy—. No lo pillo. ¿Quién cojones más puede estar haciendo bombas en Glasgow?

—No lo sé, pero al parecer a los de la Brigada Especial no les preocupó mucho. Le dijeron a Murray que seguramente había sido un pirado resentido con alguien y que se dio cuenta demasiado tarde de que montar una bomba no era tan sencillo.

—¿Resentido? —preguntó McCoy—. ¿Están de broma?

—¿Quién cojones puede saberlo? —dijo Wattie—. A lo mejor era alguien al que habían despedido o algo parecido y se le fue la olla. En cualquier caso, nos han dejado a nosotros el marrón de limpiar todo aquello, de ponernos en contacto con su familiar más cercano y de descubrir qué ha pasado. No les habrá dado la gana de esforzarse. ¿Dónde está usted?

McCoy echó un vistazo al pub. Bajo un chisporroteante tubo de neón que iluminaba una pared cubierta de terciopelo rasgado, un viejo se había sacado la dentadura postiza y la limpiaba tranquilamente con un pañuelo sucio mientras leía el periódico. Dos hombres de mediana edad estaban apuntalados en la barra, tan borrachos los dos que apenas podían mantenerse verticales. Y para rematar la panorámica, un perro que había logrado colarse olisqueaba el suelo del local.

—En el infierno, me temo. Nos vemos el lunes.

McCoy colgó el teléfono y observó su pinta de cerveza. Daba la impresión de tener una película de aceite encima, sobre la que se había formado un arcoíris al reflejar los colores de la televisión. Se le revolvieron las tripas, no tenía claro si podría soportarlo. Acababa de

pedir un whisky cuando oyó una sirena, que sonó con más fuerza al pasar frente al pub. Se dijo que la noche de los sábados empezaba temprano. Pero cuando le estaba dando un trago al whisky, oyó pasar otra sirena. Y después otra. Eso era algo más que la noche del sábado. Se acabó el whisky de un trago.

No le resultó complicado seguir el centelleo de las luces colina arriba hacia la catedral. Para cuando llegó allí, había dos camiones de bomberos y tres coches patrulla aparcados fuera, con las luces centelleando. Varios agentes uniformados estaban tendiendo una cinta de seguridad. La catedral de Glasgow era enorme, un gran edificio oscuro justo al lado del Royal, el hospital docente de la ciudad. Allí mismo, como una gigantesca sombra en la oscuridad, estaba la Necrópolis, en la colina. Fuera lo que fuese, había ocurrido en el interior; dos agentes estaban apostados en la puerta principal, los bomberos entraban y salían.

Detuvo a un agente y le enseñó su tarjeta.

—¿Qué ha pasado?

—Una explosión, señor, dentro de la catedral.

—¿Una explosión? —preguntó McCoy—. ¿Qué clase de explosión?

El joven uniformado miró a un lado y a otro, como para comprobar si alguien podía oírlos.

—Creen que ha sido una bomba, señor, en el altar.

McCoy maldijo entre dientes. Al parecer, el tipo que había estado construyendo bombas en la calle West Princes había montado más de una.

Siete

McCoy no había entrado nunca en la catedral, nunca había tenido un motivo para hacerlo, así que ignoraba por completo lo grande que era. Parecía no acabar nunca, los altos techos, los pequeños nichos en los costados, las vidrieras policromadas y los suelos de baldosas que amplificaban el sonido de sus tacones al caminar hacia el grupo de personas que se encontraba en un extremo.

—¿Otra vez usted?

Se dio la vuelta y el corpulento bombero con el que se había cruzado en la calle West Princes surgió de entre las sombras de una columna.

McCoy asintió.

—Es otra...

—¿Otra bomba? —preguntó—. Sí. Venga ya.

Caminaron hacia la pared más alejada. Ahora que estaba más cerca pudo apreciar la gran cruz ornamentada que colgaba de uno de los costados; presentaba quemaduras, como la pared que tenía detrás.

—La pusieron en el altar —dijo el bombero—. No ha causado muchos daños. La explosión se disipó debido al espacio. Un par de telas bordadas prendieron, pero pudimos apagarlas rápido. Aunque el altar está destrozado. No quedan más que añicos.

Al acercarse, McCoy se fijó en un cura sentado en uno de los bancos de la primera fila, vestido de negro, con alzacuellos y evidente gesto de consternación. No esperaba encontrarse con la persona que estaba sentada tras él. El detective McCormack le tendió la mano y se saludaron.

—Un poco lejos de tu zona, ¿no? —preguntó McCoy.

McCormack asintió.

—Estaba en el hospital, visitando a una persona, cuando oí las sirenas. El señor Morris fue quien llamó.

El cura alzó la vista hacia McCoy.

—Me encontraba en la rectoría cuando oí la explosión. Vine corriendo. El altar estaba destrozado, creí que la cruz caería también. Llamé a emergencias y...

Dio la impresión de quedarse sin palabras. Parecía totalmente superado.

McCormack le palmeó el hombro y se puso en pie.

—¿Quieres verlo? —le preguntó.

McCoy no tenía ni idea de cómo era antes el altar, pero ahora no mostraba muy buen aspecto. Apenas quedaba una pila de madera humeante y restos de mármol, húmedos debido al agua que los bomberos habían usado para apagar el fuego. Los bomberos empezaron a recoger su material. Retiraron los restos de una pancarta de tela quemada y húmeda del techo.

—¿Estaba cerrada la catedral? —preguntó McCoy.

McCormack negó con la cabeza.

—El señor Morris, el cura, no está seguro. Me ha dicho que a veces se olvida de cerrar, aunque me ha pedido que no se lo dijese a nadie.

McCoy vio cómo caía la pancarta del techo encima de uno de los bomberos. Sus compañeros se echaron a reír mientras él intentaba zafarse de ella.

—Hoy es Sábado Santo —dijo McCoy—. Una bomba en la catedral. ¿Qué sentido tiene? ¿Algo religioso?

McCormack sonrió.

—Tú sabes más de eso que yo. No hay mucho sectarismo en Ballachulish.

—Mucha oveja asustada —comentó McCoy.

—Algo así —dijo McCormack—. Sea cual sea la motivación, me parece más una protesta que cualquier otra cosa. Ha sido una bomba pequeña, nadie ha resultado herido.

—Pero ¿por qué aquí? —preguntó McCoy.

—Eso —aclaró McCormack— es lo que te toca descubrir a ti. Yo me voy a casa. No quiero malgastar ninguno de mis días libres en asuntos de la policía.

McCoy lo vio alejarse. Lo entendía perfectamente, no era su caso y estaba fuera de servicio. Él habría hecho lo mismo. Nunca se había cruzado con McCormack en un bar de polis, siempre parecía estar en su mundo, pero a McCoy le gustaba. Sabía lo que se hacía.

Se sentó en un banco y se puso a pensar. ¿Por qué esta iglesia? ¿Y por qué en el altar? Suponía una falta de respeto mayúscula, porque el altar era el lugar más sagrado de una iglesia. Los que habían puesto la bomba o bien eran católicos furibundos con un odio tremendo al protestantismo, o bien algún tipo de chalados anticlericales. Pero ninguna de las dos opciones parecía tener mucho sentido. Alzó la vista y la fijó en la cruz torcida en la pared. La verdadera pregunta era: ¿se trataba de eso? ¿Una única bomba a modo de protesta o habría más bombas en otras iglesias? Si el tipo de la calle West Princes había construido la suya, fácilmente podía haber otros que hubiesen hecho lo propio.

Se puso en pie, se detuvo un segundo para persignarse y se dio la vuelta. Vio que Murray estaba recorriendo el pasillo hacia él, con las

manos embutidas en su abrigo de piel de oveja. Su cara era un poema.

—¿Qué te parece? —preguntó—. ¡Una bomba en un lugar como este! Yo me casé aquí. Es una vergüenza.

McCoy asintió. Le daba la impresión de que su jefe se lo iba a tomar como algo personal. Lo último que necesitaban.

—El daño ha sido menor —dijo.

—Ya veo —confirmó Murray observando lo que quedaba del altar —. Malditos vándalos.

—¿Cree que ha sido eso? —preguntó McCoy.

—Podría ser.

—Los vándalos suelen pintar con espray, romper unas cuantas cosas. Para ser sincero, no los veo construyendo una bomba.

—Entonces, ¿quién ha sido? —preguntó Murray al tiempo que sacaba su pipa y se la colocaba en la comisura de la boca.

—El tipo de la calle West Princes, supongo.

—¿Con qué motivo? ¿Por qué aquí?

McCoy alzó las manos para indicar que se rendía.

—Usted sabe tanto como yo. Faulds está haciendo algunas pesquisas, para ver si se trata de una cuestión religiosa. Con un poco de suerte, llegaremos a tener más información de quien ha montado las bombas y eso nos dirá algo. Se trata de una bomba pequeña, nadie ha resultado herido, podría haber sido mucho peor.

—Estupendo —dijo Murray—. Pues entonces no hay nada de que preocuparse. Solo una puta explosión en la catedral de Glasgow, nada más.

—No es eso lo que quería decir —replicó McCoy midiendo sus palabras.

Murray soltó un gruñido. Volvió a meterse la pipa en el bolsillo.

—Tenemos que llegar al fondo de este asunto, y rápido. Aunque no se trate más que de la idea de algún idiota o de un jodido chiste o de la protesta de un estudiante. No quiero más bombas en Glasgow. ¿Me has oído?

McCoy asintió con el corazón en un puño. Estaba en lo cierto. Murray se lo estaba tomando como algo personal.

Ocho

McCoy se había hecho una idea de lo que era un gimnasio de boxeo viendo películas. *Marcado por el odio, Fat City, ciudad dorada,* cosas de ese estilo. Echó un vistazo a su alrededor. Por lo que podía apreciar, sus previsiones eran bastante acertadas. El gimnasio Morrison era una gran sala con fluorescentes, sacos de boxeo colgando del techo, colchonetas de espuma en el suelo, mancuernas en ganchos metálicos en la pared y un ring elevado justo en el centro. Las paredes estaban cubiertas de fotografías enmarcadas de boxeadores, carteles de combates, hombres de aspecto maltrecho sosteniendo grandes cinturones. Había un par de jóvenes calentando en el fondo del gimnasio, saltando a la cuerda, esquivando y dando golpes al aire. El local olía a sudor y a esos ungüentos para frotar extremidades doloridas. Lo único que faltaba para completar la instantánea era un viejo con chaleco mascando un puro y a Paul Newman con un ojo morado.

McCoy tomó una silla de una pila, se sentó junto a un enorme bidón de latón que hacía las veces de cenicero al lado de la puerta y encendió un cigarrillo. Pudo ver a Stewart y a Cooper al otro lado de las cuerdas. Estaban observando a dos tipos muy delgados peleando, con cascos y almohadillas puestas. Stewart señalaba cosas, hablaba con Cooper, ejemplificaba golpes y movimientos. Cooper daba la impresión de estar fingiendo que entendía de lo que le estaba hablando, asintiendo de vez en cuando.

Los tipos que estaban en el ring eran menudos, se les marcaban las costillas a través de la pálida piel, parecían muy jóvenes. Tenían que ser peso mosca o como quiera que se llamase, supuso. Daba la impresión de que necesitaban comer en condiciones y pasar unos cuantos días tomando el sol. Durante el entrenamiento, dedicaban la mayor parte del tiempo a intentar evitarse más que a golpearse el uno al otro, pero tal vez ese era el objetivo del ejercicio. Siendo sincero, lo que McCoy sabía de boxeo podía escribirse en la parte de atrás de un sello postal muy pequeño.

Su mente empezó a vagar acompasada por el sonido de los golpes y de los saltos sobre la lona. Lo que le había dicho Wattie por teléfono no parecía tener mucho sentido, probablemente todavía estaba medio borracho, pero algo sí le había quedado claro: las bombas habían entrado a formar parte de la función. Buscar a Donny Stewart

quedaría relegado, con toda probabilidad, a un segundo plano durante un tiempo. Aun así, había prometido ayudar a su padre al día siguiente y ahora no podía echarse atrás. McCoy ni siquiera estaba seguro de qué había ocurrido en la calle West Princes. ¿Qué se suponía que era exactamente volar por los aires cuando estabas preparando una bomba? ¿Muerte por infortunio? ¿Muerte accidental? A decir verdad, poco importaba. No iban a acusar formalmente de nada a aquel tipo, se limitarían a arrancar sus dientes de la pared y enviárselos a su madre.

La verdadera pregunta era: ¿cuántas bombas más habría construido aquel tipo? La que había explotado en la catedral ¿era la primera o la última? Y si había fabricado más, ¿dónde estaban? ¿Estarían en algún sitio esperando para explotar? A lo mejor tendría que volver a hablar con Faulds. Aunque no tuviese nada que ver con Irlanda del Norte, seguían siendo bombas y él era la única persona en el cuerpo de policía que parecía saberlo todo sobre ese asunto.

Sonó una campana y McCoy alzó la vista. Los dos tipos delgados salieron por entre las cuerdas y dos tipos mucho más pesados subieron al ring, se tocaron los guantes y empezaron a bailar uno alrededor del otro. McCoy se acabó el cigarrillo, lo lanzó al bidón de latón y se acercó a donde estaban Stewart y Cooper. Quería saber cuánto rato iban a permanecer allí, tenía hambre. Stewart estaba plenamente concentrado, señalando hacia el ring.

—Ese tipo tiene buenos pies, buena rotación, buenas caderas, pero se acerca demasiado al otro. Debe dar medio paso atrás, porque si no va a arruinar su juego.

—Creo que también debería inclinar un poco la cabeza —dijo Cooper, y Stewart asintió.

—Sí, yo también me había fijado —reconoció.

McCoy estaba sorprendido. Tal vez Cooper sabía algo más de boxeo de lo que él creía. Se preguntó en qué otras cosas estaría invirtiendo Cooper. Tenía demasiado dinero en efectivo proveniente de las drogas y estaba obligado a librarse de él. Su contable siempre le decía lo mismo. Por lo que McCoy recordaba, tenía un par de pubs, varias tiendas y una discoteca cutre llamada Sparkles, nada menos que en Airdrie. Los boxeadores debían de ser su nuevo pasatiempo.

—¿Tienes hambre, Harry? —preguntó Stewart apartándose del ring.

McCoy asintió.

—Yo también —dijo Stewart—. ¿Steve?

Cooper no apartó la vista de los boxeadores.

—Solo quiero ver a uno más de estos y habremos acabado.

McCoy suspiró, regresó a su silla y encendió otro cigarrillo. Esperó. El dolor de estómago le estaba matando.

Nueve

McCoy estudió la carta. No solo había unos cien platos diferentes, sino que además todo estaba escrito en francés. Alzó la vista, Stewart había sacado sus gafas del bolsillo superior y examinaba la lista de vinos sin darse cuenta de que Cooper parecía tan perdido como McCoy. Estaban en el restaurante Malmaison del hotel Central. McCoy solo había comido allí en una ocasión. Murray cumplía cincuenta años y el menú ya estaba pactado, no tuvo que escoger nada. El local era impresionante. Había candelabros que colgaban del techo, los manteles eran blancos, las alfombras lujosas y apenas se oía el discreto tintineo de las copas y la cubertería. El Central era el hotel donde Stewart se había registrado para pasar la noche, había pedido una suite en la recepción. McCoy no tenía ni idea de cuánto podía cobrar un capitán, pero debía de ser un buen pico.

—¿Sabéis lo que queréis? —preguntó Stewart, mirándolos por encima de las gafas.

—Más o menos —dijo McCoy, a punto de dejarse llevar por el pánico—. ¿Qué vas a tomar tú?

—Creo que voy a optar por el salmón ahumado y el bistec —respondió Stewart.

—Me parece bien —dijo McCoy cerrando la carta.

—Yo también voy a pedir lo mismo —dijo Cooper, tras dejar la carta sobre la mesa.

Stewart hizo una seña al camarero para que se acercara.

—Tres *saumon fumé,* tres *filet de bœef,* al punto, unas patatas fritas y una botella de Bordeaux del 52.

El camarero asintió y no tardó en desaparecer.

—He llamado a la base de Holy Loch desde la habitación —dijo Stewart—. No hay señales de Donny. —Intentó sonreír, pero fue incapaz de hacerlo.

—Volverá —dijo McCoy—. Es un hombre adulto, no le habrá pasado nada.

Stewart asintió. No parecía muy convencido.

—Nos pondremos con eso mañana. Alguien tiene que saber algo —dijo McCoy con una convicción mayor de la que realmente sentía—. Lo encontraremos.

Stewart volvió a asentir, parecía algo más animado.

—Gracias, Harry. Lo valoro mucho.

Llegó el camarero con tres platos de salmón ahumado y los dejó con una floritura. Cooper observó el pescado, de un pálido color naranja, con algo parecido al horror. Arrancó un pedazo con el tenedor, se lo acercó a la nariz y olisqueó. Lo volvió a dejar en el plato y se puso en pie.

—Vuelvo en un minuto —dijo.

McCoy dio por supuesto que tenía intención de ir al lavabo, pero caminó en dirección contraria. No tardó en entender por qué. Billy Weir estaba en la puerta de entrada del restaurante, mirando a su alrededor anonadado. El número dos de Cooper se encontraba fuera de lugar entre todos aquellos trajes y vestidos elegantes. Él iba vestido con una chaqueta bomber, vaqueros con parches y el pelo revuelto. Cooper le dio un abrazo y se dirigieron hacia la barra. En teoría, McCoy no tenía nada de lo que preocuparse, Billy había estado al mando mientras Cooper se hallaba en prisión, así que tan solo le estaría poniendo al día, pero sí que se inquietó. Le dio la impresión de que pasaba algo y que muy probablemente tendría que ver con Jamsie Dixon.

Llegó el vino y Stewart lo cató, asintió y el camarero llenó las copas.

—Supongo que sabes que este restaurante es muy caro —dijo McCoy y dio un trago de vino. Las características de aquella cosecha le resultaron ajenas: le supo como cualquier otro vino de los que había probado—. Y vas a pasar la noche en una suite. No sabía que el sueldo en la Armada era tan bueno. A lo mejor debería alistarme.

Stewart sonrió.

—No lo es. El dinero me viene de mi bisabuelo. Fábricas de algodón.

—¿Mucho dinero? —preguntó McCoy.

A Stewart parecía darle un poco de reparo el tema.

—Bueno, supongo que podría decirse que sí.

—Lo siento —dijo McCoy—. No pretendía ser entrometido. Lo que quiero decir es si la familia tiene tanto dinero como para que alguien decidiera pedir un rescate por tu hijo.

Stewart se recostó en la silla.

—Mierda. No había pensado en eso.

—¿Sería posible?

Stewart asintió.

—Dinero hay, pero Donny no es de esas personas que alardean. Más bien le avergüenza. A él le gusta decir que ese dinero se consiguió gracias al esfuerzo de los trabajadores. No creo que nadie esté al corriente de ese detalle.

—Doy por supuesto que todo el mundo sabe que Donny es tu hijo —dijo McCoy.

Stewart asintió.

—Supongo que no resultará muy complicado sumar dos más dos —dijo McCoy—. ¿Cómo se llaman las fábricas?

—Algodones Stewart —contestó Stewart.

—Ahí lo tienes —insistió McCoy.

—Pero no ha habido contacto alguno, nadie ha solicitado un rescate —dijo Stewart.

—Todavía no —dijo McCoy—. En el caso del heredero de la familia Getty, un caso que salió en los periódicos, tardaron muchísimo tiempo en pedir dinero. A lo mejor se han inspirado en él.

—Dios mío... —Stewart rebuscó en un bolsillo de la americana y sacó un sobre—. Me he traído de casa algunas fotos de Donny, para enseñárselas a la gente.

—Buena idea —dijo McCoy.

Stewart le tendió una de las instantáneas.

—El día de su graduación.

Era una fotografía de medio cuerpo de un joven vestido con el uniforme y la gorra de la Armada. McCoy quiso encontrar algún parecido con su padre, pero no tuvo gran cosa de la que echar mano: el mismo color de pelo, rubio oscuro, pero Donny Stewart no tenía la corpulencia de su padre, era más bien alto y delgado; daba la impresión de que un golpe de aire podría llevárselo volando. Le devolvió la fotografía. Alzó la vista cuando Cooper atravesó de nuevo la puerta del restaurante, se abrió camino entre las mesas, acompañado de algunas miradas de desaprobación a sus vaqueros y a su camisa de manga corta, y se sentó.

—¿Qué pasa con vosotros dos? —preguntó.

—Nada —dijo McCoy—. Estábamos hablando del hijo desaparecido de Stewart.

Cooper adelantó su silla y miró a Stewart.

—Mira, colega, lo vamos a encontrar. McCoy es un buen poli y yo tengo contactos por toda la ciudad. Contactos al otro lado de la ley, no sé si me entiendes. Lo encontraremos.

Stewart asintió y alzó su copa.

—Por vosotros dos. Bien sabe Dios lo perdido que estaba sin vosotros.

Brindaron y Cooper se bebió de un trago el vino de su copa.

—Entonces —dijo—, ¿mis muchachos saben pelear? ¿O estoy tirando el dinero?

—No lo estás tirando en absoluto —contestó Stewart—. Uno de ellos puede ser realmente bueno, el peso medio de pelo negro. Aunque tendría que verlo en un combate de verdad. Entrenar es una cosa, pero lo que importa es observar cómo se comporta en el ring. Veremos si tienes a un campeón o no.

—Será mejor que sí —dijo Cooper—. He metido bastante dinero.

—Los chicos que hemos examinado esta noche, ¿son todos los que llevas? —preguntó Stewart—. Ahí hay mucho talento...

Stewart y Cooper siguieron hablando, pero McCoy dejó de escucharlos. Algo había cambiado. El tintineo de la cubertería y de las copas había cesado, nadie hablaba, el salón había quedado repentinamente en silencio. Al alzar la vista entendió el porqué.

Jamsie Dixon, con el pelo largo y rubio, ataviado con un largo abrigo de cuero, estaba atravesando con rapidez el restaurante, en dirección a Cooper.

—¡Stevie! ¡Cuidado! —gritó McCoy.

Fue lo único que pudo decir antes de que Jamsie Dixon se colocase detrás de Cooper con una navaja abierta en la mano. Golpeó con ella hacia abajo, pero Cooper se apartó justo a tiempo; la navaja le cortó en el brazo, no en la cara. Cooper se puso en pie de inmediato y apartó la silla. Agarró el cuchillo de la carne que estaba en la mesa y se volvió para enfrentarse a Dixon. Se abalanzó sobre él y arremetió con el cuchillo. Dixon dio un salto, se revolvió y atacó de nuevo con su navaja.

Daba la impresión de que la escena se desarrollaba a cámara lenta. McCoy pudo fijarse en los rostros de espanto en el comedor, la expresión de odio en la cara de Dixon, la boca abierta de Stewart y la navaja cortando de nuevo el brazo de Cooper.

Cooper gritó:

—¡Hijoputa!

Agarró a Dixon por la muñeca y logró hacerle perder el equilibrio. Dixon intentó zafarse, pero tropezó con la pata de una silla y cayó sobre la alfombra. Cooper pisó con rapidez la mano con la que Dixon sostenía la navaja y este lanzó un grito; acabó soltándola. Cooper se acuclilló sobre él, alzó el cuchillo, dispuesto a clavárselo a Dixon en la cara, pero McCoy se lanzó desde la mesa y empujó a Cooper.

Cooper cayó de lado y, debido a la inercia, McCoy cayó encima de él. Eso era todo lo que Dixon necesitaba. Se puso en pie y echó a correr hacia la puerta, tropezando en el camino con el carrito de los postres y el camarero que lo empujaba. Abrió la puerta y salió a toda prisa.

Pasaron varios segundos de silencio antes de que empezasen los gritos y los chillidos y de que Cooper le insultase y Stewart les preguntase si estaban bien. McCoy le tendió la mano a Cooper para ayudarle a levantarse. Tenía la camisa y los vaqueros cubiertos de sangre; intentó no fijar la vista. El *maître* apareció como salido de la nada. Preguntó si alguien había resultado herido y les dijo que iba a telefonear a la policía. McCoy sacó su cartera y mostró su tarjeta. Le

dijo que todo estaba bien. El *maître* asintió, llamó al personal de sala y los camareros se afanaron por arreglar aquel desaguisado. Lograron que todo estuviese otra vez en su sitio mucho antes de lo que cabía esperar. El *maître* golpeó varias veces con un cuchillo el costado de una copa de cristal para llamar la atención de todos los presentes.

—Damas y caballeros, les ruego disculpen el alboroto. Para ayudarles a que todo regrese a la normalidad, permítanme invitarles a una copa de whisky. ¡Gracias!

Le dedicaron unos pocos aplausos, la gente empezó a reír y a hablar de nuevo. Como si nada, una situación aterradora se había convertido en una anécdota que podrían contarles a sus amigos. Fuera quien fuese aquel *maître,* sabía cómo llevar un restaurante. McCoy miró a Cooper, que estaba de pie, a un lado, respirando sonoramente, su expresión transmitía ira mientras uno de los camareros se esforzaba por vendarle el brazo con una servilleta blanca de lino. Stewart le pidió al *maître* que sirviesen los bistecs en su suite, acompañados de otra botella de vino. Le metió un billete de veinte libras en la mano.

—Vamos arriba, chicos —propuso—. Dejemos que limpien todo esto.

Veinte minutos más tarde, estaban sentados alrededor de una mesa en la suite de Stewart. Se hallaba en la planta superior del hotel, así que a través de las ventanas podía verse la ciudad al completo a sus pies. Parecía que eran tres o cuatro habitaciones interconectadas; en cualquier caso, tenía dos veces el tamaño del apartamento de McCoy. Cooper estaba sentado a la mesa en camiseta y calzoncillos, los brazos envueltos con servilletas manchadas de sangre, bebiéndose el vino a grandes tragos, como si no hubiese un mañana. McCoy alzó la vista de su bistec a medio terminar, tenía la intención de disculparse con Stewart por lo que acababa de ocurrir. Lo último que esperaba en esa situación era que Stewart lo mirase con una gran sonrisa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

Stewart asintió.

—Ya tengo algo que contarles a los chicos cuando vuelva a casa. —Alzó la copa—. ¡Salud! —Se volvió hacia Cooper—. Hay varios trajes y camisas míos en el armario del dormitorio. Debemos de tener la misma talla, más o menos. ¿Quieres probarte alguno para ver si te queda bien?

Cooper asintió. Se puso en pie y caminó descalzo hasta la otra habitación. Stewart le observó alejarse, esperó hasta que no pudiese oírlos y se volvió hacia McCoy.

—¿Te importaría contarme qué ha pasado ahí abajo? —preguntó.

McCoy se encogió de hombros.

—Digamos que Cooper estaba en la cárcel por algo más que una

pelea en un bar.

—¿Quieres decir que es un chico malo? —preguntó Stewart—. No lo entiendo. ¿Cómo es posible que, siendo policía, seas amigo de un tipo como ese?

—Es una larga historia —respondió McCoy—. Nos conocemos desde hace muchos años.

—Está bien —dijo Stewart—. Bueno, si es amigo tuyo es amigo mío. Si algo me enseñó la Armada es a aceptar a la gente como es. ¿Y ahora qué?

—Ahora iremos al combate de boxeo como si no hubiese pasado nada —dijo McCoy.

—¿Estás seguro? —preguntó Stewart—. ¿Crees que seguirá teniendo ganas de ir? ¿Con todos esos cortes?

McCoy asintió.

—No lo dudes. No muestres temor alguno. No permitas que nadie sepa que te han herido. Así funcionan los tipos como Cooper.

—Suena como lo que nos decían en la Citadel —dijo Stewart.

—¿Qué es la...?

—Pues no me queda nada mal —le interrumpió Cooper entrando en la habitación. Llevaba puesto un traje de color gris, con una camisa azul celeste. Parecía que se lo hubiesen hecho todo a medida.

—Tienes buena pinta —dijo Stewart.

—¿De dónde es esto? —preguntó Cooper abriendo la americana del traje y echándole un vistazo a la etiqueta—. ¿Brooks Brothers? No me importaría comprarme uno de estos. ¿Los venden aquí?

—No lo creo —dijo Stewart.

—Una lástima —dijo Cooper. Tomó la copa y acabó con la última gota de vino—. ¿Por qué estamos todavía aquí? Nos espera un combate de boxeo.

Diez

El Govan Hall lo construyeron cuando el barrio de Govan todavía tenía encanto. En los tiempos en que allí construían barcos y enviaban grandes transatlánticos a América todas las semanas. Cuando era la zona con más ajetreo de todo Glasgow. Se trataba de un edificio de ladrillo rojo muy ornamentado que ocupaba la esquina de Govan Road, construido para impresionar, para demostrarle al mundo la importancia de Govan. Pero los buenos tiempos de ese barrio habían quedado atrás y el edificio era prueba de ello. Necesitaba un lavado de cara, los hierbajos crecían en las grietas de los bajantes y los cristales de un par de ventanas estaban sujetos con cinta adhesiva y cartón.

El interior no tenía mucho mejor aspecto, el amplio vestíbulo había vivido épocas más boyantes. Parte del papel pintado del vestíbulo había desaparecido y en el techo se apreciaban manchas marrones de humedad. El ring se encontraba en medio de la sala principal, la mesa para los árbitros en un costado, con libretas y botellas de agua ya preparadas. La multitud se desplegaba en hileras, sentada en sillas plegables, unas cuantas de ellas acolchadas en rojo en el palco. Daba la impresión de que ya se habían celebrado un par de combates, pues el ring estaba manchado de sangre y de pisadas. A McCoy, Stewart y Cooper los condujo hasta sus asientos una mujer con una linterna, cuya expresión dejaba bien claro qué pensaba del boxeo y de la gente que iba a verlo. Acababan de sentarse, McCoy todavía estaba intentando descifrar en qué momento podría marcharse, cuando apareció Billy Weir junto al hombro de Cooper.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó fijándose en el traje—. Parece un hombre de negocios.

—Soy un hombre de negocios —dijo Cooper—. Ya va siendo hora de que metas esa idea en tu puta cabeza.

Billy asintió, hizo una pequeña reverencia, se acercó un poco más a Cooper y le dijo algo al oído. Cooper le escuchó, asintió y se volvió para mostrarle el programa de la noche a Stewart. Billy iba a marcharse y McCoy le miró a los ojos, asintió en dirección al vestíbulo. Billy asintió y echó a andar.

McCoy esperó un minuto. Después se puso en pie.

—Voy a comprar tabaco. ¿Queréis algo? —preguntó.

No hubo respuesta. Los dos estaban absortos en el programa. Se encogió de hombros y se dirigió a la salida.

Billy le esperaba en el hall de entrada, leyendo los números que alguien había apuntado con bolígrafo en la pared junto a la cabina de teléfono.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado? —preguntó McCoy.

Billy asintió.

—Vaya puta mierda. Ese Jamsie Dixon está al día de todo.

—Quiero que mantengas a Cooper alejado de él, que piense en otra cosa. No quiero que vaya a buscarlo. Dentro de cuatro días, Dixon entrará en la cárcel. Tenemos que mantener a Cooper lejos de él hasta entonces.

Billy asintió. Aunque no parecía muy convencido.

—Va a ser difícil. No está muy calmado, precisamente.

—Dímelo a mí —dijo McCoy—. ¿Qué le pasa?

—¿Entre tú y yo? —preguntó Billy. Parecía preocupado, no le gustaba contar chismes—. No le digas que te lo he chivado yo, ¿de acuerdo?

McCoy asintió.

—Palabrita del Niño Jesús.

—No estoy seguro, pero creo que fue algo que pasó en la cárcel. Tuve que ir allí el mes pasado. Estuve sentado en la sala de visitas mientras maldecía a todo el mundo por todo tipo de cosas, echando espuma por la boca. A los guardias, a los Dixon, a todo el mundo. No sé, parece que está cabreado con todos por todo. ¿Recuerdas, en los viejos tiempos, cuando se pasaba despierto un par de noches tomando *black bombers,* desesperado por pelearse con alguien para poder machacarlo? Pues igual.

—Dios mío —dijo McCoy—. Lo que nos faltaba. En serio, Billy, mantenlo apartado de Dixon. Solo serán unos cuantos días, después desaparecerá. A lo mejor necesita estar unos días fuera de la cárcel para volver a la normalidad.

—A lo mejor —dijo Billy. Pero no parecía tenerlo claro.

—Por cierto, ¿qué le has dicho al oído?

—Nada —respondió Billy, y lo hizo tan rápido y con tanta convicción que McCoy no le creyó. Mentía. Nada bueno.

—Billy, lo digo en serio —insistió McCoy señalándole el pecho con el dedo—. Haz que esto pare. Estando como está, seguro que cometerá alguna estupidez, algo de lo que se arrepentirá.

Billy volvió a hacer aquella reverencia.

—Entonces, ¿ahora eres tú el jefe? —le preguntó.

—Hasta que Jamsie Dixon esté fuera de circulación, sí, lo soy. Recuérdalo.

McCoy regresó a la sala principal justo cuando bajaba la intensidad de las luces y un tipo sudoroso con pajarita y traje con el culo brillante subía al ring.

—Damas y caballeros, bienvenidos otra vez al Govan Hall para una noche de cinco combates. El tercer combate de la noche es de la categoría de los pesos pesados entre...

Se sentó junto a Stewart, preguntándose cuánto tiempo iba a tener que sufrir. El estómago le dolía debido al vino tinto. Sabía que no tendría que haber bebido y ahora pagaba las consecuencias. En el primer combate, por fortuna, no hubo sangre, aquellos dos hombretones bailaron uno alrededor del otro durante cuatro asaltos, lanzando algún que otro golpe. Al contrario que McCoy, a la gente no le gustaba lo que estaba viendo y los abuchearon al bajar del ring. Otro discursito del tipo del culo brillante y subieron dos púgiles nuevos. Eran más delgados, más rápidos y parecían mucho más serios. Dio comienzo el combate y, tras un par de minutos, uno de los tipos impactó con un puñetazo en la nariz del otro. Se oyó un crujido y después brotó la sangre, manchando la lona del ring. Estaban sentados tan cerca que McCoy pudo oírlo todo con precisión, como si la lluvia impactase contra el asfalto. Esa fue su excusa para marcharse.

Se puso en pie.

—Tengo que irme, Stewart. Nos vemos por la mañana, ¿de acuerdo?

Stewart asintió con la mirada clavada en los boxeadores.

—¿Te parece bien que me vaya, Stevie? —preguntó McCoy.

Cooper asintió, sin apartar la vista del ring, como Stewart.

—No necesito una jodida niñera. Y antes de que lo digas, me mantendré lejos de Dixon.

McCoy asintió y se dirigió a la puerta. Eso era lo máximo que iba a poder conseguir de Cooper. Se fijó en que alguien se marchaba justo delante de él. Johnny Bone, siempre alerta, como una rata. Se largaba para contarle a todo el que quisiera escucharle que Cooper, incluso después de que Dixon fuese a por él, había ido a ver los combates de boxeo, vestido con traje, más feliz que una perdiz. Tal como se suponía que tenían que ser las cosas.

McCoy salió a Govan Road. Era una noche agradable, la primavera había llegado definitivamente a la ciudad, podía notarse el incipiente calor en el aire. Había algo en el hecho de que Cooper se hubiese puesto el traje de Stewart que le resultaba inquietante, aunque no sabía de qué se trataba exactamente. Era un pensamiento marginal, fuera de su alcance. Decidió no darle más vueltas, que era cuando, por lo general, las cosas le venían a la memoria.

Encendió un cigarrillo, echó a andar y pasó junto al Brechin's Bar. Se detuvo en el cruce para dejar pasar a un coche. El interior del vehículo se iluminó cuando alguien encendió una cerilla. No le resultó difícil ver de quién se trataba. Billy Weir. Al volante iba un tipo al que no fue capaz de reconocer. Se preguntó qué estaría haciendo

exactamente Billy. Normalmente, permanecía siempre al lado de Cooper, o esperando en el vestíbulo a marcharse juntos. Pero esa noche no. A lo mejor se estaba dejando llevar por la paranoia. A lo mejor Cooper le había enviado a casa porque no se hallaba en condiciones para hablar con nadie, y menos aún con Billy.

McCoy detuvo un taxi y se montó. No estaba de humor para preocuparse por Billy, por Cooper o por los Dixon. Estaba cansado, había conducido todo el día, le dolía el estómago. Lo único que deseaba era tomarse un par de pintas en el Victoria, irse a casa a fumarse un porro, escuchar algo de música y meterse en la cama. Le daba la impresión de que tener que dedicarse a buscar al hijo de Stewart iba a provocar que el día siguiente fuese muy largo. Ojalá no explotase ninguna otra bomba.

14 de abril de 1974

Once

—No.

—¿No? Venga ya, Harry, compórtese como un verdadero colega. Haga el favor.

McCoy estaba en la puerta de su apartamento, en pantalones de pijama y camiseta, observando el gesto de súplica en el rostro de Wattie.

—Wattie, la gracia del hecho de estar al mando de un caso es precisamente que eres tú el que estás al mando. No yo. Además, ¿qué podría hacer yo? ¿Quedarme a tu lado agarrándote de la manita?

Parecía que Wattie fuera a ponerse a llorar.

—Por favor, Harry. Tengo la cabeza como un bombo. No he dormido una sola noche en condiciones desde que nació el niño y ahora Murray está de un humor de perros y sigue diciéndome que no estoy a la altura. Si la cago con esto, me voy a la mierda. Venga una hora, asegúrese de que no me olvido de nada. ¿De acuerdo?

McCoy suspiró, afrontó lo inevitable y acabó asintiendo.

—¡Es usted un buen hombre! Vístase rápido, le esperaré en el coche —dijo Wattie justo antes de desaparecer por las escaleras para evitar que McCoy pudiese cambiar de opinión.

Diez minutos más tarde, McCoy encendía su primer cigarrillo del día mientras veía pasar al otro lado de la ventanilla las calles vacías de Glasgow. Le gustaban las mañanas de los domingos: la ciudad siempre parecía abandonada, tan solo se veían pasar los pocos autobuses que llevaban a algunos desafortunados al trabajo.

—A ver, ¿de qué va el asunto? —preguntó, volviéndose hacia Wattie—. ¿El robo de un banco? ¿Un ladrón de joyas enmascarado?

—Muy gracioso. Han descubierto un cadáver esta mañana en el patio trasero de un edificio. Un golpe en la cabeza.

—Encantador —dijo McCoy. Ya temía tener que verlo—. ¿Dónde?

—Shettleston. Un poco más allá de Parkhead Forge.

—Anoche era sábado—dijo McCoy—. El tipo muerto posiblemente estaba borracho, el que lo mató probablemente también lo estaba. Seguro que discutieron y no se dio cuenta de la fuerza con la que le golpeó. Siempre pasa lo mismo.

—Es posible —dijo Wattie girando hacia Gallowgate.

—¿Has llamado a Gilroy? —preguntó McCoy.

Wattie asintió.

—Lo hice.

—¿Los agentes han acordonado la escena del crimen?

Wattie asintió de nuevo.

—Entonces, ¿para qué me necesitas? —preguntó McCoy.

—Porque todo eso es la parte fácil. Son otras cosas las que me preocupan. Además, ¿qué más iba a hacer usted hoy?

—¡Un montón de cosas! ¡Soy un hombre ocupado! ¿Recuerdas al tipo estadounidense del club de Greenock?

—No —dijo Wattie—. Podría haber entrado un elefante en el club y yo no lo recordaría. Para cuando me marché del Golden Palace estaba hecho una mierda. ¿Por qué?

—Su hijo ha desaparecido. Le dije que hoy le echaría una mano.

—Muy bien. Y yo que pensaba que se pasaría el día en la cama. Solo lo entretendré una hora, como máximo. Lo prometo.

—Será menos —dijo McCoy—. Te lo aseguro.

Tomaron por Old Shettleston Road, dejando la fundición a la izquierda, y Shettleston se les presentó en toda su gloria. McCoy no sabía si se debía a la fundición, pero esa zona de Glasgow siempre parecía sucia, los bloques de apartamentos estaban cubiertos de hollín. Incluso la calzada parecía mugrienta. Se habían adentrado en el East End; no era precisamente el territorio habitual de McCoy. Sabía algo del barrio debido a sus años de agente uniformado. Recorrer arriba y abajo Shettleston Road un viernes por la noche no era una experiencia que estuviese deseando repetir. Las cosas podían ponerse feas. Bandas, pubs en cada esquina, matones defendiendo su territorio. Ese era el Glasgow donde él empezó su carrera, había que ser capaz de sacarle partido a lo que les echaban.

—Creo que es aquí —dijo Wattie mirando por la ventanilla para intentar fijarse en el número más cercano—. Número 779.

McCoy señaló hacia delante.

—Tiene que ser ahí, donde está el coche patrulla.

—Ah —dijo Wattie un tanto avergonzado. Recorrió unos doscientos metros más y detuvo el coche.

—Recuerda —dijo McCoy—, estás al mando, así que tiene que parecerlo. No pierdas el tiempo, mantente alerta, intenta ser profesional. Estaré contigo, pero no voy a decir nada. Porque en cuanto diga algo, todos querrán dirigirse a mí. Sería lo normal. Soy el oficial veterano. ¿De acuerdo?

Wattie asintió. Parecía un niño en su primer día de colegio.

McCoy le dio una palmada en el hombro.

—Todo irá bien —dijo con mayor convicción de la que sentía—. Vamos.

Salieron del coche y se acercaron al coche patrulla. La luz de la

sirena daba vueltas. Había varios agentes uniformados a un lado, desenredando una larga soga. Cuando se acercaron un poco más, McCoy se fijó en que estaba Williams, un tipo alto de la Central.

—¡Señor McCoy! —exclamó Williams—. Me dijeron que hoy libraba. ¿Le han llamado?

—No —dijo McCoy—. Este caso es de Watson, no mío.

—¿Al otro lado de la cerca? —preguntó Wattie.

—Sí, por la parte de atrás, junto a los contenedores de basura —respondió Williams algo desconcertado.

Atravesaron la cerca, dejaron atrás las escaleras. Se notaba, como siempre, un leve olor a orina. Salieron al patio trasero. Los patios traseros, que en zonas pijas son jardines, en lugares como Shettleston parecen zonas bombardeadas. Escombros por todas partes, grandes charcos de agua turbia, hileras de latas de metal abolladas y sucias. Son lugares donde juegan los niños de los apartamentos, ahí no hay jardines, son como una tierra de nadie en la que reinan las ratas, donde se apila la basura, se abandonan somieres y cochecitos de bebé escacharrados.

—Joder —dijo McCoy al alzar la vista y comprobar que había al menos unas veinte personas asomadas a las ventanas de la parte trasera de sus apartamentos mirando hacia el patio. Viejas con tazas de té, hombres en camiseta y fumando, incluso niños pequeños. Era como el público del anfiteatro romano viendo cómo los leones devoraban a los cristianos.

Wattie retrocedió hasta volver a entrar en el inmueble y gritó:

—Williams, ¡pon un maldito toldo ahí fuera, ahora!

Recibió una respuesta desde la distancia:

—Está en camino, señor.

No podían hacer mucho más. Iban a tener que trabajar bajo la afilada mirada de la buena gente de Shettleston. McCoy podía entenderlo. Después de todo, era domingo por la mañana, no daban nada en la tele.

—Eh, señor —gritó un niño desde una de las ventanas—. ¡Han llegado tarde! ¡Está muerto!

Una oleada de risas hizo eco en el patio junto a alguna que otra expresión de desagrado.

—Ignóralos —dijo McCoy—. Concéntrate en lo que estás haciendo.

Wattie asintió y se dirigió hacia el cuerpo tendido en el suelo. McCoy no se movió, su idea era mantenerse lo más lejos posible. Vio a Big Duncan Muir en un costado. Menos mal. Muir había visto más escenas de crimen que McCoy y Wattie juntos. Debía de tener cincuenta y pico, a punto de la jubilación. Wattie había tenido suerte, Muir le llevaría por el buen camino.

—Buenos días, señor —le dijo a Wattie—. No es una visión muy agradable, me temo.

Muir se mantuvo al margen y, de repente, McCoy pudo ver lo único que no deseaba ver. El hombre que estaba en el suelo llevaba un traje gris oscurecido por la sangre. McCoy se esforzó por verle la cara y, acto seguido, se arrepintió. No quedaba gran cosa de sus rasgos faciales, apenas una pulpa rojiza. Uno de sus ojos había desaparecido, el otro lo tenía hinchado y cerrado. Su larga cabellera estaba empapada de sangre; resultaba difícil determinar su color natural. La nariz aplanada contra la cara, como si alguien la hubiese empujado hacia el cráneo. Lo único de su rostro que había permanecido intacto era la boca: labios finos y pequeños dientes amarillentos. McCoy apartó la vista.

—¿Quién es? —preguntó Wattie—. ¿Lo sabemos?

—Todavía no, señor. Estábamos esperándolo a usted —contestó Muir.

Wattie se acuclilló junto al cadáver, metió la mano dentro de la chaqueta del hombre y sacó la cartera del bolsillo interior. La abrió y se puso a rebuscar.

—Un par de billetes de apuestas. Una estampita religiosa, la foto de un niño pequeño junto al mar y el carnet de conducir. —Lo extrajo intentando no mancharse de sangre—. Pertenece a James Dixon del... —Entrecerró los ojos— ... 779 de Old Shettleston Road, Glasgow.

A McCoy le dio un vuelco el estómago. No podía creer lo que acababa de oír.

—¿Qué has dicho?

Wattie se volvió para mirarlo.

—Se ha puesto blanco como una sábana. ¿Lo conocía?

McCoy negó con la cabeza. Necesitaba unos segundos para pensar.

—No, es por la sangre. Ya sabes. Aunque creo que había oído hablar de él. Un matón a sueldo. Trabajaba para quien le pagase.

—Un trabajo repugnante —dijo Muir.

—Bueno, quienquiera que sea —dijo Wattie—, lo han dejado hecho una mierda. ¿Un ladrillo?

McCoy asintió esforzándose por pensar en lo que tenía frente a sus ojos.

—O tal vez un martillo. Algo así.

—¿Quién lo encontró? —preguntó Wattie, mirando a Muir.

—Una mujer, del último piso, bajó esta mañana a tirar la basura y lo vio ahí tirado —respondió Muir.

—¿A qué hora? —preguntó Wattie.

Muir sacó su libreta.

—Poco después de las seis. Se preparó un té, escuchó las noticias

de las seis y después bajó.

—Así que ocurrió en algún momento de la noche —dijo Wattie—. Habrá que esperar a la señora Gilroy para saber la hora exacta. Está en camino.

—Tiene sentido que fuese anoche —dijo McCoy—. No me lo imagino levantándose antes de las seis de la mañana.

—¿Tenía enemigos? —preguntó Wattie.

McCoy notó de nuevo cómo se le revolvían las tripas. Recordó a Cooper en el restaurante, con el cuchillo en alto para clavárselo a Jamsie Dixon en la cara.

—Como ya he dicho, era un mal tipo —dijo Muir—. Hacía daño a otras personas por dinero. Seguramente tenía unos cuantos enemigos.

Wattie se puso en pie. Volvió a fijarse en el carnet. Después observó los apartamentos.

—El apartamento uno/dos. Será mejor subir y darle la mala noticia a quien sea que viva allí.

—Creo que tiene hermanos —dijo McCoy, y, al decirlo, entendió qué era lo que le había inquietado de ver a Cooper con el traje de Stewart. Lo que había estado intentando recordar.

—Perdone, señor. —Al volverse vio a Williams a su lado, con un rollo de lona verde bajo un brazo y varios postes de madera en el otro. McCoy se hizo a un lado y Williams lo dejó atrás para dirigirse al cuerpo tumbado en el suelo.

McCoy miró a Wattie.

—¿Te encuentras bien?

Wattie asintió.

—Informaré a sus familiares. La forense está en camino. Vamos a montar el toldo y enviaré a los agentes de puerta en puerta para comprobar si alguien vio algo.

—¿Y Andy?

—¡Mierda! —dijo Wattie—. Me había olvidado de él. —Se volvió hacia Muir—. ¿Puede llamar a la comisaría y pedir que Andy, el fotógrafo, se presente aquí?

Muir asintió y habló por su walkie talkie mientras caminaba.

—Un error, no está mal —dijo McCoy—. Tengo que irme. Te veré más tarde en la comisaría.

Wattie asintió y McCoy se alejó de él para entrar de nuevo en el edificio. No dejaba de pensar en Cooper. No había ninguna posibilidad de que alguien más pudiese estar tras la muerte de Jamsie Dixon. Tenía que ser él y daba la impresión de que el muy cabrón se las había apañado para involucrar a McCoy como su coartada. Por eso se había preocupado tanto Cooper de que le acompañase al combate de boxeo y no le quitase el ojo de encima.

Ni siquiera a alguien tan verde como Wattie le costaría mucho

descubrir lo que había ocurrido en el restaurante la noche anterior y sumar dos más dos. No quería imaginar lo que pensaría Murray cuando se enterase de que era la coartada de su principal sospechoso. Iba a matar a Cooper. Lo único que le había pedido era que no se dejase ver durante unos días y, en lugar de eso, había matado a Jamsie Dixon y había metido en el embrollo a McCoy.

—¿Harry?

Alzó la vista y vio a Phyllis Gilroy atravesando la calle hacia él. Traje de tweed, blusa blanca y su habitual bolso de cuero.

—Creía que se trataba del gran estreno del joven Watson —dijo con una sonrisa.

—Y así es —dijo McCoy—. Tan solo le he agarrado de la manita durante un rato. Lo hará bien.

Phyllis le miró con algo de suspicacia.

—Muir también está ahí —añadió McCoy—. No hay de qué preocuparse.

Pareció algo más aliviada.

—Ah, en ese caso tienes razón. ¿Cómo estás, Harry? ¿Llevas el caso de la bomba de la calle West Princes?

—Eso parece. Y el de la catedral también —dijo McCoy—. Los de la Brigada Especial nos lo han devuelto. Por lo visto, no tiene nada que ver con ningún grupo paramilitar.

Ella volvió a sonreír.

—Bien, entonces eres justo el hombre con el que necesitaba hablar. Me has ahorrado un viaje. Hice la autopsia de Paul Watts anoche.

—¿Ese es su nombre? —preguntó McCoy—. ¿El del tipo del apartamento?

Ella asintió.

—Los de la Brigada Especial me pasaron su informe. También tengo una copia para el señor Murray. Me dijeron con gran dramatismo que es confidencial.

—¿Algo interesante? —preguntó McCoy.

—¿En el informe? —dijo Phyllis—. No creo que me salte ninguna norma si te comento algo. Lo menos que se puede decir de esa organización en particular es que son taciturnos, pero encontré algo interesante.

—¿De qué se trata?

—Había la sangre de alguien más en la escena. Paul Watt es, o era, O positivo, un tipo de sangre muy común. Sin embargo, también había cierta cantidad de A negativo, lo cual es bastante más infrecuente. La suficiente como para indicar que hubo una herida.

—Espera un segundo —dijo McCoy—. ¿Había dos personas cuando estalló la bomba?

—Eso parece. Una murió allí, la otra resultó herida.

—¿Algo grave? ¿Fue capaz de salir de allí?

—Supongo que sí —respondió Gilroy—. No había muchísima sangre. Si fue una herida superficial, que no revistiera gravedad, no necesitó ir al hospital.

—Mierda —dijo McCoy.

—De hecho, hace que todo sea un poco más complicado, imagino. —Esperó unos segundos—. ¿Harry?

—Lo siento, me he puesto a pensar en otra cosa. ¿Podrías hacerme un favor, Phyllis? ¿Serás buena con Wattie? Es posible que necesite un poco de ayuda y Murray está encima de él como un ave de presa.

Ella asintió.

—Primer cadáver del día, allá voy.

McCoy la vio desaparecer en la oscuridad del inmueble, encendió un cigarrillo y se quedó allí plantado intentando poner sus pensamientos en orden. Si estaba en lo cierto, Donny Stewart no era para nada el tímido muchacho que su padre creía que era. Ni mucho menos.

Doce

Stewart ya lo estaba esperando en la entrada del hotel Central cuando McCoy giró por la calle Gordon. Se detuvo frente al pub Corn Exchange y tocó la bocina. Stewart lo vio, hizo un gesto con la mano, se apresuró hacia el coche y se montó.

—Buenos días, Harry —dijo—. ¿Todo bien?

McCoy asintió. Se preguntó por qué los estadounidenses siempre parecían tan jodidamente sanos. Incluso un domingo por la mañana.

—¿Cómo fue anoche? —preguntó al poner el coche en marcha.

—Una noche bastante tranquila —dijo Stewart—. El chico de Steve ganó, noqueó a su rival en el segundo asalto, así que quiso que lo celebrásemos. Fuimos a un par de pubs en el centro y luego, de todos los lugares posibles, acabamos en un casino. No quedaba muy lejos de aquí, si no recuerdo mal; estaba un poco bebido cuando llegué a mi habitación. Un local bonito. Seguramente lo conozcas. Se llamaba..., espera... —Rebuscó en el bolsillo de su americana y sacó la cartera. Extrajo una tarjeta—. ¿El Chevalier?

McCoy asintió. Lo conocía de sobra. Uno de los únicos lugares en Glasgow donde podías tomar una copa de madrugada legalmente. Siempre y cuando pidieses también algo de comer.

—Un sitio elegante. Al parecer, había algunos lores o sires allí. Creo que Steve habló de un tal Lord Dunlop.

—¿En serio? —dijo McCoy—. Sir Hugh Fraser tenía que estar con él.

—Cierto —confirmó Stewart.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis allí? —preguntó McCoy.

—Dejé a Steve a eso de la una y media. Él todavía tenía energía. Su colega Billy se había unido a nosotros.

Por supuesto, pensó McCoy. Había ido a darle la buena noticia sobre la muerte de Jamsie Dixon. Cooper no era estúpido. Disponía de una sólida coartada hasta altas horas de la noche con un policía de mierda y un capitán de la Armada retirado como testigos.

Stewart bajó la ventanilla.

—Una mañana estupenda para ir al Loch. Telefoneé antes, un tipo llamado Saunders, colega de Donny, va a hablar con nosotros, a ver si puede darnos alguna pista.

—Genial —dijo McCoy cuando enfilaron la calle West Princes—. Pero primero tengo que parar un momento.

—Por supuesto —dijo Stewart—. Estoy en tus manos.

*

El apartamento todavía olía a humo, el suelo seguía cubierto por una capa de ceniza húmeda sobre la moqueta mojada. McCoy caminó hasta el salón. Stewart iba tras él. Echó un vistazo al lugar donde habían encontrado el cuerpo. Ahora tan solo había una mancha en el suelo rodeada por moqueta quemada y ceniza. No pudo evitar mirar hacia la pared, justo encima de la chimenea. Ya no estaban los dientes.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Stewart un tanto perplejo.

—Explotó una bomba. Mató al hombre que la estaba montando. Paul Watt. ¿Te dice algo ese nombre?

Stewart negó con la cabeza. Miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos, intentando quedarse con todos los detalles.

—Quiero que veas unas prendas de ropa —dijo McCoy—. Ven.

Abrió la puerta del dormitorio y entraron. El sol se colaba por entre las cortinas, una brillante franja de luz teñía el papel pintado de la pared y el saco de dormir sobre la cama. McCoy se inclinó hacia delante y tiró de una pequeña maleta. La colocó sobre la cama. Apretó los botones plateados de los cierres y estos se abrieron.

Stewart miró a McCoy y después a la maleta.

—Creo que podría ser ropa de Donny —dijo McCoy—. ¿Puedes echarle un vistazo?

Stewart asintió, se acercó, abrió la maleta y observó el contenido. Estiró el brazo y tiró de una de las camisas. Se le contrajo el gesto. Asintió.

—Es de Donny. Fuimos a comprarla antes de que viniese a Escocia. Compramos algunas cosas. Me dijo que era una tienda para hombres mayores, pero ahí es donde yo suelo comprar.

—Tu traje —dijo McCoy—. El que le dejaste a Cooper. Brooks Brothers. Me costó recordar dónde había visto el nombre. La etiqueta de las camisas.

Stewart se sentó en la cama, con la camisa en las manos. Parecía completamente perplejo.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Por qué está aquí la ropa de Donny? —Entonces, lo entendió de repente. Una expresión de dolor afloró a su rostro. Miró a McCoy—. ¿Está muerto?

—¿Sabes cuál es su grupo sanguíneo? —preguntó McCoy.

Stewart asintió.

—A negativo. El mismo que yo. En la Armada te hacen análisis, está todo en su chapa. Estará en... —Se detuvo, miró a McCoy y dejó escapar un gemido—. Oh, Dios mío, ¿habéis encontrado un cadáver?

¿Dónde está?

—No creo que haya muerto —dijo McCoy—. Pero creo que está herido y que se ha metido en problemas, problemas serios. Venga, salgamos de aquí. Este lugar apesta.

Salieron a la calle, respiraron aire fresco y notaron el sol en sus hombros. Podían oír los gritos y las risas de algunos niños que jugaban en la calle, un poco más arriba. McCoy encendió un cigarrillo y empezó a hablar.

—Un tipo llamado Paul Watt estaba construyendo una bomba ahí dentro, pero le explotó en las manos y murió. Su grupo sanguíneo era O positivo. Su sangre estaba por todas partes, pero también había sangre de otra persona. Sangre A negativo. Había la suficiente como para entender que resultó herido. Como bien sabes, no es un grupo sanguíneo frecuente. Teniendo eso en cuenta, y también la ropa, creo que Donny estaba ahí cuando estalló la bomba. Después huyó.

Stewart parecía sentirse mal.

—Ayer estalló otra bomba. Es probable que hayas oído hablar de eso.

Stewart asintió.

—En una iglesia.

—¿Donny es particularmente religioso? ¿Tiene algo contra la religión? —preguntó McCoy.

—No —contestó Stewart—. Igual que yo. Se crio como anglicano, pero en realidad eso solo importaba en los entierros y los matrimonios. Nunca íbamos a la iglesia. No lo entiendo. ¿Una bomba? ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver Donny con una bomba?

—Eso es lo que hay que descubrir —dijo McCoy—. ¿Os toman las huellas dactilares en la Armada?

—Cuando yo me alisté, no, pero estoy seguro de que ahora sí lo hacen.

—De acuerdo. Tenemos que conseguirlas y ver si encajan con alguna de las del apartamento. De ese modo, sabremos seguro si Donny estuvo ahí.

Stewart se inclinó hacia delante y se agarró la cabeza con las manos. McCoy le palmeó el hombro. Vio cómo uno de los niños le daba un chute a una pelota de fútbol y la alejaba de su amigo.

—Hay posibilidades de que esté vivo —dijo—. Eso es lo que importa y ahora tenemos un hilo del que tirar para poder encontrarlo.

Stewart alzó la vista y se enjugó los ojos con un pañuelo que había sacado del bolsillo.

—De acuerdo. ¿Qué hacemos ahora?

McCoy se puso en pie.

—Vamos a ir al Holy Loch y hablaremos con su colega.

Trece

Stewart apenas dijo nada durante el viaje hasta Dunoon. McCoy lo entendía perfectamente, tenía mucho en lo que pensar. Se sentó y empezó a darle vueltas sin parar al anillo de sello que llevaba en su dedo meñique, parecía abstraído por completo. Seguro que era lo último que se habría imaginado, su hijo involucrado con un tipo que preparaba una bomba. Para McCoy tampoco tenía mucho sentido. Puso en marcha la radio para escuchar las noticias, por si acaso había vuelto a pasar. Lo que necesitaba en realidad era conseguir el informe de la Brigada Especial y saber algo más de la historia de Paul Watt. ¿Cómo se habían conocido él y Donny Stewart? ¿Y qué era lo que compartían para querer hacer una bomba juntos?

McCoy pagó el peaje y cruzaron el puente Erskine, una estructura alargada que se extendía por encima del Clyde. Desde aquella altura, las vistas eran imponentes, podía abarcarse todo el valle del Clyde hasta casi llegar al mar. Palmeó el hombro de Stewart y señaló en esa dirección. Apenas le hizo caso, seguía dándole vueltas al anillo, perdido en sus pensamientos.

—¿Dónde vamos a encontrarnos con ese tipo? —preguntó McCoy de camino a Gourock.

Stuart sacó un pedazo de papel de su bolsillo.

—En el Paul Jones, en el 205 de la calle Argyll. Es un pub, creo.

McCoy aparcó el coche y salieron al muelle. Gourock era el primo pijo de Greenock, a escasos cuatro kilómetros de donde vivía el padre de Wattie, pero totalmente diferente. Grandes casas con vistas a la bahía, paseo marítimo, sin el ruido de los astilleros. El sol brillaba sobre el agua centelleante, con cerros verdes y marrones en la lejanía. Era como una postal o la tapa de una caja de galletas de mantequilla. Era la Escocia que podías ver en la televisión o en las fotos: paisajes, caminos, pequeños barcos de pesca que iban de un lado para otro. No era la Escocia que a McCoy le interesaba. Para él, el campo solo significaba una cosa: hogares de acogida para niños. Siempre estaban fuera de la ciudad, en medio de ninguna parte. Incluso había estado en uno cerca de Dunoon, al final de la carretera de Kirn. No pasó allí mucho tiempo, tan solo un fin de semana cuando volvieron a detener a su padre. Pero a veces un fin de semana es lo bastante largo y malo para durar una vida entera. Poco le importaba lo que le hubiese ocurrido a Donny Stewart o lo que pudiese contarle de él su amigo, no

tenía intención de volver a poner un pie en Kirn en su vida. Jamás. Resultaba curioso que siempre se hubiese sentido seguro en las calles de Glasgow, incluso siendo niño, incluso en los peores momentos de su padre, cuando no tenían para comer durante días; aun así era mucho mejor que un hogar de acogida.

Vieron cómo se aproximaba el ferri y llegaron hasta el extremo del muelle, junto a los lugareños y los excursionistas, y esperaron a que desembarcaran los pasajeros.

—¿Es una isla? —preguntó Stewart—. Me refiero a Dunoon.

—No —dijo McCoy—. Se puede ir en coche, pero nadie lo hace. Tienes que dar un gran rodeo para llegar. Se tarda horas. Todo el mundo toma el ferri. Son unos diez minutos.

Finalmente, subieron a bordo y, entre gritos y ruidos metálicos, el ferri se alejó del muelle. Se colocaron en la parte delantera. McCoy logró encender un cigarrillo protegiéndose del viento con la chaqueta. Frente a ellos, al otro lado del río, se extendía la larga franja que era Dunoon.

—Un bonito lugar para una base militar —dijo Stewart.

—El agua es muy profunda en Holy Loch, por eso lo escogieron —comentó McCoy—. El problema es que, en cuanto estalle la tercera guerra mundial, los rusos lo bombardearán y Glasgow desaparecerá bajo un hongo atómico.

Stewart sonrió.

—Mejor desaparecer rápido que envenenarte con la radiación nuclear.

—Eso es verdad —coincidió McCoy—. Cuando lleguemos y nos encontremos con ese tipo, déjame que hable yo con él. Podrías presentarnos e irte a dar una vuelta, tomar un helado... ¿Te parece bien?

—¿Y eso por qué? —preguntó Stewart.

—Ese tipo, ¿qué es? ¿Marinero? ¿Aprendiz? —preguntó McCoy.

—Aprendiz de marinero —respondió Stewart—. El escalón más bajo.

—Y tú eras capitán —dijo McCoy—. ¿No crees que podría sentirse un poco intimidado? ¿Que le dará reparo hablar contigo?

—Supongo que sí —dijo Stewart—. No había pensado en eso.

Diez minutos después, desembarcaron y recorrieron la calle Argyll hasta más allá de un gran hotel que se encontraba a mano derecha. El pueblo estaba abarrotado de gente, debido al buen tiempo y a las vacaciones de Pascua. Había niños por todas partes, familias, abuelos con chaquetas de lana sentados en los bancos comiendo cucuruchos de helado, viendo pasar la vida. La calle Argyll era una sucesión de tiendas de recuerdos, cafeterías, jugueterías con redes llenas de pelotas colgando, molinillos de viento y cazamariposas

hechos con largas cañas de bambú. Incluso había una feria instalada justo en las afueras del pueblo. Sonaba música pop y también llegaban hasta allí los gritos de los niños que montaban en las atracciones.

Pasaron al lado de varios marineros uniformados mientras ascendían la cuesta. Aunque no hubiesen llevado uniforme, habrían llamado la atención. Al igual que ocurría con Stewart, parecía que se hubiesen criado comiendo otras cosas. Eran altos, robustos, con los dientes blancos; como recién llegados de una granja del Medio Oeste. Colocados junto a los excursionistas de Glasgow, con su piel pálida y sus malas dentaduras, daban la impresión de pertenecer a otra especie.

Mike Saunders no era diferente a ellos. Estaba fuera del Paul Jones vestido de civil. Vaqueros, zapatillas de deporte y camisa de manga corta. Pelo oscuro muy corto y una gran sonrisa. Dio un paso al frente hacia ellos y tendió la mano.

—Señor.

Stewart le correspondió.

—Este es Harry McCoy —dijo—. Policía escocés.

McCoy también le dio la mano. Saunders se la apretó con tal fuerza que se sintió aliviado al recuperarla de una sola pieza.

—Lo siento —se disculpó Saunders—. No lo pensé. El Paul Jones cierra los domingos.

—No te preocupes —dijo McCoy—. Encontraremos una cafetería. ¿Vas a ir a dar un paseo?

Stewart le miró un tanto desconcertado, pero al instante entendió que era la señal.

—Sí. Nos vemos luego. Buena suerte.

Le vieron alejarse calle abajo y desaparecer dentro de un supermercado Woolworths.

—Ya puedes soltar aire, muchacho —dijo McCoy—. El Gran Jefe se ha marchado. —Miró a su alrededor y vio una cafetería un poco más abajo, en esa misma calle—. Vamos.

El salón de té y café McPherson's Imperial se parecía al del *Titanic*. Tenía vidrieras policromadas, macetas con plantas verdes y fotografías enmarcadas de montañas y lagos. Encontraron una mesa libre y se sentaron. Pidieron un par de cafés. Eran los más jóvenes de entre la clientela, con unos treinta años de diferencia.

—¿Cuándo viste por última vez a Donny? —preguntó McCoy.

—Don —le rectificó—. Odia que le llamen Donny. Así es como lo llama su padre. —Saunders sonrió—. Llamarse Donny Osmond, como el cantante, no ayuda.

—Lo entiendo —dijo McCoy.

—El martes por la noche —prosiguió Saunders—. La noche en que desapareció.

—¿Qué ocurrió?

—Tomamos el ferri y después un taxi hasta Dunoon. Acabamos en el Paul Jones, como todas las noches. Nos sentamos a una mesa a beber.

Apareció una camarera mayor, vestida de negro y con un delantal de encaje blanco. Dejó los cafés sobre la mesa. McCoy le dio un sorbo y entendió que, si se lo tomaba, el estómago volvería a dolerle. Lo dejó a un lado.

—¿Estaba diferente de algún modo? ¿Se comportó de un modo extraño? —preguntó.

Saunders negó con la cabeza.

—No. Era el mismo Don de siempre. Hacía tiempo que no salíamos juntos. Yo había pasado unas cuantas noches de guardia, así que él había salido solo.

—¿Adónde iba? —preguntó McCoy.

Saunders se encogió de hombros.

—Me contó que una noche había conocido a unos tipos en otro pub. Escoceses. Me dijo que había estado saliendo con ellos. Cuando le pregunté adónde había ido, se limitó a sonreír. Dijo que por aquí y por allá.

—¿Crees que guardaba algún secreto? —preguntó McCoy.

Saunders se encogió de hombros.

—Podría ser, pero ignoro de qué se trataba.

—¿Qué pasó después?

—Fue la típica noche en el Paul Jones. Llegaron unos cuantos tipos más que conocíamos, se sentaron a la mesa, después llegaron otros. Entonces todo el mundo empezó a tomar chupitos y la cosa se alborotó. Lo perdí entre la gente.

—¿Esa fue la última vez que lo viste? —preguntó McCoy.

Saunders le dio un sorbo al café y negó con la cabeza.

—Al final de la noche, yo estaba fuera, tomando el aire, despejándome un poco, y lo vi. Estaba sentado en el asiento del copiloto de un coche. Se marchaban del pueblo, pero se fueron en dirección contraria, no hacia Holy Loch, sino hacia Innellan o como se llame ese pueblucho.

—¿Qué tipo de coche era? —preguntó McCoy.

—No conozco bien los coches ingleses —respondió Saunders—. Pero parecía caro. Era grande. De color dorado.

—¿Quién conducía? —preguntó McCoy.

—No pude verlo.

McCoy se recostó en la silla.

—A lo mejor tenía una novia de por aquí. A lo mejor quedaba con ella.

—Es posible —dijo Saunders—. Pero no lo creo. Don no es así.

—¿Por qué no? —preguntó McCoy.

Saunders no respondió. Se puso a revolver el azúcar con su cucharilla.

—¿Erais algo más que amigos? —preguntó McCoy.

Se mantuvo en silencio.

—¿Lo sabía su padre?

Saunders dejó la cucharilla.

—Nadie lo sabe porque no hay nada que saber. —Se puso en pie —. ¿Hemos acabado? —preguntó.

McCoy asintió y Saunders se despidió justo antes de salir de la cafetería. McCoy no tenía claro si había tocado un punto sensible o si Saunders había reaccionado de ese modo por lo que había dado a entender. Tal vez se debía a ambas cosas. Dejó varias monedas junto a la taza de café y se levantó. Se preguntó si habría alguna otra cosa que el capitán Stewart no le hubiese contado.

Tres horas más tarde, estaban de vuelta en Glasgow. McCoy detuvo el coche frente al hotel Central y apagó el motor. Stewart le miró.

—¿Y bien? ¿Qué sabemos? —preguntó.

—Lo siento, amigo, pero a partir de este momento voy a ir por mi cuenta —dijo McCoy—. Mañana vuelvo al trabajo y la desaparición de Donny ahora forma parte de una investigación oficial de la Policía de Glasgow. No puedo dejarte participar.

Stewart parecía derrotado.

—Es algo bueno —dijo McCoy—. Significa que podemos utilizar todos los recursos de la policía. Ya hay gente trabajando en ello.

Stewart asintió.

—¿Vas a quedarte aquí? —preguntó McCoy mirando hacia el hotel.

—Supongo que sí —respondió Stewart—. Tengo que estar aquí por si descubres algo.

—De acuerdo —dijo McCoy—. Lo intentaré y te mantendré informado en la medida en que me sea posible.

—Te lo agradecería mucho —dijo Stewart.

—La investigación se iniciará mañana. ¿Quieres contarme alguna cosa más sobre Donny? Quedaría entre nosotros —comentó McCoy.

La pregunta quedó flotando en el aire durante unos segundos.

—Te he contado todo lo que se me ha ocurrido —dijo Stewart con la mirada clavada en la cola de taxis que tenían delante—. Si se me ocurre algo más, te lo diré.

McCoy asintió y Stewart bajó del coche. McCoy lo vio entrar en el hotel. Sacó el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. Decidió que regresaría a Dunoon al día siguiente por la noche, para ir al Paul Jones y hacerse una idea del lugar, y también para ver si alguna otra persona había visto el misterioso coche dorado. Encendió el motor.

Hasta entonces, tenía que dedicarse a averiguar algo más de Paul Watt y de sus actividades como artificiero.

Catorce

McCoy abrió la puerta de la comisaría y entró. Todo parecía en calma, lo normal en una tarde de domingo. Los borrachos y camorristas de la noche del sábado estaban a buen recaudo en las celdas hasta que los llevaran a los juzgados el lunes por la mañana. Thomson, sentado tras su escritorio, con un cigarrillo en la mano, maldecía a su máquina de escribir.

—¿Está Wattie por aquí? —preguntó McCoy sentándose.

—¡Me cago en la puta! —gritó Thomson al sacar de un tirón el papel de la máquina; hizo una bola con él y la lanzó a la papelera que tenía al lado.

—No, todavía está en Shettleston, en lo de Dixon. No tardará en volver. —Alzó la vista—. ¿Y tú qué haces aquí?

—He venido a dejar una cosa para Murray —dijo McCoy.

Esperó hasta que Thomson empezó a teclear de nuevo, se puso en pie y abrió la puerta del despacho de Murray. La peste a humo rancio de pipa le asaltó nada más entrar. Dejó sobre la mesa el informe en el que le explicaba a Murray que un marinero estadounidense desaparecido era ahora sospechoso en el caso de las bombas; también le especificaba todos los detalles relativos a la sangre que habían encontrado en el apartamento. Alzó la vista, prestando atención por si oía algo. Rodeó el escritorio y empezó a buscar entre las carpetas que había encima. No le costó mucho encontrar el informe de la Brigada Especial. Se lo guardó bajo la americana y salió de la comisaría. Le dijo a Billy, el agente que estaba en el mostrador de entrada, que iba a comprar tabaco.

Recorrió un par de calles, se sentó en un murete frente a los edificios de apartamentos de la calle Dundasvale y abrió la carpeta. Tan solo había un folio. Le echó un vistazo. Paul Watt trabajaba en un almacén, no tenía antecedentes, diecisiete años. Protestante, sin conexión conocida con cualquier clase de organización paramilitar, y tampoco había miembros de su familia conectados con ellas. Conclusión: motivación personal. Caso para la policía local.

McCoy se apoyó en el murete. Phyllis Gilroy no había bromeado. Incluso para los estándares de la Brigada Especial, se trataba de un informe breve. Al parecer, habían llegado a una conclusión con rapidez, por lo que a McCoy respectaba, y les habían devuelto el caso. Se había imaginado que les interesaría saber algo más de alguien

capaz de construir una bomba, pero quién era él para suponer algo así. La Brigada Especial seguía sus propias leyes y no tenía por qué explicarle nada a nadie; menos aún a un humilde detective de Glasgow.

Observó a una pareja de viejos recorrer el sendero que llevaba hasta los apartamentos, cargaban con bolsas de Grandfare y un paraguas. Se preguntó cómo le estarían yendo las cosas a Wattie en Shettleston. Esperaba que no la hubiese cagado, porque de hacerlo, Murray se le tiraría encima. Tenía tiempo suficiente para devolver el informe, irse a casa y comer algo antes de que Wattie apareciese por allí.

*

McCoy acababa de dar cuenta de su bacalao hervido y de su refresco Smash, la comida más blanca y más insípida que había probado en su vida, y estaba a punto de dejar los platos en el fregadero cuando llamaron al timbre. Recorrió el pasillo y abrió la puerta.

—Señor Watson, le estaba esperando... —Se detuvo cuando se fijó en el gesto de Wattie. No parecía muy contento, precisamente—. ¿Qué pasa? —le preguntó.

—¿Cuándo pensaba contármelo? —dijo Wattie.

—¿Contarte qué? —preguntó McCoy.

—Que su colega, Cooper, había matado a Jamsie Dixon.

—Ah —dijo McCoy—. ¿Vas a entrar? ¿O te vas a quedar aquí como un niño al que se le hubiese caído el helado al suelo?

Wattie negó con la cabeza, pasó a su lado para entrar en el apartamento y se quedó junto al fregadero. Lo miró acusadoramente.

—¿A qué hora se cree que murió? —preguntó McCoy.

—¿Provisionalmente? —dijo Wattie.

McCoy puso los ojos en blanco.

—Entre las diez y las once de la noche —respondió Wattie—. La noche del sábado.

—Pues bien, en ese caso, sin duda ninguna, no fue cosa suya —dijo McCoy. Metió la mano en el bolsillo de la americana, colgada en el respaldo de la silla de la cocina, en busca de sus cigarrillos—. Tiene una coartada muy sólida. Estaba en un combate de boxeo y después fue al casino. Lo vieron unas cien personas diferentes, a decir verdad.

—¿Qué? —exclamó Wattie.

—Lo que has oído —dijo McCoy encendiéndose un cigarrillo—. Está limpio.

—Joder —dijo Wattie—. ¿Está seguro? Ahora que me había convencido de que la cosa iba a ser fácil.

—Nunca lo es —repuso McCoy.

Wattie recapacitó durante unos segundos.

—Entonces, ¿envió a otro a que hiciese el trabajo sucio? —dijo—. ¿De eso se trata?

—Es posible —contestó McCoy—. No había modo de que Cooper se olvidase de Jamsie Dixon después de que lo atacase a plena luz del día. —Al instante fue consciente de que se había ido de la lengua.

—¿En serio? —preguntó Wattie—. ¿Cuándo? ¿Y cómo demonios lo sabe usted?

Lo más sencillo sería dejar las cosas claras.

—Porque estaba allí —dijo McCoy—. Restaurante Malmaison. Dixon fue a por él con una navaja y después huyó a toda prisa.

—¿Por qué estaba usted allí? —preguntó Wattie. Acto seguido, cayó en la cuenta—. ¡Estaba cenando con él!

McCoy asintió.

Wattie dejó escapar un silbido.

—Murray se le va a tirar encima como un jodido lobo.

—No, no lo hará —replicó McCoy—. Porque tú no vas a contárselo y yo tampoco.

Wattie sonrió. De repente, parecía encantado de haberse conocido.

—¿De qué te ríes? —preguntó McCoy.

—Entonces, ¿me está pidiendo un favor? —preguntó—. Que no se lo diga a Murray. ¿Esa es la idea?

—Mmm... —dijo McCoy con cautela.

—¡Estupendo! Usted también puede hacerme un favor a mí. Puede ayudarme con este maldito caso. Asegurarse de que no la cago.

No había mucho que negociar. McCoy asintió y se dirigió al armario de la cocina.

—¿Tomamos algo? ¿A la salud del listillo?

Wattie asintió, McCoy sacó dos cervezas y las abrió.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó tendiéndole una de las cervezas a Wattie.

—Bien, creo —respondió Wattie. La espuma de la cerveza subió y amenazó con desparramarse, por eso acercó su boca y se la tragó—. La señora Gilroy se llevó el cuerpo y me dijo que le haría la autopsia mañana.

—¿Familiares cercanos? —preguntó McCoy.

—No se lo va a creer, pero vivía con su abuelo, que debe de tener unos cien años. Un viejo desagradable que odia a la policía, como no se abstuvo de comentarnos. Nos dijo que Jamsie era regular como un reloj. Iba al pub todas las noches. Volvía a casa cuando lo cerraban y le llevaba una pinta de Guinness. No mentía. Encontramos una pinta desbravada sobre una pila de ladrillos. Seguramente, fue al patio trasero para mear o fumarse un cigarrillo antes de subir. Cabe suponer

que dejó la pinta allí y alguien se le acercó por detrás y le golpeó con... —sacó su cuaderno de notas— «un instrumento pesado y romo, como un ladrillo o una maza o algo así».

—Qué desagradable —dijo McCoy. Se preguntó cuál de los muchachos de Cooper fue el que se hizo cargo del trabajo sucio—. ¿Quieres decir que el tipo lo siguió desde el pub?

—Esa es la teoría. Estaba a punto de ir para allí. ¿Le apetece acompañarme?

—No.

—Mala suerte —replicó Wattie—. Un trato es un trato.

—¿Qué pub es? —preguntó McCoy.

Volvió a consultar el cuaderno.

—El Edrom. Frente a la casa de Jamsie, al otro lado de la calle.

—Joder —dijo McCoy—. Confiemos en que haya sido alguien de allí. ¿Sabes una cosa? Será mejor que vaya contigo de todos modos. Porque si no lo hago, tus oportunidades de salir vivo de esta son de un cincuenta por ciento.

Quince

Muchos pubs en Glasgow tenían el sobrenombre de «La puñalada». Normalmente quería decir que era un sitio poco amable, al que no ibas a tomarte una pinta si podías evitarlo. Pero el Edrom iba más allá. En su caso, el apodo le encajaba como anillo al dedo. La gente allí se apuñalaba cada dos por tres. Y cosas peores. Era normal que McCoy pasase por allí, algunas noches dos veces, cuando hacía la ronda.

Wattie aparcó al otro lado de la calle, frente al pub, y bajaron del coche. El apartamento de Jamsie Dixon estaba al lado. Habían escrito con tiza RIP JAMSIE en la fachada de su edificio.

—Alguien tiene que echarle de menos —comentó Wattie.

—A saber quién —dijo McCoy—. Mejor pasarlo por alto.

Wattie cerró el coche con llave y se quedaron junto a él durante un rato. El Edrom estaba en un edificio bajo con una hilera de ventanas en la parte de arriba. Había un viejo con muletas junto a la puerta de entrada, tenía una gorra en la mano con unas pocas monedas dentro.

—No tiene tan mala pinta —dijo Wattie.

—La tiene —replicó McCoy—. Deja que hable yo.

Caminaron hasta allí y McCoy echó una moneda de cincuenta peniques en la gorra del hombre.

—¿Viste a Jamsie anoche? —le preguntó.

El hombre negó con la cabeza.

—Anoche yo no estuve aquí. Pillé una habitación en el Great Eastern. Hoy no tengo suficiente dinero.

McCoy suspiró, rebuscó en el bolsillo y depositó un par de libras en la gorra.

—Pilla una habitación —dijo—. No una botella de Red Biddie.

El hombre asintió.

—Lo haré, hijo.

McCoy abrió la puerta del pub y pudieron apreciar el Edrom en todo su esplendor. Se parecía a cualquier otro pub: una barra larga al fondo, mesas pegadas a las paredes, moqueta oscurecida por manchas de todo tipo. Pero en cuanto entraron, notaron que no eran bien recibidos. Percibieron el aire espeso por el humo de los cigarrillos, sonaba música country. Tanto los radiadores como las bombillas estaban protegidos por armazones metálicos.

Un par de tipos se dieron la vuelta para comprobar quién había entrado, otros cuantos lo hicieron mirándolos a través del espejo que había al otro lado de la barra. Se acercaron al mostrador, y cuando McCoy se volvió hacia Wattie para preguntarle qué quería tomar, un tipo se levantó de una de las mesas y se dirigió hacia ellos.

—A ver qué pasa ahora —murmuró McCoy entre dientes.

El tipo, bajo, enjuto y con una sonrisa en la que podía apreciarse un diente de oro, se colocó frente a ellos.

—¿Lo eres o no lo eres? —preguntó—. ¿Harry McCoy?

A McCoy le costó unos segundos reconocer de quién se trataba. No podía creerlo.

—¿Patsy? ¿Patsy Hearne? ¡No me jodas!

El tipo asintió.

—Virgen santa. No te veía desde, Dios, al menos veinte años. ¿Sabes cómo te he reconocido? Caminas igual, como si cargases con el peso del mundo sobre tus hombros.

McCoy hizo un rápido cálculo mental.

—Veintiún años —dijo—. En el Quarriers Home, en Kilbarchan. Esa fue la última vez que te vi.

Hearne asintió.

—Menuda pocilga era aquello. Me escapé dos veces. ¿Todavía ves a Stevie Cooper? He oído decir que ahora es un tipo importante, que mejor no meterse con él.

McCoy asintió.

—Es mi penitencia.

Hearne señaló con el mentón hacia una mesa donde estaban sentados dos tipos de aspecto parecido.

—Venid y tomaos algo. Todavía estoy alucinado.

—Encantado —dijo McCoy. Sacó un billete de diez libras y se lo entregó a Wattie—. Ve a la barra. Si alguien empieza a hablar contigo, ignóralo.

Wattie asintió, tomó nota de lo que querían tomar y se dirigió al extremo más alejado de la barra, a mucha distancia del grupo de clientes. McCoy se sentó y le presentaron a Johnny y a Mal. Iban vestidos como Patsy. Traje y camisa blanca sin corbata, anillos de oro en la mayoría de los dedos, caras arrugadas y curtidas.

—¿Cómo te han ido las cosas, Patsy? —preguntó McCoy.

—Mucho mejor que la última vez que nos vimos. No podía ni sentarme después de que aquel bastardo de McLean me diese una paliza sin sentido con su cinturón de cuero. Creo que eso fue lo que acabó de decidirme. El Quarriers fue el último hogar de acogida en el que me metieron. Nadie iba a volver a zurrarme nunca más.

—Nos pegaban como si fuésemos putos animales —dijo Johnny —. A eso se dedicaban.

McCoy tuvo que aguzar el oído. Su acento no era fácil de ubicar, tenía algo de irlandés y algo que no le resultó posible identificar.

—Aparecían por el campamento, cargaban a la mitad de los niños en una furgoneta por el simple delito de ser gitanos, o por haber faltado a la escuela o por haber ido a buscar moras. No necesitaban más excusas. A mi hermano pequeño y a mí nos separaron de nuestros padres. Les costó un año recuperarnos. Y todo por nuestro propio bien.

Dejó de hablar y le dio un buen trago a su pinta. Le temblaban las manos. Para él, aquellos recuerdos seguían muy vivos.

—Creo que vosotros, los niños gitanos, fuisteis los únicos que lo pasasteis aún peor que nosotros —dijo McCoy—. Y bien sabe Dios que yo las pasé putas.

—Pagarán por ello —dijo Johnny—. Un día, pagarán. Lo juro por la tumba de mi hermano. Este verano hará seis años que murió. Se colgó de un árbol. Todo ese asunto le trastornó. Se despertaba en mitad de la noche, gritando. Juro que...

Patsy se inclinó hacia delante y colocó la mano sobre la de Johnny.

—Vamos, Johnny, no te alteres.

Johnny le miró con los ojos húmedos. Asintió. Tomó otro trago de cerveza.

—Aquí estamos —dijo Wattie al aparecer con una bandeja cargada de pintas. Se las fue pasando a cada uno y se sentó. Sonreía—. He logrado pedir una ronda sin que nadie me patease la cabeza —dijo.

—No tienes que preocuparte por eso —dijo Patsy—. Eres un cabrón muy grande. ¡Pareces un maldito policía! —Se echó a reír. Entonces se dio cuenta de que ni McCoy ni Wattie se estaban riendo.

—¡La puta de oros! Os estáis quedando conmigo —exclamó—. ¿Eres un poli, McCoy?

—Sí —respondió McCoy dando un trago a su cerveza—. De hecho, soy detective.

—¿Cómo es posible? —preguntó Patsy—. La vida no para de dar sorpresas.

—¿Tendría que preocuparme? —dijo Mal.

—No —dijo McCoy—. Estamos aquí tomando una cerveza, como tú. Lo cual me lleva a mi siguiente pregunta. ¿Por qué demonios estáis tomando algo en esta mierda de antro?

Había querido sonar chistoso, pero no lo logró. Johnny y Mal bajaron la vista. Patsy parecía un tanto avergonzado.

—No tenemos más remedio. Este y el Bowlers, en Glasgow Green, son los únicos pubs donde somos bienvenidos. —Sonrió—. Es un antro, pero estamos cerca de la calle Westmuir, que se encuentra a cinco minutos de aquí, así que es nuestra zona y no queremos tener ningún problema.

—Siempre ha sido un buen pub para nosotros —añadió Johnny —. El dueño es un buen hombre. Siempre nos ha tratado bien. Aquí nuestro dinero es tan bueno como el de cualquier otro.

—Dios —dijo McCoy—. Lo siento. No sabía que estaba tan mal la cosa.

—Bueno, vamos tirando —dijo Patsy—. Hoy hemos pillado un buen pellizco con las atracciones en el Green, así que lo estamos celebrando.

Wattie lo miró como si le estuviese hablando en chino.

—Nos dedicamos a las atracciones —aclaró Johnny—. Feriantes. Eso es lo que somos. Trabajamos en las ferias y las atracciones de Glasgow Green. Estamos ahí por las vacaciones de Pascua. Y un pellizco es el dinero que ganas en un buen día.

—Ah —dijo Wattie—. Lo entiendo.

—Ahora yo te voy a hacer a ti la misma pregunta, McCoy — intervino Patsy—. ¿Qué estás haciendo en este antro? —Pensó un segundo y señaló hacia la calle—. Deja que lo adivine. ¿Jamsie Dixon?

McCoy asintió.

—¿Lo conocías?

Patsy asintió.

—Joder, claro. Es imposible no conocerlo si pasas por aquí. Viene todas las noches. La dueña incluso le prepara un té algunas noches. Por lo que he oído decir, está como una cabra, pero con nosotros siempre ha sido correcto.

—¿Estaba aquí el sábado por la noche? —preguntó McCoy.

Patsy asintió.

—Daba la impresión de que algo le inquietaba, vete a saber qué. Quiso buscar pelea con uno de los tipos de la fundición, le gritó y le insultó. Pero el tipo le evitó. Hizo bien, porque es mejor no meterse en líos con Jamsie, especialmente cuando está irritado.

—¿Crees que ese tipo podría estar lo bastante enfadado para ir a por él después? —preguntó Wattie—. ¿Seguirlo o algo así?

Patsy miró a McCoy.

—No te preocupes. No se trata de chismorrear. Está al corriente —dijo McCoy.

—No, hijo, no fue él. Madre mía, si hasta los perros callejeros saben quién le hizo eso a Jamsie. Fue Stevie Cooper.

—Pues no lo hizo en persona —replicó McCoy—. Se lo encargó a otro. ¿Había alguien extraño por aquí esa noche? ¿Alguien a quien no reconocieseis?

—Es difícil de decir —respondió Patsy—. Sábado noche. Esto estaba abarrotado. Habitualmente, solo me fijo en otros gitanos, no le presto mucha atención al resto. Jamsie se marchó como siempre, justo antes de que cerraran. Se llevó una pinta de Guinness para su abuelo.

No vi que nadie le siguiese o algo por el estilo. Pero te diré algo, fuera quien fuese el tipo que envió Cooper, tenía que ser un hombre grande, porque había que serlo para tumbar a Jamsie Dixon.

—A menos que le golpeases por la espalda con un ladrillo —dijo McCoy.

—¿Fue así como pasó? —preguntó Patsy.

—Es posible —dijo McCoy—. No se me ocurre otro modo.

McCoy y Wattie se fueron al acabar la siguiente ronda, que Patsy había insistido en pagar. McCoy le prometió a Patsy volver otra noche para tomar unas copas como Dios manda; afirmó que acudiría con Cooper. Que hablarían del pasado. Fuera soplaba el viento de la noche. El viejo con la gorra estaba ahora sentado junto a la pared, con una botella en la mano. Borracho.

—Nunca había conocido a un gitano —dijo Wattie.

—Bueno, pues ahora ya no puedes decirlo —dijo McCoy.

—Siempre me habían dicho que eran unos malditos ladrones, que no se podía confiar en ellos. Pero me han parecido bastante agradables.

McCoy negó con la cabeza y entró en el coche.

Atravesaron la ciudad en dirección oeste. Se detuvieron en un semáforo frente al Royal. Había empezado a llover. Wattie puso en marcha el limpiaparabrisas.

—Voy a tener que interrogar a Cooper, ya lo sabe.

—Sí —dijo McCoy—. Si Lomax permite que te acerques a él. Pero lo dudo mucho. Cooper le paga mucho dinero para este tipo de cosas. Como bien sabemos, Cooper tiene una coartada de hormigón armado. Lomax alegará que le estamos acosando. Y con las pruebas de las que disponemos, seguramente será así. Vas a tener que encontrar un buen motivo si quieres pillarlo.

—Mierda —dijo Wattie—. ¿Qué hago ahora? Aunque atrape al tipo que realmente lo hizo, no dirá nada. Tendrá demasiado miedo de Cooper.

—Bienvenido al maravilloso mundo de la policía de Glasgow —dijo McCoy, señalando hacia el parabrisas—. Semáforo.

Wattie puso el coche en marcha.

—A Murray no le va a hacer gracia.

—No, eso seguro —dijo McCoy—. Pero lleva en esto más tiempo que tú y que yo juntos. Sabe cómo funcionan las cosas. Tú asegúrate de hacer lo que te corresponde, cumple con tu trabajo y eso a él le valdrá.

Wattie asintió. No parecía muy convencido.

—Tengo mucha hambre. El té que me he tomado era una mierda —dijo McCoy—. Déjame en Great Western Road. Compraré una bolsa de patatas fritas y seguiré a pie.

Wattie asintió. Parecía estar a miles de kilómetros de distancia.

Dieciséis

McCoy vio cómo se alejaba Wattie, encendió un cigarrillo y echó a andar hacia la avenida Hamilton Park. No era una noche fría, la llovizna había despertado el aroma de las flores. Oyó los gritos y las risas de los borrachos que salían de los pubs. Había en el aire una promesa de verano, de tiempos mejores. Pero él se disponía a tener una conversación que no le apetecía lo más mínimo.

Cooper había hecho lo que había hecho y, a menos que McCoy tuviese muchísima suerte, podía escudarse en su coartada. No estaba seguro de si se sentía más decepcionado que furioso. Se dijo que poco importaba lo que hubiese ocurrido, Cooper era su amigo y no esperaba que le jodiese de esa manera. Aun así, por cómo se había estado comportando y por lo que Billy le había contado, no debería haberle sorprendido demasiado lo ocurrido. Las cosas cambian. Daba la impresión de que Cooper también había cambiado.

Abrió la verja, recorrió el sendero que llevaba hasta la puerta de la gran casa y llamó al timbre. Todavía le costaba creer que Cooper fuese el dueño de una enorme casa en el West End, pero, tal como le había explicado, el dinero fluía y había que hacer algo con él. Tenía que invertirlo o pedirle a su contable que lo ocultase para que Hacienda no diese con él. Pero de todas las casas que había en el West End, Cooper había comprado la más fea.

Cuando se abrió la puerta, Iris apareció al otro lado con un cigarrillo entre los dedos. No dio la impresión de que se alegrase de verlo; nunca se alegraba. El hecho de haber dejado de gestionar los garitos clandestinos de Cooper para convertirse en su ama de llaves no parecía haber endulzado su carácter. Lo miró de arriba abajo.

—No está aquí —dijo—. Se te ha escapado.

—¿Dónde está? —preguntó McCoy.

—En Memen Road —respondió Iris.

McCoy no quiso creerlo. En Memen Road estaba el viejo apartamento de Cooper, un cuchitril de dos dormitorios en un edificio ubicado en una de las peores calles de Glasgow.

—¿Qué está haciendo allí? —quiso saber McCoy.

Iris dejó escapar un suspiro, decidió tranquilizarse lo suficiente para mantener una conversación.

—Se ha marchado hoy mismo. Dijo que nunca le había gustado esta casa, que regresaba a sus orígenes.

—Por el amor de Dios —dijo McCoy—. Está loco. Lo de Memen Road es un basurero, no tienen ni agua caliente.

Ella se encogió de hombros.

—Cosas suyas, supongo.

—¿Qué le está pasando, Iris? —preguntó—. ¿Está bien?

Ella resopló.

—¿Acaso crees que me lo cuenta? Lo único que hace es gritarme como un energúmeno. Me pidió que le recogiese toda la ropa, que vendría a buscarla mañana. A Billy no le apasiona la idea.

Por la expresión de su rostro, McCoy supo que le habría gustado no decir esas últimas palabras.

—¿En serio? —preguntó McCoy—. Billy se ha acostumbrado a la buena vida, ¿no es eso? Todo el día en esta casa tan grande, contigo, preparando la cena por las noches, sin jefe que le diga lo que tiene que hacer. A cuerpo de rey. Es normal que no le haga ninguna gracia volver a Memen Road.

Iris se dispuso a cerrar la puerta, pero McCoy colocó el pie para impedírselo.

—Te diré una cosa, Iris. Si Cooper se muda, ya no podrás seguir fingiendo que eres una vecina más del West End y Billy no podrá comportarse como el rey del castillo. No creas que él mantendrá esta casa tan grande solo para hacerte feliz. Volverás a lavar sábanas manchadas de semen y a concertar abortos ilegales en el garito clandestino.

Ella lo miró a través de la puerta entreabierta. Le dio una profunda calada a su cigarrillo. Le lanzó el humo a la cara.

—Te crees alguien importante, ¿verdad, McCoy? Te crees un gran policía, pero eres como todos nosotros: todos vivimos a la sombra de Stevie Cooper. Bailando a su ritmo. La única diferencia es que tú no quieres admitirlo.

—Que te den, Iris. Yo...

Pero ella acababa de cerrarle la puerta en la cara. Echó a andar calle abajo, molesto por lo que acababa de decirle Iris. Molesto porque seguramente era cierto. Se fijó en un taxi que había enfilado Great Western Road y lo detuvo. Se sentó en la parte de atrás y, a través de la ventanilla, vio cómo iban pasando las luces de Glasgow. Tenía la extraña sensación de que todo corría marcha atrás. Cooper regresaba a Memen Road para retomar su antiguo e impredecible yo. ¿Y él? Empezaba a estar cansado de todo. Tenía treinta y tantos, vivía en un apartamento de mierda, su carrera no parecía ir a ningún lado y se había convertido en poco menos que un ermitaño. Bebía demasiado. Incluso tenía una jodida úlcera que le estaba fastidiando de lo lindo. A lo mejor también necesitaba un cambio. Algo grande antes de ser demasiado viejo y de estar demasiado aferrado a donde estaba. Iba a

tener que echarle imaginación para representarse el futuro. Se prometió pensar en ello adecuadamente cuando todo eso hubiese quedado atrás.

El taxi giró hacia Springburn. La noche no iba a ponerse de color de rosa a partir de ahí. Había desaparecido el aroma a flores. Dejaron atrás el Bells, vio a un hombre en la calle con un pañuelo cubriéndose lo que parecía ser una nariz rota y sangrante, un grupo de niños, no podían ser más de diez, al otro lado de la calle, riéndose y señalando con el dedo. Hacía cosa de un año desde su última visita a Memen Road, pero no la había echado de menos en absoluto. En parte porque aquella última vez estuvo allí para suplicarle a Cooper que no matase al chico que tenía delante. Y ahora había vuelto a aquel basural, había vuelto para tratar con el Stevie que quería vivir allí y hacer las cosas que hacía entonces. De repente, no se sentía tan seguro de acusarle de haber orquestado la muerte de Jamsie y de haberlo involucrado a él. Si Cooper volvía a ser Cooper, no estaba seguro de acusarlo de nada.

El taxi se detuvo en la calle Hawthorn, el taxista no quiso adentrarse más en el barrio. McCoy no se quejó, se limitó a pagarle y a bajarse del automóvil. Memen Road era territorio vedado para la policía, qué decir para un viejo taxista con audífono. Aquella hilera de viviendas en ruinas se había convertido en un vertedero para unos ciudadanos con los que el ayuntamiento no podía lidiar. Las familias con problemas y los borrachos. Stevie había ido colonizando poco a poco el último de los edificios y ahora era el único ocupante. Sus chicos se alojaban al lado, manteniendo la guardia alta.

Como era habitual, un grupo de niños y adolescentes se arremolinaba alrededor del fuego que ardía en un bidón en uno de los jardines frontales. Cuando McCoy se acercó, uno de ellos escondió a su espalda una bolsa llena de pegamento. Poco importaba, estaba tan colocado que apenas podía tenerse en pie. Había algo cómico en el hecho de que un chaval de doce años intentase parecer duro, pero él conocía a esos chicos. En un par de años, habría que cambiar de acera para no cruzarse con ellos.

—¿Está ahí dentro? —preguntó.

Un muchacho alto con una cicatriz en la cara y un maltrecho jersey con estrellas asintió.

—Dile que McCoy está aquí, ¿de acuerdo?

El muchacho asintió y un niño pequeño, de unos ocho años, con pantalones cortos y botas de agua echó a correr hacia el último edificio. McCoy se calentó las manos al fuego, esperando. El niño pequeño no tardó en volver a salir a la calle y regresar a la carrera.

—Vale —dijo jadeando—. Puedes subir.

McCoy encendió un cigarrillo y se dirigió hacia el edificio de Cooper preguntándose qué iba a hacer exactamente. Subió las

escaleras, llegó al rellano de la primera planta y se hizo a un lado para dejar pasar a dos atractivas chicas, en minifalda y zapatos de plataforma, con cigarrillos mentolados en la boca. Cooper debía de haber estado ocupado.

Llegó a la última planta y vio que la puerta estaba abierta de par en par. Tomó aire y entró. Cooper se encontraba junto al fregadero de la cocina, dándole la espalda, en camiseta y vaqueros, con los tirantes colgando. Bebía un vaso de agua echando la cabeza hacia atrás. Dejó el vaso a un lado. Se dio la vuelta.

—¿Te vas a quedar ahí? —preguntó—. Entra de una vez, si es lo que quieres.

McCoy llegó hasta la cocina y se sentó a la mesa.

—No imaginaba que volvería aquí.

En la cocina había poco más que una mesa de madera con marcas y arañazos, una polea de la que no colgaba nada, un par de sillas y una foto de James Dean, arrancada de una revista y pegada con mucha cinta adhesiva transparente encima de la chimenea. Se notaba el frío y olía a humedad. Intentó no recordar al joven esposado al radiador que había visto la última vez que estuvo allí. La nariz rota, esperando a que lo llevasen de vuelta a la habitación del fondo para recibir algunos golpes más.

Cooper tiró de una de las sillas y se sentó frente a él. Bostezó.

—A veces pienso que no tendría que haberme ido nunca —dijo—. Aquí era feliz. Cuando me mudé al West End todo se fue a la mierda. —Sonrió—. Y antes de que me preguntes nada, McCoy, lo de Jamsie Dixon no tiene nada que ver conmigo.

—¿Esperas que me lo crea? —preguntó McCoy.

—¿Te crees que me importa lo más mínimo? —dijo Cooper—. No puedo decir que me dé mucha lástima, pero no ha sido cosa mía. Estuve contigo y con tu colega el capitán toda la noche. Pregúntale.

—Sí, gracias por eso. Me utilizaste como coartada. Eso le va a sentar de maravilla a Murray. Pensé que estabas por encima de algo así.

—Y lo estoy —dijo Cooper—. Y, como ya te he dicho, no tengo nada que ver con lo de Jamsie Dixon, así que no te necesito como coartada.

—Entonces, ¿quién lo ha matado? —preguntó McCoy.

Cooper se encogió de hombros.

—Ni idea.

McCoy habría querido creerle.

—¿Adónde fue Billy esa noche? Le vi marcharse del combate con alguien.

Cooper suspiró.

—¿Qué? ¿Esa es la gran teoría? ¿Crees que lo envié a que se

ocupase de Jamsie Dixon? Billy es bueno para un montón de cosas, pero no para algo así. Le preocupa demasiado su aspecto. Además, Jamsie Dixon le habría hecho papilla.

—Entonces, ¿adónde fue? —preguntó McCoy.

—¿Has visto las dos chavalitas que acaban de irse? A eso se dedica Billy. Engrasa el mecanismo. Me he pasado seis meses en prisión, acabo de salir. ¿Qué crees que estaba arreglando para más tarde aquella misma noche?

—Guarro cabrón —dijo McCoy.

—Me he hartado de mi mano derecha. No hacía otra cosa en la cárcel. Se acabaron las pajas.

—Vendrán a por ti —dijo McCoy—. Para interrogarte.

—Querrás decir que lo intentarán, pero no van a poder. Lomax se encargará de eso —respondió Cooper—. Para eso le pago.

McCoy lo intentó con otro enfoque.

—¿Por qué has vuelto aquí, Stevie?

—Para pensar —dijo—. ¿Te parece bien?

McCoy asintió.

—¿Estás bien?

Cooper sonrió.

—De puta madre. Por primera vez en mucho tiempo. No te preocupes por mí, McCoy.

Y lo más curioso del asunto es que lo parecía. Estaba tranquilo, calmado, nada de los gritos que él esperaba. Más bien se trataba del Cooper que había llevado a que McCoy siguiese considerándolo su amigo después de todos esos años. Cooper volvió a bostezar y se rascó el pecho.

—No soy tonto, McCoy. Hay una razón para que no tenga nada que ver con lo de Jamsie. ¿Acaso crees que quiero que Desy Dixon vaya a por mí? Ese tío está loco.

—Todo el mundo cree que lo hiciste tú —dijo McCoy—. Y, por desgracia, eso incluye muy probablemente a Desy Dixon.

—Sí. Por eso tengo que pensar. Tengo que decidir cómo voy a manejar este asunto. ¿Lo entiendes?

McCoy asintió. Se puso en pie.

—Cuídate, Stevie —dijo.

Cooper volvió a sonreír.

—Como te he dicho, McCoy, no te preocupes por mí. —Se llevó el dedo índice a la sien—. Casi me olvido. Mi buena acción del día. Hay alguien de quien vas a tener que preocuparte. Tu colega Hughie Faulds.

—¿Qué? —dijo McCoy sorprendido—. ¿Por qué?

—No ha vuelto por casualidad —respondió Cooper—. Ha tenido que salir de Irlanda antes de que los chicos diesen con él. Ya

intentaron volar su coche en Belfast.

—¿Faulds? Es policía, ¿por qué iban a querer hacer algo así? —preguntó McCoy.

—Mantente alejado de él —dijo Cooper—. Lo digo en serio. Ya está muerto. Que no te pille el fuego cruzado.

—¿Qué hizo? —preguntó McCoy.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó Cooper.

McCoy asintió, aunque no estaba muy seguro del porqué.

—La próxima vez que hables con Hughie Faulds, pregúntale por Paul McVeigh —dijo Cooper—. Pregúntale qué le pasó. Y ahora, pírate.

McCoy salió del edificio y recorrió el tramo de calle. Saludó con un gesto de la cabeza al grupito que se arremolinaba junto al fuego. Ahora estaba más confundido que al llegar. Cooper no parecía el lunático fuera de sus cabales del que le había hablado Billy y tampoco le había dado la impresión de que le hubiese mentido sobre el tema de Jamsie, pero nada de eso tenía sentido. ¿A quién más podría interesarle matar a Jamsie Dixon? No estaba convencido de que Wattie fuese capaz de descubrirlo. Posiblemente tendría que ayudarlo más tiempo del que había imaginado.

Enfiló la calle Hawthorn, se encendió un cigarrillo y se puso a buscar un taxi. ¿Y lo de Hughie Faulds? ¿De qué iba eso? Por lo que McCoy sabía, había regresado porque su esposa no deseaba que sus hijos creciesen en una zona de guerra. Sabía que Cooper tenía conexiones con el IRA, primos y tíos que vivían en Belfast. A lo mejor sabía de qué estaba hablando. Apareció un taxi y McCoy lo detuvo con un silbido. Se preguntó si merecía la pena descubrirlo.

15 de abril de 1974

Diecisiete

—¿Cómo lo está llevando Watson? —preguntó Murray al tiempo que se sentaba en su silla. La nueva vida del inspector jefe junto a Phyllis Gilroy le iba bien, de ahí que a duras penas encajase en la silla. Demasiadas cenas y demasiado vino de la bodega del padre de Phyllis.

McCoy señaló con el mentón la carpeta color beis que estaba sobre la mesa de Murray.

—¿Ha leído su informe?

—No —dijo Murray—. Te lo estoy preguntando a ti, capullo.

—¿De qué va todo esto? —preguntó McCoy—. No lo entiendo. Fue usted quien eligió a Wattie entre muchos, dijo que se lo merecía y que podría seguirme el ritmo. Y ahora lo único que oigo son quejas y dudas. ¿Por qué lo metió en esto?

—No lo he metido en nada. Me preocupa que no esté a la altura. Creo que tiene que madurar un poco, enterarse un poco mejor de qué va este trabajo.

—Pues entonces lo emparejó con la persona equivocada, ¿no le parece? —dijo McCoy con una media sonrisa.

A Murray no le hizo gracia el comentario.

—Lo digo en serio, McCoy. La mitad del tiempo sigue comportándose como un adolescente. Tiene que cambiar.

McCoy suspiró.

—Lo está haciendo bien. Se encarga de todo lo que le corresponde, pero el caso es difícil. Jamsie Dixon era un matón a sueldo y también un bastardo de cuidado. Sin duda había mucha gente que quería matarlo.

—Incluido Stevie Cooper —dijo Murray.

—Incluido Stevie Cooper —admitió McCoy finalmente—. Tiene una coartada muy sólida. Eso no significa que no lo organizase todo, pero no va a ser fácil demostrarlo.

Murray empezó a palmearse el traje de tweed en busca de su pipa. La encontró y la golpeó contra el extremo de su mesa del despacho.

—No es que vaya a derramar una sola lágrima por la muerte de Jamsie Dixon. Glasgow es un sitio mejor sin él. —Se puso a escarbar en la cazoleta de la pipa con un cortaplumas—. ¿Dónde está encerrado su hermano, el chiflado?

—En Gateshead —respondió McCoy—. Aunque es posible que lo

dejen salir para el funeral.

—¿Querrá vengar a su hermano? —preguntó Murray y desapareció tras una nube azulada de humo de tabaco.

—Esperemos que no, pero no me sorprendería —dijo McCoy.

—Lo que nos faltaba —comentó Murray, despejando el humo con la mano—. Si se le ocurre hacer algo, les proporcionará una excusa a los payasos del *Record* para montar otro de sus numeritos, en plan «Las violentas calles de Glasgow». Y me llamarán desde la calle Pitt para ponerme a caldo.

—Preguntaré por ahí, descubriré si Desy anda preparando alguna cosa —dijo McCoy.

Murray asintió, tomó una carpeta de la pila que tenía delante y se la tendió.

—El informe de la Brigada Especial sobre la víctima de la bomba. O, como yo lo defino, una muestra de lavado de manos. Menuda desgracia. Echa un vistazo, sigue las pistas, asegúrate de que no preparó más bombas antes de esparcir los restos de su cuerpo por su piso.

—¿Algún detalle diferente en la bomba de la catedral? —preguntó McCoy.

Murray negó con la cabeza.

—Ni heridos ni daños significativos. Nada que las relacione. Incluso han tenido la desvergüenza de sugerir que tal vez fue una broma.

—A lo mejor lo fue —repuso McCoy—. No se me ocurre ningún otro motivo para ponerla allí.

—¿Crees que aquí acaba la cosa? —preguntó Murray.

McCoy se encogió de hombros.

—Eso espero. Un joven muerto, otro herido. Tal vez los involucrados han entrado en razón. —Tomó la carpeta y se levantó—. ¿Quiere que siga controlando a Wattie?

—¿A ti qué te parece? —preguntó Murray—. ¿Tienes que hacerlo?

—No sería mala idea —dijo McCoy.

Murray asintió y volvió a centrarse en su pipa y sus expedientes. Recordó algo.

—¿Qué te dijo el médico? —le preguntó.

—Todo bien —dijo McCoy—. Al parecer, fue una indigestión.

McCoy salió del despacho y se sentó a su mesa. La vida con Phyllis Gilroy parecía encajar a la perfección con la personalidad de Murray, así como con su cintura. Estaba más tranquilo, no le había gritado ni insultado. A lo mejor ese era el tipo de cambio que necesitaba McCoy, emparejarse, llegar a casa y que le estuviese esperando una taza de té, para pasar la noche en el sofá viendo

programas de mierda en la tele. La vida podía ser peor. Tenía que hacer algo, de eso no le cabía duda, porque incluso su vida sentimental se hallaba estancada. Aparte del rollo de una noche en el Victoria, un par de semanas atrás, estaba totalmente en dique seco. La mujer del Victoria estaba muy bien. Eso casi lo compensaba.

—¿De qué se ríe? —le preguntó Wattie.

—Lo siento, soñaba despierto —dijo McCoy mirándole a los ojos —. Tienes vómito de bebé en el hombro.

—¡Joder! —exclamó Wattie volviendo el cuello para intentar ver el hombro de su camisa—. El muy cabroncete debe de haberlo hecho esta mañana.

—¿Te refieres a tu amado primer hijo, Douglas Watson júnior? —preguntó McCoy.

—No, me refiero al cabroncete —dijo Wattie.

—Ve a limpiarte —sugirió McCoy—. Cuando vuelvas nos montamos en un coche y me cuentas cómo van las cosas.

Wattie asintió y se apresuró hacia el lavabo. McCoy no sabía si también le había comentado lo de los restos de huevo en la corbata.

Mientras esperaba en el coche, McCoy puso en marcha la radio para escuchar las noticias. Le dio la impresión de que todas las emisoras pinchaban la misma canción: «Waterloo». Se dio por vencido, la apagó al tiempo que Wattie se acomodaba en el asiento del copiloto, con el hombro todavía húmedo y la mancha de huevo intacta.

—¿Algún familiar cercano? —preguntó McCoy cuando ya estaban en Charing Cross.

—Por Dios, no pregunte —dijo Wattie—. Paul Watt era hijo único, su madre y su padre murieron en un accidente de tráfico hace cinco años. Así que su pariente más cercano es un viejo tío en Durham. Le telefoneé, pero no parecía tener ni idea de lo que le hablaba. Creo que está un poco gagá. Me preguntó si iba a solucionar el tema de los niños que estaban jugando en la calle y me pidió un trozo de pan y un poco de leche.

—Mal rollo —dijo McCoy.

—¿Adónde vamos? —preguntó Wattie.

—A Maryhill —respondió McCoy—. A la calle Chapel, justo detrás del Viking. Después podemos tomarnos unas pintas.

—¿Allí? —preguntó Wattie—. ¿Es imprescindible?

—¿Qué tiene de malo el Viking? —dijo McCoy. Entonces lo recordó. La última vez que había estado allí, Stevie Cooper le había dado una paliza a un tipo atado a una silla—. Bueno, no tenemos por qué —rectificó—. Podríamos probar en el Munns Vaults, que queda de camino.

No les llevó mucho tiempo llegar allí, se detuvieron frente a un

almacén que tenía un gran cartel encima de la entrada en el que podía leerse VENTA AL POR MAYOR THOMSON. Dibujos de manzanas y naranjas rodeaban las letras. El patio estaba lleno de pilas de cajas de madera. Esparcidas por el suelo, diferentes frutas y verduras. Junto a la enorme puerta había aparcada una camioneta en la que dos tipos estaban cargando sacos de patatas, mientras el conductor fumaba y leía el periódico sentado en su asiento.

—¿Qué tal está Mary? —preguntó McCoy al salir del coche—. ¿Ya te habla?

—Sí. Cumplí con mi penitencia. He cambiado los suficientes pañales como para ser perdonado. Se está planteando volver al trabajo —dijo Wattie.

—Qué rápido —comentó McCoy—. ¿Qué pasará con el cabroncete? ¿La madre de ella lo cuidará durante el día?

—Si por el cabroncete se refiere a mi querido primogénito Douglas Watson júnior, ese es el plan, efectivamente. Ahora mismo está allí —dijo Wattie—. En Knightswood, preguntándoselo.

—Busco al jefe, muchacho —dijo McCoy cuando, tras un muro de cajas, apareció un adolescente con una considerable cantidad de acné y un cajón de plátanos en los brazos. Apuntó con el mentón hacia un diminuto despacho más allá de la puerta trasera.

—Me preguntaba qué le habría ocurrido —dijo el jefe, un tipo de mediana edad con una marca roja de nacimiento encima de su ojo izquierdo—. Por lo general, si se encontraba mal llamaba por teléfono. Nunca se me habría ocurrido que hubiese muerto. Qué sorpresa tan desagradable. —Parecía como si el viento le hubiese empujado con fuerza. Se dejó caer en la silla y buscó los cigarrillos—. Era muy joven —comentó—. Horrible. —Alzó la vista para mirarlos—. ¿Qué le ha pasado?

—Todavía no podemos decírselo —dijo McCoy—. ¿Cómo era?

—¿Paul? —preguntó el jefe—. Un poco soñador, pero trabajaba bien. Un mozo de almacén normal. Llevaba un año trabajando aquí. —Se encendió el cigarrillo con manos temblorosas, dejó la cerilla en lo alto de un cenicero lleno hasta los topes—. No me lo puedo creer.

—¿Tenía amigos aquí? —preguntó McCoy—. ¿Alguien con quien podamos hablar?

El jefe negó con la cabeza.

—No se relacionaba mucho con nadie. Los chicos de aquí pueden ser un poco agresivos; no sé si me explico. Paul no se comportaba así, era callado.

—¿Novias? —preguntó McCoy.

—Nunca habló de ninguna. Aunque dudo que tuviese. De lo único que hablaba era del Ejército Territorial.

—¿Los reservistas del Ejército? —preguntó McCoy—. ¿Estaba

metido en eso?

El jefe asintió.

—Sí. Tenía el uniforme y todo lo demás. Iba a los campamentos los fines de semana. Su base o pelotón o como lo llamen no está lejos de aquí. Calle Hotspur.

Dejaron al jefe, que todavía parecía conmocionado, sentado a su mesa, y regresaron al coche.

—Un soldadito de juguete —dijo Wattie—. ¿No le parecen todos un poco raros?

—Sí —dijo McCoy—. Más raros que los agentes especiales, que ya es decir. Supongo que tendremos que ir a hablar con ellos. ¿Y qué pasa con Jamsie Dixon? —preguntó McCoy mientras salían del patio, cruzaban el puente y esperaban en el semáforo al lado del Viking.

—No gran cosa —respondió Wattie—. He organizado una búsqueda como Dios manda en el patio, para ver si podemos encontrar el arma. Hoy llegarán los informes médicos, a ver qué dicen.

—¿Qué otra cosa esperas, más allá de que le golpearon en la cabeza? —preguntó McCoy.

Wattie se encogió de hombros.

—Espero que diga algo más que eso.

—Cooper asegura que no tuvo nada que ver —dijo McCoy, pisando el acelerador en cuanto el semáforo se puso verde.

—Bueno, eso no sorprende a nadie, ¿o sí? —dijo Wattie—. ¿Usted le cree?

—No —respondió McCoy—. Pero si no pasa nada y él se aferra a esa historia, con Lomax evitando cualquier clase de pregunta, no sé cómo vamos a poder seguir avanzando.

—Genial —dijo Wattie sombrío—. Mi primer gran caso acabado antes de empezar.

—Es posible —dijo McCoy—. Pasa más a menudo de lo que crees. Todo el mundo sabe quién lo hizo, pero nadie puede hacer nada al respecto. Esas cosas son las que permiten que tipos como Lomax vistan trajes de raya diplomática y conduzcan Jaguars.

Dieciocho

El cuartel del Ejército Territorial de los Fusileros Reales de Escocia era un edificio blanco con patio en lo alto de la calle Hotspur. Cuando llegaron allí, les resultó evidente la razón por la cual brillaba bajo la luz del sol. Había unos veinte muchachos con pantalones del ejército, desnudos de cintura para arriba, armados con brochas para pintarlo de blanco. Por lo visto, les divertía hacerlo, lanzaban gritos y algunos lucían manchas de pintura muy poco convincentes en la cara. Uno de ellos, pelirrojo, parecía haberse pintado una camiseta. A McCoy le dio la impresión de que eran demasiado jóvenes para ser reservistas; andaban entre los quince y los dieciséis años. Tal vez eran cadetes del Ejército. Un hombre de unos treinta años, vestido con ropa de deporte, intentaba mantener el orden a base de gritos y pitidos del silbato que colgaba de su cuello.

—¿Está usted al mando? —preguntó McCoy.

—¿De este triste intento de pintar o en términos generales? —preguntó el hombre. Tenía acento pijo escocés, con las «erres» típicas de las Tierras Altas—. De las dos cosas, me temo. —Le tendió la mano —. Teniente Meiklejohn. ¿En qué puedo ayudarles?

—Paul Watt —respondió McCoy, tras mostrarle su tarjeta de la policía.

—Ah —dijo Meiklejohn—. Supuse que llamarían. ¿Entramos?

Los hizo pasar al interior del edificio por una puerta trasera. Atravesaron un gimnasio, con cuerdas y pesas tiradas por el suelo, espalderas en las paredes. Recorrieron un pasillo flanqueados por mapas y entraron en una habitación que parecía una sala de profesores. Un par de sofás, una mesa con un mantel de cuadros, estanterías con libros, grandes fotos de soldados sentados, un par de espadas cruzadas sobre un escudo de armas en la pared. El olor le recordó a McCoy a los hogares de acogida. Desinfectante, cigarrillos, sudor y pintura.

Meiklejohn señaló hacia uno de los sofás.

—Por favor, siéntense.

Se sentaron y él puso en marcha el hervidor.

—¿Té? —preguntó.

—No es necesario —dijo McCoy—. Solo queremos hacerle unas preguntas.

—Lo siento. Sí, claro —dijo Meiklejohn. Tiró de una silla y se

sentó frente a ellos.

—¿Cómo era? —preguntó McCoy—. Me refiero a Paul Watt.

—Era un buen muchacho —dijo Meiklejohn—. Estaba pensando en unirse a nosotros formalmente. Hablo del Ejército Territorial. Me da la impresión de que no tenía mucho más aliciente en su vida aparte de los reservistas. Nunca faltaba, siempre estaba aquí, a veces cuando se suponía que no tenía que estar. Desconozco su situación familiar, porque nunca comentó nada. Por otra parte, era bastante callado. En el grupo, no era de los que enseguida recurren a la fuerza física, ni de los más escandalosos.

—¿Cómo es posible que alguien como él volase por los aires mientras construía una bomba? —preguntó McCoy.

—¿Fue así como murió? —preguntó Meiklejohn—. Me lo contaron, pero me pareció imposible. —Negó con la cabeza—. Lo cierto es que no tengo ni la más remota idea. Nada en su comportamiento o en su manera de ser daba a entender que fuese capaz de algo así o siquiera que estuviese interesado en hacerlo.

El botón del hervidor saltó y los tres se volvieron para observarlo.

—¿Se sabe a quién o a qué estaba destinada esa bomba? —preguntó Meiklejohn.

—Todavía no —respondió McCoy—. ¿Habló alguna vez de un tal Donny Stewart?

Meiklejohn negó con la cabeza.

—No que yo recuerde. Pero no es uno de nuestros muchachos.

—En un lugar como este —dijo Wattie—, ¿disponen de material con el que se pueda construir una bomba?

—No —respondió Meiklejohn con una sonrisa—. Nuestras ordenanzas se limitan a rifles, la mayoría de ellos inutilizados. Sirven solo para entrenar. Nada de granadas o de bombas. Tenemos un armario con llave en el que guardamos algunas pistolas y munición, pero me parece que no lo hemos abierto desde hace años.

—¿Algo más que pueda contarnos de él? —preguntó McCoy.

Meiklejohn recapacitó durante unos segundos y negó con la cabeza.

—Era un muchacho normal y corriente, ni el mejor ni el más brillante, pero con buen corazón.

McCoy estaba empezando a cansarse de tantos buenos muchachos y tantos buenos corazones. El olor le desagradaba y le recordaba cosas que no quería recordar. Estaba deseando largarse. Tenía que acelerar el asunto. Si seguía por el camino habitual, no sacaría nada de Meiklejohn. Era el momento de tocar ciertas teclas.

—¿Le había tomado usted cariño, señor Meiklejohn? —preguntó McCoy—. Me refiero a Paul.

Meiklejohn se sintió desconcertado. Se le enrojecieron las orejas.

—Teniente Meiklejohn. Y no, no en especial. No sé a qué se refiere.

—¿En serio? —preguntó McCoy—. Solo era una pregunta. ¿Les compra regalos a todos los chicos para su cumpleaños?

Las orejas de Meiklejohn eran ahora de un rojo escarlata.

—*¿The Life and Death of St Kilda?* Feliz cumpleaños, de Henry. Lo encontramos en su apartamento. —McCoy señaló hacia la puerta—. El cartel dice H. Meiklejohn. Es Henry, ¿verdad?

Meiklejohn le miró a los ojos. Le miró como lo hacen a sus amos los perros atemorizados. Acto seguido, se recompuso. Enderezó la espalda.

—Watts estaba interesado en la historia de Escocia, como yo. Me topé con ese libro de bolsillo en una librería y se lo compré. Eso es todo.

—¿En serio? —preguntó McCoy—. ¿Les compra regalos a los otros chicos?

—No sé qué quiere dar a entender —replicó Meiklejohn.

—Claro que lo sabe —dijo McCoy con muy mala intención—. Sabe perfectamente lo que quiero dar a entender. Un muchacho solitario, sin familia, no muy brillante. De repente, una figura de autoridad muestra interés por él, empieza a comprarle regalos. Créame, Meiklejohn, sé perfectamente lo que estoy dando a entender y sé muy bien cómo funciona el asunto. Es muy fácil emborrachar a muchachos como él, es muy fácil enseñarles revistas guarras. Los muchachos como ese suelen hacer todo lo que se les manda.

Silencio. Ni una palabra. Podía escucharse el tictac del reloj de pared. También las risas y los gritos distantes de los chicos que estaban fuera.

—Creo que será mejor que se vayan —dijo Meiklejohn—. Ahora.

Cuando salieron, McCoy encendió un cigarrillo para calmarse un poco. El chaval pelirrojo que se había pintado una camiseta ahora se había puesto una de tela y estaba persiguiendo a uno de sus compañeros con una brocha impregnada de pintura.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Wattie a su espalda.

McCoy asintió.

—¿Cómo supo que el libro se lo había regalado él? —preguntó.

—No lo sabía —dijo McCoy—. Lo intuí. H de Henry.

—¿Cree que Meiklejohn y él eran, ya sabe...? —preguntó Wattie.

McCoy se encogió de hombros.

—No sé de qué se trata, pero sin duda había algo entre ellos. Algo más de lo que Meiklejohn quiere aceptar.

Wattie negó con la cabeza.

—¿Un oficial del Ejército? ¿Marica? ¿Está seguro?

Esa fue la gota que colmó el vaso. Toda la rabia contenida

explotó.

—¡Joder, Wattie! Murray tiene razón. ¡Eres como un puto niño pequeño! ¡Despierta de una vez! Esto es el mundo real. Si quieres ser detective, espabila, deja de ir de aquí para allá como si fueses Heidi. Eres adulto, padre de un hijo y policía. ¡Tienes que crecer un poco y hacerlo rápido!

Echó a andar hacia el coche. Wattie le seguía a unos metros de distancia.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó al entrar en el coche.

—Nada —dijo McCoy—. Pero vas a tener que aprender a ver cómo son en realidad los tipos como Meiklejohn. Deja de creer en lo que te dicen los demás.

—Ya lo he entendido —dijo Wattie. Puso el coche en marcha.

—Sí. Y tienes suerte de que sea yo el que te lo ha dicho y no Murray. Si hubiese sido él...

De repente, sonó la radio.

—¿Watson? Tienes que volver a la comisaría cuanto antes.

Diecinueve

Uno de los agentes encargados de buscar huellas dactilares lo había encontrado oculto tras uno de los bidones de basura en el patio de al lado.

—No me jodas —dijo Wattie.

Estaban ya en la comisaría, observando una bolsa de plástico etiquetada sobre el escritorio de Murray. Una bolsa de plástico que contenía un martillo, cuya punta estaba cubierta de sangre pegajosa, con varios cabellos rubios colgando.

—Parece que hubieses estado corriendo —comentó Murray—. Será mejor que lo lleves al laboratorio. A ver qué pueden hacer con él.

Wattie asintió, agarró la bolsa con cautela y salió a toda prisa.

—El chaval ha tenido suerte —prosiguió Murray.

McCoy asintió.

—Mucha suerte. Si el cabrón de turno ha sido tan estúpido como para dejar sus huellas dactilares, nos vamos a reír.

—¿Algo sobre el tipo de la bomba? —preguntó Murray tras sentarse.

McCoy se encogió de hombros.

—Para ser un tipo que montaba bombas en su apartamento, da la impresión de que llevaba una vida muy aburrida.

—A lo mejor esa es la cuestión —dijo Murray—. Ocultarse a la vista de todo el mundo.

—A lo mejor, pero es raro. Los de la Brigada Especial dicen que no era paramilitar, pero entonces, ¿de qué se trata? No da la impresión de ser uno de esos tipos que se la tienen jurada a alguien. Cumplía en el trabajo, le gustaban los del Ejército Territorial. Ninguno de sus empleadores le había fastidiado. Nada. ¿Cómo aprendió a hacer una bomba? ¿Quién era el objetivo?

—¿No será uno de esos alemanes? ¿Cómo les llaman? ¿Badder lo que sea? —preguntó Murray.

—No lo creo. Son revolucionarios radicales, su intención es acabar con el sistema. Lo único que quería este estúpido era entrar en el ejército.

—No era precisamente un radical —dijo Murray—. Más bien lo contrario.

—Voy a ir a Dunoon. A ver si descubro algo más del otro tipo involucrado.

—¿El marino estadounidense? —preguntó Murray.

McCoy asintió.

—Que no se convierta en un problema diplomático, ¿de acuerdo? —dijo Murray con evidente preocupación— ¿La Armada estadounidense? Es lo último que necesitamos.

—Espero que no —dijo McCoy—. Estaba fuera de servicio cuando ocurrió. Espero que se laven las manos en este asunto.

Murray asintió.

—No le quites ojo a Watson. Lo del martillo es un gran paso adelante, asegúrate de que lo gestiona adecuadamente. Y ahora una pregunta para ti. ¿Qué le compro a Phyllis por su cincuenta cumpleaños?

—¿Cómo? —A McCoy le pilló con la guardia baja. Un cambio demasiado rápido.

—Phyllis. Cincuenta cumpleaños.

—¿Por qué me lo pregunta a mí? —preguntó McCoy.

—Porque estás delante. Me urge comprar algo esta tarde y no tengo ni puta idea de qué.

—Dios mío. No lo sé —dijo McCoy—. ¿Una joya?

—Es jodidamente rica. No creo que pueda competir con ella a ese nivel.

—¿Un cuadro? A ella le gusta la pintura, ¿verdad?

Una gran sonrisa se dibujó en el rostro de Murray.

—La casa está llena de cuadros. Buena idea. ¿Dónde compro uno?

—Murray, por favor.

Murray alzó las manos.

—De acuerdo. Lo pensaré.

—La cosa se está poniendo seria entre Phyllis y usted. Lo siguiente va a ser comprarle un anillo.

McCoy dejó a Murray pensando en cuadros y anillos, sentado tras su escritorio. Tenía que intentar descubrir qué había pasado con Paul Watt. Aunque estuviese liado de algún modo con Meiklejohn, ¿qué tendría eso que ver con hacer bombas? ¿Y cómo demonios había llegado a conocer a un marino estadounidense? Entonces lo entendió. De repente, parecía obvio. Iba a tener que pasar por otro sitio antes de ir a Dunoon.

*

El exilio de Bobby Thorne en España no se había prolongado mucho. Demasiado calor, por eso había regresado hacía un par de meses. Se había comprado un pequeño pub en la parte alta de la calle Hope. El Backstage Bar. Había cubierto las paredes con fotos de sí mismo

acompañado de otros personajes de la farándula escocesa. Bobby y Moira Anderson, Bobby y Jack Milroy, Bobby y The One O'Clock Gang. La única que le sorprendió fue una de Bobby junto a los integrantes de los Beatles. Invierno de 1963, en el Beach Ballroom de Aberdeen. Los cuatro, y Bobby, sonriéndole a la cámara, todos con botellas de whisky en las manos. El pub gozaba de buena salud, los clientes pasaban por allí antes o después de ir al teatro Royal, al Metropole o al Apollo.

McCoy abrió la puerta y se adentró en la oscuridad y el conocido aroma a humo de tabaco y cerveza. Todavía no había mucha gente, tan solo un par de personas sentadas al fondo. Era demasiado temprano. El dueño estaba tras la barra, con el peluquín bien puesto, una camisa blanca de manga corta y un lápiz en la mano, cumplimentando lo que parecía un libro de cuentas. Alzó la vista. Observó a McCoy despacio, de arriba abajo.

—Vaya, vaya, mira quién está aquí. Harry McCoy. ¿A qué debo este dudoso placer?

—Tengo que hacerte unas cuantas preguntas —dijo McCoy apartando un taburete de la barra y sentándose.

Bobby y McCoy habían mantenido relación un par de años atrás, cuando asesinaron al socio de Bobby. No llegaron a trabar amistad, pero se vieron en el bar en un par de ocasiones, charlaron varias veces. Bobby siempre parecía estar al corriente de lo que ocurría en las partes menos visibles de la ciudad. Llenó una pinta de cerveza y la dejó frente a McCoy. Para él se sirvió una copa de whisky y se sentó.

—Soy todo oídos —dijo Bobby—. Mucho mejor que seguir haciendo números.

—Marinos estadounidenses —dijo McCoy.

Bobby alzó las cejas.

—Un principio prometedor.

—Cuando vienen a Glasgow en busca de..., ya sabes..., ¿adónde van?

Bobby abrió mucho los ojos con aire inocente.

—No sé a qué se refiere, señor McCoy. ¿En busca de qué? ¿Podrías ser más preciso?

—Sabes muy bien a qué me refiero, capullo —dijo McCoy con una sonrisa.

Bobby se sacudió una imaginaria pelusa de la camisa.

—Aunque nadie lo diría al verme, mis días de caza quedaron atrás hace mucho tiempo. Soy demasiado viejo y estoy demasiado cansado después de trabajar todas las noches. Sin embargo... —Alzó un dedo, se echó hacia atrás y dijo a voz en grito en dirección a la trampilla de la bodega—: ¡Barry!

Un par de segundos después apareció por allí una cabeza.

—¿Qué? —preguntó.

Bobby señaló hacia McCoy con el mentón.

—Es policía. Quiere hablar un momento contigo.

La cara de Barry se puso blanca de repente. Subió el resto de los escalones y se colocó tras la barra, nervioso. Era un tipo corpulento, llevaba una camiseta blanca de manga corta, unos ceñidos vaqueros y un peinado estilo Rod Stewart.

—El señor McCoy quiere saber dónde podría ligar con un marino estadounidense —dijo Bobby—. He pensado que tú podrías decírselo.

—No te preocupes, muchacho —se apresuró a decir McCoy antes de que el chico echase a correr—. Solo necesito información. Nada más.

El color empezó a regresar al rostro de Barry.

—¿Joven? —preguntó—. ¿De los que vienen de Holy Loch?

McCoy asintió.

—No vienen muchos de esos, lo cual es una lástima. El único lugar en el que me he encontrado alguno es en el Duke of Wellington.

Bobby puso los ojos en blanco.

—Tendría que haberlo sabido. Ese sitio es un puñetero antro.

Barry ignoró sus palabras.

—Siempre parecen asustados. Suelen decir que están aquí de vacaciones, visitando a la familia, cosas de esas. No quieren que nadie sepa que son de la Armada. —Sonrió—. Solo te enteras cuando las cosas se ponen serias y ves las chapas de identificación que olvidan quitarse.

McCoy rebuscó en el bolsillo y sacó unas de las fotografías de Donny Stewart. Se la pasó.

—¿Lo has visto alguna vez? —preguntó.

Barry la observó y negó con la cabeza.

—No, pero no es del tipo en que me suelo fijar, la verdad. Demasiado menudo. Mido metro ochenta y seis y peso noventa y cinco kilos. A mí me gustan los que pueden manejarme, ¿sabes a qué me refiero?

—No, el señor McCoy no lo sabe. Muchas gracias —dijo Bobby—. Anda, lárgate. Regresa a tu agujero.

Barry asintió y desapareció por la trampilla de la bodega.

—¿Te ha servido de algo? —preguntó Bobby.

—No lo sé —respondió McCoy—. No estoy muy seguro de lo que ando buscando. Ni siquiera sé si el muchacho es... —Estuvo a punto de decir marica, pero cambió de idea—... un gay.

—Gay, no *un* gay.

—Ah —dijo McCoy.

—Te propongo una cosa —dijo Bobby—. Enviaré allí esta noche al monstruo de las profundidades. Le diré que pregunte. Creo que allí

él será más capaz que tú de sacar información. No te ofendas.

—Genial —dijo McCoy—. Te debo una.

Bobby asintió.

—Lo sé. Por eso lo hago. Nunca se sabe cuándo vas a necesitar el favor de un polizonte. Hablando del asunto, ¿qué le ha pasado a tu compañero, el muchachote rubio?

—¿Wattie? —preguntó McCoy—. Ha tenido un bebé.

Bobby dejó escapar otro suspiro.

—Los guapos siempre son heteros. La historia de mi vida.

McCoy le dejó que regresase a su libro de cuentas, salió del pub a la luz de la tarde. Las siete menos cuarto. Si se ponía en marcha, llegaría a Dunoon a las ocho y media. A esas horas, el Paul Jones ya estaría abarrotado.

Veinte

Un camión había volcado justo en la salida de Port Glasgow, bloqueando la carretera durante más de media hora, así que eran casi las nueve de la noche cuando McCoy llegó al Paul Jones en Dunoon. El bar estaba en medio exacto de la extensa calle principal, frente a la iglesia. El local era cuadrado y la barra se encontraba en uno de los costados, había unas cuantas mesas desperdigadas y el menú colgaba de la pared ofertando hamburguesas. Estaba lleno de jóvenes que McCoy supuso que eran marinos estadounidenses. Iban vestidos con los típicos vaqueros, pantalones de pana y camisetas, pero ninguno de ellos llevaba el pelo por debajo de la nuca. Una revelación involuntaria.

Se abrió paso hasta la barra, no le resultó sencillo porque el local estaba abarrotado. Dos chicas servían las copas, ambas jóvenes, ambas guapas y ambas bien vestidas; sin duda formaban parte del atractivo del lugar. Parecían tener totalmente controlada la situación, intercambiando bromas e insultos con los muchachos. Logró llamar la atención de la rubia y esta se acercó. Le mostró su identificación y le preguntó si disponía de unos minutos. Le contestó que iba a comprobarlo y se acercó a la morena. Regresó asintiendo. Uno de los marinos introdujo unas monedas en la gramola que había en la esquina. Empezó a sonar una batería, después una guitarra eléctrica y, de repente, todos los que estaban en el local se volvieron locos. Todos los presentes se pusieron a cantar a voz en grito: *«It ain't me, it ain't me, I ain't no fortunate son»,* dando saltos, golpeando el aire.

McCoy miró a la camarera y ella se encogió de hombros, gritó con fuerza:

—Siempre se les va la olla con este tema.

McCoy señaló hacia la puerta, no tenía sentido intentar hablar mientras treinta muchachos cantaban a coro con Creedence Clearwater Revival.

Se quedaron de pie fuera del pub, en la acera. Podían oír los gritos y los cánticos como un rumor detrás de la puerta que acababan de cerrar. Las últimas familias iban camino ya de sus pensiones y hoteles. Los niños más pequeños estaban dormidos, aferrados a sus cometas o sus cañas de pescar, en brazos de sus padres. McCoy sacó su paquete de tabaco, le ofreció un cigarrillo a la camarera y se encendió uno.

—Empecé a fumar para mantener alejados a los mosquitos —dijo blandiendo su cigarrillo en el aire—. Ahora fumo veinte de estos al día. —Le tendió la mano—. Catrina.

—McCoy —dijo McCoy—. ¿Te parece bien si te hago unas cuantas preguntas?

Ella asintió.

—Me merecía un descanso.

Sacó la fotografía de Donny Stewart de la cartera y se la mostró.

—¿Lo conoces? —le preguntó.

—¿Es el chico que ha desaparecido?

McCoy asintió.

Ella negó con la cabeza.

—Me suena, ha estado aquí varias veces, pero no lo conozco. Un chico más. Si no me molestan o me piden para salir, todos me parecen más o menos iguales. Chicos de pelo corto y buena dentadura.

—¿También viene gente del pueblo por aquí? —preguntó McCoy mirando hacia el pub.

—No muchos. De vez en cuando, alguna chica que busca un amigo de Estados Unidos. Chicos, ninguno. Van a otros pubs. Aquí vienen los de la Armada estadounidense, los jóvenes de aquí van al Ingram, un poco más arriba. Nunca se mezclan. A menos que se peleen, claro. —Pensó durante un minuto—. Aunque antes sí lo hacían, hará cosa de un año. Un par de hippies de pelo largo solían venir aquí. Hablaban muy fuerte y decían cosas como asesinos de niños, impiri...

—¿Imperialistas? —preguntó McCoy.

—Eso. Imperialistas. Hablaban de Vietnam a voz en grito. Querían provocar a los muchachos. Vinieron varias veces, pero como nadie mordió el anzuelo se fueron.

—¿Sabes quiénes eran esos chicos? —preguntó McCoy.

Negó con la cabeza.

—Pero estoy convencida de que venían del Zoo.

—¿El Zoo? —preguntó McCoy perplejo.

Ella sonrió.

—Así es como la llamamos. Es una comuna que hay en Knockland, en una granja. Hay todo tipo de hippies y Dios sabe qué más. Les gusta el amor libre y no lavarse el pelo. No va conmigo.

McCoy recordó lo que le había dicho Saunders, el amigo de Donny, sobre el coche dorado y hacia dónde había ido.

—¿Está de camino a Innellan?

Ella asintió. Señaló hacia la izquierda, en dirección al muelle del ferri.

—Unos diez kilómetros, hacia allí.

—No sabrás nada de un coche dorado, ¿verdad? —preguntó

McCoy.

—¿Yo? No. —Sonrió de nuevo—. Pero mi padre seguro que sí. El otro día íbamos caminando por la calle Argyll y un gran coche dorado se detuvo delante del Co-op y salieron dos tipos. Abrigos afganos, barba. No llevaban zapatos. A mi padre casi le dio un patatús. Dijo que si realmente creían en lo de la paz y el amor tendrían que vender el coche y darles el dinero a los pobres, que ese coche valía una fortuna.

—¿Te dijo de qué modelo se trataba? —preguntó McCoy—. Me refiero a tu padre.

—Es posible que dijese que era un Daimler. O algo parecido, creo.

Una cabeza asomó por la puerta del pub, acompañada del rugido de «Bad Moon Rising». Rubio, pelo muy corto, acento americano.

—¿Catrina? Susan dice que te necesita dentro. Ya.

Volvió a desaparecer.

Catrina lanzó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con su sandalia de plataforma roja.

—Será mejor que vuelva —dijo—. Susan debe de estar de los nervios.

—¿Crees que el coche venía del Zoo? —preguntó McCoy—. ¿De la comuna?

Ella asintió.

—Seguramente. No hay muchos más hippies por aquí.

Se despidió, sonó otro estallido de Creedence al abrir la puerta y desapareció. McCoy se quedó allí un minuto, escuchando el rumor de la música. Al parecer, el Zoo ese era adonde tenía que ir. Pero no esa noche, nunca lo encontraría a oscuras. Había pasado junto a un gran hotel de camino al pub. El Argyll. Decidió que se alojaría allí aquella noche e iría en busca del Zoo por la mañana.

Iba caminando por la calle hacia el hotel cuando lo vio. Stewart estaba delante de un pub, deteniendo a todo el que pasaba para mostrarle una foto. No parecía estar teniendo mucha suerte: la gente negaba con la cabeza y seguía andando. Daba la impresión de sentirse un tanto derrotado, con la cabeza gacha. McCoy sintió lástima por él, se preguntó si alguien se tomaría tantas molestias por hacer algo así si él desapareciese. Su padre no, eso seguro.

Se acercó a Stewart. Otra pareja le dijo que no reconocía al chico de la foto.

—Tienes pinta de necesitar una copa —dijo McCoy.

Stewart alzó la vista.

—¡Harry! Amigo, cuánto me alegro de verte. No estoy teniendo suerte aquí. Sí, una copa sería de agradecer.

McCoy abrió la puerta del pub y entraron los dos.

Stewart se sentó y McCoy fue a por un par de pintas y dos whiskies y los llevó a la mesa, que estaba junto a la chimenea. El pub era una agradable mezcla de papel de pared de tartán e imágenes de barcos, y la clientela, al parecer, estaba formada a partes iguales por lugareños y turistas. El fuego restallaba en la chimenea. Se oía a Dean Martin de fondo.

—¿Alguna novedad? —preguntó Stewart al agarrar su pinta.

McCoy negó con la cabeza.

—No. He venido aquí a hacer algunas preguntas, como tú.

Stewart asintió. Su gesto transmitía resignación.

—No sabía cómo matar el tiempo, así que intenté hacer algo útil —dijo—. He pasado unas cuantas horas ahí fuera. Me duelen los pies, pero eso es mejor que quedarse sentado en el hotel mirando las paredes.

—¿Alguien te ha dicho algo de él? —preguntó McCoy.

Negó con la cabeza.

—No. Los chicos de la Armada lo reconocen, pero no tienen ni idea de qué podría haberle ocurrido. La gente de aquí intenta ayudar, se miran la fotografía, pero acaban diciendo que lo sienten mucho, que no saben quién es. Eso ha sido todo.

—¿Y qué tal en la Armada? —preguntó McCoy—. ¿Te han ayudado?

—Pasé esta tarde por la base, hablé con ellos. Por lo que a ellos respecta, se hallaba fuera de servicio. Si la policía local lo encuentra, lo meterán en un calabozo. Así están las cosas.

—¿Lo están buscando?

—Yo diría que no —dijo Stewart—. Preguntaron en algunos bares, pusieron un cartel en la base. Lo habitual. —Sonrió—. Supongo que un excapitán tiene menos influencia de la que pensaba.

—Lo encontraremos —dijo McCoy.

Stewart alzó el vaso y brindaron.

—He cancelado el vuelo de regreso. No tengo ninguna razón para volver. Debo estar aquí. Pase lo que pase, no me iré a casa hasta descubrir qué le ha ocurrido a Donny.

El barman hizo sonar la campana y gritó: «¡Última ronda!». Stewart se acercó a la barra. McCoy le vio moverse despacio con un billete de veinte libras en la mano. Se parecía mucho a Jack Nicklaus. Cuanto más pensaba en ello, más extraño le resultaba todo lo relacionado con Donny Stewart y Paul Watt. Había explotado una bomba en su apartamento, otra en la catedral, pero nadie parecía darle la menor relevancia. A la Armada le importaba poco Donny Stewart, y a la Brigada Especial tampoco le importaba Paul Watt. Por lo visto, los únicos que se interesaban por ellos eran Stewart y él.

—¿En qué pensabas? —dijo Stewart cuando volvió a sentarse.

—Nada en especial —respondió McCoy—. Dejaba volar la mente.

Stewart asintió.

—¿Qué tal está tu amigo Steve?

—No lo sé —dijo McCoy—. Si te soy sincero, se está comportando de un modo un poco raro. Creo que el tiempo que ha pasado en la cárcel le ha afectado más de lo que está dispuesto a admitir. ¿Ya te ha devuelto el traje?

—Mierda —dijo Stewart—. Me había olvidado de eso. No estoy seguro de si volveré a verlo. Creo que le gustó mucho. Recibió muchos halagos en el casino. Estaba tan cómodo con él que incluso fue a enseñárselo a un sastre que conocía.

McCoy estaba a punto de acabarse su cerveza, pero volvió a dejarla sobre la mesa.

—¿Qué dices que hizo?

—Me dijo que conocía a un tipo que vivía por allí y que quería enseñarle el traje para ver si podía copiarlo.

—¿En la plaza Saint Enoch? —preguntó McCoy.

—Sí, es posible —dijo Stewart—. ¿Por qué?

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera? —preguntó McCoy.

Stewart se recostó en la silla, no parecía tenerlo claro.

—No sabría decirte. A esas alturas yo ya estaba un poco achispado. Me dijo que se marchaba y yo me senté a la barra para tomar algo y charlar con unos tipos sobre Vietnam. Cuando volví a fijarme, ya estaba de vuelta, sentado a la mesa.

—¿Diez minutos? —preguntó McCoy.

Stewart negó con la cabeza.

—No, algo más. Una media hora o cuarenta minutos.

El barman volvió a gritar.

—¡Caballeros, hagan el favor!

Un muchacho iba de mesa en mesa recogiendo los vasos. Hora de marcharse.

—¿Te apetece dar un paseo? —preguntó Stewart—. Todavía estoy un poco confundido por el *jet lag*.

McCoy asintió.

—¿Por qué no?

Recorrieron la calle principal. Stewart hablaba de Boston y McCoy asentía de vez en cuando. No dejaba de calcular si Cooper habría tenido tiempo suficiente para ir desde el casino, en la calle Hope, hasta Shettleston y volver. Un poco justo, a decir verdad, pero si un coche le esperaba en la puerta, seguramente podría haberlo logrado. Y sabía otra cosa más. Si iba a preguntarle al pequeño Arthur, el sastre, les diría que Cooper había ido a verle aquella noche tanto si era cierto como si no. ¿Habría sido tan estúpido como para tirar el martillo que había usado en el patio de al lado? No lo creía, pero no

podía estar seguro.

Acabaron sentándose en el rompeolas, pasándose una petaca de whisky plateada que Stewart se había sacado del bolsillo de la chaqueta. Era una noche preciosa, tranquila. Las luces de Greenock y Gourock centelleaban al otro lado de la bahía.

—¿Siempre quisiste ser marino? —preguntó McCoy.

Stewart asintió.

—Desde que era niño. Había algo en el mar, no sé bien qué, que me atraía. Y después está la cuestión de la tradición familiar. Seguramente, eso también tuvo mucho que ver. —Dio un trago y le pasó la petaca—. ¿Y tú? ¿Siempre quisiste ser policía?

McCoy dio un trago y esbozó una mueca de dolor. El whisky no le iba muy bien a su estómago.

—No. Me vi metido en el asunto, ni siquiera lo pensé. Me crie en hogares de acogida. La familia con la que vivía provenía de toda una generación de policías. Me pareció algo natural.

—¿Se te da bien? —preguntó Stewart.

McCoy sonrió de medio lado.

—Depende de a quién se lo preguntes.

—¿Nunca has tenido ganas de irte a otro sitio? ¿De ver mundo? —preguntó Stewart.

—Puede que lo haga algún día —dijo McCoy—. Nunca pienso en eso. Siempre me digo que me quedaré en Glasgow. Supongo que podría irme a cualquier sitio, nada me retiene aquí.

Se quedaron sentados un rato viendo las luces del último ferri en dirección a Greenock.

—Tú sabes que no he sido del todo sincero contigo, ¿verdad, Harry? —dijo Stewart.

—¿En serio? —preguntó McCoy—. ¿A qué te refieres?

—Cuando estábamos en el coche, junto al hotel Central. Me preguntaste si había algo más sobre Donny que quisiese contarte, algo que quedaría entre tú y yo.

McCoy no dijo nada, prefería que hablase él.

—Cuando Donny estaba en la escuela, sucedió algo. Era un internado. Lo pillaron con otro chico. Estaban de acampada...

McCoy le pasó la petaca y dio un buen trago. Movió de un lado a otro la cabeza.

—La de mierda que tuve que limpiar para que aquello se olvidase. Donny me dijo que fue un asunto de una sola vez. Pensé que era el tipo de cosas que hacen los chicos cuando están encerrados juntos. Bien sabe Dios que esas cosas también pasan en la Armada. Pensé que lo dejaría atrás. —Sonrió y miró a McCoy—. No estoy seguro de que fuese así. ¿Puede servir de algo esa información?

McCoy se encogió de hombros.

—No lo sé. Es posible. Gracias por decírmelo.

Stewart le tendió la petaca.

—¿Y si no somos capaces de encontrarlo? —preguntó—. ¿Y si...?

McCoy le devolvió la petaca y le dijo que lo encontrarían. Ojalá se hubiese sentido tan seguro como aparentaba el tono de su voz.

16 de abril de 1974

Veintiuno

McCoy se despertó temprano y se puso en marcha. Suponía que sería el mejor modo de pillar a los residentes de la comuna en casa, pues no creía que fuesen de esos que se levantan con los primeros rayos del sol. Desayunó unas gachas de avena, como le había dicho el médico. Que supiesen a papel pintado de pared no las hizo muy atractivas, pero se había levantado dos veces esa noche con dolor de estómago. Tenía que hacer algo. Prometió no volver a beber whisky. Casi se creyó su promesa.

Salió del hotel y se dejó abrazar por el cálido sol de una estupenda mañana de primavera. El Clyde brillaba de un profundo azul oscuro, los cerros eran verdes; parecía una postal. Incluso había unos cuantos barquitos en el agua, con sus velas blancas atrayendo la luz. No disponía de un mapa, pero suponía que como la carretera de Knockland no iba a ninguna otra parte, era el final del trayecto, sería capaz de encontrar el Zoo sin demasiados quebraderos de cabeza.

En la radio seguía sonando el tema «Waterloo» cada cinco minutos, así que se dio por vencido, la apagó y bajó las ventanillas del coche. Olía a plasta de vaca y a tierra mojada mientras salía del pueblo. Dunoon se convirtió en una hilera de grandes casas que se iban apartando de la carretera y acercándose al agua. Después empezaron a aparecer las granjas. Recordaba haber estado por ahí durante una excursión desde una casa de acogida en las afueras de Dunoon. Se preguntó cuántas otras cosas habría olvidado al intentar eliminar los malos recuerdos. Un precio que había pagado con gusto.

Pensó en lo que le había contado Stewart la noche anterior. Tal vez se sentía atrapado por la rutina, a lo mejor era eso lo que le inquietaba. Nadie le iba a echar de menos si se marchaba de Glasgow. Su ex, Angela, se había mudado a Nueva York, había empezado una nueva vida. Tal vez tenía que hacer algo parecido. Un gran cambio.

Casi pasó de largo; demasiadas cosas en la cabeza. Detuvo el coche, dio la vuelta en redondo unos trescientos metros más allá. Había un cartel de madera pintado a mano junto a la carretera. GRANJA MASON. SIGUIENTE SALIDA A LA IZQUIERDA, decía. Las letras estaban rodeadas de flores y símbolos de la paz. Tenía que ser ahí.

La primera salida a la izquierda resultó ser un camino rural irregular que descendía en dirección al agua. El coche fue dando tumbos por el sendero embarrado. Minutos después, se detuvo frente a

una puerta que se mantenía cerrada gracias a un pedazo de cuerda. La desanudó, abrió la puerta y se adentró en la propiedad.

Se cruzó con varias ovejas y varias vacas desperdigadas por los campos. Los corderos estaban junto a sus madres. Al tomar una curva, vio un viejo establo, con grandes letras pintadas de blanco.

¡ESTÁS ENTRANDO EN EL ALBA LIBRE!

La idea que McCoy había tenido de pillar a los residentes saliendo de la cama no tuvo el efecto deseado. A medida que se aproximaba al grupo de edificios que formaban la granja, pudo ver a varias personas rondando por allí. Los edificios llamaban la atención. Habían pintado murales en los costados: arcoíris, flores, niños sonrientes y una gran hoja de marihuana. Tras ellos, lo que parecía ser un antiguo autobús, también pintado, con ropa cubriendo las ventanillas a modo de cortinas caseras.

Un joven con barba, vestido con una bata y botas de agua, alzó las manos delante del coche para dirigirlo hacia un lado. McCoy detuvo el coche y apagó el motor. Bajó la ventanilla. El joven se le acercó. Olía a pachuli y a hierba. Sonreía.

—¿Puedo ayudarte en algo, amigo? —preguntó con acento cockney.

—Eso espero —dijo McCoy al tiempo que salía del coche—. Busco a un chico estadounidense. Donny Stewart.

El joven tomó aire por entre los dientes.

—Es de lo único que no tenemos aquí —dijo—. Hay alemanes, una pareja de holandeses, un belga, incluso un par de jodidos sudafricanos, pero ningún estadounidense.

—¿En serio? —preguntó McCoy mirando alrededor. Varias gallinas picoteaban la tierra, unos niños perseguían a un cachorro de border collie, dos mujeres que vestían faldas largas y pañoletas, con rastrillos apoyados en los hombros, los observaban desde la puerta del granero.

—¿Quién está al mando aquí? —preguntó.

El joven sonrió.

—Aquí nadie está al mando, amigo. Es una comuna, de eso se trata.

McCoy suspiró.

—De acuerdo. ¿De quién es la granja, quién es el propietario?

—Yo soy la propietaria.

Se dio la vuelta y vio a una mujer de mediana edad con pantalones de jardinero, una camiseta amarilla y zapatillas de deporte. Incluso vestida de ese modo, resultaba despampanante. Larga melena pelirroja, piel clara y brillantes ojos verdes. Se acercó a donde estaba,

hablando con un acento diáfano.

—Soy Margo —dijo—. Margo Lindsay.

No es que necesitase ninguna clase de presentación. McCoy la reconoció al instante. Después de todo, no había ninguna otra actriz escocesa que hubiese ganado un Oscar.

—¿Un té? —preguntó.

Diez minutos más tarde, McCoy tenía en la mano una diminuta taza de té de rosa mosqueta, fuera eso lo que fuera, y estaba sentado en una silla en la cocina que había en la parte trasera del edificio principal, con vistas al mar. La situación ya habría sido lo bastante extraña sin tener a Margo Lindsay al lado tendiéndole una bandeja de galletas caseras.

—No se acuerda de mí, ¿verdad? —le preguntó McCoy, tomando una de las galletas.

—¿Debería? —preguntó ella sorprendida—. Por cierto, cuidado con los dientes al morder las galletas. La excelencia culinaria no es uno de nuestros puntos fuertes.

—La arresté en una ocasión —dijo.

Lo miró de arriba abajo. Negó con la cabeza.

—¿De verdad? Lo cierto es que me han arrestado tantas veces que ya ni me acuerdo. ¿Cuándo fue eso?

—Glasgow Green. Por los sueldos de los astilleros. El mitin.

—¡Ah! ¿Se refiere al de The Humblebums y Matt? —dijo ella.

McCoy asintió.

—No recuerdo nada en absoluto. Estaba muy colocada. Me había comido un pastel de hachís por error justo antes de salir del apartamento. ¿Qué hice? —preguntó.

—Nada en especial —contestó McCoy—. Creo que simplemente querían detenerla. Causarle problemas.

—Me suena —dijo bebiendo de su té—. ¿Qué trae a un policía de Glasgow hasta aquí arriba?

—Estoy buscando a alguien —dijo McCoy—. Un marino estadounidense llamado Donny Stewart. De la base militar.

Negó con la cabeza. Apartó con mucho cuidado una mariposa de su brazo.

—Aquí no hay estadounidenses. Y sin duda ninguno de la maldita base. No creo que nuestros miembros más radicales lo permitiesen. ¿Qué ha hecho ese chico?

—Nada —dijo McCoy—. Solo quiero hablar con él. ¿Sabe algo de un chico llamado Paul Watt? Escocés.

—No. Se me dan bien los nombres y no lo recuerdo. Hay gente que viene y que va, algunos se quedan solo unos días, pero se me da bien recordarlos y a ese no lo recuerdo.

—¿Qué es este lugar? —preguntó McCoy.

—Un lugar para intentar vivir de un modo diferente. Para cambiar el modo en que está estructurada la sociedad —dijo—. Un experimento, supongo. La gente que viene aquí ha rechazado el modelo de familia nuclear o no encaja en ningún sitio o simplemente está cansada de la carrera de ratas que es el capitalismo. Nuestra pequeña sociedad se rige por una serie de valores diferentes.

—¿Y funciona? —preguntó.

Ella sonrió.

—¿Y la suya?

—Entiendo —dijo McCoy.

—Ahí estamos —dijo ella—. Intentando que Escocia sea un lugar mejor y más amable en el que vivir. —Comprobó la hora en el pequeño reloj de oro que tenía en la muñeca—. La reunión diaria es dentro de diez minutos. Uno de los pocos inconvenientes de vivir en comunidad. ¿Puedo ayudarle en alguna otra cosa, señor Policía?

—Una cosa más —dijo McCoy—. ¿Tienen aquí un coche grande de color dorado? ¿Un Daimler?

—No —respondió—. Pero mi hermano sí tiene uno. Bueno, era de mi padre, pero mi hermano paga el seguro y el mantenimiento, así que entiende que es suyo. A regañadientes nos deja que lo usemos cuando no está en Escocia, pero en cuanto regresa se lo lleva consigo. Siempre se queja del estado en el que se lo devolvemos. Y tiene razón, la verdad. Los niños no lo tratan con mucho respeto.

—¿Quién lo usa cuando lo tienen aquí? —preguntó McCoy.

—Quien quiera usarlo. Vamos a comprar a Dunoon o a Glasgow. Para conseguir las cosas que no podemos plantar o hacer aquí. A veces alguien se lo lleva para dar una vuelta. Para un pícnic o cosas así.

Volvió a comprobar la hora.

—¿Dónde vive su hermano? —preguntó McCoy.

—¿Angus? Todavía vive en la casa familiar. Está a unos siete kilómetros de aquí, en las afueras de Invervegain. Es muy fácil llegar. La casa más fea de Escocia, en lo alto de la bahía.

Por la puerta de la casa apareció una joven.

—¿Margo? ¿Estás lista?

—Ya voy —dijo Margo—. ¿Es todo, señor...?

—McCoy —respondió McCoy poniéndose en pie. Le echó un vistazo a la maltrecha granja—. ¿Alguna vez lo echa de menos? —preguntó—. ¿Hollywood, ser una estrella de cine, esa clase de cosas?

Negó con la cabeza.

—En absoluto. No debería decirlo así, parezco muy desagradecida, pero nunca lo disfruté. Me vi metida en eso. Era joven, parecía una vida fácil, pero lo que estamos haciendo aquí es mucho más importante. Intentamos crear una nueva vida para la gente de Escocia. Eso es mucho más importante que vestirse como Lady

Macbeth o la esposa de algún otro para vender unas cuantas entradas de cine.

McCoy se alejó de la granja. Todavía le costaba creer que hubiese estado con Margo Lindsay. «Margo la Loca», como empezaron a llamarla los periódicos cuando dejó de actuar y se metió en asuntos políticos. Había sido una presencia habitual en todas las manifestaciones en Escocia de los últimos años, encantada de hablar con la prensa sobre los beneficios del comunismo, del sufismo, alabando al pueblo palestino o cualquiera que fuese la causa de esa semana.

A McCoy siempre le había gustado a pesar de todos sus sermones. Al menos demostraba tener un poco de sentido del humor, no como la mayoría de sus compañeros de fatigas. El hecho de que fuese una de las mujeres más guapas que había visto en su vida también ayudaba. La mayoría de los políticos que había conocido veían el mundo en blanco o negro, entre lo bueno y lo malo, pero ella era capaz de apreciar la gama de grises. Sin embargo, no entendía muy bien su última apuesta. No estaba seguro de querer formar parte de una Escocia en la que se comían gachas y huevos en una granja mugrienta. Por mucho que tuviese unas fantásticas vistas al mar.

Veintidós

McCoy creía que se había perdido, estaba a punto de dar la vuelta y regresar sobre sus pasos cuando, a lo lejos, entrevió un montículo de piedra clara entre los árboles. Condujo otro kilómetro hasta dar con un camino sin señales que salía del que había recorrido hasta allí. Recordaba levemente haber leído un artículo sobre Margo Lindsay en el que se decía que su hermano había estado en el ejército, pero aparte de eso no disponía de más información.

Después de unos doscientos metros se topó con una puerta de hierro. La garita de piedra que tenía al lado daba la impresión de no haber sido utilizada desde hacía años. Salió para abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Miró a su alrededor. No sabía muy bien qué hacer. Entonces sonó una especie de graznido, un gemido eléctrico, y una voz emergió de un pequeño altavoz colocado en el tronco de un árbol junto a la puerta.

—¿Puedo ayudarle en algo?

McCoy se inclinó hacia el altavoz, sin saber si podrían oírle al otro lado.

—He venido a ver al señor Lindsay —dijo.

—Coronel Lindsay —le corrigió la voz—. ¿Tiene cita?

—No —dijo McCoy—. Soy el detective McCoy. Policía de Glasgow. Querría hacerle unas preguntas.

El altavoz estuvo en silencio durante unos segundos. Después se oyó:

—Voy a preguntar si puede recibirle.

McCoy estuvo a punto de decir a quienquiera que fuese que se trataba de una investigación policial y que sería mejor que le dejasen verlo de una puñetera vez, cuando el altavoz volvió a chirriar y se apagó. McCoy maldijo, se sentó sobre un tronco caído a un lado de la carretera y encendió un cigarrillo.

Le dio tiempo a fumarse dos cigarrillos, observó cómo una mariquita le subía por el brazo y casi se disponía a darse por vencido y regresar a casa, cuando oyó el crujido de unas botas sobre la grava y un tipo con pinta de adolescente apareció al otro lado de la verja. Llevaba unos pantalones caqui y uno de esos jerséis verdes del ejército con parches en los hombros y en los codos. Botas negras pulidas y pelo corto.

McCoy lo saludó con la mano. El tipo no reaccionó. Sacó una

llave del bolsillo, abrió la cerradura de la puerta y la mantuvo abierta.

—Siga hasta arriba —dijo—. Alguien le recibirá en la casa.

McCoy se montó en el coche y atravesó la puerta sin que el joven le quitase la vista de encima. A lo mejor se trataba de algún tipo de base militar, pensó, a lo mejor esa era la causa de todo el problema. Lindsay podía haberles vendido la casa familiar, supuso. Siguió conduciendo por el sendero hacia la izquierda y finalmente pudo ver la casa.

Margo tenía razón, era una casa horrible. Una casa horrible y enorme. Una caja de granito gris medio cubierta de hiedra, con pequeñas ventanas en los costados y alas redondas en ambos lados. El tejado era un maremágnum de chimeneas y pequeñas torretas. Se parecía un poco al castillo de Colditz, aunque resultaba menos acogedor.

Otro joven le esperaba en la puerta de entrada cuando McCoy detuvo el coche. Las mismas botas y los mismos pantalones caqui. No llevaba, sin embargo, el mismo jersey, sino una camiseta blanca con la palabra DEFENS impresa en letras azul celeste. McCoy salió del automóvil, se puso la americana, bostezó y se desperezó.

—Llevo mucho rato conduciendo —dijo con tono amable—. Eso te deja hecho polvo. Sabrá Dios por qué, porque lo único que haces es estar sentado.

El muchacho no sonrió.

—¿Tiene algún tipo de identificación? —preguntó.

McCoy sacó su tarjeta y se la tendió. Señaló con el mentón la camiseta del joven.

—Sabes que falta una letra, ¿verdad? —El muchacho no dijo nada. McCoy se encogió de hombros—. ¿Esto es una base militar?

Tampoco respondió a eso, se limitó a devolverle la tarjeta.

—Sígame —dijo, y echó a andar sendero abajo.

McCoy le siguió, sin estar seguro todavía de dónde se encontraban. En cualquier caso, no le hacía mucha gracia la situación. Estaba en medio de ninguna parte, conducido por un joven silencioso que ni siquiera le había mirado. Si la idea era hacerle sentir incómodo, lo estaban haciendo bien. De repente, el muchacho tomó otro sendero que se adentraba en el bosque. Las hojas secas y las ramas crujían bajo sus pies.

McCoy aceleró el paso para ponerse a su altura.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

No hubo respuesta, el tipo siguió caminando.

Diez minutos más tarde, salieron a un claro del bosque. El sol se colaba por entre los árboles, las manchas de luz y de oscuridad se repartían sobre la hierba y los arbustos, el aire estaba cargado de polen y había grupos de mosquitos que no paraban de dar vueltas. Vio

a más jóvenes reunidos en el otro extremo del claro. Todos llevaban pantalones caquis y camisetas con la inscripción DEFENS. En el centro del grupo había un hombre mayor, de unos cincuenta años, vestido con jersey militar, botas y falda escocesa verde y roja, apoyado en un largo bastón.

Alzó la vista y le hizo un gesto a McCoy para que se acercase. Al aproximarse, se dio cuenta de que todos miraban hacia algo que había en el suelo. No pudo ver de qué se trataba, lo que fuese quedaba oculto entre las piernas y la alta hierba. Cuando se apartaron, vio algo que le revolvió las tripas: un ciervo muerto, con el cuello partido, los ojos negros vacíos mirando hacia el cielo. Una nubecilla de moscas revoloteaba alrededor de la sangre que manaba de un agujero encima de una de sus patas. McCoy no tenía ningunas ganas de acercarse más, pero se armó de valor.

—¿Señor Lindsay? —le dijo al hombre mayor.

El hombre se volvió y le miró a los ojos. Se parecía a su hermana, tenía el pelo rojo cortado a cepillo, la piel pálida y los ojos verdes, su rostro se correspondía con el de una persona que pasaba la mayor parte del tiempo al aire libre. Asintió en dirección a McCoy.

—Coronel Angus Lindsay. ¿Puede esperar un minuto? —preguntó —. Estamos en mitad de un asunto. La delicada parte del despiece.

Su acento era tan pijo como el de su hermana. Se parecía al del príncipe Felipe de Edimburgo. McCoy asintió y uno de los muchachos se acuclilló junto al lomo del ciervo. Tenía un largo cuchillo en la mano y miró a Lindsay.

—Recuerda lo que os enseñé. Primero, corta alrededor del ano y extráelo —dijo Lindsay.

McCoy volvió a notar cómo se le revolvía el estómago. Apartó la vista, pero incluso así oyó aquel horrible ruido, parecido al de unas tijeras cortando una tela gruesa.

—De acuerdo. Ahora agarra la piel por la mitad del estómago y corta de atrás adelante.

Más ruido de tijeras.

—¡Ahora, con cuidado! —dijo Lindsay—. No cortes el estómago.

McCoy alzó la vista hacia el cielo. Los pájaros cantaban, las hojas de los árboles susurraban con el viento, las moscas zumbaban. Se esforzó para pasar por alto los gruñidos del joven, así como el creciente olor a cobre propio de la sangre que impregnaba el aire.

—Ahora corta arriba, en el diafragma —dijo Lindsay—. Y suelta el estómago y los intestinos.

McCoy calculó mal el tiempo y bajó la vista justo a tiempo para ver al muchacho, con la camiseta blanca ahora teñida de rojo por la sangre, sacando de las entrañas del ciervo lo que parecía una bolsa de plástico gris enganchada a un grueso cordón de intestinos. Esa fue la

gota que colmó el vaso.

—Le espero allí —dijo—. Voy a fumarme un cigarrillo.

McCoy se desplazó con celeridad hasta la otra punta del claro. Respiró hondo, sin pensar en lo que estaba ocurriendo unos pocos metros más allá. Sacó el paquete de tabaco y comprobó que le temblaban las manos. Encendió un cigarrillo y oyó a Lindsay decirle al joven que era el momento de «desangrar» al animal. Miró al cielo y oyó un ruido como de alguien vertiendo un gran cubo de agua en la tierra.

Un par de minutos más tarde, Lindsay se acercó a donde estaba McCoy.

—¿Es usted aprensivo, señor McCoy? —preguntó con una sonrisa.

McCoy asintió.

—Me temo que sí.

—No es el mejor atributo para un detective, supongo. Y bien, ¿en qué puedo ayudarle?

—En primer lugar —preguntó McCoy—, ¿qué es este lugar? ¿Una base militar?

Lindsay negó con la cabeza, riendo.

—No, es mi residencia privada. Pertenece a mi familia desde hace generaciones. Pasó a mis manos hace ya unos años, cuando murió mi padre.

—¿Es usted militar? —preguntó McCoy.

—Sí, pero estoy de baja de servicio en este momento.

McCoy asintió en dirección a los chicos que rodeaban el ciervo.

—¿Y esos muchachos?

—Amigos —dijo Lindsay.

Ahora fue McCoy el que se echó a reír.

—¿Amigos? ¿Está seguro?

—Absolutamente —replicó Lindsay, repentinamente gélido—. En fin, como imagino que mis amigos no son del interés de la policía, ¿puedo preguntarle por qué está usted aquí?

McCoy sacó la foto de Donny Stewart. Se la mostró a Lindsay.

—¿Es uno de sus amigos?

Lindsay apenas se fijó en la instantánea.

—Por el uniforme, diría que es soldado de la Armada de Estados Unidos. No, no conozco a nadie de la Armada de Estados Unidos.

McCoy guardó la fotografía.

Lindsay le echó un vistazo a su reloj.

—¿Eso es todo?

—No —dijo McCoy. Estaba empezando a irritarse. Comprendió que resultaba evidente. Lindsay alzó las cejas—. Creo que tiene usted un coche.

—Tengo varios coches —dijo Lindsay.

—Me refiero a un Daimler de color dorado.

—Sí —dijo Lindsay—. Un Daimler Majestic. Al igual que estas tierras, era de mi padre. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Me permitiría verlo? —preguntó McCoy.

—No —dijo Lindsay—. En primer lugar, porque lo están limpiando y reparando en Glasgow en este momento. La colección de tipos raros y balas perdidas de mi hermana casi lo destrozan. En segundo lugar —se detuvo un instante y sonrió—, necesitaría una orden judicial. Si eso es todo...

McCoy asintió, Lindsay caminó hasta donde estaban los jóvenes y envió a uno de ellos.

—Le acompañaré hasta el coche —dijo.

Echaron a andar por entre los árboles.

—¿Cómo te llamas? —preguntó McCoy.

El joven no dijo nada, siguió andando unos pasos por delante, con sus botas militares. El otro muchacho tampoco había querido decirle su nombre. McCoy pensó que podría conseguir un triplete y también se lo preguntó al que le abrió la puerta del camino. Así fue.

Todos permanecieron en silencio, todos le miraron como si fuese poco más que un pedazo de mierda en la suela de sus zapatos. Su silencio, su negativa a responder a cualquier pregunta no era lo único que los tres tenían en común. Todos llevaban camisetas DEFENS y los brazos descubiertos. Y sus brazos descubiertos también tenían otra cosa en común. Entre las pecas y el vello, mostraban manchas diminutas y restos de pintura blanca seca debido al sol.

McCoy condujo hasta el sendero principal intentando no pensar en el sonido de la sangre del ciervo al caer sobre la hierba. Tenía unas dos horas de camino hasta Glasgow. Tiempo más que suficiente para intentar imaginar de qué iba todo aquel asunto. Así que se dispuso a llevar a cabo el proceso que Murray le había enseñado años atrás. Remontarse hasta el principio, encontrar las conexiones, descubrir los patrones. No siempre funcionaba, pero merecía la pena intentarlo.

Daba la impresión de que Donny Stewart y Paul Watt habían estado montando la bomba juntos. Una bomba que había explotado, matando a Paul e hiriendo a Donny. Según Faulds, no resultaba muy complicado conseguir los materiales necesarios para fabricar esa clase de bombas, podías comprarlos en un supermercado Co-op, por lo que intentar rastrear esa clase de cosas sin duda llevaría a un callejón sin salida. La auténtica pregunta era: ¿para qué estaban montando una bomba? ¿A quién le estaba destinada antes de explotar y desperdigar los restos de aquel chico por las paredes del salón de su apartamento? ¿Y quién colocó la bomba de la catedral? ¿Donny Stewart? ¿Habría sido capaz de hacerlo? ¿Alguna otra persona? ¿Se trataba de una gamberrada? Tenía que ser algo más que eso, pero resultaba muy

difícil asociarlo a otra cosa.

Se colocó al final de la hilera de coches que esperaban para montar en el ferri en el muelle de Dunoon. Desde donde se encontraba podía ver la embarcación, ya a mitad de camino. Tiempo de sobra para fumar. Salió del coche, se apoyó en él y encendió un cigarrillo. Hasta allí llegaban la música y los gritos provenientes de la feria en el parque. Se preguntó si Patsy Hearne estaría trabajando allí o todavía seguiría en Glasgow Green. Cuando era niño, Patsy le caía bien. Era un listillo de cuidado, siempre replicando a los profesores, no aceptaba tonterías. Ninguno de los chicos gitanos lo hacía, todos eran duros como la piedra. Posiblemente tendría algo que ver con cómo los criaban. Estaban obligados a serlo.

Incluso Patsy había visto más mundo que él al ir de feria en feria. El único sitio en el que McCoy había estado era Glasgow. Había viajado en una ocasión a Manchester para visitar a una novia que, en realidad, no quería verlo. Nunca había ido a Londres, nunca había viajado al extranjero, nunca había subido a un avión. Incluso los niños, hoy en día, iban de vacaciones a España. El vehículo que tenía detrás tocó el claxon y se percató de que ya estaban embarcando. Alzó la mano para pedir disculpas y volvió a meterse en su coche.

Se pusieron en marcha y él salió del coche. Se acercó hasta la proa del ferri. El sol centelleaba sobre el agua, que rociaba de manera agradable su rostro. Paul Watt y Meiklejohn habían trabado amistad en el cuartel, y los cadetes del ejército de dicho cuartel habían aparecido ahora en el campamento vacacional de Lindsay. El mismo Lindsay en cuyo automóvil se había visto montar por última vez a Donny Stewart.

Todos esos detalles trazaban un extraño círculo, estaban conectados, pero McCoy todavía no tenía ni idea del motivo. El propio Lindsay ¿era alguien peligroso o simplemente le gustaba que campasen por su finca jovencitos musculosos? Tal vez era un asunto desagradable, pero no implicaba delito alguno. Lindsay estaba en lo cierto: McCoy no podría echarle un vistazo al coche sin una orden judicial, no había motivo real alguno para hacerlo. Por otra parte, no sabía qué podría implicar echarle un vistazo al coche. Era posible que Donny Stewart estuviese en casa de Lindsay, ocultándose de la gente de la Armada estadounidense. Pero McCoy no sería capaz de conseguir una orden judicial que le permitiese buscar en el interior de dicha casa sin disponer de pruebas.

Odiaba admitirlo, pero estaba atascado. No se le ocurría cómo seguir avanzando. Si Donny Stewart había decidido que no quería que ni su padre ni la gente de la Armada lo encontrasen, no le iba a resultar difícil desaparecer. El único modo de salir a la superficie sería si la herida empeoraba hasta tal punto que necesitase hospitalización.

E incluso así cabía la posibilidad de inscribirse con un nombre falso, declarar que estaba aquí de vacaciones y que había sufrido un accidente. Todo lo relacionado con la investigación parecía haber llegado a un punto muerto. Algo tendría que pasar para que McCoy volviese a ponerse en marcha. Esperaba que no se tratase de otra bomba.

*

—¿Se han acabado tus vacaciones? —preguntó Billy desde su mostrador cuando McCoy entró en la comisaría—. Algunos de nosotros hemos estado trabajando.

—Eso sí que sería una novedad —dijo McCoy—. A menos que le llames trabajar a pasarse el día mirando revistas de chicas y a rellenar boletos de apuestas.

—Espabila, sabelotodo —dijo Billy pasándole una nota—. Un tipo americano llamado Stewart te telefoneó. Dijo que está en el hotel Central. El número es este. Wattie anda como loco buscándote.

—¿Por qué? —preguntó McCoy.

Billy se encogió de hombros. Volvió a concentrarse en sus papeles.

—¿Dónde está? —preguntó de nuevo McCoy.

—Ha salido a comer algo, creo que al City Bakeries. Ve a buscarlo antes de que le dé un jodido patatús.

McCoy salió de la comisaría y echó a andar hacia las tiendas. Wattie estaba haciendo cola, destacaba entre todas las secretarias y las chicas de las tiendas de ropa. McCoy colocó los dedos en la boca y silbó con fuerza. Wattie se dio la vuelta, lo vio y se le acercó a toda prisa.

—Dios mío, tiene que ser importante si estás dispuesto a perder tu sitio en la fila del City Bakeries —dijo McCoy—. ¿Qué sucede?

—Llamaron de la oficina forense. El martillo...

—¿Y? —preguntó McCoy.

—Han encontrado una huella dactilar —dijo Wattie—. Es de Stevie Cooper.

Veintitrés

McCoy estaba sentado tras su escritorio intentando asimilar la noticia. Existía una remota posibilidad de que Cooper hubiese sido lo bastante estúpido como para tirar el martillo cerca de la escena del crimen, pero era totalmente impensable que hubiese sido lo bastante estúpido como para dejar una huella dactilar en la sangre de Jamsie Dixon que había quedado en el martillo. A no ser... A no ser que Billy llevara razón y hubiese estado comportándose de un modo extraño, sin importarle demasiado lo que ocurriese, siempre y cuando pudiese acabar con Jamsie Dixon. Comprobó la hora. Archie Lomax había ido a buscar a Cooper para llevarlo a la comisaría a las dos de la tarde. Faltaban veinte minutos.

Wattie estaba en su mesa, inclinado sobre sus notas, repasándolas una y otra vez, ordenándolas. Se le movían los labios cuando leía las preguntas. Si de algo estaba seguro McCoy era de que Wattie no tenía ninguna oportunidad frente a Archie Lomax. Un abogado como Lomax se lo comería con patatas. No le apetecía lo más mínimo sentarse para el interrogatorio, pero Murray lo mataría si se ausentaba. Alguien como Cooper era una presa demasiado grande para dejar solo a Wattie.

Sacó su paquete de Embassy y encendió un cigarrillo. Cuando Cooper entrase en la sala de interrogatorios y viese a McCoy, iba a ser bonito. Lo entendería como una traición, sin duda alguna. Poco iban a importarle las circunstancias. McCoy se convertiría en un policía más sentado frente a él en una sala de interrogatorios. Otro enemigo más.

—¿Preparado? —Alzó la vista y vio a Wattie esperando.

McCoy asintió.

—¿Todo listo? —preguntó—. ¿Tienes todas tus notas?

Wattie asintió. No transmitía confianza en absoluto.

—Verás, Wattie. Yo no esperaría gran cosa. Lomax no va a permitir que Cooper diga nada que nos resulte de ayuda. Para eso estará ahí, para frenarlo. Tú haz tus preguntas. Yo solo intervendré si creo que has pasado algo por alto, ¿de acuerdo?

Wattie asintió de nuevo. Tenía otra mancha de vómito en el hombro de su camisa. También llevaba puestos unos extraños calcetines. Lomax lo iba a triturar.

—Espera un minuto antes de entrar, Wattie —le aconsejó McCoy —. Toma aire. Intenta calmarte.

Wattie asintió y se dirigió a la puerta. McCoy sacudió la cabeza. El interrogatorio iba a ser un puto desastre.

*

—Muy bien, señor Watson —dijo Archie Lomax tamborileando con los dedos sobre la mesa, llena de arañazos y garabatos—. ¿Va a interrogar a mi cliente o no?

La sala de interrogatorios era el lugar de la comisaría que menos le gustaba a McCoy. Odiaba entrar allí. Era poco más que un cubo, con una mesa y cuatro sillas atornilladas al suelo. Siempre hacía demasiado calor, no había ventanas y olía mal. Apestaba a cigarrillos, ropa sucia y desesperación. Y ese día no era diferente.

Wattie ojeó sus notas un rato más y alzó la vista.

—Señor Cooper, ¿podría decirnos por qué el martillo que hemos encontrado en el patio que está al lado de la casa del señor Dixon tiene restos de sangre de este así como una huella dactilar de usted?

No estaba mal para empezar, eso había que reconocerlo, pensó McCoy. Podría haber sido mucho peor.

Cooper se inclinó hacia delante. Un pegajoso mechón rubio le caía sobre la frente. Sonrió.

—Sin comentarios —dijo.

McCoy se reclinó en su silla y se fijó en los contrastes. Archie Lomax había superado los cincuenta, llevaba el pelo oscuro, que ya raleaba, peinado hacia atrás y unas gafas con montura dorada. Vestía uno de sus habituales trajes de raya diplomática de color gris, con camisa blanca y corbata azul. Cooper iba como siempre: vaqueros, camisa de manga corta y chaqueta Harrington roja. Igual que James Dean, como decía él siempre. Tupé rubio enhiesto. Era un hombre corpulento, de hombros anchos y manos carnosas. Ambos vestidos acorde con sus respectivas ocupaciones, pensó McCoy. Igual que Wattie y él. Trajes baratos, camisas de fibra sintética, corbatas de rayas y zapatos gastados. El uniforme de los policías sin uniforme.

Wattie observó sus notas, sacó una fotografía del martillo con una regla colocada a un lado para dar idea de la escala. Le dio la vuelta y la empujó hasta dejarla frente a Cooper y Lomax.

—Señor Cooper, ¿reconoce este martillo? —preguntó.

Cooper se inclinó hacia delante y observó la imagen. Alzó la vista.

—No.

—Qué curioso —dijo Wattie—. Porque hay una huella dactilar suya en él.

—Dígame —dijo Lomax—, ¿es una huella sobre la sangre?

Wattie negó con la cabeza.

—En ese caso, no sé muy bien por qué se esfuerza por conectar ambas cosas. La huella de mi cliente está en el mango de ese martillo, fijada en aceite o en polvo, y la sangre y los restos de hueso en la punta del martillo son del señor Dixon. ¿Cuál es exactamente la conexión?

Wattie no dijo nada. Lomax prosiguió.

—Mi cliente podría haber tocado ese martillo en algún momento del pasado, hace un año o cosa así. Eso no significa que sea culpable de haberlo utilizado para golpear al infortunado señor Dixon. Me he explicado con claridad, ¿verdad? Simplemente significa que tanto el asesino como mi cliente tocaron el martillo en algún momento sin relación ninguna. Dígame, ¿hay alguna otra huella en ese misterioso martillo?

—No —respondió Wattie—. Tan solo la del señor Cooper.

—¿En serio? —dijo Lomax con una sonrisa—. Qué conveniente.

Wattie se estaba metiendo en un embrollo y no había gran cosa que McCoy pudiese hacer al respecto. Lomax era el mejor abogado de la ciudad. Tan solo esperaba que Wattie lo enfocase todo como una cuestión de ida y vuelta, que no saliera malparado.

Wattie tomó su bolígrafo, apretó el botoncito varias veces. No era mala idea darse algo de tiempo. Dejó el bolígrafo. Miró a Cooper.

—¿Se vio usted involucrado en una pelea con el señor Dixon la noche del 13 de abril, la noche en que fue asesinado?

Cooper miró a McCoy. McCoy le sostuvo la mirada. Lomax parecía curiosamente aburrido.

—Seguramente querrá usted modificar la pregunta, señor Watson. Mi cliente no se vio involucrado en una pelea. Fue atacado a plena luz del día por el señor Dixon. —Lomax miró a McCoy. Sonrió —. Como podría testificar cualquiera de los allí presentes, ¿no es cierto, señor McCoy?

McCoy no dijo nada, apenas asintió.

—Lo siento —dijo Lomax—. No he oído su respuesta.

—Sí —dijo McCoy.

—Excelente —dijo Lomax—. Así pues, este es el escenario: mi cliente estaba disfrutando de su cena en el Malmaison con el detective Harry McCoy, de la policía de Glasgow, y —consultó sus notas y alzó las cejas— el excapitán de la Armada de Estados Unidos Andrew Stewart. Una compañía muy grata, a decir verdad. El tal Dixon apareció como salido de la nada e intentó acuchillarlo con una navaja. Eso no es precisamente lo que yo denominaría una pelea, ¿no le parece, señor Watson? Aunque tal vez podríamos solicitarle a su colega, el señor McCoy, que lo confirme. Después de todo, él estaba allí, ¿no es cierto?

Wattie no podría haber parecido más fuera de lugar aunque se lo

hubiese propuesto. Volvió a ojear sus notas.

—¿Y dónde estuvo usted más tarde, esa misma noche, señor Cooper? —preguntó.

Lomax se disponía a responder cuando Cooper cerró los puños y golpeó el aire varias veces.

—En un combate de boxeo, con tu colega a un lado y el tipo de la Armada, Stewart, al otro. Después McCoy se las piró cuando la jodida sangre empezó a correr y nos fuimos a un casino. Estuvimos allí toda la noche. Volví a casa con una chica llamada Helen, no sé su apellido, se nos fue la cabeza y me desperté con una resaca del copón a las diez de la mañana del día siguiente. ¿Te parece bien?

McCoy supo que tenía que hablar; no era lo que quería, pero sabía que tenía que hacerlo.

—Pero en realidad no estuvo toda la noche en el casino —dijo McCoy—, ¿verdad?

Lomax alzó las cejas. Cooper parecía sorprendido.

McCoy prosiguió.

—Su amable testigo dice que desapareció durante unos cuarenta minutos a eso de las nueve y media. ¿Le importaría hablarnos de eso, señor Lomax? Aunque por su aspecto me da la impresión de que acabo de sorprenderle, ¿no es cierto?

Lomax no se inmutó. Llevaba demasiado tiempo en ese negocio como para dejar entrever nada. Pero Cooper no era tan bueno ocultando sus estados de ánimo: parecía cabreado. McCoy lo conocía como la palma de su mano y sabía que estaba enfadado. Se le estaban empezando a enrojecer un poco las mejillas. Sabía que si miraba por debajo de la mesa vería cómo estaba tamborileando con el pie en el sucio suelo de linóleo.

Cooper le señaló con el dedo.

—Por fin te has decidido a tender tu trampa, ¿eh?

Lomax tosió discretamente en su mano. Su señal habitual para darles a entender a sus clientes que cerrasen la puta boca.

—Cuarenta minutos desaparecido —dijo McCoy—. Tiempo más que suficiente para ir hasta Shettleston y ajustar algunas cuentas, ¿verdad, Stevie?

Lomax volvió a toser. McCoy sabía perfectamente que aquella advertencia no iba a funcionar. Lo sabía por el color que había adquirido el rostro de Cooper, por la fuerza con la que apretaba los puños.

—Que te jodan, McCoy —dijo—. Será mejor que tengas cuidado.

—Eso no es muy amable de tu parte, Stevie —replicó McCoy—. Tan solo te he hecho una pregunta.

Lomax se adelantó.

—Que mi cliente no tiene intención de contestar. Ahora, si

nosotros...

—Fui a ver al pequeño Arthur Blake, el sastre de la plaza Saint Enoch —respondió Cooper—. Pregúntaselo. —Se puso en pie—. ¿Hemos acabado? —le preguntó a Lomax.

—Creo que sí —dijo Lomax mirando sus notas. Alzó la vista—. Señor Watson, usted es nuevo en estas lides, así que permítame darle un consejo. No vuelva a traer aquí a mi cliente para estas nimiedades. Y si lo hace, pídale a su colega aquí presente —señaló hacia McCoy con el mentón— que aprenda a comportarse. Buenos días.

Metió sus papeles en el maletín y se dispusieron a marcharse. McCoy miró a Cooper a los ojos. Parecía furioso, jodidamente furioso. Había visto antes esa mirada, aunque nunca dirigida a su persona. Tenía la desagradable sensación de haber cruzado una peligrosa línea.

*

—¡Esto no nos ha llevado a ninguna parte!

Sentenció Murray tras lo que Wattie acababa de explicarle en relación con el interrogatorio.

La cara de Wattie era un poema, no podría haber parecido más hecho polvo por mucho que lo hubiese intentado. Recogió su informe de la mesa de Murray y lo dejó en su regazo.

—Bueno, sabíamos cómo iban a ir las cosas —dijo McCoy, con la intención de minimizar el golpe.

—¿Estás seguro? —dijo Murray—. ¿Así es como afrontas ahora las cosas? ¿Rendirnos antes de empezar?

—Vamos, Murray, es el típico tira y afloja —respondió McCoy—. Es el tipo de cosas que Lomax domina con los ojos cerrados. Sabíamos a la perfección qué iba a pasar.

—No es de gran ayuda que seas la puñetera coartada de Cooper —dijo Murray—. ¿Cómo demonios te...?

—No lo soy —dijo McCoy—. Era el capitán quien estaba con él.

—¿Así lo entiendes tú, listillo? —replicó Murray—. Muy gracioso todo, ¿verdad? Te he dicho mil veces que te alejases de Cooper, pero ahora va en serio. Si la cosa llega a juicio, sabes que Lomax te utilizará. Le contará a todo el que quiera oírlo que el detective Harry McCoy, de la policía de Glasgow, pasó la noche con el principal sospechoso. A los periódicos les encantará. El detective y el delincuente. Amigos íntimos. Y si eso no funciona, puedes apostar tu culo a que lo utilizará como excusa para solicitar la anulación del juicio. ¿Cómo crees que entenderán todo el asunto en la calle Pitt?

Se recostó en su silla. No daba la impresión de estar muy contento. Empezó a llenar la cazoleta de su pipa con el maloliente tabaco de siempre.

—No creo que tenga que preocuparse nunca más por mi relación con Cooper —dijo McCoy.

—Bien —dijo Murray—. ¿Qué? ¿Habéis partido peras? Ya era hora.

Algo en McCoy se activó. Estaba harto de que Murray, allí sentado, hiciese que Wattie se sintiese una mierda, que él también se sintiese una mierda. Se acomodó en la silla y miró a Murray a los ojos. Y entonces lo soltó.

—No solo hemos partido peras. Ahora me odia y posiblemente irá a por mí. ¿Y sabe por qué? Porque usted me ha obligado a participar en este jueguecito de los cojones sin sentido alguno en la sala de interrogatorios. Si eso le alegra, entonces...

Ambos se dieron la vuelta cuando la puerta del despacho se abrió de golpe. Billy, el agente del mostrador de entrada, apareció con un papel en la mano.

—Ha explotado otra.

Veinticuatro

Daba la impresión de que una bola de derribo hubiese arrasado con las oficinas de la cervecera Tennent's Caledonian. McCoy tosió, sacó un pañuelo del bolsillo y se lo llevó a la boca. No resultaba sencillo respirar con todo aquel polvo y humo. La entrada no era más que un agujero, las escaleras que ascendían no llevaban a ninguna parte, se detenían en el aire formando una maraña de cemento y varillas de acero. La bomba se había llevado por delante buena parte de la fachada del edificio, convirtiéndola en la pila de cascotes y tierra que cubría ahora la calle. Los camilleros estaban trasladando un cuerpo cubierto con una manta hacia el grupo de ambulancias detenidas al otro lado de la calzada. Uno de ellos miró a McCoy y negó con la cabeza. Era demasiado pronto para determinar el número de muertos, todavía estaban buscando entre los escombros de lo que habían sido las oficinas de los directivos de la empresa. Había un considerable charco de sangre reseca en el suelo, junto a los zapatos de McCoy, también un bolso abierto y monedas desperdigadas. Se hizo a un lado, no quería seguir mirando. La bomba que había hecho saltar en pedazos a Paul Watt o la que había explotado en el altar de la catedral no habían sido nada comparadas con esta. Daba la impresión de que se encontraban en zona de guerra.

La mayoría de los trabajadores estaban en el patio, un grupo desaliñado y cubierto de polvo se hallaba alineado junto a los brillantes depósitos de metal y las cañerías. Algunos de ellos lloraban, otros eran atendidos por los sanitarios de las ambulancias, los demás simplemente estaban allí, aturdidos. El informe inicial de los agentes uniformados allí presentes hablaba de unas veinte personas heridas, incluidos dos transeúntes. Habían confirmado tres muertes, aunque todo indicaba que habría algunas más. La mayoría de las heridas de poca importancia habían sido causadas por cristales que habían salido despedidos. Comprensible. McCoy pudo notar el crujido bajo sus pies al alzar la cinta que marcaba el perímetro de la zona acordonada y acercarse al edificio. El humo y el polvo eran allí aún más intensos. Incluso con el pañuelo en la boca no podía dejar de toser; el abrumador olor de la malta tampoco ayudaba.

La bomba había generado el caos en la hora punta de la tarde. La calle Duke era una de las principales rutas de la zona este que llevaban al centro de la ciudad. Los coches y los autobuses habían

quedado detenidos a unos trescientos metros de distancia. No cesaban los gritos ni el sonido de las bocinas. Los agentes de tráfico corrían de un lado para otro intentando trazar rutas alternativas. Tras las cintas policiales se amontonaba la gente: trabajadores de regreso a sus casas, niños e incluso los ancianos y marginados que se reunían en el hotel Great Eastern habían dejado de interesarse en conseguir la botella de alcohol para esa noche y se habían acercado con el fin de enterarse de lo que estaba ocurriendo.

McCoy lo había leído un par de veces, pero todavía no podía creer lo que había escrito en el papel que tenía en la mano. Se trataba del mensaje de la persona que había llamado a la comisaría y que Billy había garabateado.

> Los Hijos de los 51 son los responsables de las bombas de la cervecera de la calle Duke y de la catedral de Glasgow. Liberaremos a Escocia de la opresión del alcohol y de la influencia de los ocupantes extranjeros. Con nuestra ayuda, Escocia volverá a levantarse. Hoy es el primer día de la guerra de liberación.

Volvió a leerlo. Se preguntó qué demonios quería decir. Se preguntó quiénes eran los Hijos de los 51. Alzó la vista cuando uno de los camiones de bomberos giró hacia el edificio de oficinas y los hombres saltaron con mangueras en la mano en busca de una boca de riego. Leyó de nuevo el mensaje. Los periódicos no tardarían en enterarse. Cabía incluso la posibilidad de que también se hubiesen puesto en contacto con ellos y, cuando publicasen la noticia, todo se saldría de madre.

Al menos sabían para qué había estado construyendo bombas Paul Watt. Recordó el mensaje que podía leerse en el granero de la granja de Margo Lindsay: ESTÁS ENTRANDO EN EL ALBA LIBRE. ¿Tendrían algo que ver con esto? A lo mejor, la comuna era una especie de Brigada Escocesa de la Rabia. No le dio esa impresión, porque la gente allí parecían más bien hippies medio colocados, neorrurales, más dispuestos a sentarse de piernas cruzadas y discutir durante horas pasándose un porro que cualquier otra cosa. Seguía sin tener ni idea de por qué habían puesto una bomba en la catedral. ¿Qué tenía eso que ver con las fuerzas de ocupación enemigas? No le veía el sentido.

Un coche patrulla se detuvo al otro lado de la zona acordonada y Hughie Faulds salió de él, ignoró a los periodistas allí reunidos con un gesto de la mano. Un agente alzó la cinta policial para que pasase y Faulds se abrió paso entre los restos que cubrían la acera. Le dio la mano a McCoy.

—Dios santo, es como estar de vuelta en Belfast —dijo—. Pensaba que había dejado todo esto atrás.

McCoy le tendió el papel. Lo leyó y alzó la vista.

—¿En serio? —dijo—. La opresión del alcohol. ¿Están de guasa?

McCoy señaló hacia el edificio con el mentón.

—No lo parece.

—Joder —dijo Faulds—. ¿Tenéis alguna idea?

—Acabo de llegar —contestó McCoy—. ¿Puede ser el mismo tipo de bomba que la de la calle West Princes?

Faulds olisqueó.

—Vuelve a ser mezcla Co-op, pero siempre es lo mismo. Se puede apreciar por debajo del olor de la malta. ¿Lo oliste en la catedral?

McCoy asintió.

—¿Víctimas?

—Hasta ahora, tres muertos y un montón de heridos —dijo McCoy.

—Entonces, ¿se trata de algo serio? —preguntó Faulds.

—Es posible que te necesitemos. ¿Te parece bien?

—Si lo aclaráis con mi jefe. —Miró a McCoy, sonrió y asintió con la cabeza—. Ya lo habéis hecho, ¿no es cierto?

—¿Quieres entrar y echar un vistazo? —le preguntó McCoy.

Faulds volvió a pasar por debajo de la cinta policial y se dirigió hacia los bomberos que estaban agrupados frente al edificio. McCoy lo vio alejarse. Se había olvidado de preguntarle sobre Paul McVeigh y lo que Cooper le había dicho. Tendría que esperar hasta la próxima ocasión en que se encontrasen. Pensar en Cooper le llevó a rememorar lo que le había dicho a Murray en su despacho. Un momento de rabia del que se arrepentía. Lo que le había dicho era cierto, pero no lo había expresado de la mejor manera, de eso no cabía duda. Si Billy no hubiese llegado con la nota, estaba convencido de que Murray le hubiese metido un buen rapapolvo o incluso lo habría suspendido del servicio.

—Veintitrés heridos. Siete de gravedad. Tres muertos hasta el momento.

McCoy se dio la vuelta y vio a Wattie con su cuaderno en la mano.

—El guardia de seguridad de la recepción, un hombre que traía toallas de papel para los lavabos y una mujer que trabajaba en el departamento de contabilidad.

Cerró el cuaderno de golpe.

—Menuda mierda. Se han llevado a los más graves al Royal. A los demás los están tratando en el patio, en las ambulancias. La mayor parte de las heridas son cortes que necesitan puntos. —Miró a su alrededor—. ¿Ha llegado Murray?

McCoy negó con la cabeza.

—Ha ido directamente a la calle Pitt.

—Por suerte para usted —dijo Wattie. Guardó silencio durante un

segundo—. Él cree que soy idiota, ¿a que sí?

—No. Cree que eres joven, lo cual es cierto, y cree que tienes que crecer un poco. No se equivoca, Wattie.

Wattie asintió.

—Con lo del bebé y todo eso he estado un poco perdido. Debería poner las cosas en su sitio, ¿no?

McCoy asintió. Eso esperaba.

—Sabes de coches, ¿verdad?

Wattie asintió.

—Un poco.

—¿Dónde puedo encontrar un mecánico donde reparen coches Daimler? —preguntó McCoy.

—Vaya. ¿Le ha tocado la quiniela? —preguntó Wattie.

—Ojalá. ¿Dónde?

—Por aquí solo hay un concesionario y un garaje para Daimler. Gauld's. En el cruce del bulevar Mosspark y Paisley Road West.

—¿Has terminado aquí? —preguntó McCoy.

—Creo que sí —dijo Wattie.

—De acuerdo —dijo McCoy—. Faulds se está haciendo cargo, al menos él sabe de qué va esto. Los de la forense van a tardar siglos hasta tener algo concreto que decirnos.

Todavía se oían los bocinazos y los gritos que llegaban desde la calle.

—Y los agentes de tráfico están lidiando con todos esos cabrones ruidosos. Yo no puedo hacer gran cosa aquí, a decir verdad.

—Bien. Vamos a ver unos cuantos coches pijos. Este polvo me está jodiendo vivo.

Veinticinco

McCoy no tenía ni idea de quiénes en Glasgow podían comprarse un Rolls-Royce o un Bentley, pero allí estaban, pulidos y brillantes, alineados tras el enorme escaparate.

—Ese es un Rolls-Royce Silver Phantom —dijo Wattie, señalando al otro lado del escaparate—. Y ese es un Corniche. No verá muchos de esos por ahí, y mucho menos en Glasgow.

McCoy asintió. No le interesaba gran cosa lo que le estaba explicando Wattie, pero parecía contento, parecía un niño frente a una juguetería la víspera de Navidad. McCoy no necesitaba que Wattie le llevase, podría haber ido solo, pero le dio un poco de lástima. Le había puesto ganas al interrogatorio y McCoy no creía que lo hubiese hecho tan mal, por eso no entendía por qué Murray había sido tan duro con él. No recordaba si Murray se había comportado así cuando él empezaba. Seguramente sí, pero McCoy nunca había sido tan ingenuo como Wattie. Más bien lo contrario, de hecho. Cínico, pensando siempre en la peor de las posibilidades.

—¿Cuánto cuestan estos trastos? —preguntó.

Wattie señaló hacia uno de los discretos distintivos junto a un coche plateado.

—Trece mil libras —dijo.

—¿Cómo? —saltó McCoy—. ¡Puedes comprar una casa del copón con ese dinero!

—Así es, pero no puedes ir por ahí conduciendo una casa —dijo Wattie.

Ambos entendieron al instante lo estúpidas que habían sonado esas palabras. Rieron con ganas.

—Vamos —dijo McCoy—. Echemos un vistazo más de cerca a esos carromatos.

McCoy dio por supuesto que no tenían la pinta de posibles compradores de Rolls Royce, probablemente ese fue el motivo de que el vendedor se les acercase con un gesto de desagrado, como si estuviese oliendo mierda.

—¿Puedo ayudarles en algo, caballeros? —les preguntó.

McCoy sacó su tarjeta identificativa y se la mostró.

—¿Tienen aquí un Daimler en reparación? De color dorado, a nombre de Lindsay.

El vendedor regresó a su escritorio y ojeó uno de sus libros de

contabilidad. Cuando McCoy se dio la vuelta para hablar con Wattie, vio que se había desplazado hasta la otra punta del concesionario, encandilado con un descapotable de gran tamaño. Murray estaba en lo cierto. Tenía que crecer de una maldita vez.

—Lo teníamos —dijo el vendedor alzando la vista—. Daimler Majestic, 1968. Pintura dorada, interior rojo. Bonito coche, de los que no suelen verse todos los...

—¿Lo tenían? —preguntó McCoy.

Al vendedor no le hizo gracia que le interrumpiese.

—Sí. Una lástima, pero se lo llevaron hará cosa de media hora.

—Mierda —dijo McCoy—. ¿Quién se lo llevó?

—En esta ocasión, fue el propio coronel Lindsay. Vino con un joven amigo suyo. Por lo general, suele enviar a un chófer. Fue muy amable, me dijo...

—¿En qué consistió la reparación? —preguntó McCoy.

Otra interrupción. Se le notó un poco más molesto.

—No llegamos a hacerle nada —dijo—. Estaba previsto que tanto la reparación como la limpieza a fondo la realizásemos mañana. El coronel dijo que tenía que recuperarlo urgentemente. Cambio de planes.

—Y tenía que hacerlo ahora —dijo McCoy—. ¿Puedo usar su teléfono? ¿Tiene el número de matrícula?

El vendedor lo apuntó en un papel, se lo entregó y señaló el aparato que había sobre una mesa junto al escaparate.

—Puede usar ese de ahí, en la mesa pequeña —dijo, como si McCoy no mereciese nada mejor.

McCoy telefoneó a la comisaría.

—Billy, soy McCoy. Estoy con Faulds. Necesito que transmitas una orden. Hay que detener un coche, un Daimler Majestic. Color dorado. La matrícula es: Alfa, Noviembre, Papa, tres, seis, dos, Hotel.

Escuchó a Billy repetir las letras y los números.

—Correcto. Está relacionado con la bomba de esta tarde, así que es prioritario, ¿de acuerdo?

Colgó el teléfono, pero, al alejarse, el aparato empezó a sonar. Regresó hasta la mesita, tomó el auricular y escuchó.

—Lo tengo. Voy para allá.

Colgó de nuevo. Gritó:

—¡Wattie! ¡Vámonos!

Veintiséis

Estaba oscureciendo cuando llegaron. Pudieron ver las luces delante de ellos en la carretera, a un kilómetro y medio de distancia más o menos. Una mezcla de luces azules girando y de fuertes focos. Billy le había telefoneado de inmediato porque los agentes de tráfico ya se habían fijado en el Daimler ANP 362H dorado. Se había visto involucrado en un grave accidente en la carretera secundaria que llevaba de Lambhill a Milngavie. Ya habían llegado los bomberos y las ambulancias.

Un agente se dirigió a ellos para que se detuviesen a un lado de la carretera, trescientos metros más adelante, cerca del lugar del accidente. Wattie detuvo el coche detrás de un coche patrulla y apagó el motor. Salieron del coche justo en el momento en el que les alcanzó el agente y les tendió la mano.

—Jimmy Reed —dijo.

McCoy le correspondió el saludo y le dijo sus nombres. Echaron a andar hacia las luces.

—Llamaron hará cosa de una hora —informó Reed—. Al parecer, el conductor perdió el control. Se estamparon de frente contra un árbol. Muy desagradable.

—¿Ha muerto? —preguntó Wattie.

Reed negó con la cabeza.

—El conductor está vivo, ha quedado atrapado en el asiento. Su acompañante, sí. Salió disparado por el parabrisas. Seguramente se rompió el cuello al topar contra el suelo. Un tipo joven, no más de veinte años.

El olor a gasolina se hizo más intenso cuando se acercaron. Empezó a sonar un fuerte chirrido, el sonido del metal contra el metal.

—Van a intentar sacar al conductor —dijo Reed—. Es posible que tenga rotas las dos piernas. Por aquí.

Alzó la cinta policial y caminaron por entre los camiones de bomberos hasta llegar al círculo de luz que creaban los focos alrededor del coche destrozado. A McCoy no le apetecía acercarse más, pero necesitaba asegurarse de que se trataba de Lindsay. El chirrido lo causaba una sierra circular que uno de los bomberos había apoyado sobre la bisagra de la retorcida y sanguinolenta puerta del coche. El bombero gruñó, presionó la sierra con más fuerza y el chirrido se hizo más intenso hasta que cayó la puerta, golpeando

contra el suelo.

De repente, McCoy pudo ver una pierna doblada de un modo antinatural, con unos pantalones color caqui rasgados y empapados en sangre. Apartó la vista al instante.

—¡De acuerdo, aquí lo tenemos! —gritó el bombero.

Un par de paramédicos acercaron al coche una camilla todo lo que pudieron.

—A la de tres —dijo uno de ellos—. Sin prisa, pero con firmeza.

Rodearon el coche, se inclinaron hacia delante y agarraron al conductor. El bombero los miró a todos. Asintió.

—¡Tres!

Lentamente extrajeron el cuerpo del interior del coche.

Las dos piernas del conductor estaban destrozadas, no parecían sostenerse del modo adecuado. Aparte de eso, no parecía en mal estado. Tan solo pequeños cortes en la cara y las manos debido a los cristales del parabrisas. Cuando lo colocaron bajo la luz, McCoy pudo fijarse en el familiar cabello corto y pelirrojo. Era Lindsay. Vio que la sangre goteaba de su pierna, de un rojo brillante bajo las luces, y se apartó. Ya había visto suficiente.

Se alejó del círculo de luz y encendió un cigarrillo. Vio cómo transportaban la camilla hacia la parte trasera de una de las ambulancias y la metían en ella.

—Bueno, quién lo diría.

Se dio la vuelta y se topó con el doctor Purdie. Traje, corbata y maletín de cuero. McCoy estaba acostumbrado a verlo en el apartamento de Cooper, con el abrigo sobre el pijama, requerido en mitad de la noche para tratar la herida de alguno de los miembros de la banda y de ese modo poder reducir parte de sus pérdidas en las apuestas. Lo del traje y la corbata sorprendió a McCoy y debió de notarse en su cara.

—Vivo aquí al lado —dijo Purdie, señalando hacia el camino de acceso a una casa con las luces encendidas—. Acababa de aparcar el coche cuando pasó. ¿No tendrá un cigarrillo? Mi esposa no me deja fumar en casa.

McCoy le tendió su paquete y encendió uno de los cigarrillos. La luz de la cerilla iluminó la sangre seca de sus manos.

—Gracias —dijo—. No suele ocuparse de accidentes de tráfico, ¿verdad? Un poco por debajo de su nivel, ¿no?

—Depende de quién conduzca —contestó McCoy—. Hablando de eso, ¿sobrevivirá?

Purdie aspiró por entre los dientes.

—Eso creo. Ha tenido suerte de que yo estuviese aquí. De no haber sido así, no habría salido adelante. La pierna derecha ha quedado aplastada. Sangraba mucho. Logré detener la hemorragia, le

hice un torniquete. Se habría desangrado en diez minutos. —Sonrió—. Fue bastante emocionante, a decir verdad. No me había encargado de una urgencia desde hacía años. Creo que ha vuelto a despertarme el interés.

—No se me ocurre nada peor —dijo McCoy.

—Sí, sé que no le gustan mucho las vísceras ni la sangre. Aparte de las piernas, el resto parece en su sitio. Lo sedé en cuanto pude, antes de que se despertase del golpe y empezase a sentir dolor. Si la ambulancia no se detiene, llegará al Royal en veinte minutos.

En cuanto pronunció esas palabras, la ambulancia se puso en marcha y aceleró de camino a Glasgow con la sirena encendida. La vieron desaparecer tras una curva.

—Es posible que tengan que amputarle la pierna derecha, pero si no hay complicaciones se pondrá bien.

—¿Y el acompañante? —preguntó McCoy.

—Esa es otra historia, por desgracia —dijo Purdie—. Se rompió el cuello. ¿Quiere verlo?

McCoy no quiso, pero tenía que saber de quién se trataba.

—¿Está muy mal?

Purdie sonrió.

—No hay sangre, se lo aseguro. Venga.

Llevó a McCoy más allá del coche, que en ese momento los mecánicos estaban intentando levantar, y recorrieron cincuenta metros. Un agente se encontraba junto a lo que parecían un puñado de mantas sobre la carretera. Asintió cuando se acercaron y Purdie agarró un extremo de una de las mantas.

—¿Listo? —preguntó.

McCoy asintió y Purdie tiró de la manta. Era el joven que le había llevado de vuelta al coche atravesando la zona de bosque en la finca de Lindsay. Su cabeza dibujaba un curioso ángulo, pero más allá de eso y de un chichón en la frente parecía normal. Purdie no le había engañado. Nada de sangre. Asintió y Purdie volvió a cubrir el cuerpo.

—¿Lo ha reconocido? —preguntó.

—Lo había visto, pero no sé su nombre.

—Qué lástima —dijo Purdie—. Es un muchacho. Llama la atención que ninguno de los dos lleve encima documento de identidad alguno. Parecen comandos en zona de guerra.

—¿Qué quiere decir? —preguntó McCoy.

—Como cuando los lanzaban tras las líneas enemigas, en paracaídas. Tenían que asegurarse de no llevar documentos o fotos familiares, nada que pudiese ayudar a los alemanes a identificarlos. —Sonrió—. Demasiados tebeos de guerra cuando era pequeño. —Se miró las manos—. Será mejor que me vaya a casa y me lave.

McCoy le vio alejarse de vuelta hacia las luces. El coche ya estaba

encima del camión grúa. La carretera quedaría despejada en una media hora, volverían a abrirla al tráfico, como si nada hubiese ocurrido.

Vio a Purdie dándole la mano a Wattie y señalando hacia donde se encontraba McCoy. Wattie saludó con la mano y se acercó hasta allí. Hora de marcharse. No podían hacer gran cosa hasta la mañana siguiente.

Soldados en guerra, pensó McCoy. Que Dios los pillase confesados.

17 de abril de 1974

Veintisiete

—Despierta, cabrón.

McCoy se incorporó, con el corazón en la garganta. Había imaginado la situación, pero igualmente le sorprendió ver quién estaba sentado a los pies de la cama. El pulso se le aceleró un poco más. Supo que era él incluso en la penumbra que ofrecía la luz de las farolas que llegaba de la calle colándose por la ventana. Habría reconocido aquella corpulenta silueta en cualquier parte. Stevie Cooper.

—¿Stevie? —preguntó—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has entrado?

—Hoy te sentiste el listo de la clase, ¿no? Allí sentado, en la sala de interrogatorios, con tu sonrisita de superioridad. Sin decir nada...

—Stevie, yo...

—Pero entonces soltaste tu bomba.

McCoy parpadeó varias veces, intentando despejarse. No podía ver la cara de Cooper en las sombras, no podía descifrar hasta qué punto estaba metido en un problema. Podía oír, eso sí, el tamborileo de sus botas contra el suelo. No era una buena señal.

—¿Quieres joderme, McCoy? ¿Quieres clavarle una puñalada a tu viejo amigo?

McCoy negó con la cabeza.

—¿No? —dijo Cooper—. ¿Estás seguro? Porque es la impresión que me ha dado.

Cooper se sentó un poco más cerca. La luz de la ventana ahora iluminaba su cara. Parecía tranquilo, sin las mejillas sonrosadas.

—Tuve que hacerlo, Stevie. Es mi trabajo. Murray me habría matado si...

—El bueno de Murray, ¿eh? ¿Qué es eso que suele decirte? Un perro no puede servir a dos amos.

—No os sirvo a ninguno de los dos —dijo McCoy con rabia.

—Es posible —dijo Cooper.

—Si has sido lo bastante estúpido como para dejar una huella en ese martillo, ¿qué se supone que tengo que hacer yo? ¿Pasarlo por alto?

—Yo no lo hice —respondió Cooper—. Lo hizo Billy. —Se puso de pie—. ¿Quieres una taza de té?

Diez minutos más tarde, McCoy, con pantalones de vestir y

camiseta, estaba sentado a la mesa de la cocina bebiendo una taza de un té realmente bueno. Cooper, sentado frente a él, hacía lo mismo.

—No sabía que eras capaz de preparar un buen té.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, McCoy. Ese es tu problema. Crees que lo sabes todo de todo el mundo.

—¿Billy? —preguntó McCoy—. No lo entiendo.

—Espera un poco —dijo Cooper—. Primero tengo que saber algo. ¿Estarás a mi lado si te necesito?

McCoy lo miró.

—Stevie, soy policía...

—¿Sí o no? —preguntó Cooper.

McCoy no tuvo que pensárselo.

—Sí —dijo—. ¿Estás contento?

Lo estaba. Una gran sonrisa se dibujó en el rostro de Cooper. Así de sencillo. Se reclinó hacia atrás, echó mano de una botella de whisky llena hasta la mitad que había en la encimera y sirvió una considerable cantidad en ambas tazas. Alzó la suya.

McCoy brindó con él.

—Salud.

Tomó un buen trago de whisky con té. No estaba tan mal.

—De acuerdo. Cuéntame. ¿Billy?

—Yo no maté a Jamsie Dixon. No soy tan estúpido. Y tampoco fui a ver al pequeño Arthur, el sastre.

—¿Adónde fuiste? —preguntó McCoy.

—Fui a ver a Brian Oliver.

McCoy lo miró anonadado.

—¿Te acuerdas de cuando me enviaron al Kibble después de pegarle un puñetazo al padre Hannigan?

McCoy no lo recordaba. Cooper no dejaba de darle puñetazos a quien estuviera al cargo, resultaba difícil seguirle la pista en ese sentido, pero aun así asintió.

—Brian Oliver también estaba allí. Lo habían encerrado por robar un paquete de cigarrillos en un quiosco. Es un buen tipo, siempre lo ha sido. Ahora trabaja para William Norton.

McCoy conocía bastante bien a William Norton, pero seguía sin entender la referencia.

—Cuando estaba en Aberdeen, en la cárcel, Billy fue a visitarme.

—Lo sé —dijo McCoy—. Me dijo que se te había ido la olla, que no parabas de hablar de Jamsie Dixon.

Cooper apoyó la espalda en el respaldo de la silla.

—¿En serio? Pues lo cierto es que ni siquiera le mencioné a Jamsie Dixon. Lo único que hicimos fue hablar de negocios. Le comenté que quería algunos boxeadores, eso fue todo. Pero eso no es lo importante.

—¿Y qué lo es? —preguntó McCoy.

—Cuando volví a la celda, habían instalado a un tipo nuevo allí. De Glasgow. Malky Arnott.

—Dios bendito, mala suerte. Lo detuve en varias ocasiones. ¿Sigue siendo un cabroncete?

—Sí. Es un mamón. Me dijo: «No sabía que eras amigo de Willie Norton». Yo le dije que no lo era y él comentó: «Bueno, pues tu colega sí». Me contó que había estado en Glasgow un par de semanas atrás, en una de las noches de póquer de Billy Chan, y Billy estaba allí con Norton, sentado a su mesa, en plan amiguetes.

—A lo mejor solo fue cosa de esa noche —dijo McCoy. Pensó durante unos segundos—. Espera. La última vez que vi a William Norton estaba subiendo el sendero de tu casa, dispuesto a charlar contigo. ¿Qué pasó?

—Lo que pasó fue que después de diez minutos le dije que se fuese a la mierda. El viejo cabrón se creía que todavía era un gran hombre, hablándome de lo que podría hacer por él. Buscaba un número dos, no un socio. Y Billy estuvo allí todo el rato, escuchándolo.

—Mierda —dijo McCoy. Entendía qué pretendía decirle.

—Profundizando un poco más, al parecer, Norton se presentaba en casa mientras estuve en Aberdeen. Me lo dijo Iris.

—¿Oyó algo?

Cooper negó con la cabeza.

—Billy es demasiado listo para eso. La enviaba a hacer recados o a buscar dinero al contable cada vez que él estaba allí. Por eso, el sábado por la noche salí del casino y fui a ver a Brian Oliver. Me encontré con él en el Dunbar's, un sitio al que no va ninguno de esos cabrones. Me dijo que Billy y Norton eran ahora buenos amigos, que hablaban del futuro, de lo que iban a hacer juntos.

—Sin ti.

Cooper asintió.

—Sin mí.

—Así que adiós a Jamsie Dixon, tú eres el principal sospechoso y ahí está el martillo como prueba.

—Y me meten en la trena los próximos veinte años.

—Dios santo —dijo McCoy—. No imaginaba que Billy tuviese arrestos para hacer algo así.

—No los tiene —replicó Cooper—. Pero Norton sí, y le prometió a Billy que sería su segundo. Le calentó la cabeza con esas mierdas. El muy estúpido no fue capaz siquiera de organizar bien lo del martillo. Lomax me librará de eso.

—¿De dónde ha salido el martillo? —preguntó McCoy.

—Oh, el martillo es mío. Cuando Ellie y yo nos mudamos a la

casa lo usé mucho, para colgar cuadros, para arreglar el suelo del dormitorio pequeño. Cosas de esas.

—¿Y Billy te ayudó?

Cooper asintió.

—Sabía dónde encontrarlo, sabía que tendría, como mínimo, una huella mía. El problema era que no iba a estar en la sangre.

McCoy asintió. Las probabilidades de acusar a Cooper del asesinato utilizando el martillo como prueba eran escasas, por no decir algo peor.

—¿Qué piensas hacer?

—Me largaré durante un par de días —dijo Cooper—. Tengo cosas que hacer.

—¿Adónde vas a ir?

—¿Recuerdas que te hablé de la Brigada de los Golpes, de la cárcel?

McCoy asintió.

—Cuando me tumbaron y empezaron a darme golpes, me sentí indefenso como hacía mucho tiempo que no me sentía; desde aquel sótano con el padre Kelly, cuando juré que no volvería a pasarme. Que nada ni nadie me haría sentir así otra vez, nadie volvería a joderme de ese modo. Que iba a joder a todo el mundo antes de que volviesen a joderme a mi. —Se puso en pie—. Pues ahí es adonde voy a ir. A asegurarme de que no vuelve a pasar.

McCoy oyó cómo se cerraba la puerta de la calle. Se acercó a la ventana y vio a Cooper caminar calle abajo, con las manos en los bolsillos. Se quedó allí durante un rato, bebiendo el whisky con té, siendo testigo de la salida del sol. No se cambiaría por Billy Weir ni por todo el oro del mundo.

Veintiocho

McCoy bostezó. No fue capaz de volver a dormirse cuando Cooper se marchó. Estaba demasiado nervioso, la mente le iba a mil por hora. Lamentaba haber tomado el whisky con té, la úlcera le estaba matando y ahora se encontraba fuera del depósito de vehículos observando cómo un capullo con bata de laboratorio tomaba muestras de sangre del destrozado Daimler. Quería saber si Donny Stewart había montado en el coche después de haber resultado herido por el estallido de la bomba en el apartamento, quería saberlo antes de ir a ver a Lindsay al hospital.

Al capullo con la bata de laboratorio no le había hecho ninguna gracia que lo sacasen de su escondrijo en el laboratorio, pero a McCoy le había importado bien poco. No tenía ninguna necesidad de ir hasta el depósito de coches y observar el proceso, pero estaba evitando ir a la comisaría. Todavía no había hablado con Murray y no quería hacerlo hasta tener algo concreto que contarle.

Si podía vincular a Donny Stewart con las bombas y el coche de Lindsay, probablemente conseguiría una orden judicial para entrar en la casa grande. Así podría descubrir qué demonios ocurría con aquella especie de ejército privado. Tenía el pálpito de que todo estaba conectado. Los chicos del cuartel eran los mismos que había visto en casa de Lindsay, Donny Stewart, los Hijos de los 51, quienes cojones fuesen. Pero debía descubrir cuál era la conexión antes de que explotase otra bomba. Comprobó la hora. Las nueve y media. Se suponía que tenía que encontrarse con Faulds a las diez en la cervecera.

—¿Has acabado? —gritó.

El capullo de la bata de laboratorio alzó la vista.

—Diez minutos.

—Bien —dijo McCoy—. Quiero los resultados en mi mesa a la hora de comer. Prioridad absoluta.

El capullo de la bata de laboratorio asintió y retomó la actividad con sus pequeños recipientes para meterlos todos en una caja. Incluso a esa distancia, McCoy pudo ver cómo mascullaba entre dientes «gilipollas».

La calle Duke estaba abierta al tráfico de nuevo, pero solo uno de los carriles. A McCoy le llevó un rato llegar desde la calle High. Daba la impresión de que los semáforos provisionales dejaban pasar a un

solo coche en cada turno. Tamborileó con las manos sobre el volante. Se preguntó adónde habría ido Cooper. Recordó que tenía que llamar al hotel Central en cuanto tuviese el resultado de los análisis de sangre. Debía poner al corriente a Stewart.

Los semáforos provisionales cambiaron de nuevo y McCoy pudo avanzar. Accedió al patio de la cervecera y aparcó allí. Faulds estaba apoyado en su coche, resoplando. Vio a Cooper cuando entró en el patio y le saludó con la mano. McCoy salió del coche. Todavía podía sentir el crujido del polvo de cristal bajo los pies. Se acercó a Faulds.

—Y bien, señor experto en bombas, ¿qué me vas a contar?

—Experto en bombas, una mierda —dijo Faulds—. Sois demasiado tacaños para conseguir uno de los verdaderos expertos de Belfast.

—Eso es cierto —reconoció McCoy—. Nos ha tocado el torpe, qué le vamos a hacer.

—No seas cabrón —dijo Faulds con una sonrisa—. Ven conmigo.

Salieron del patio a la acera de la calle que había sido acordonada. Se detuvieron frente al edificio derruido.

—Como te dije, es mezcla Co-op. Esta mañana llegaron los resultados del laboratorio. Una cantidad considerable, unos dos kilos y medio, diría yo. La que explotó en el apartamento era mucho más pequeña, no debía de llegar al kilo. Y la de la catedral, todavía menos.

—¿Las hizo la misma persona? —preguntó McCoy.

Faulds se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo. O bien el tipo del apartamento consiguió hacer varios artefactos y distribuirlos antes de volar por los aires, o bien le enseñó a alguien a hacerlos. Alguien menos incompetente que él, cabe suponer.

—Joder —dijo McCoy—. ¿Así que van a explotar más bombas?

—Es probable —respondió Faulds—. La bomba de la catedral empieza a tener toda la pinta de ser una especie de prueba de cara a objetivos mayores. Parece más el primer paso que el último.

—¿Alguna otra cosa que puedas contarme? —preguntó McCoy.

—Por suerte para la mayoría de los que estaban en el edificio, no la colocó muy bien. Creo que la dejó en los escalones delante de la puerta, la mayor parte de la explosión destrozó cristales y los lanzó por todas partes. Si la hubiese metido dentro del edificio, en la escalinata principal, o cerca de un muro de carga, el edificio al completo se habría venido abajo y las víctimas habrían sido muchas más.

—¿Y fue fruto de la incompetencia o fue deliberado? —preguntó McCoy.

—No puedo contestarte. Tal vez se disponía a entrar, pero le dio miedo y la dejó allí. A lo mejor el guardia de seguridad que estaba en

el mostrador lo detuvo. No creo que lleguemos a saberlo nunca.

—A menos que encontremos al tipo de las bombas —dijo McCoy —. O, más probablemente, los tipos de las bombas. Tengo que pillarlos antes de que pongan otra.

—Pues sí —dijo Faulds—. ¿Cómo lo vas a gestionar?

—Por fortuna, con toda probabilidad las cosas habrán cambiado a última hora del día, porque es posible que sepamos muchas más cosas. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Los de la Brigada Especial quieren echarle otro vistazo a esto. Voy a encontrarme esta tarde con uno de ellos que viene en avión desde Londres.

—Genial —dijo McCoy—. Los muy cabrones dijeron que no había que preocuparse de esto y ahora van a venir para hacer que parezcamos estúpidos y darse importancia.

Faulds sonrió.

—Señor McCoy, me entristece y desagrada su actitud con relación a nuestros compañeros al servicio de la ley.

—Sí, claro —dijo McCoy. Entonces se acordó—. Ah, por cierto, ¿quién es Paul McVeigh?

Faulds se dio la vuelta y le miró a los ojos. Ahora no sonreía.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Un colega me dijo que te lo preguntase.

—¿Qué colega? —preguntó Faulds—. ¿Quién?

A McCoy no le gustó el giro que estaba dando la conversación.

—Ahora no me acuerdo —dijo.

Ambos sabían que estaba mintiendo.

—¿Y qué más te dijo ese colega? —preguntó Faulds.

—Me dijo que tenías que andarte con cuidado.

—¿Es una amenaza?

—Espera un segundo, Faulds. No fui yo el que lo dijo y ni siquiera sé quién es el tal Paul McVeigh. Así que no la tomes conmigo. Creía que te iba a hacer un favor.

—Qué colegas tan curiosos tienes, McCoy —dijo Faulds—. ¿Has estado tratando con los chicos del IRA? ¿Es eso?

—Venga ya, Faulds...

Faulds se le acercó y dejó su cara a escasos centímetros de la de McCoy. Le clavó el dedo índice en el hombro. Con fuerza.

—Será mejor que tú también tengas cuidado, McCoy. Recuerda de qué lado estás. —Lo apartó de un empujón y se dirigió a su coche.

—¡Faulds! —gritó McCoy—. ¡Venga, hombre! ¡Vuelve aquí!

Pero Faulds lo ignoró, se metió en el coche, cerró la puerta y se marchó.

Veintinueve

Wattie estaba sentado tras su escritorio cuando McCoy llegó a la comisaría. A pesar del ruido de los teléfonos, y de que Thomson no paraba de maldecir porque alguien se había terminado toda la leche, y de que en la radio sonase «Waterloo» a todo volumen, Wattie guardaba silencio, mirando al infinito, con un montón de colillas en el cenicero que tenía delante y una pila de archivos en el suelo, junto al escritorio.

—¿Estás ocupado? —preguntó McCoy. Se sentó y le dio un bocado al bollo de Chelsea que acababa de comprar en City Bakeries.

Wattie parpadeó un par de veces. Volvió en sí.

—¡McCoy! Lo siento, tenía la cabeza en las nubes.

—¿Pensabas en tu hermoso vástago? —preguntó McCoy, intentando no dejar caer migas encima de la mesa.

—No. Él está bien. Llora toda la noche, después sonríe y se carcajea durante todo el día. Nos está volviendo locos. Pero le estaba dando vueltas a cuál es el siguiente movimiento en el caso del maldito Jamsie Dixon.

—¿Ir de puerta en puerta ha servido para algo? —preguntó McCoy.

Wattie negó con la cabeza.

—Nada de nada. Nadie vio nada, nadie oyó nada.

—No me sorprende en Shettleston —dijo McCoy mientras hacía una bola con el papel de la pastelería y la lanzaba a la papelera—. No es precisamente la zona de Glasgow en que más aprecian a la policía.

—Y no voy a sacar nada de Stevie Cooper y Lomax.

—Nadie lo consigue. Por eso Lomax cobra lo que cobra. Les ha comido la moral a hombres más preparados que tú y que yo —dijo McCoy. Se planteó la posibilidad de contarle lo de Billy Weir, pero no supo cómo hacerlo—. ¿Y los de la forense? —preguntó.

—Una mierda de ayuda —dijo Wattie—. Sé qué cenó Dixon esa noche, pero no me sirve para nada.

—¿Qué cenó? —preguntó McCoy—. ¿Un bistec? ¿Caviar? ¿Un poco de pescado?

—Un segundo —dijo Wattie, rebuscando entre las carpetas. Encontró la que buscaba y la abrió—. Aquí está. Nada muy lujoso. Un perrito caliente, posiblemente dos, cebollas fritas y pan.

McCoy se recostó en la silla y reflexionó durante unos segundos.

—¿Dónde compró Jamsie Dixon esas cosas? —preguntó.

—¿En el cine? —respondió Wattie—. Allí venden perritos calientes.

McCoy negó con la cabeza.

—No venden cebolla frita en el cine, lo apestaría todo.

—Tal vez lo cocinó él —dijo Wattie.

—¿Jamsie Dixon? —exclamó McCoy—. No creo que haya entrado en una cocina en...

Se detuvo en seco.

—¿Qué? —preguntó Wattie—. ¿Qué pasa?

—Las casetas —dijo McCoy—. La feria. Venden perritos calientes y cebolla. En uno de esos carritos. Puedes olerlo a un kilómetro de distancia.

—¿Para qué iría Jamsie Dixon a la feria? —preguntó Wattie—. No tiene hijos.

—No —dijo McCoy—. A lo mejor Patsy Hearne y sus amigos no nos contaron toda la verdad sobre aquella noche.

—¿Sus conocidos del Edrom? —preguntó Wattie.

McCoy asintió.

—Podríamos ir a verlos más tarde. Mientras tanto, ¿por qué no compruebas las cafeterías que hay cerca de la casa de Jamsie en Shettleston? Asegúrate de que en ninguno de esos sitios le prepararon un perrito caliente especial esa noche.

Wattie asintió. Se levantó para ir en busca de las Páginas Amarillas que estaban en el armario del pasillo. McCoy encendió un cigarrillo y comprobó los mensajes de teléfono que le habían dejado sobre su escritorio. Dos de Stewart, en el Central. En uno de los papelitos podía leerse: «Por favor, devolver la llamada». Un mensaje de la calle Pitt sobre algo relacionado con formación, que nunca iba a molestarse en responder, y un mensaje de Kenny Barnes de la Brigada Especial. ¿Podrían verse? Su tren llegaba a las siete.

Wattie regresó con las Páginas Amarillas en la mano y las soltó sobre el revoltijo de cosas que tenía en la mesa.

—¿Ha venido alguien del laboratorio preguntando por mí? —preguntó McCoy—. ¿Un tipo con cara de gilipollas?

—Mierda, lo siento —dijo Wattie. Empezó a rebuscar entre las cosas del escritorio. Lo encontró—. Llamó hará una media hora. Encontraron sangre A negativo en el asiento de atrás. Signifique eso lo que signifique.

—¡Sí, señor! —gritó McCoy alzando el puño por encima de la cabeza—. Ya lo tenemos. ¿Te apetece una bonita visita al hospital?

*

El Royal estaba ubicado en la parte más alta de la ciudad, cerca de la catedral, y al igual que esta se trataba de un edificio monumental, formado por torres y grandes entradas, con sus piedras ennegrecidas por siglos de humo y polvo provenientes de las cercanas fábricas del East End.

McCoy tenía la impresión de haber pasado la mitad de su vida laboral en ese lugar. Ya fuese llevando a borrachos a Urgencias los viernes por la noche, cuando hacía la ronda, o interrogando a sospechosos esposados al cabezal metálico de una cama en habitaciones custodiadas.

Lindsay estaba en el ala John Slater, en la segunda planta. Se metieron en el ascensor con una mujer de mediana edad que llevaba un ramo de flores en una mano y un niño pequeño muy inquieto en la otra. Apretó el botón de planta.

—¿Qué tal se encuentra Mary?

—Ha convencido a su madre para que se quede con el pequeñajo tres días a la semana. Hoy ha ido al *Record* para ver si puede trabajar a tiempo parcial.

—No está mal. ¿Y tú qué piensas de eso? —preguntó McCoy cuando salieron al largo y aséptico pasillo.

—Creo que si quiere volver, si eso la hace feliz, tiene que volver. Además, Duggie adora a su abuela. Tiene un perrito, se pasa el rato encima de él cuando estamos allí. No creo que al perro le haga mucha gracia, la verdad.

Encontraron el ala correspondiente y una enfermera les indicó cómo llegar a la habitación privada. Estaban a punto de abrir la puerta cuando un hombre mayor de raza india, con bata blanca y un estetoscopio alrededor del cuello, salió de la habitación.

—¿Puedo ayudarles, caballeros? —preguntó.

McCoy le mostró su identificación policial.

—Queremos hablar un momento con el señor Lindsay —dijo. Leyó lo que indicaba la chapa en el pecho del hombre—. Doctor Basu.

El doctor Basu sonrió.

—Me temo que no va a ser posible —dijo—. Al señor Lindsay se le ha amputado una pierna por debajo de la rodilla hará cosa de una hora. A duras penas despertará de la sedación esta tarde y necesitará tiempo para recuperarse.

McCoy asintió. No podía hacer mucho más. Si estaba inconsciente, estaba inconsciente.

—¿Podremos hablar con él en algún momento?

—Mañana, a última hora de la tarde como muy pronto. Habrá que tener paciencia.

—Pero está bien, ¿no? —preguntó McCoy.

El doctor suspiró.

—Me gustaría decir que sí, pero pronto cumplirá sesenta años, ha sufrido un horrible accidente de coche y se le ha practicado una intervención importante. Vamos a tener que vigilarlo. Llame mañana por la mañana y le pondré al corriente de cómo van las cosas.

Se despidió y echó a andar por el pasillo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Wattie.

McCoy comprobó la hora en su reloj.

—Demasiado pronto para ir a ver a Patsy Hearne. Podríamos acercarnos a agitar un poco la jaula de Meiklejohn.

Treinta

Meiklejohn estaba realizando algo así como una clase de gimnasia cuando llegaron. Les pidió que se sentasen, les dijo que no iba a tardar mucho. Wattie y McCoy se acomodaron en un banco al fondo del gimnasio, apoyados contra las espalderas. Los diez adolescentes que participaban en aquella clase realizaron diferentes ejercicios. Saltos, flexiones, esa clase de cosas. A McCoy le resultaba agotador el mero hecho de ver cómo se esforzaban.

—¿Alguna vez se planteó alistarse en el ejército? —le preguntó Wattie.

—No —dijo McCoy—. En la policía ya hay suficientes idiotas que te dicen lo que tienes que hacer. En el ejército es mil veces peor. ¿Y tú?

Wattie asintió.

—Me lo pensé cuando estaba en el instituto, pero mi padre se negó en redondo. Me dijo que no tenía ninguna intención de que me fuese a combatir en alguna guerra imperialista para favorecer a un puñado de cerdos capitalistas.

McCoy lo miró a los ojos.

—¿Cómo? ¿Llámame Ken dijo algo así?

—Sí, señor —respondió Wattie—. Mi padre tiene el carnet del Partido Comunista de Gran Bretaña.

—¡Quién lo hubiera dicho! —exclamó McCoy.

—Pues sí. Ahora ya no le pone mucha energía, pero tendría que haberlo visto cuando era más joven. Se pasaba el día organizando manifestaciones contra Sudáfrica, el CND. Era enlace sindical y eso, el pack al completo.

—¿Qué opinó cuando te hiciste policía?

—No le gustó, pero me dijo que era mejor que convertirme en carne de cañón para los propietarios de los astilleros.

Observaron a los muchachos durante un rato. A McCoy no le resultaba sencillo asimilar toda esa nueva información sobre el pasado de Llámame Ken. Podría no haberlo sabido nunca. Meiklejohn parecía un buen profesor, los chicos bromeaban y se reían con él, disfrutando de la sesión. Detuvo las risas y se dedicó a animar a un muchacho grueso, con la cara roja y sudorosa, que intentaba hacer sentadillas.

A lo mejor Wattie estaba en lo cierto, a lo mejor McCoy se había pasado un poco el otro día. A lo mejor Meiklejohn era un buen tipo, a

lo mejor le había regalado el libro a Paul Watt porque creía que le resultaría interesante. Meiklejohn silbó, les dijo a los chicos que habían acabado y que se fuesen a las duchas. McCoy se puso en pie. Era el momento de descubrirlo.

Cinco minutos más tarde, estaban los tres en el diminuto despacho de Meiklejohn. La luz penetraba por la ventana, iluminando las fotografías que colgaban de la pared. Meiklejohn estaba sudado, tenía el pelo húmedo a la altura del cuello debido a los ejercicios gimnásticos. Se sentó y les ofreció té.

—No, gracias —dijo McCoy.

Se levantó y se sirvió un vaso de agua, bebió la mitad de un trago y dejó el vaso en el fregadero. Después volvió a sentarse.

—No soy tan joven ni estoy tan en forma como antes —dijo—. ¿En qué puedo ayudarles?

McCoy metió la mano en el bolsillo, sacó una fotografía y se la tendió. Meiklejohn la agarró, le echó un vistazo y alzó la vista.

—Es uno de sus chicos —dijo McCoy—. Como habrá notado por el extraño ángulo, se rompió el cuello.

Meiklejohn tragó saliva. La foto quedó colgando de su mano.

—Murió en un accidente de coche ayer por la tarde. El coche lo conducía el coronel Angus Lindsay. Lindsay está en el hospital. Ha quedado un poco maltrecho, pero creen que saldrá adelante.

—¿Por qué me ha enseñado esta foto? —preguntó Meiklejohn.

—Porque la cosa se ha puesto seria —dijo McCoy—. Dos jóvenes que usted conocía, que pertenecían a su grupo de reservistas, han acabado muertos. Necesito saber qué está pasando exactamente entre usted, Lindsay y esos muchachos.

Meiklejohn no dijo nada.

—Pasé por Knockland House, en Dunoon. Me dio la impresión de que sus muchachos actuaban como si perteneciesen a una especie de ejército privado para Lindsay. Los reconocí porque los había visto el otro día aquí, pintando. ¿De qué va todo esto?

Meiklejohn permaneció impasible. Estaba blanco, daba la impresión de estar a punto de vomitar o de desmayarse.

—De acuerdo —dijo McCoy. Empezaba a perder la paciencia—. Se lo voy a poner un poco más fácil. ¿Se los está follando usted, se los folla Lindsay o se los follan los dos?

Notó que Wattie contenía el aliento. Pudo oír el tráfico en el exterior.

Meiklejohn se puso en pie de un salto, corrió hasta el fregadero y vomitó el agua. Se quedó de pie, temblando, jadeando, esperando a que regresasen las arcadas.

McCoy presionó un poco más.

—Voy a proponerle algo, Meiklejohn. Cuénteme lo que sabe

ahora y veré lo que puedo hacer. Si no quiere, nos lo llevaremos a la comisaría y alguien mucho más antipático que yo se encargará de hacerle las preguntas sobre los muchachos de catorce años que tiene rondando por aquí.

Meiklejohn no se movió. Agarraba con fuerza el fregadero, con la cara pálida como una sábana.

—Última oportunidad —dijo McCoy. Esperó unos segundos—. De acuerdo, se acabó. —Se dispuso a levantarse.

Meiklejohn se dio la vuelta con los ojos anegados en lágrimas.

—Se equivoca.

—¿Está seguro? —preguntó McCoy—. Bien, dígame por qué.

Meiklejohn se sentó en la silla. Mantuvo la cabeza gacha, con la vista clavada en sus zapatillas de deporte, sin atreverse a mirarlos.

—No soy un pervertido. No me interesan los adolescentes. Nunca me han interesado. Soy instructor militar. Y soy bueno en lo que hago. Se me dan bien los nuevos reclutas. Recuerdo muy bien cómo me fueron las cosas a mí. Me alistaron en el ejército cuando tenía dieciséis años. Sé por lo que tienen que pasar. Los ayudo a convertirse en buenos soldados. —Alzó la vista—. Pero eso es todo.

—Paul Watt —dijo McCoy.

Meiklejohn se enjugó las lágrimas.

—Paul Watt era un alma perdida. No era capaz de encontrar su lugar en el mundo. Quería enrolarse en el ejército. —Sonrió—. Jamás lo habrían aceptado. No tenía coordinación de ningún tipo, ni fuerza, ni habilidades. Nada de lo que el ejército necesita. Sentía lástima por él. Le compré ese libro cuando me dijo que estaba interesado en la historia de Escocia. Eso es todo. —Se echó hacia atrás el cabello húmedo—. No debería haberlo hecho. Lo sé. Hay que andarse con mucho cuidado en el ejército. La gente suele interpretar cualquier pequeño gesto por algo que no es en realidad. Especialmente, cuando trabajas con jóvenes. Tienes que ser escrupuloso y yo no lo fui. Ahora lo lamento. Pero, créanme, no guarda ninguna relación con lo que usted ha dicho, se lo prometo. Cualquier acusación de ese tipo, aunque no sea cierta, provocaría que me expulsasen. Le pido, le suplico, que por favor no lleve este asunto más lejos.

McCoy recostó la espalda. Lo gracioso del asunto era que le creía. No sabía por qué, pero su historia sonaba verosímil. Y, siendo sincero, no disponía de prueba alguna que indicase lo contrario. Sin embargo, estaba dispuesto a hacer algo que no era en absoluto agradable. Tenía que hacerlo.

—El coronel Angus Lindsay. Cuéntenos todo lo que sepa y nos largaremos de aquí y no volverá a vernos.

Meiklejohn le miró como un perro apaleado. Asintió.

—¿Sabe algo de Lindsay?

McCoy negó con la cabeza.

—Es un soldado increíble. Sirvió en la Segunda Guerra Mundial, en Malasia, en Kenia, en todo tipo de zonas en conflicto. Lo han condecorado tantas veces que es difícil llevar la cuenta. Los Highlanders fue su primer regimiento, así que cuando supe que había vuelto a Escocia, le escribí. Le pedí si podía venir y darles una charla a los chicos. Me contestó diciendo que lo haría encantado. A los chicos les entusiasmó, es un gran orador, muy inspirador. Creí que ahí acabaría la cosa.

—¿Qué pasó después? —le preguntó McCoy.

—Después supe que había invitado a algunos de los chicos a su finca. Se ofreció para enseñarles sobre el terreno, esa clase de cosas. La mayoría no tardaron en pasar por allí los fines de semana. Al principio, me gustó mucho la idea. Muchos de esos chicos nunca habían salido de Glasgow, así que pensé que era algo bueno para ellos ir al campo, tener nuevas experiencias. —Recogió su vaso del suelo y le dio unos sorbitos—. Pero hace unas semanas, a Colin Kennedy, uno de los chicos, se le hizo tarde y no llegó a tiempo para tomar la furgoneta que los lleva allí. Vino aquí y me preguntó si podía llevarlo. Estaba desesperado, no quería perderse el fin de semana en la finca. Así que lo llevé. —Se detuvo. Volvió a echarse el pelo hacia atrás—. Y cuando llegué allí, me di cuenta de lo que realmente estaba pasando. Tiene usted razón. Ha montado una especie de ejército privado. Uniformes diferentes, una nueva estructura de mando, devoción total a Lindsay. Era como si les hubiese lavado el cerebro.

—Lo vi —dijo McCoy.

—Entonces entiende a qué me refiero. Así que me encaré a Lindsay, le dije que me daba la impresión de que estaban yendo demasiado lejos.

—¿Y?

—Se quedó quieto, con dos de mis chicos flanqueándole, con cara de póquer y aquellas puñeteras camisetas DEFENS, y me dijo que saliese de sus tierras inmediatamente o llamaría a la policía. Le repliqué que no fuese ridículo, pero él les hizo un gesto a los dos muchachos y me echaron a patadas de la finca. ¡Mis chicos! —Negó con la cabeza—. No podía creerlo. No me reconocieron, ni siquiera me dirigieron la palabra. La mitad de ellos no se hicieron cadetes ni volvieron a los reservistas nunca más. Se lo comenté a mi superior, pero me dijo que exageraba. Vino a decir que estaba celoso de que los chicos tuviesen una mejor relación con un gran soldado.

—¿Paul Watt era uno de ellos? —preguntó McCoy.

Meiklejohn asintió.

—Cayó en sus redes, de pies a cabeza. Seguramente, sintió que había encontrado su sitio. Hablé con él, pero me dijo que yo era

irrelevante, que el Ejército británico era una pérdida de tiempo.

—¿Cómo alguien como él acabó construyendo una bomba? —preguntó McCoy.

Meiklejohn negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Nunca hubiera dicho que fuese capaz de hacer algo así. ¿Está seguro de que fue él?

McCoy y Wattie le dejaron sentado en su despacho. Le prometieron que no llevarían el asunto más lejos y salieron en busca del coche. McCoy no paraba de darle vueltas a lo que Meiklejohn les había dicho.

—¿Le cree? —le preguntó Wattie.

—Me parece que sí —dijo McCoy—. ¿Y tú?

Wattie asintió.

—Sí.

Subieron al coche y Wattie puso en marcha el motor. McCoy encendió un cigarrillo mientras se alejaban del cuartel camino del West End. Tenía una extraña sensación en la boca del estómago. Tal vez lo habían entendido todo mal. Tal vez Paul Watt no había sido quien había montado las bombas. Tal vez explotó cuando la llevaba consigo o la estaba metiendo en una bolsa o algo así. Tal vez habían buscado en la dirección equivocada. Tal vez Donny Stewart no era simplemente un marinero fuera de servicio. Tal vez era un marinero fuera de servicio que seguía construyendo bombas para matar a más personas.

Treinta y uno

La feria se extendía a lo largo de un buen pedazo de Glasgow Green. Tiovivos, platillos voladores, caballitos, autos de choque, casetas de tiro, patitos flotantes. No resultaba de gran ayuda que el lugar estuviese abarrotado de gente. Montones de adolescentes dando vueltas mirándose unos a otros, buscando pelea o rollo. Niños pequeños con los ojos como platos arrastrados por sus madres y padres, las caras sonrosadas y pegajosas debido al algodón de azúcar y a las manzanas de caramelo, y con globos en sus gordezuelas manos. En cada caseta sonaba una música diferente. «Waterloo», «Metal Guru», «Billy, Don't Be A Hero». Definitivamente, Jamsie Dixon podría haber comido allí su última cena. El olor de las cebollas fritas y de la grasa caliente lo impregnaba todo, flotaba sobre la feria al completo.

McCoy y Wattie caminaban por allí un poco aturdidos, buscando a Patsy entre los que se encontraban en la parte de atrás de los autos de choque, saltando de uno a otro, y los que ofrecían los rifles gritando que todo el mundo podía conseguir un premio. Tardaron un rato en verlo. Estaba al lado del tiovivo, yendo de un cochecito a otro mientras giraban, agarrando la parte de atrás para darles vueltas, provocando que las niñas gritasen y riesen. Solo Dios sabía cómo era posible que no se hubiese caído ya y roto la crisma.

Lo observaron trabajar y esperaron a que acabase el trayecto. Todo empezó a ralentizarse hasta detenerse por completo. Se alzaron las barras, los pasajeros salieron medio mareados hasta pisar tierra firme. McCoy gritó con fuerza «¡Patsy!», entre el final del tema «Drive-In Saturday» y el principio de «Billy, Don't Be A Hero» y Patsy los saludó con la mano.

—¡Haré un descanso dentro de diez minutos, Harry! —gritó cuando se acomodaron los nuevos ocupantes de la atracción y bajaron las barras de seguridad.

McCoy asintió y se sentaron en el límite de un tiovivo más pequeño para niños. Encendió un cigarrillo.

—¿Quiere probar su puntería? —preguntó Wattie señalando con el mentón hacia una caseta de tiro.

McCoy negó con la cabeza.

—Ni hablar. Están todos amañados.

—¿En serio? —dijo Wattie. Se mantuvo sentado durante unos segundos, pero al poco empezó a cacarear y a hacer gestos con los

brazos, arriba y abajo.

McCoy sacudió la cabeza.

—Si te has creído que por llamarme gallina vas a provocarme para que compita contigo..., estás en lo cierto —dijo poniéndose en pie—. Saca tu dinero, Watson.

Para cuando Patsy fue a buscarlos, los dos se habían gastado ya un par de libras y Wattie tenía bajo el brazo un llamativo oso de peluche de color amarillo. Sonreía ampliamente.

Patsy asintió en dirección al oso.

—¿No me digas que habéis venido aquí para jugar a indios y vaqueros?

McCoy negó con la cabeza.

—Tengo que hablar contigo, Patsy. ¿Podemos ir a algún sitio?

Patsy los guio por la parte de atrás de las atracciones, en dirección al río. Había unas diez caravanas aparcadas formando un círculo. Llegaron hasta allí y Patsy abrió la puerta de una de ellas, blanca y plateada, y les invitó a entrar.

—Es de Tommy. No le importará si la usamos un rato. Su señora está donde los patos, no hay nadie.

Wattie y McCoy entraron y echaron un vistazo alrededor. A todos los efectos, parecía un palacio en miniatura. Todo estaba impecable. Asientos de felpa marrón, la moqueta y las cortinas a juego, animales decorativos en el alféizar de la ventana. Una mesita de café en el centro, con un gran jarrón y flores artificiales. Todo en su justo sitio.

—Sentaos, colegas —dijo Patsy, señalando uno de los bancos acolchados. Lo hicieron y Patsy se instaló en el que estaba enfrente, se inclinó hacia delante y abrió un cajón de la mesita de café. Sacó un cenicero de ónice.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? —preguntó tras encender un cigarrillo.

—No pareces muy sorprendido de vernos —dijo McCoy.

Patsy sonrió.

—La gente como nosotros estamos acostumbrados a que la bofia venga a visitarnos.

—¿Eso es lo que somos ahora? ¿La bofia? —dijo McCoy.

Patsy se encogió de hombros.

—Bueno, no da la impresión de que hayáis venido para tomarnos esa copa de la que hablamos, ¿verdad?

—De acuerdo —dijo McCoy—. Jamsie Dixon. No solo lo visteis en el pub la noche en que lo mataron, ¿no es cierto? Esa noche estuvo aquí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Patsy, sorprendido.

—Como tú has dicho —respondió McCoy—, somos la bofia. ¿Qué estuvo haciendo aquí?

Patsy suspiró.

—Vino a recaudar.

—¿A recaudar qué?

—¿Tú qué crees? Dinero.

—¿Para qué? —preguntó McCoy.

—Para asegurarse de que estas caravanas no ardiesen misteriosamente en mitad de la noche o de que nadie destrozase las atracciones. Recogí el dinero de todo el mundo. Para nosotros es un buen momento, ganamos bastante pasta en esta época del año. No podríamos permitirnos cerrar si nos jodiesen las atracciones, así que decidimos pagar.

—¿Para quién recaudaba el dinero? —preguntó McCoy.

Patsy se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo nos dijo lo que pasaría si no pagábamos.

—¿Y le creísteis? —preguntó McCoy.

—Por supuesto que sí —repuso Patsy—. Ya sabes cómo era Jamsie Dixon. Ganaba dinero zurrando a la gente, rompiendo cosas. Además, por si no lo teníamos claro, el tiovivo de los niños, en el que estabais sentados antes, dejó de funcionar la noche que hablamos con él. Cortaron los cables eléctricos. Se jodió el invento.

—¿Por qué no me lo contaste? —preguntó McCoy.

Patsy se echó a reír.

—Tú eres buen tío, McCoy, pero el resto de los polis que he conocido en mi vida me han tratado como una mierda. Somos gitanos, y por lo tanto mentirosos y ladrones, así nos ven. Somos los primeros a los que culpan siempre. Les quitamos el pan de la boca a vuestros hijos. Era más fácil no decirte nada. —Asintió en dirección a Wattie—. Y a él no lo conozco. Cuanto menos sepa de nuestros negocios, mejor.

—Gracias —dijo Wattie.

—No te ofendas, pero así son las cosas, amigo. Tenemos que andarnos con cuidado.

—¿Estás seguro de que no tuvisteis nada que ver con su muerte? —preguntó McCoy.

Patsy se santiguó.

—Que me muera ahora mismo.

—Si me estás mintiendo, Patsy, lo descubriré y volveré —dijo McCoy—. Y no lo haré como amigo.

Patsy asintió. Wattie y McCoy se pusieron en pie para marcharse.

—¿Tienes hijos? —preguntó Patsy señalando hacia el oso que Wattie llevaba bajo el brazo.

Wattie asintió.

—Un bebé.

—Pues, por lo que más quieras, no se lo des. Los traemos de China, veinte por una libra. Tienen grapas y chinchetas para unir las

partes. Es la hostia de peligroso.

Salieron de la caravana y regresaron al jaleo y a los olores de la feria. Wattie tiró el oso de peluche en la primera papelera con la que se cruzaron.

—Me alegro de que me lo haya dicho —dijo—. Mary me habría matado. ¿Adónde vamos ahora?

—Creo que por hoy ya has cumplido. Vete a casa y juega con tu hijo.

—¿Qué va a hacer usted? —preguntó Wattie.

—Déjame en el centro. He quedado con un tipo de la Brigada Especial. Menuda suerte la mía.

Treinta y dos

Kenny Barnes era bajo para ser policía, enjuto. Pelo rizado de color castaño. Traje marrón de raya diplomática, camisa marrón y corbata verde oscuro. McCoy había dado por supuesto que venía de Londres, pero llegó en el tren de Manchester, con una bolsa de deporte Adidas en una mano y un pequeño puro en la otra.

—¿Todo bien, colega? —preguntó al acercarse a McCoy. Resultaba evidente que era londinense—. La cafetería del puñetero tren estaba cerrada. Me muero por un trago. Tengo la boca como la puta suela de un zapato. ¿Adónde vamos?

McCoy señaló hacia la calle Waterloo.

—Hay un local aquí cerca, el Admiral. Tienen una cerveza decente.

Barnes asintió y echaron a andar calle arriba. Barnes iba dándole caladas a su puro.

—¿Vienes de Manchester? —preguntó McCoy.

Barnes asintió.

—Es mi penitencia. ¿Has estado alguna vez? Es un puto basurero. Está lleno de mancunianos, básicamente.

Tiene gracia, pensó McCoy.

—Es aquí —dijo antes de abrir la puerta del Admiral.

El habitual olor a cerveza y humo de tabaco salió a su encuentro, así como el parloteo de los parroquianos. Como siempre, el Admiral presentaba una mezcla de oficinistas tomándose una copa antes de volver a casa, pasajeros de la estación de tren y algún que otro cliente fijo.

Barnes encontró una mesa junto a la pared y McCoy se acercó a la barra. No tenía muchas ganas de que se les echara la noche encima. Según su experiencia, los tipos de la Brigada Especial se creían seres superiores, por encima de los policías normales, y no les importaba demostrarlo. Barnes parecía encajar bastante con el perfil. Un tipo listo, bocazas para más señas. El barman dejó las cervezas en la barra y McCoy las llevó a la mesa, preguntándose cuánto tiempo tardaría en librarse de Barnes y de su apestoso puro.

—Salud, colega —dijo Barnes dando un trago—. Lo necesitaba.

—¿Qué estabas haciendo en Manchester? —preguntó McCoy con la intención de entablar conversación.

—Cosas —dijo Barnes.

De acuerdo, pensó McCoy. Si Barnes creía que su trabajo era demasiado importante como para no compartir sus opiniones con alguien como él, podría largarse de allí antes de lo previsto.

Barnes sacó un paquete de puritos Hamlet del bolsillo, tomó uno y le quitó el celofán que lo envolvía.

—Muy bien —dijo McCoy—. Seguro que estás al corriente de la mayor parte de lo que ha pasado aquí, pero igualmente te pongo al día. Hasta ahora han explotado tres bombas. Una en un apartamento, que mató a quien presuntamente la había hecho, y otra en el interior de la catedral. La más grande la dejaron en la puerta de la cervecera Tennent's Caledonian. Mató a tres personas e hirió a muchas más. Recibimos una llamada de un grupo que se hace llamar... —Se detuvo. Vio que Barnes se había recostado en su silla y le sonreía con suficiencia—. ¿Qué sucede? —preguntó McCoy.

Barnes le dio una calada a su purito, exhaló el espeso humo, y McCoy no pudo ver su cara durante unos segundos.

—Me importa bien poco un tarado al que le ha dado por volar una cervecera. No me importa una mierda, colega. Cuantos más escoceses se maten entre sí, mejor. —Se inclinó hacia delante y miró a McCoy a los ojos—. Lo que realmente quiero saber es por qué estás pasando mensajes amenazadores del IRA a un compañero policía.

McCoy se echó hacia atrás. Eso no se lo esperaba. Y no tuvo duda alguna de quién había echado a rodar esa bola de mierda. Decidió pasar al ataque.

—¿Quién es Paul McVeigh? —preguntó.

—Paul McVeigh era un impresentable del IRA.

—¿Era?

—Sí —dijo Barnes—. Muerto y enterrado. Tuvo lo que se merecía. Aunque es posible que tú no lo entiendas del mismo modo, ¿o sí, colega?

—¿Qué estás haciendo aquí, Barnes? —preguntó McCoy.

—Creo que te lo he dejado bien claro. Aunque a lo mejor no, así que volveré a decírtelo. Estoy aquí para preguntarte por qué estás pasando amenazas del IRA. Y todavía no me has respondido.

—Yo nunca he pasado nada de nadie —replicó McCoy.

—No es eso lo que dice Faulds. Me contó que le dijiste que tuviese cuidado. —Otra nube de humo de puro—. ¿Cómo supiste que tenías que decirle eso?

McCoy tuvo la impresión, de repente, de que se había metido en un problema, un problema de los gordos.

Barnes suspiró.

—Ya ha pasado con anterioridad, colega. No es la primera vez que te observamos a ti y a tus putos amiguitos católicos. El año pasado fuiste a Belfast al funeral de Seamus Cooper, un conocido miembro del

IRA provisional, de la División West Belfast. Los Chicos Grandes. Incluso pasaste por el velatorio para presentar tus respetos. Por lo que me han dicho, te pusiste a cantar con ellos «The Men Behind The Wire». ¿Por qué estabas allí?

—Amigo de la familia —respondió McCoy—. Nada más. Y no canté.

—No, no es cierto —dijo Barnes—. Eres un puto mentiroso. Ni siquiera tienes familia, tan solo una madre que está chalada, en un psiquiátrico. Eso sí, eres muy aficionado a contar mierdas, ¿verdad, McCoy? Le dijiste a Faulds que no podías recordar quién te había hablado de Paul McVeigh, ¿cierto?

McCoy no respondió.

Barnes se inclinó hacia delante.

—¿Cierto?

McCoy asintió.

—Ese eres tú, McCoy. Afirmas ser policía, un madero de los buenos, pero no eres más que un traidor mentiroso que apoya al IRA. Y ahora estás intentando quedarte conmigo.

McCoy le dio un trago a su cerveza. El miedo le había secado la boca.

—¿Qué? —dijo Barnes—. ¿Te crees que no sé quién te lo dijo? —Negó con la cabeza—. Te tengo pillada la matrícula, McCoy. Ve a buscarme algo de beber antes de que decida si animarme la tarde acabando contigo.

McCoy se puso en pie y se dirigió a la barra. Se dio cuenta de que le temblaban las manos. Pidió dos pintas y un whisky doble. Se tomó el whisky de un trago antes de regresar a la mesa. Barnes tenía una sonrisa dibujada en la cara cuando dejó las cervezas.

—Estás jodido, McCoy —dijo—. Podría darte la vuelta como un calcetín. A lo mejor te llevo en avión a Aldergrove para entregarte al Servicio Especial de Barcos y dejarles que te lleven a dar una vueltecita en uno de esos helicópteros sin marcas hasta Black Rock, para que hagan lo que mejor se les da. Hacen mierda a los traidores como tú. Porque eso es lo que te mereces.

—Lo has entendido todo mal —dijo McCoy—. No sé nada del IRA ni de Paul McVeigh. Faulds es amigo. Solo intentaba ayudarle al decirle que tuviese cuidado.

Se dio cuenta de lo estúpidas que habían sonado sus palabras. De haberlo dicho Barnes, no se lo habría creído. No sabía qué otra cosa hacer.

—¿Sabes qué pienso de todo esto? —preguntó Barnes—. Creo que es un puñado de mierda. Solo hay un modo de que puedas salir de esta, McCoy.

—¿Cuál? —preguntó.

Barnes sonrió.

—Muy sencillo. Regresas junto a tu amigo Cooper, descubres todo lo que sabe sobre Paul McVeigh y nos lo cuentas.

—No creo que Cooper sepa nada, él no...

Se detuvo. Barnes había alzado el índice y se lo había llevado a la boca.

—Shh... No quiero oír tus putas excusas. Consigue información de Cooper o estás acabado. ¿No lees los periódicos? Tus amigos y tú habéis puesto bombas en Londres y Birmingham. Eso no está bien, la gente se ha asustado. Estos días, los jueces no ven con muy buenos ojos a los del IRA. Hay serias posibilidades de que todavía les haga menos gracia que un agente de policía esté ejecutando por ellos el trabajo sucio. Te sacarán de circulación durante años. Años. ¿Entiendes bien lo que te estoy diciendo?

McCoy asintió.

—Sí, señor Barnes. Lo entiendo —dijo Barnes—. Dilo.

—Sí, señor Barnes. Lo entiendo —repitió McCoy con un evidente sentimiento de indefensión.

Barnes se puso de pie.

—No sé por qué, pero que amenacen a la gente siempre me pone jodidamente cachondo. Tienes suerte de no ser mi tipo. ¿Dónde puedo encontrar alguna zorra con buenas tetas que le guste el cachondeo?

—Blythswood Square —contestó McCoy—. En la parte alta del cerro.

Barnes salió del pub dejando un rastro de olor a puritos baratos tras él.

McCoy se quedó allí sentado durante media hora más, bebiendo e intentando calmarse. De todas las cosas que había hecho en su vida que podrían haberle comportado problemas, hablar con Faulds era la última que se habría imaginado. Creía que le estaba haciendo un favor a Faulds, no señalándose a sí mismo como traidor. No iba a funcionar de ningún modo. Cooper no estaba interesado en el IRA, no estaba en su onda. No estaba al corriente de los planes del IRA y no le importaban lo más mínimo.

Por muchas vueltas que le diera al asunto, sabía que estaba bien jodido. Barnes era lo bastante malo y lo bastante listo como para lograr que un par de coincidencias pareciesen algo siniestro. No tenía ninguna duda de que le pondría en un verdadero apuro si no conseguía algo.

Tal vez debería hablar con Faulds. Aunque cabía la posibilidad de que Faulds no quisiera hablar con él si creía que era algo así como un simpatizante del IRA. No podía acudir a Murray. A lo mejor podría pedirle a Cooper que le preguntase a su tío, que descubriese algo que pudiese servirle. Pero sabía que ese no sería el punto final, que las

cosas no funcionaban así. Una vez que te tenían agarrado, no dejaban de pedirte más y más.

Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que debía contactar con Faulds. Obviamente, se lo había contado a alguien de la Brigada Especial en cuanto McCoy habló con él. ¿Cómo era posible que Faulds tuviese línea abierta con la Brigada Especial? A lo mejor Cooper estaba en lo cierto, a lo mejor Faulds había sido algo más que un simple policía en Belfast. McCoy estaba seguro de algo: su única esperanza radicaba en descubrirlo.

18 de abril de 1974

Treinta y tres

McCoy no durmió gran cosa. No pudo dejar de pensar en Faulds y Barnes en toda la noche. Tiró la toalla a eso de las seis, se levantó y preparó té. Vio salir el sol por encima de las grúas de la calle. Decidió que tenía que hacer una lista de todas las cosas pendientes para esa jornada.

> Encontrar a Faulds y borrarlo de la ecuación.
> ¡BOMBAS!
> Hablar con Stewart, comprobar si Lindsay está consciente.
> ¿Posibles nuevos objetivos? ¿Otras cerveceras en la ciudad?

Dejó el bolígrafo sobre la mesa y se sentó mirando al infinito. No sabía qué podía vincular a Lindsay con Donny Stewart. No sabía qué estaba pasando con las bombas. Tampoco sabía qué tramaba Cooper, tanto si había matado a Jamsie Dixon como si no. Y le dolía el estómago.

De repente, le vino una idea a la cabeza. Si Patsy y la gente de las atracciones habían pagado a Jamsie Dixon aquella noche, ¿adónde había ido a parar el dinero? No lo llevaba encima cuando lo encontraron, tenía su billetera pero no había ningún dinero. A lo mejor Patsy no le había contado toda la verdad, a lo mejor le pagaron y después le estuvieron esperando en el patio del edificio, lo mataron y recuperaron el dinero. Tenía sentido, hasta cierto punto, pero si habían ido así las cosas, ¿por qué Cooper estaba tan seguro de que se lo había cargado Billy? No podía descartarse la posibilidad de que lo hubiese hecho el propio Cooper. Para tratarse de un asesinato sin sospechosos, daba la impresión de que ahora había un desagradable montón de ellos.

Tendría que dejar solo a Wattie un par de días. Ninguna de las personas relacionadas con el caso de Jamsie Dixon iba a moverse y tenía que encargarse de Faulds y Lindsay lo antes posible. Se acabó el té, enjuagó la taza en el fregadero y se puso una camisa y unos pantalones. Se metió en el bolsillo la botella de Pepto-Bismol que había comprado y salió de casa.

La calle Gardner estaba en calma, apenas había nadie a esas horas. Bajó hacia el centro. El sol empezaba a calentar. Ya no cabía duda, la primavera había llegado. Compró un paquete de Embassy en

el quiosco de la esquina de Dumbarton Road, logró detener un taxi que acababa de dejar a alguien en Partick Station. Le dijo al taxista que lo llevase a la calle Tobago.

En sus primeros tiempos como policía, había estado destinado en Eastern. No le había gustado nada. La comisaría estaba llena de policías que aceptaban sobornos y miraban para otro lado. El peor de todos había sido el que le asignaron como compañero, Bernie Raeburn. Ahora era detective privado. Seguro que seguía tan incompetente como lo había sido cuando era policía. Encendió un cigarrillo, se recostó en el asiento y vio pasar las calles de Glasgow bajo los primeros rayos de la mañana, preguntándose qué iba a decirle a Faulds. Habían sido buenos amigos antes de que se marchase a Belfast; creía que todavía seguían siéndolo. Había supuesto que, en caso de haber algún problema entre ellos, hablaría con él en lugar de irle con el cuento a los de la Brigada Especial. Una prueba más de lo equivocado que podía llegar a estar, se dijo.

El taxi se detuvo en la calle Tobago y McCoy se apeó. Le echó un vistazo a la fachada de su antigua comisaría. El edificio daba la impresión de hallarse en las últimas. Se rumoreaba que no iban a tardar en echar el cierre durante una buena temporada. A él no le entristecería esa posibilidad. Estaba a punto de entrar cuando se abrió la puerta y apareció Callum, su antiguo sargento.

—¿Cómo van las cosas, Callum? —preguntó McCoy.

No esperaba gran cosa de él, una sencilla respuesta le habría valido. No le dijo nada. Callum se limitó a mirarlo con desdén.

—Menuda cara dura tienes apareciendo por aquí, McCoy —dijo —. ¿Qué quieres?

—Estoy buscando a Faulds —respondió. Ni siquiera se molestó en responder a la provocación. Callum era uno de los peores elementos de aquella comisaría, tenía una bonita casa en Bishopbriggs que no podría haberse permitido comprar con su sueldo de policía ni en un millón de años.

—Se fue a London Road hace unos diez minutos —comentó Callum—. Dijo que iba a comer algo.

McCoy se disponía a darle las gracias, pero Callum ya había cerrado la puerta.

Por lo visto, todo el mundo tenía algo contra él en ese momento, pensó McCoy al echar a andar por London Road. Y eso que Callum no estaba al corriente de los últimos acontecimientos. Si él fuese Faulds, habría ido en busca de una freiduría, como la que había al otro lado de la esquina. El Milk Churn. Por lo que a McCoy respectaba, el Milk Churn había sido la única cosa buena de estar destinado en Eastern. Era una pequeña cafetería, que antes había sido una vaquería, en la que servían sopa, bocadillos y buenas fritangas. Lo regentaban dos

hermanas y estaba abierto todo el día, los siete días de la semana.

McCoy acertó en su suposición. Al acercarse allí vio a Faulds sentado a una mesa al lado de la ventana. Tenía el *Daily Record* desplegado frente a sí por la sección de deportes, apoyado en los botes de salsa; a un lado, un plato con uno de esos desayunos que servían allí a cualquier hora. Se estaba llevando una tostada a la boca cuando vio a McCoy cruzando la calle. McCoy le hizo un gesto con la mano, pero Faulds no respondió. Dejó la tostada en el plato y esperó a que entrase en el local.

—Tengo que hablar contigo, Hughie —dijo McCoy al tiempo que se sentaba.

Faulds lo miró con intensidad.

—No tengo nada que decirte —replicó. Volvió a centrarse en el periódico.

—¡Harry! Hacía siglos que no te veía. —McCoy se dio la vuelta y vio a Lena, una de las hermanas, junto a la mesa—. ¿Una taza de té con leche y dos azucarillos? —le preguntó.

McCoy asintió y esperó a que desapareciese tras el mostrador antes de proseguir.

—Tú escúchame, Faulds. Al parecer, tu colega Barnes cree que soy una especie de correveidile del IRA y me ha amenazado con toda suerte de maldades si no consigo información sobre el tema en el que andan metidos. Tengo tantas posibilidades de lograr algo así como de salir volando ahora mismo si empiezo a batir los brazos. ¿Quieres decirme qué cojones pasa?

Faulds lo miró a los ojos.

—¡Hughie, por el amor de Dios! —dijo McCoy—. Ayúdame. Por favor.

Faulds recapacitó durante unos segundos. Asintió.

—Aquí no. Tómate tu té. Nos vemos en Glasgow Green, en el puente colgante, dentro de diez minutos.

McCoy estuvo a punto de preguntarle si se creía el puñetero James Bond, pero Faulds ya se había marchado. Llegó su taza de té, agarró un trozo de beicon que Faulds se había dejado en el plato y se lo llevó a la boca. No paraba de preguntarse en qué fregado se habría metido en esta ocasión.

*

Faulds estaba en mitad del puente, apoyado en la barandilla, mirando hacia el agua. Detrás de él, se erguían los últimos bloques de viviendas de la zona de Gorbals, abandonados entre un mar de escombros polvorientos.

—Siento quedar aquí —le dijo a McCoy cuando se acercó—. No

me apetecía que apareciese de repente alguien de la comisaría.

Le tendió la mano. McCoy le correspondió, sin saber muy bien qué estaba ocurriendo.

—Lamento lo del otro día —dijo Faulds—. Me dejaste fuera de juego, no reaccioné demasiado bien.

—No pasa nada —dijo McCoy—. Solo quería advertirte de que tuvieses cuidado.

Faulds asintió. Al observarlo de cerca, comprobó que había perdido peso y que lucía unas pronunciadas ojeras. No tenía buen aspecto. Parecía preocupado.

—Entonces, dime, ¿quién es Paul McVeigh? —le preguntó.

Faulds tomó aire. Empezó a hablar.

—Paul McVeigh era un miserable, un miserable muy peligroso. Tenía un cargo importante en la Brigada de Belfast del IRA. Seguridad interna. Era el que decidía quiénes andaban por el buen camino, quiénes eran informantes y qué hacer con ellos. Él era juez y jurado y disfrutaba tal vez en exceso de su trabajo. Le encantaba zurrarle a quien fuese o decidir que a alguien le disparasen en las rótulas o cosas peores. —Sacó sus cigarrillos, le ofreció uno a McCoy y los encendió —. Cuando todavía estaba en Belfast, un soplón me dijo que había quedado con un tipo joven al que acusaban de pasarle información al ejército. Iba a decirle cuándo y dónde tendría lugar el juicio amañado.

—¿Qué? —preguntó McCoy.

—Así es como suelen hacerlo —dijo Faulds—. Te dicen dónde y cuándo va a pasar, asegurándose de que sea al menos una semana más tarde para que estés muerto de miedo hasta entonces.

—Qué bonito —dijo McCoy.

—En cualquier caso, el ejército andaba detrás de McVeigh, pero no habían logrado pillarlo, así que les dije lo que me había contado el soplón. Que iba a estar en Beechmount Drive a las ocho. Creía que ahí acabaría la cosa.

—Pero no fue así —dijo McCoy.

Faulds negó con la cabeza.

—Esa noche recibí un aviso de un incidente doméstico en la calle Clowney, muy cerca de Beechmount Drive. La habitual pareja gritándose, los dos muy cabreados. Acabé a las ocho menos diez, así que decidí acercarme al otro sitio andando, para ver qué había pasado. Cuando llegué, no había nadie del ejército, ni polis ni soldados en la calle. Debían de estar todos ocultos, pensé, esperando el gran momento. Así que me quedé en un extremo, en el camino que había tras las casas, esperando. Ya eran las ocho y no entendía qué estaba pasando. No aparecía nadie. Entonces vi a McVeigh caminando por la acera, sin cortarse un pelo. Acto seguido, un Ford Granada blanco dobló la esquina derrapando y se detuvo, un tipo salió de él de

un salto, vestido de civil, con el pelo largo, sacó un revólver, lo agarró con las dos manos y le disparó a McVeigh en la cabeza. Luego sacó otra pistola de su chaqueta, se la puso a McVeigh en la mano y disparó al suelo. Corrió de vuelta al coche y se largaron de allí, las ruedas chirriando al girar por la esquina. Todo fue muy rápido, un minuto como mucho. La calle no tardó en llenarse de polis y de soldados del ejército rodeando a McVeigh. Como no tenía ni idea de lo que estaba pasando, me di la vuelta y me marché.

Se detuvo. Observó durante un minuto a los remeros en los botes, fuera del cobertizo para barcas, y lanzó al río la colilla de su cigarrillo.

—Lo que me llamó la atención fue el tipo que le disparó. Le oí gritar algo a los chicos del coche. Era inglés, pijo. Parecía uno de esos tipos de Sandhurst que enviaban de vez en cuando. Y al día siguiente recibí la visita de otro pijo. Se presentó diciendo que era de Seguridad Británica. Me dijo que alguien me había visto en Beechmount Drive. No quiso decirme quién había sido. Me preguntó qué había visto y yo se lo conté. Me dijo que estaba equivocado. Me dijo que McVeigh había disparado primero a una patrulla del ejército y que le habían respondido. Me miró. Me volvió a preguntar qué había visto y yo le dije que había visto a McVeigh disparando a una patrulla y que ellos le habían respondido. Sonrió y me palmeó la espalda. Me dijo que si eso era lo que había visto no tenía nada de lo que preocuparme.

—¿Quién era? —preguntó McCoy.

Faulds se encogió de hombros.

—No sé quién era, pero tengo mis sospechas.

—¿Y?

—Durante un tiempo, se rumoreaba sobre una división secreta del ejército en Irlanda del Norte. Tipos muy preparados, siempre vestidos de paisano, que vivían fuera de la base. Llevaban a cabo acciones por las que no rendían cuentas. —Faulds sonrió—. Si le preguntas a cualquiera, oficialmente te dirán que no existen. Que nunca han existido ni nunca existirán.

—Dios santo —dijo McCoy.

—Dos días después, mi coche voló por los aires mientras yo estaba todavía en casa. El detonador seguramente falló, según me dijeron. Resulta que la gente del IRA creía que yo había conducido a la unidad del ejército hasta McVeigh. Me había convertido en el enemigo número uno. Así que solicité regresar aquí y me asignaron a alguien de la Unidad Especial con el que contactar.

—¿Barnes?

—Barnes —dijo Faulds.

—Así que cuando te dije...

—Se me fue la olla. Lo llamé. Estaba aterrorizado. Ojalá no lo hubiese hecho.

—Y ahora los dos estamos jodidos —dijo McCoy.

—Lo siento, Harry. Me asusté. Tengo miedo todo el rato. Fui testigo de un asesinato a sangre fría y a los tipos que lo hicieron no les gustan esas cosas. De repente, los frenos de tu coche no funcionan, te atropellan al cruzar la calle. Tengo esposa y dos hijos... —Faulds temblaba y tenía la cara bañada en lágrimas. Se las enjugó y encendió otro cigarrillo—. No sé qué hacer. O me matarán los del IRA, o los tipos del ejército encontrarán un modo para asegurarse de que no cuente nunca lo que vi. —Se esforzó por sonreír—. Sí, los dos estamos jodidos.

McCoy sacudió la cabeza.

—No, no lo estamos. Vamos a solucionar el problema —dijo—. No tengo ni puta idea de cómo lo haremos, pero saldremos de esta. ¿De acuerdo?

Faulds asintió.

—De acuerdo.

McCoy se alejó de él y cruzó el puente en dirección a Glasgow Green. El parque estaba lleno de gente. Los niños corrían de un lado para otro, algunos paseaban perros, un grupo de niñas saltaba a la comba. Patsy y sus colegas estaban empezando a preparar las atracciones para la noche. Todo como tenía que ser.

Atravesó la feria, se detuvo junto al obelisco y encendió un cigarrillo. Intentó no pensar en que no tenía ni la más remota idea de cómo iba a librar a Faulds, por no hablar de sí mismo, de la tormenta de mierda en la que estaba metido.

Treinta y cuatro

Lindsay era el siguiente asunto en su lista. Una caminata de veinte minutos por la calle High y llegó al Royal. El doctor Basu sonrió cuando vio a McCoy acercarse por el pasillo del hospital. Le hizo un gesto con la mano.

—¡Señor McCoy! Ahora mismo iba a llamarle —dijo—. El señor Lindsay está consciente.

—Estupendo —dijo McCoy—. ¿Cómo se encuentra?

Basu sonrió de nuevo.

—Sorprendentemente bien, dadas las circunstancias. Se estaba comiendo un cuenco de cereales cuando lo dejé. Una recuperación excelente.

—Entonces, ¿puedo hablar con él? —preguntó McCoy.

—No tengo ningún inconveniente en que lo haga —dijo Basu, quitándose el estetoscopio de alrededor del cuello y guardándoselo en el bolsillo—. ¡Buena suerte!

McCoy abrió la puerta de la habitación privada y entró. Lindsay estaba sentado en la cama. Había un cuenco para cereales vacío en la mesita que tenía al lado. Llevaba puestas unas gafas con una fina montura metálica. Estaba leyendo un ejemplar de *The Times*. No era la única persona presente en la habitación. Había un chico, de unos dieciocho años, sentado en una silla junto a la ventana. Musculoso, de pelo corto, con botas del ejército, pantalones caqui y la camiseta DEFENS. Lindsay alzó la vista y se quitó las gafas.

—McCoy, ¿verdad? —dijo.

McCoy asintió y acercó una de las sillas a la cama. Se sentó. El joven ni siquiera reconoció su presencia. Se limitó a mirarlo fijamente.

—¿Quién es su amigo? —preguntó McCoy señalando con el mentón hacia el joven.

—Crawford —dijo Lindsay—. Me hace compañía.

—Da la impresión de ser un guardaespaldas —dijo McCoy.

Lindsay sonrió.

—Es un cadete del ejército. Le ponen mucho énfasis a la forma física.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó McCoy.

—Bueno, más allá de que se han llevado buena parte de mi pierna izquierda, estoy bien —contestó Lindsay—. Me temo que el coche ha quedado siniestro total.

—Como su acompañante —dijo McCoy.

—Sí, claro. Una mala suerte horrible. Perdí el control. Un zorro cruzó la carretera y me sobresalté.

—Creía que estaban reparando su coche —comentó McCoy—. Y que también lo estaban limpiando a fondo. ¿Por qué ese afán por recuperarlo antes de que acabasen el trabajo?

Lindsay no dijo nada. Por primera vez, no parecía estar al mando de la situación.

—Cambiaron las circunstancias —respondió—. Necesitaba el coche.

—¿Para qué? —preguntó McCoy.

—Para conducir —dijo—. ¿Su visita tiene algún motivo en especial?

—Donny Stewart. ¿Está seguro de que no es uno de sus chicos?

—¿Quién? —preguntó Lindsay—. Ah, el chico de la fotografía que me enseñó, el americano. Como ya le dije el otro día, no sé nada de él.

—Qué curioso —dijo McCoy—. Porque han encontrado rastros de la sangre de ese muchacho en la parte trasera de su coche. Ese coche que tan ansioso estaba usted por recuperar. De no haberse estrellado, podría haberlo limpiado al llegar a casa antes de que cualquiera pudiese descubrirlo.

—¿En serio? —dijo Lindsay—. Entonces, a lo mejor tendría que hablar con mi hermana. Tanto ella como los colgados de sus amigos han estado utilizando el coche durante meses. A lo mejor lo conocen... ¿Cómo se llamaba, Donny Stewart?

McCoy se recostó en la silla. Desde allí podía oír el ruido del tráfico de la calle Castle que se colaba por la ventana abierta. Lo cierto era que Lindsay tenía razón. O parte de razón, como mínimo. Nada demostraba que los restos de sangre que habían encontrado tuviesen que ver con el hecho de que Lindsay condujese el coche. Era el momento de enfocar el asunto de un modo diferente.

—¿Por qué un hombre como usted querría disponer de un ejército privado? —le preguntó.

—¿Un qué? —preguntó Lindsay con incredulidad.

McCoy asintió en dirección al tipo que estaba sentado en la silla.

—Todos esos jóvenes que van con usted de un lado para otro en su casa, vestidos del mismo modo, obedeciéndole ciegamente. ¿Cómo los denominaría?

—Yo lo llamaría entrenamiento de campo —dijo Lindsay—. Y los uniformes se deben a que los uniformes que tienen como cadetes son propiedad del ejército y no estaría bien que dejasen de serlo. ¿Por qué no se lo pregunta a Crawford?

—Pero ¿habla? —preguntó McCoy.

Lindsay asintió.

McCoy se volvió hacia Crawford.

—Muy bien. ¿Por qué no me explicas de qué va todo esto?

Crawford sonrió con frialdad.

—El coronel Lindsay ha tenido la amabilidad de ofrecernos aprendizaje de campo en sus tierras. Cómo acampar, cómo sobrevivir con lo que encuentras y eres capaz de cazar.

—Muy útil en Maryhill, sin duda —dijo McCoy.

Crawford sonrió de nuevo. Incluso con mayor frialdad.

—Meiklejohn no nos permitía llevar uniforme allí, así que el coronel Lindsay tuvo la amabilidad de proporcionarnos ropa adecuada.

—¿Y hacéis todo lo que él os dice?

—El coronel Lindsay nunca me ha pedido nada —respondió Crawford—. No tengo ni idea de por qué cree usted que se trata de una especie de ejército privado.

—Bueno, le diré una cosa, Lindsay —dijo McCoy—. Los tiene bien entrenados, eso hay que reconocerlo. Si le pidiese que saltase a un río, creo que lo haría sin dudarlo.

—Si eso es todo... —concluyó Lindsay, tomando de nuevo el periódico—. Me siento un poco cansado.

McCoy se puso en pie y salió de la habitación. En el pasillo, maldijo entre dientes. No podía negarlo. Lindsay había ganado el primer asalto.

Treinta y cinco

El viaje a Memen Road había sido una pérdida de tiempo. Cooper no estaba allí. Sus muchachos, los que se encontraban en la calle, no lo habían visto ni sabían dónde estaba. Tampoco Jumbo o Billy lo habían visto. Nadie parecía saber nada. McCoy se alejó de ellos y regresó hasta donde había aparcado el coche, en Ashgill Road. Había una persona que sí parecía estar al corriente de todo lo que sucedía. Merecía la pena intentarlo.

McCoy ascendió por el sendero que llevaba hasta la puerta de la gran casa de Cooper en el West End. Llamó al timbre y esperó. Estaba a punto de marcharse cuando la puerta se abrió y apareció Iris. Un vestido elegante, como acostumbraba, y su pintalabios de color rojo sangre. En esta ocasión, no se limitó a permanecer allí quieta. Abrió la puerta del todo y le dijo:

—¿Quieres pasar?

Algo debía de andar mal, pensó McCoy mientras la seguía escaleras abajo hacia la cocina. Iris nunca se mostraba amable con él. Por lo general, aprovechaba la más mínima oportunidad para tratarlo con displicencia.

McCoy se sentó frente a la mesa de la cocina e Iris se puso a preparar té. Las puertas francesas estaban abiertas, desde allí el jardín tenía un aspecto inmaculado, como siempre.

—¿Jumbo sigue dándole su toque mágico a las plantas? —preguntó.

—Acaba de irse —dijo—. Pasó para asegurarse de que las clemátides crecen bien.

—¿Cuáles son las clemátides? —preguntó McCoy.

—Y yo qué sé —respondió Iris—. Yo le dejo que parlotee y asiento de vez en cuando. Le hace feliz.

—Entonces, deduzco que no está aquí —dijo McCoy—. ¿Y Cooper?

—Tampoco. Ha ido al gimnasio ese de boxeo de la calle Duke con un conocido americano. Pasaron por aquí para llevarse algo de ropa.

—¿Andy Stewart? —preguntó McCoy.

Iris asintió y dejó las tazas sobre la mesa.

—El mismo. Es militar o algo así. Un tipo grande, muy amable y educado.

—Sí —dijo McCoy—. Le has echado el ojo, ¿no?

Iris no se molestó en contestar, no dijo nada. Mientras revolvía el té, alzó la vista.

—¿Tú sabes qué está pasando?

McCoy no supo desentrañar si se trataba de una pregunta o de una sugerencia.

—¿Con Cooper?

—No, con el puto rey de Siam. Claro, con Cooper. No duerme aquí. Desapareció de Memen Road durante un par de días. Billy lo buscó por todas partes. Y, de repente, aparece esta mañana con ese amigo americano, todo sonrisas y bromas, y me cuenta que se va para ver a sus boxeadores. Cuando le dije que Billy le estaba buscando, ni se inmutó. Me dijo que le pidiese a Jumbo que fuese a encontrarse con él en Memen Road.

McCoy escogió muy bien sus palabras.

—Es posible que le esté costando acostumbrarse a estar fuera. ¿Qué dice Billy?

—Apenas lo he visto —dijo Iris.

—¿Por qué no? —preguntó McCoy.

Iris no respondió. Daba la impresión de que ambos disponían tan solo de la mitad de la información, de que ambos temían hablar más de la cuenta.

—¿Hay algo que quieras contarme? —preguntó McCoy—. ¿Ha pasado por aquí alguien que no debería haber pasado?

Le miró a los ojos. Notó que estaba intentando decidir si hablar o no.

—Porque, en caso de ser así, ahora sería el momento ideal para comentarlo —dijo McCoy.

—¿Y qué es lo que tendría que comentarte? —le preguntó.

—Dímelo tú —dijo McCoy finalmente—. Pero sabes tan bien como yo que a Stevie Cooper solo hay una cosa que le interesa. La lealtad. Es lo único que le preocupa, desde que éramos niños.

Iris parecía dispuesta a decir algo, pero se detuvo. Se puso en pie, agarró una chaqueta vaquera que colgaba del respaldo de una de las sillas de la cocina y se la pasó a McCoy.

—Se olvidó esto. Si vas a ir a lo del boxeo, podrías dársela.

McCoy también se levantó y tomó la chaqueta de su mano.

—¿Esta?

Iris asintió.

McCoy subió las escaleras y salió a la soleada calle. Se sentía más confuso ahora que antes de entrar en la casa. Ese juego del gato y el ratón con Iris no le había llevado a ninguna parte. ¿Estaría conchabada con Billy? ¿Le importaría eso tanto a Iris a su edad? ¿Querría subirse al carro de Billy? A lo mejor simplemente estaba intentando descubrir por dónde soplaba el viento para tomar una

decisión. Después de todo, era el momento adecuado para que ella y Billy pensasen que Cooper iba a pasar una temporada en la cárcel. ¿Qué harían ahora? Alguien como William Norton estaría ansioso por cerrar el trato, por librarse de Cooper de cualquier manera.

Conocía a Iris desde hacía mucho tiempo, la conoció cuando trabajaba en los hoteles, antes de empezar a trabajar para Cooper, y lo curioso era que en todos esos años nunca le había visto una expresión parecida en la cara como cuando le preguntó si tenía algo que decirle. Parecía aterrada.

Treinta y seis

Era lo último que McCoy esperaba ver cuando entró en el gimnasio Morrison. Andy Stewart estaba bailando encima del ring, en pantalones cortos y camiseta, con los guantes puestos, el pelo rubio pegado a la cabeza debido al sudor. Bufaba y resoplaba, pero se movía veloz, esquivando golpes y lanzando puñetazos a un joven con casco de entrenamiento. Era posible apreciar lo que quedaba en él de boxeador. Hombros fuertes, brazos consistentes. Daba la impresión de que todavía podía cuidar muy bien de sí mismo.

McCoy los observó durante un rato. Se preguntó si él podría estar ahí arriba. Lo dudaba. Demasiado torpe, muy baja forma. Además, nunca le había encontrado ningún atractivo a recibir golpes en la cara para ganarse el pan. Había visto a demasiados exboxeadores echados a perder, con las narices achatadas, los cerebros hechos papilla debido al exceso de golpes, borrachos como cubas para intentar seguir adelante.

No sabía por dónde andaba Cooper, pero de repente vio aparecer su cabeza entre la de dos tipos, viendo la pelea desde el otro lado del ring, con una gran sonrisa en el rostro. Colocó las manos a modo de altavoz. Gritó.

—¡Dale duro, Chris! —dijo, y después—: ¡Zurra a ese cabrón!

McCoy no podía creerlo. Stewart y él eran como dos niños grandes jugando en el patio. Rodeó el ring y se colocó al lado de Cooper. Le habló al oído para que pudiese oírle a pesar de los gritos y el ruido.

—¿Te has vuelto loco? —le dijo—. Va a sufrir un puto ataque al corazón. Tiene cuarenta y muchos.

—¡McCoy! —gritó Cooper. Al parecer, se alegraba de verlo. Le dio un fuerte abrazo—. Hemos estado hablando de ti.

Se llevó a la boca el silbato que le colgaba del cuello y sopló con fuerza. Los boxeadores se detuvieron y se dieron un abrazo. Stewart permaneció un rato inclinado, con las manos sobre las rodillas, respirando con fuerza. Lucía una gran sonrisa.

—¿Alguna noticia de Donny? —preguntó mientras se secaba la cabeza con una toalla.

—Es posible —respondió McCoy—. Tengo que hacerte unas cuantas preguntas.

—Estupendo —dijo Stewart—. Sabía que saldrías adelante. Dame

cinco minutos para que me duche.

McCoy asintió, y cuando Stewart se apresuró hacia los vestuarios, se volvió hacia Cooper.

—También tengo que hablar contigo.

—Suena a algo serio —dijo Cooper.

—Lo es —aseguró McCoy.

Se sentaron en un banco en la parte de atrás del gimnasio, bajo un gran póster en el que se anunciaba un combate entre Watt y Riley. El ring se había llenado ya de niños pequeños. Un tipo mayor los hizo colocarse en posición y todos intentaron dar lo mejor de sí mismos. McCoy seguía sin acostumbrarse al hedor de aquel lugar, una mezcla de sudor rancio, lejía y pomada Ralgex. Sacó los cigarrillos y encendió uno para soportarlo.

—¿Adónde has ido de viaje? —preguntó McCoy apagando la cerilla.

—Lejos —respondió Cooper.

—¿Y ya está?

—No tienes por qué enterarte de todo lo que hago, McCoy —dijo Cooper—. No eres mi madre.

—No, pero me ha dicho que te dé esto —dijo McCoy tendiéndole la chaqueta.

—Dios mío, imagínate a Iris como tu madre —dijo Cooper—. Creo que preferiría estar en casa.

—Siente mucho cariño por ti, y lo sabes.

—Más bien siente cariño por el dinero que le pago.

—¿Tú crees que ella lo echaría todo a perder, a ti, al dinero, a fingir que vive en una gran casa en el West End, y pondría su destino en manos de Billy? —preguntó McCoy.

Cooper se encogió de hombros.

—Pronto lo sabremos. Tendrá que escoger.

—Hablando de Billy, ¿por dónde anda? Iris no lo ha visto y yo tampoco.

—Un pajarito me ha contado que duerme en casa de Norton. Estoy seguro de que los dos se preguntan qué van a hacer conmigo si no voy a la cárcel y su pequeño plan se va a la porra.

—¿Te preocupa?

Cooper soltó una carcajada.

—En el momento en que me preocupen esos mierdecillas lo dejaré todo y me retiraré a Girvan, a una pequeña caravana.

McCoy no estaba seguro de hasta qué punto Cooper iba de farol, pero parecía saber lo que estaba haciendo. Tenía un plan.

—¿De qué querías hablar conmigo? —preguntó Cooper.

—Paul McVeigh —dijo McCoy—. ¿Quién te habló de él y de Faulds?

Cooper lo miró a los ojos y alzó las cejas.

—¿Por qué quieres saberlo? Esa mierda no tiene nada que ver contigo, McCoy.

—Pues resulta que sí tiene que ver. Hay un capullo de la Brigada Especial que cree que soy un miembro importante del IRA porque se lo pregunté a Faulds. Eso voy a tener que resolverlo por mi cuenta, pero lo que sé seguro es que Faulds no tuvo nada que ver con el asesinato de Paul McVeigh. Tus amigos van detrás del hombre equivocado. Tienes que detenerlos.

Cooper se echó a reír.

—¿Faulds te ha contado eso? Menuda sorpresa. Yo haría lo mismo si la Brigada de Belfast fuese a por mí. Diría cualquier cosa a quien fuera. Esos muchachos no se toman a broma estas cosas, te lo aseguro.

—Yo le creo —dijo McCoy.

—Ah, bueno, entonces todo bien. Le diré a la gente del IRA que lo dejen correr porque Harry McCoy ha decidido que su amigo Faulds es inocente. Pan comido. Solucionado. ¿Algo más que pueda hacer por usted, señor McCoy?

McCoy dejó escapar un suspiro.

—Estoy hablando en serio, Cooper. No creo que tuviese nada que ver con eso. Fue cosa del ejército.

—¿Qué? —preguntó Cooper.

—Los chicos malos británicos. Una especie de tipos duros del ejército. Tus amigos de Belfast saben a quiénes me refiero. ¿Se lo dirás?

Cooper apoyó la espalda, rebuscó sus cigarrillos en el bolsillo de la chaqueta, sacó el paquete y cayó al suelo un billete de tren. Lo pisó con el pie, lo recogió y volvió a metérselo en el bolsillo.

—Podría ser —dijo—. Si lo hago, voy a necesitar que hagas algo por mí.

—¿De qué se trata? —preguntó McCoy con cautela.

—Quiero que detengas a Jumbo —dijo Cooper.

McCoy no se esperaba algo así.

—¿Qué dices? —preguntó—. ¿Jumbo? ¿Por qué?

—Porque lo digo yo —dijo Cooper—. ¿Te parece bien? —Un deje de ira centelleó en sus ojos—. Necesito que lo saques de la calle durante una noche. Ese es el trato. O lo tomas o lo dejas.

—¿No vas a decirme por qué? —preguntó McCoy.

Cooper encendió un cigarrillo. No respondió. Observó cómo los niños en el ring lanzaban golpes al aire.

McCoy suspiró de nuevo.

—Si lo detengo por beber y causar desorden, pasará la noche en los calabozos de la calle Stewart. ¿Con eso vale? —preguntó.

Cooper sonrió.

—Sí. No lo acuses de nada serio. Lo necesitaré cerca pronto. ¿De acuerdo?

McCoy hizo un gesto con la mano.

—¿Alguna otra cosa que pueda hacer por usted, señor Cooper?

—Sí —dijo Cooper—. Deja de comportarte como un estúpido y arréglalo. Confío en ti.

Asintió en dirección a los vestuarios.

—Andy viene hacia aquí. Ni una palabra.

McCoy volvió a preguntarse, por enésima vez, por qué se metía siempre en líos con Stevie Cooper.

Andy Stewart tenía la cara roja y se había peinado el pelo húmedo hacia un lado. Llevaba una camisa azul cielo, arremangada, y ya mostraba marcas de sudor en las axilas.

—¿Quieres que salgamos de aquí? —le preguntó a McCoy—. Necesito un poco de aire fresco.

—Claro que sí —dijo el interpelado levantándose—. ¿Vienes con nosotros, Cooper?

Negó con la cabeza.

—Me quedan cosas que hacer con los chicos. Contratos. Tienen que venderme su alma. Luego os alcanzo.

McCoy asintió y se dirigieron hacia la puerta. Stewart empezó contándole que había estado enseñando más fotos en Dunoon, preguntando por Donny en todos los hoteles de la zona. McCoy asentía de vez en cuando, pero en realidad no le escuchaba. Estaba pensando. El pie de Cooper había sido rápido, pero no lo suficiente. Un billete de regreso desde Newcastle. Cooper nunca iba a ningún sitio. Solo se sentía a salvo en Glasgow. ¿Qué demonios habría estado haciendo en Newcastle?

Treinta y siete

—Tu hotel no está muy lejos de aquí —dijo McCoy—. ¿Quieres que vayamos andando?

—Sí, claro —dijo Stewart—. Me ayudará a calmarme. Llevaba mucho tiempo sin hacer estas cosas.

—¿Cuándo fue la última vez que te subiste a un ring? —preguntó McCoy.

Stewart pensó durante unos segundos.

—Dios, ahora que me lo preguntas, probablemente desde principios de los sesenta. Seguí entrenando un tiempo los puños, pero empecé a ganar peso y me dio pereza adelgazar. ¿Por aquí?

McCoy asintió y enfilaron por la calle Duke de camino al centro de la ciudad. La cervecera Tennent's se encontraba a unos trescientos metros en dirección contraria, pero todavía podía notarse en el aire el olor a madera quemada y ceniza. Era una agradable tarde de primavera, ideal para un paseo. No tan perfecta, sin embargo, para el andrajoso grupo de hombres que estaban en la puerta del Great Eastern. La mayoría sostenían en sus temblorosas manos un cigarrillo y se pasaban una botella de vino peleón Lanliq.

McCoy había estado allí en varias ocasiones, requerido para poner fin a alguna pelea. Era un lugar al que no deseaba volver a entrar nunca más. El Great Eastern era un enorme edificio con diminutas celdas de madera que se alquilaban a aquellos que no tenían adónde ir. Allí se reunían viejos alcohólicos y jóvenes recién salidos de reformatorios o cárceles que no sabían qué hacer con sus vidas. Hombres que veían ángeles o demonios o mensajes secretos en las primeras páginas de los periódicos. Aquel lugar era un callejón sin salida.

—¿Puedes ayudarme, hijo? —preguntó un viejo vestido con un traje raído tendiendo una mano mugrienta.

McCoy rebuscó en el bolsillo, encontró un par de monedas de cincuenta peniques y se las dio.

El viejo las tomó y le dedicó una sonrisa desdentada.

—Muy amable de tu parte, hijo. Voy a rezar por ti. Aunque creo que Dios dejó de escucharme hace mucho tiempo. De no ser así, no viviría en este estercolero.

McCoy le dio las gracias y siguió caminando.

—Hay muchos vagabundos en Glasgow —dijo Stewart—. Tantos

como en Boston, que ya es decir. ¿Por la bebida?

McCoy asintió.

—La mayoría, sí. Hay que pagar un peaje. ¿Donny te habló alguna vez de un tipo llamado Lindsay? ¿Un hombre mayor? ¿Del ejército?

Stewart negó con la cabeza.

—No que yo recuerde. ¿Por qué?

—¿Te comentó alguna vez si iba a una casa grande en el campo? ¿A unos pocos kilómetros de la base?

Stewart volvió a negar.

—No llamaba a casa con frecuencia y cuando lo hacía solo hablaba del trabajo, de los compañeros del barco, de lo que habían estado haciendo. Eso era todo.

Doblaron por la calle High y se dirigieron hacia la estación de tren. La cara de Stewart estaba ya algo menos enrojecida y respiraba con más facilidad. Pero de vez en cuando seguía enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo.

—¿Te habló alguna vez de una comuna? ¿Uno de esos sitios de hippies?

Stewart se detuvo de golpe. Permaneció inmóvil durante unos segundos.

—Por Dios, Harry. ¿De qué va todo esto? Me estás preocupando. ¿Qué has descubierto?

McCoy miró al otro lado de la calle. El Strathduie estaba cerca, en Blackfriars, y era un pub bastante decente.

—Vamos —dijo—. Te invito a una copa.

McCoy dejó que Stewart fuese a buscar mesa y él se dirigió a la barra y pidió dos pintas de cerveza. No estaba seguro de si debía contarle a Stewart en lo que andaba metido, pero suponía que no le haría daño a nadie. Y, además, había ciertas cuestiones que estaba en su derecho de conocer, al menos todo lo que tenía que ver con su hijo.

Recogió las pintas. Stewart estaba sentado a una mesa diminuta bajo seis o siete cuadros de escudos y tartanes. Parecía preocupado, jugaba con el posavasos. Le dio un buen trago a su cerveza. McCoy se sentó. De perdidos al río.

—Verás, encontramos restos de sangre de Donny y también su ropa en el apartamento de Paul Watt, el apartamento en el que estalló la bomba. Es decir, resultó herido, pero salió vivo.

Stewart asintió por encima de su pinta de cerveza.

—Hemos encontrado rastros de sangre del mismo tipo que la de tu hijo en un coche perteneciente al coronel Angus Lindsay. Es un militar, tiene una casa muy grande no muy lejos de Dunoon. Su amigo del barco dijo que había visto a Donny en ese coche; no hay muchos de ese tipo. Pero Lindsay niega conocer a Donny, insiste en que no lo

ha visto en su vida.

—¿Miente? —preguntó Stewart.

—Podría ser —dijo McCoy—. Pero podría ser que no. Aquí es donde se complica el asunto. El coche también ha sido utilizado por las personas que viven en una comuna a unos tres kilómetros de la base. La sangre, o el propio Donny, podría estar vinculada a ellos.

—No me imagino a Donny relacionándose con una comuna de hippies, no es su estilo.

McCoy asintió, pero tampoco tenía claro si él o su padre sabían a ciencia cierta quién era en realidad Donny Stewart y en qué andaba metido.

Un muchacho entró en el pub con un puñado de ejemplares del *Evening Times* bajo el brazo. Vendió unos cuantos. McCoy pudo leer el titular principal.

LA BOMBA EN LA CERVECERA SE COBRA OTRA VÍCTIMA

Uno de los trabajadores que había resultado gravemente herido debía de haber muerto. Se volvió hacia Stewart.

—En primer lugar, podría tratarse, o no, de la sangre de Donny. Es un tipo de sangre poco frecuente. En segundo lugar, si es la sangre de Donny, no sabemos quién iba con él en el coche o adónde se dirigieron. La gente de la comuna dice que ellos tampoco lo conocen...

McCoy se detuvo en mitad de la frase y dejó la cerveza sobre la mesa.

—¿Harry? ¿Te encuentras bien? —preguntó Stewart.

McCoy no respondió, se limitó a permanecer inmóvil y a preguntarse cómo podía haber sido tan estúpido. Se puso en pie y estudió con atención el cuadro que colgaba de la pared encima de la cabeza de Stewart. Era una imagen en color de un escudo de armas. Leyó el título escrito en el marco.

EL ESCUDO DE ARMAS ESCOCÉS

Una cinta atravesaba el escudo por la mitad. Con una única palabra escrita.

DEFENSA

—¡Joder!

McCoy gritó con tanta fuerza que todos los que estaban en el pub se volvieron hacia él.

—¿Harry? ¿Qué sucede? —preguntó Stewart.

—Tengo que irme —dijo—. Luego te veo. ¡En el bar del hotel Central!

Se marchó a toda prisa del pub, sin atender a la llamada de Stewart.

Treinta y ocho

McCoy ascendió a toda prisa hacia el hospital. Apenas podía respirar cuando llegó; demasiados cigarrillos. Tendría que haber llamado a la comisaría y haberle dicho a Murray o a Wattie que fuesen también, pero estaba demasiado nervioso y no quería perder tiempo. Todo encajó en su lugar en cuanto vio el escudo de armas. Lindsay, los chicos, las bombas.

Dejó que una ambulancia entrase en Urgencias y cruzó el camino de acceso hasta la entrada principal. Estudió el panel intentando recordar en qué pabellón estaba ingresado. Lo encontró. El John Slater. Segunda planta. Se unió a la multitud que esperaba los ascensores, deseando que todo fuese más rápido.

Una mujer bajita, a su lado, llevaba consigo una caja de bombones Milk Tray. Le dedicó una sonrisa.

—Son los preferidos de mi viejito. Son los únicos que puede comer sin dientes.

McCoy también le sonrió, preguntándose por qué siempre la gente quería hablar con él.

Llegó el ascensor y entraron todos. Observó las luces parpadeantes. Bajó en la segunda planta. Reconoció el pasillo. Se dirigió a la habitación de Lindsay.

Lindsay estaba sentado en la cama, con un bolígrafo en la mano y el *Times* abierto ante él por la sección del crucigrama. El guardaespaldas se levantó de la silla y salió a su encuentro.

—Está bien, Crawford. Siéntate —dijo Lindsay.

El muchacho volvió a sentarse. Parecía decepcionado, como si pensase que habría disfrutado enfrentándose a McCoy.

Lindsay dejó el periódico a un lado, alisó las sábanas.

—Otra vez aquí. ¿A qué debo el placer en esta ocasión?

—Lo sé —dijo McCoy—. Sé quién es usted.

Lindsay evidenció su perplejidad.

—Sí... —dijo—. Lo sabe.

—Y sé lo que ha hecho —dijo McCoy.

Lindsay miraba a McCoy como si este hubiese perdido la cabeza. Se sentó más erguido en la cama y se quitó las gafas.

—¿De qué diantres está usted hablando? —preguntó.

—Todos esos soldados tan jóvenes. Las bombas. Todo es cosa suya, ¿verdad?

Lindsay no parecía entender a qué se refería.

—Va a tener que ayudarme —dijo—. Me da la impresión de que me he perdido algo.

McCoy asintió en dirección al guardaespaldas.

—La cosa que sus chicos llevan escrita en la camiseta, DEFENS. Está en el escudo de armas de Escocia.

El joven bajó la vista para leer la palabra, escrita en color azul, de su camiseta, como si acabase de enterarse de que estaba allí.

—Esa cosa, como usted la llama —dijo Lindsay—, es la palabra en latín para «defender». Y, por una vez, tiene usted razón, aparece en el escudo de armas de Escocia. Es una...

—Usted y sus muchachos son los Hijos de los 51 o como cojones les hayan dicho a los periódicos que se llaman. Donny Stewart y Paul Watt construían bombas para ustedes, ¿no es cierto?

Lindsay no respondió. Lo observó del mismo modo en que alguien observaría a un niño un poco lerdo incapaz de entender un sencillo problema matemático. Había en su mirada una mezcla de decepción y lástima. Negó con la cabeza.

—Se lo diré por enésima vez, no conozco a nadie llamado Donny Stewart —replicó—. ¿Cuántas veces más voy a tener que decírselo para que se le meta en esa dura cabezota suya? Y por lo que respecta a ser una especie de ejército terrorista escocés, no podría estar usted más equivocado por mucho que lo intentase. Soy coronel del Ejército británico, una organización a la que pertenezco desde que era adolescente, una organización a la que he dedicado mi vida entera.

—Eso no significa nada —dijo McCoy—. No se me ocurre una mejor formación para lo que están haciendo que la recibida en el ejército.

Lindsay negó con la cabeza; se estaba enfadando.

—¡Cielo santo, hombre! ¡Pertenezco a los putos Highlanders! El lema de los Highlanders es *Cuidich 'n Righ*, o sea: «Defender al rey», ¡no defender una estúpida idea sobre poner bombas en una cervecera!

McCoy estaba empezando a sentir que también estaba perdiendo el segundo asalto. Lindsay parecía justificadamente indignado. Se estaba comportando como un hombre que se ve obligado a afrontar sus culpas.

—Y por lo que respecta a DEFENS —dijo Lindsay—, y no puedo creer que tenga que dedicar un solo minuto a explicarlo, aparece también en el escudo de armas del Reino Unido. Por eso lo lucen los muchachos en sus camisetas. Un tributo a nuestra actual monarca, Isabel II. La mujer que más respeto en el mundo y a la que me siento honrado de poder servir.

McCoy no se movió. Si lo que Lindsay había intentado era hacer que se sintiese como un completo idiota, lo había logrado con creces.

No tenía claro qué decir. Nada había salido como había planeado. Daba la impresión de estar a punto de recibir otra andanada, cuando de repente Lindsay se dejó caer sobre las almohadas. Se lo veía cansado, estaba pálido, como si hubiese desaparecido de su interior el fuego que parecía alimentarlo. Hizo una mueca de dolor al intentar hablar.

—Y ahora le aconsejo que se marche, McCoy, y que se lleve con usted sus difamatorias acusaciones. Y atiéndame bien: si tengo noticia de que se las repite a alguien más, contactaré con alguno de sus superiores, que ojalá no sea un mentecato como usted, y haré que lo despidan. Después de eso, le demandaré hasta que no disponga ni de un mísero cubo donde mear.

De repente, jadeó, agarró un cuenco de cartón que había sobre la mesita y lo tiró al suelo. El guardaespaldas corrió hacia él, recogió el cuenco del suelo y lo mantuvo bajo la barbilla de Lindsay mientras este vomitaba una acuosa bilis de color verde. El chico le limpió la boca, le dijo que todo iría bien, que se le pasaría. Lindsay asintió y miró a McCoy.

—Lárguese de una vez, antes de que deje que Crawford le dé la paliza que se merece.

McCoy salió al pasillo, cerró la puerta de la habitación y oyó vomitar otra vez a Lindsay. Rebuscó el paquete de tabaco en sus bolsillos. Se sintió como cuando, siendo niño, el sacerdote o uno de los hermanos le gritaban. Estúpido y avergonzado. Encendió un cigarrillo y le dio una larga calada con la intención de calmarse.

Creía que había encontrado una explicación para todo, pero Lindsay les había dado la vuelta a sus argumentos. El problema era que su explicación resultaba plausible.

Al girarse se topó con el doctor Basu.

—Estaba usted perdido en sus pensamientos —dijo con una sonrisa—. No pretendía molestarle. ¿Ha podido ver al señor Lindsay?

McCoy asintió.

—Mi visita no le ha hecho mucha gracia. Me ha echado con cajas destempladas.

Basu sonrió.

—Sí, le hizo lo mismo a una de las enfermeras esta mañana. La pobre chica casi se puso a llorar. Pero es comprensible, siente mucho dolor.

—Lo entiendo. Debe de ser muy doloroso perder una pierna —dijo McCoy.

—No es agradable, se lo aseguro. Y es lo último que necesita en este momento, a decir verdad, aunque las circunstancias hacen que eso sea algo casi insignificante.

—¿Qué circunstancias? —preguntó McCoy.

—Ah —dijo el doctor—. Creía que estaba al corriente.

—¿De qué?

Basu parecía un tanto avergonzado.

—En realidad, no puedo comentarle nada del estado de salud del señor Lindsay. No sería apropiado. Lo siento.

—Estoy investigando el tema de las bombas, bombas que ya han matado a cuatro personas y herido a muchas más. Tengo que saber todo lo referente al señor Lindsay.

—¿Es sospechoso? —preguntó el doctor Basu.

McCoy asintió.

—Y se supone que yo tampoco tendría que decírselo. Así que estamos a la par.

—Tiene cáncer —dijo el doctor Basu—. Un cáncer de hígado inoperable. Se encuentra en la última etapa. Ha estado viniendo aquí los últimos meses. Yo he hecho todo lo que he podido. Ha sido muy duro, pero hay que reconocer que su hijo se ha comportado de un modo maravilloso. Ha estado a su lado durante todo el tratamiento. Siempre con él.

—¿Su hijo? —preguntó McCoy.

El doctor Basu asintió en dirección a la puerta.

—Crawford Lindsay.

—No tenía ni idea de que fuera su hijo —dijo McCoy, pensando en el tacto con que le había ayudado el joven mientras Lindsay vomitaba. Ahora tenía sentido—. ¿Cuánto tiempo le queda a Lindsay?

El doctor Basu esbozó una sonrisa.

—La pregunta que todos los médicos odian. —Pensó durante unos segundos—. Yo diría que un mes, más o menos. Hace un par de semanas interrumpió todos los tratamientos médicos agresivos. Para serle sincero, no le estaban haciendo ningún bien. Ahora se trata únicamente de cuidados paliativos. Sobrevive a base de morfina y los cereales del desayuno.

—Dios mío —dijo McCoy—. Lo vi hace un par de días y tenía buen aspecto.

—Sí —dijo Basu—. Es un hombre especial. De no ser por su pierna, no estaría aquí. Llevaría una vida normal, bueno, todo lo normal que puede llevarla. No tengo ni la más remota idea de cómo ha podido llegar hasta aquí. Pura fuerza de voluntad, supongo. La operación, sin embargo, ha supuesto un duro golpe, le ha requerido las fuerzas que le quedaban. Creo que finalmente se ha resignado.

El doctor Basu se despidió y echó a andar por el pasillo. McCoy le vio alejarse. Ahora ya no había duda alguna. Lindsay se estaba muriendo, sufría un dolor extremo. No tenía ningún sentido que estuviese orquestando una serie de atentados con bomba en sus condiciones. Casi lo sentía por él. El cáncer de hígado era lo último

que podías desearle a nadie.

Se dirigió hacia los ascensores. Pero si las bombas no tenían nada que ver con Lindsay ni con sus chicos, volvía a encontrarse en la casilla de salida. En la casilla de salida y sin la menor pista de cuál debía ser el siguiente movimiento. Apretó el botón. Esperó. Recorrió con la lengua su boca reseca. Estaba claro que necesitaba un trago.

Treinta y nueve

—¡Aquí estás!

Stewart lo esperaba sentado a una mesa en el abarrotado bar del hotel Central. Le hizo un gesto a McCoy con la mano cuando entró. El local estaba forrado con paneles de madera y las baldosas del suelo eran blancas y negras. Los ventanales que daban a la calle Hope tenían persianas de listones de madera. La clientela estaba formada por una mezcla de empresarios que se encontraban de paso y personas vestidas con sus mejores galas esperando a que les dieran mesa en el restaurante de al lado.

—Siéntate, Harry —le dijo mirando a su alrededor. Vio a quien estaba buscando. Un joven camarero con barba pelirroja y pecas que les estaba sirviendo sus copas a dos mujeres sentadas a una mesa cercana.

—¡Jackie! ¡Mi hombre! —gritó Stewart—. Dos pintas más.

Jackie asintió educadamente, alzó el pulgar y se encaminó a la barra.

—¿Estás bien? —preguntó Stewart—. Saliste como alma que lleva el diablo. Fue como si hubieses visto un fantasma.

McCoy asintió.

—Estoy bien. Creía que había descubierto algo y pensé que lo mejor era resolver el tema en caliente.

—¿Algo relacionado con Donny? —preguntó Stewart.

—Con Donny y con muchas otras cosas, todavía no lo tengo claro. Pero es posible que haya quedado como un auténtico gilipollas. No sería la primera vez.

Llegaron las cervezas. Jackie las dejó con cuidado sobre los posavasos, pasó un trapo por encima de la mesa y vació el cenicero. Si lo que pretendía era hacerle la pelota a Stewart, no podría haberlo hecho mejor después de la propina que le dio. McCoy y Stewart esperaron hasta que se alejó.

—¿Adónde fuiste? —preguntó Stewart—. Parecías poseído.

—Fui a ver al tal Lindsay al hospital. Está en el Royal. Sigo sin saber a ciencia cierta si Donny tiene algo que ver o no. Lindsay asegura que no, pero sigo pensando que oculta algo.

—¿Crees que sabe qué le ha sucedido a Donny?

—No lo sé —dijo McCoy—. Por lo general, soy muy bueno cuando se trata de saber si alguien miente, pero este tipo es muy

particular. Creo que es posible que esté diciendo la verdad, que solo se trate de que tiene unas maneras algo extrañas. Pero para presionar más necesitaría alguna razón, pero no tengo ni idea de dónde podría conseguirla. —Miró a Stewart a los ojos—. Lo siento, colega. No te estoy ayudando mucho, ¿verdad?

Stewart se esforzó por sonreír.

—Estás trabajando en ello. No puedo pedir más. —Tendió su pinta hacia McCoy y brindó—. ¿Qué vas a hacer esta noche? Steve pasará por aquí y después iremos juntos a un combate de boxeo. ¿Te apetece?

—¿Stevie? ¿Mi Stevie?

Stewart se echó a reír.

—Sí. Me utiliza como *scout*. Vamos a ir a ver a un peso medio en el Kelvin Hall, creo. Me prometió invitarme a cenar. En un restaurante indio. Nunca he ido a ninguno. Será divertido. Vente con nosotros.

McCoy negó con la cabeza.

—Lo del boxeo no me va mucho.

—Eso es porque odia ver sangre.

Alzaron la vista y vieron a Stevie Cooper, con sus habituales vaqueros, chaqueta roja y tupé rubio.

—No puedes soportar la sangre, ¿verdad? —dijo—. Nunca ha podido, desde que éramos niños.

—Cierto —admitió McCoy—. Tiene razón. Me revuelve las tripas. Ya veo suficiente en el trabajo. No necesito ver más si puedo evitarlo.

Cooper apartó la silla que estaba junto a Stewart y se sentó. Acababa de tomar uno de los cigarrillos de McCoy cuando apareció Jackie.

—¿Otra ronda, caballeros? ¿Y para usted, señor? —preguntó.

Cooper respondió que sí y que él quería una pinta. Jackie poco menos que le hizo una reverencia.

—¿Seguro que no podemos convencerte, Harry? —dijo Stewart.

McCoy negó con la cabeza.

—Esta vez, no. Tengo unos cuantos platos sucios a mi nombre. Mi vida es la mar de excitante.

Stewart se puso en pie.

—Estupendo. Voy a buscar mi abrigo a la habitación. Regreso en cinco minutos.

Cooper ocupó su silla y los dos vieron cómo Stewart atravesaba el bar y dejaba un billete en la mano de Jackie. Uno grande, a juzgar por la sonrisa de aquella cara pecosa.

—No sabía que os habíais hecho amigos —dijo McCoy.

Cooper tomó las cerillas que había en la mesa y encendió un cigarrillo.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, McCoy, como siempre

te digo. Soy un tipo misterioso.

—¿Por qué estás de tan buen humor? —preguntó McCoy cuando Jackie trajo las bebidas.

—Digamos que las cosas se están poniendo en su sitio. —Le dio un buen trago a su cerveza y se limpió la espuma de los labios—. ¿Qué vas a hacer esta noche, jodido cabroncete? Vente con nosotros al indio, invito yo.

McCoy negó con la cabeza.

—Me voy a casa. Tengo que intentar desentrañar qué cojones está pasando con lo de las bombas antes de que Murray me aparte del caso.

—Ahora que me acuerdo —dijo Cooper bajando la voz e inclinándose hacia delante—. Hablé con mi tío.

—¿Y? —preguntó McCoy.

—Me dijo que de momento van a detenerlo, para comprobar si es verdad. Como favor personal.

—Genial —dijo McCoy—. Se lo comunicaré a Faulds.

—Sí, bueno. Todavía no ha dejado de interesarles, ni de lejos. Si le dices algo, que eso quede claro. Por lo que a ellos respecta, sigue estando bajo vigilancia.

McCoy asintió.

—¿Has visto a Billy? —preguntó.

Cooper negó con la cabeza.

—A la última persona que quiero ver es a ese mierdecilla. Tendrá lo que se merece.

McCoy estuvo a punto de preguntarle qué quería decir con eso cuando apareció Stewart con la gabardina sobre el brazo.

—¿Preparado? —preguntó.

Cooper se puso en pie, se acabó lo que quedaba del whisky de McCoy.

—Acuérdate de Jumbo —dijo—. Una noche entre rejas.

McCoy asintió y Cooper y Stewart se marcharon.

McCoy se quedó allí sentado durante un rato, se acabó su cerveza y pidió otra. Estuvo observando las idas y venidas en el bar. Llegó una mujer muy guapa, más o menos de su edad, y se sentó sola a una mesa. Durante unos segundos, barajó la idea de invitarla a una copa, probar suerte. Pero no estaba de humor. No podía librarse de aquella extraña sensación en la boca del estómago. Una sensación que le asaltaba únicamente cuando estaba a punto de pasar algo malo. Algo malo que él no iba a ser capaz de evitar.

19 de abril de 1974

Cuarenta

Estaba despuntando el sol mientras atravesaban en coche la ciudad desierta. A McCoy le gustaba Glasgow a esas horas, era algo que echaba de menos de sus días de patrullero, sentirse parte de un aspecto de la ciudad que la mayoría de la gente desconocía. Pocos coches en las calles. Aceras vacías, gaviotas sobre los contenedores de basura, personas con aspecto desolado esperando el primer autobús de la mañana. McCoy encendió un cigarrillo, tosió durante un par de minutos; siempre le pasaba con el primero de la mañana. Fingió que aquel cigarrillo no le afectaba al estómago. Seguía queriendo poner orden en sus pensamientos con relación a lo que había ocurrido.

—¿Es todo lo que sabes? —preguntó cuando atravesaban la plaza George, desierta a excepción de los estorninos—. ¿Nada más?

Wattie asintió. Parecía exasperado.

—No me culpe, es todo lo que me han dicho. Recibí una llamada del turno de noche a las cuatro y media. Al parecer, esta noche había dos personas en la habitación de Lindsay. Las vio una enfermera que pasó por allí para comprobar que todo estaba bien. Salieron corriendo. Dejaron a Lindsay medio fuera de la cama, con los dos ojos morados, la nariz rota. El pobre capullo quedó en un estado lamentable.

—No lo entiendo —dijo McCoy—. ¿A quién se le ocurriría darle una paliza a alguien que está ingresado en un hospital?

—¡Y yo qué sé! —exclamó Wattie—. ¿Cómo iba a saberlo? Es usted el que está al cargo de este caso. Yo ya tengo suficiente con haberme quedado estancado con lo de Jamsie Dixon. —Puso en marcha las luces cuando llegaron a la estación de la calle High—. Y, por cierto, ayer Murray volvió a echarme la bronca. Quería saber si estaba progresando. No pude contarle gran cosa, pero es lo que hay. Por suerte, tuvo que responder a una llamada de la calle Pitt antes de perder el control.

—¿Le hablaste de Patsy y del dinero? —preguntó McCoy.

Wattie asintió. Hizo una mueca al quitarse un trocito de papel higiénico del cuello. Observó la sangre en el papel y después lo tiró por la ventanilla.

—Quiere que lo interrogue de nuevo, que le presione un poco más. Ya sabe usted que a Murray los feriantes no le hacen mucha gracia. Por lo que a él respecta, son todos unos ladrones de mierda. Iba a empezar con su habitual retahíla sobre los gitanos que roban

gasóleo, cuando le llamaron.

Entraron en el aparcamiento del hospital y Wattie detuvo el coche junto a la entrada. Apagó el motor y sacó la llave. Miró a McCoy. Obviamente, no estaba satisfecho.

—Tengo que hacerlo bien, Harry. Creo que Murray no confía en mí. Me da la impresión de que es mi última oportunidad.

McCoy bajó del coche sin decir nada. Lo cierto era que él no creía que Wattie lo estuviese haciendo mal. Necesitaba resultados lo antes posible. Pero no tenía sentido decírselo. Lo mejor para él era animarlo.

—Vamos. A lo mejor resuelves el caso de ataque más importante en un hospital en 1974. Estoy seguro de que Murray te condecorará.

Wattie asintió, aunque no parecía muy convencido, ni muy feliz.

*

Fueran quienes fuesen, le habían dado una buena paliza a Lindsay. Tenía un aspecto horrible, realmente espantoso. Los dos ojos morados, rodeados por marcas amarillentas, puntos en la nariz. La mano izquierda vendada. Aplastado sobre las almohadas, daba la impresión de ser un hombre destrozado. Incluso su piel había adquirido una desagradable tonalidad de color azul pálido. Tenía los ojos cerrados, respiraba con dificultad, el aire producía un sonido áspero al salir de su boca.

—Dios bendito —dijo McCoy.

Lindsay entreabrió el ojo menos hinchado. Se pasó la lengua por los labios.

—¿Ya está contento? —preguntó con un hilo de voz que apenas llegaba a susurro.

—¿Qué dice? —dijo McCoy—. ¿Por qué iba a estar contento?

Lindsay permaneció inmóvil, mirando a McCoy. Necesitó un buen rato para reunir las fuerzas que le permitiesen volver a hablar. McCoy se acercó a la cama para poder oír sus palabras.

—Los tipos que me hicieron esto no dejaban de preguntarme dónde estaba Donny Stewart. ¿Acaso no los envió usted? Un trabajito extraoficial...

Tosió y un hilillo de líquido sanguinolento le corrió barbilla abajo.

McCoy quiso responder, pero Lindsay alzó la mano para que no lo hiciese.

—No dispongo de mucho tiempo, así que quiero que me escuche.

Todo su cuerpo parecía proclamar a gritos el dolor que estaba sufriendo. Señaló hacia una pequeña jarra de cristal con una pajita que descansaba en la mesilla. Wattie se la acercó a la boca y Lindsay dio un par de sorbos.

—Señor Lindsay, yo no he enviado a nadie, se lo prometo.

McCoy no tenía claro si era él o la habitación lo que estaba tan caliente. A lo mejor había subido la temperatura debido al paciente. Se aflojó la corbata y se desabrochó el botón del cuello de la camisa. Sentía, con más intensidad que nunca, aquella extraña punzada en la boca del estómago. Puro temor.

—Sí que lo hizo —replicó Lindsay—. Usted es la única persona a la que le interesa Donny Stewart. —Volvió a toser. Se secó el líquido de la boca con la manga del pijama y cerró los ojos durante unos segundos. Cuando volvió a abrirlos parecían más brillantes, como si hubiesen recobrado vida. Algo había cambiado. Lo que había bebido había hecho su efecto.

—Señor Lindsay, yo...

—Coronel Lindsay —susurró Lindsay—. Muestre un poco de maldito respeto.

McCoy asintió. Iba a tener que andarse con mucho cuidado.

—Coronel Lindsay, entiendo que lo que ha ocurrido aquí es inaceptable, pero...

Ahora Lindsay le sonreía, apretando sus rojos labios en aquella cara pálida.

—No le cuesta mucho, ¿verdad? Pasar de hacerse el tipo duro de Glasgow a convertirse en un llorón que pide disculpas. —Volvió la cabeza—. ¿Y usted? —preguntó mirando a Wattie—. ¿Tiene algo que decir?

Wattie parecía un conejo cegado por los faros de un coche. No dijo nada.

—Ahora ya todo está hecho —dijo—. Aunque supiese cómo, es demasiado tarde para detenernos. Pronto lo verá. Un pequeño entretenimiento antes de abandonar este valle de lágrimas. Lo del lunes fue solo el principio. Volverá a pasar una y otra vez hasta que este país quede libre de la pestilencia que se alimenta de él como las pulgas de una rata.

—¿A qué se refiere? —preguntó McCoy. Estaba empezando a asustarse, a asustarse de verdad—. ¿Van a explotar más bombas?

El brillo de los ojos de Lindsay estaba desapareciendo. Su cuerpo se iba relajando, hundiéndose en la cama.

De repente, McCoy se acordó de algo.

—¿Dónde está su hijo? —preguntó—. ¿Dónde está?

—¿Qué? ¿Cree que Crawford es el único? Me subestima, McCoy. Ahí fuera hay un ejército listo para actuar. Mis chicos van a incendiar las podridas ciudades de este país dejado de la mano de Dios. No tiene ni idea...

McCoy se volvió hacia Wattie.

—Llama a Murray, dile lo que está pasando. ¡Rápido!

Wattie asintió y salió a toda prisa de la habitación.

Lindsay lo vio salir. Sonrió de nuevo.

—Corre, conejo, corre —dijo—. Lo despellejaría como a un ciervo.

Fue la gota que colmaba el vaso. Recordó el ciervo en el bosque. Sintió una oleada de rabia y pánico. McCoy se acercó a la cama y colocó su cara frente a la de Lindsay.

—Escúcheme, usted...

Se detuvo. Los ojos de Lindsay se encontraban a miles de kilómetros de distancia. McCoy estiró el brazo hacia la mesita y tomó la pequeña jarra de cristal. Morfina.

—Cabrón.

Lindsay había cerrado los ojos.

McCoy se inclinó encima de él. Agarró el cuello del pijama y tiró de Lindsay para acercárselo a la cara. Apenas pesaba nada.

—¡No me deje así! —gritó. Le abofeteó.

La cabeza de Lindsay quedó colgando.

—¿Dónde está Donny Stewart? —preguntó McCoy—. ¿Es uno de ellos? ¿Lo es?

Lindsay se echó a reír.

—No. Donny está destinado a cosas mejores. Va a convertirse en uno de los elegidos para la Muerte en Abril...

—¿Que va a convertirse en qué?

Lindsay lo miró a los ojos, haciendo un gran esfuerzo para centrar la visión.

—Las doce del mediodía.

—¿Cómo? —preguntó McCoy—. ¿Qué va a pasar a las doce del mediodía?

Lindsay cerró los ojos. Apenas dejó escapar un balbuceo:

—¡Bum!

—¿Dónde? ¿Dónde va a ser? —preguntó McCoy—. ¡Dígamelo!

No hubo respuesta. McCoy lo sacudió con fuerza, pero no tenía sentido. Su cuerpo se estaba enfriando.

Lo dejó sobre las almohadas y se sentó en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos. Le dolía mucho el estómago. Otra bomba. Tal vez más. Ahora supo de qué se trataba lo malo que estaba por venir. Caos. Y, por lo visto, él había ayudado a que así fuese.

Cuarenta y uno

McCoy salió de la habitación de Lindsay y se acercó al mostrador de las enfermeras. La mente le iba a mil por hora. Sabía que había una bomba a punto de explotar y que la única persona que podía decirle dónde estaba prácticamente había abandonado este mundo. Una de las enfermeras estaba cumplimentando un formulario en un portapapeles. Le mostró su identificación.

—Lindsay —dijo—. En cuanto despierte, comuníquemelo. Llame a la calle Stewart y pregunte por mí. Soy el detective McCoy. Si no estoy allí, pregunte por Watson o Murray. ¿Entendido?

La enfermera asintió. Parecía asustada.

—Voy a mandar aquí a dos agentes de uniforme. Se quedarán en la puerta. Que no entre nadie a excepción del personal médico. Si aparece alguien que quiera visitarlo, avíseme. ¿Entendido?

Asintió de nuevo.

—¿Qué ha hecho? —preguntó—. No es más que un viejo.

—Es mucho más que eso, se lo aseguro. ¿Quién estaba de turno cuando le atacaron?

—Ellen Teirney —dijo—. Ha ido a la cafetería.

McCoy le dio las gracias y echó a andar hacia las escaleras.

*

La cafetería para el personal era una estancia alargada, sin ventanas, en el sótano. Las largas mesas, abarrotadas de enfermeras de uniforme, estaban iluminadas por fluorescentes. Los médicos se sentaban a otra mesa, apartada, con los estetoscopios colgando del cuello. Los corpulentos celadores también se sentaban aparte. Imperaba el murmullo de las conversaciones, el olor a beicon frito y tostadas, y en la radio sonaba «Waterloo». Le pidió a uno de los celadores que le indicase dónde estaba Ellen, y este señaló a una enfermera sentada en uno de los silloncitos que rodeaban una diminuta mesa de café al fondo. Era joven y su rubia melena luchaba para escapar del gorro con el que la controlaba. Daba la impresión de estar profundamente dormida.

McCoy no tenía tiempo que perder. La sacudió con cuidado por el hombro y ella se despertó al instante. Parpadeó un par de veces y se irguió en el asiento.

—¿Ellen? —preguntó McCoy—. Soy el detective McCoy. ¿Puedo hablar contigo sobre lo que pasó anoche?

Ella asintió. Sin duda estaba un poco aturdida. McCoy se sentó en el sillón que había frente a ella. El sillón en cuestión apestaba tanto a humo que no hacía falta siquiera encender un cigarrillo, bastaba con sentarse allí e inhalar.

—Lo siento, creo que me he quedado dormida —respondió—. Iba a tomarme una taza de té y a marcharme a casa.

—No me sorprende, teniendo en cuenta lo que pasó anoche —dijo McCoy—. ¿Puede contarme qué ocurrió?

Levantó su taza de té, dio un sorbo e hizo una mueca.

—Tengo frío —dijo—. Debo de haber dormido más de lo que pensaba.

McCoy asintió. Quería que ella siguiese hablando.

—Fui a echar un vistazo al señor Lindsay a eso de las dos. Tenemos que hacerlo con todos los pacientes cada dos horas. Así que abrí la puerta y lo primero que vi fue que estaba medio salido de la cama. En un principio, pensé que habría querido ir al lavabo y se habría caído o algo así. Pero después vi que había dos hombres en la habitación.

—¿Podría describirlos? —preguntó McCoy.

—La verdad es que no mucho —dijo—. Estaba oscuro, tan solo había encendida la luz de noche. Me empujaron y salieron corriendo. No pude ver sus caras, pero eran dos tipos grandes. Es posible que uno de ellos llevase puesta una chaqueta roja.

A McCoy le dio un vuelco el corazón. Tenían que ser Cooper y Stewart.

—¿Dijeron algo?

—Uno le dijo al otro «corre». Eso fue todo.

—¿Tenía acento? —preguntó McCoy.

—De Glasgow —dijo—. Como usted o yo.

—¿Y después?

Volvió a bostezar.

—Lo siento. Apreté la alarma e intenté volver a subir a la cama al señor Lindsay. Apareció la hermana, le conté lo que había pasado y fue ella la que llamó a la policía. Yo esperé a que el doctor se hiciese cargo del pobre señor Lindsay.

McCoy asintió. Tenía que preguntárselo.

—¿Cree que podría reconocerlos si los viese otra vez?

Negó con la cabeza.

—De acuerdo. Gracias —dijo McCoy. La dejó allí sentada. Los ojos se le volvían a cerrar. Lo más probable era que cayese dormida en cuestión de minutos.

Recorrió el pasillo en dirección al ascensor. Iba a matar a Cooper

y a Stewart. Podía hacerse una idea de lo ocurrido. Los dos estuvieron bebiendo después del combate. Stewart le diría a Cooper que había alguien que seguramente sabía algo de su hijo. Cooper, viniéndose arriba, le diría a Stewart que él podía solucionar el problema, y le daría a entender que podían ir en su busca y sacarle la información a golpes. Más copas y acabarían decidiendo que era buena idea. No había sido capaz de ver lo desesperado que estaba Stewart. Le sorprendía que se hubiese visto involucrado en algo tan estúpido como eso. Pero lo cierto era que la gente podía llegar a hacer cualquier cosa en los asuntos relativos a sus hijos.

Apretó el botón del ascensor. Por fortuna, la enfermera no podría identificarlos, eso era lo único bueno en todo ese desastre de mierda. Un desastre de mierda del que él era responsable. No tendría que haberle hablado de Lindsay a Stewart, debería haber mantenido la boca cerrada para variar. Llegó el ascensor y se montó en él. Apretó el botón de la planta baja. Comprobó la hora en su reloj. Solo eran las seis y media. Iba a ser un día muy largo.

Cuarenta y dos

—Repítelo. ¿Qué es lo que dijo exactamente? —preguntó Murray.

Estaban sentados en una cafetería en la calle High, en una mesa junto a la ventana; desde allí podían verse las torres del Royal por encima de los edificios. McCoy tan solo se veía capaz de tomar una taza de té. Pero fue testigo de cómo Wattie y Murray devoraban dos tostadas cada uno.

—Dijo: «Doce del mediodía. ¡Bum!».

—Dios santo —dijo Murray sacando una servilleta de papel del dispensador y limpiándose los restos de mantequilla de los dedos—. ¿Algo más?

McCoy negó con la cabeza.

—Una bomba va a explotar a las doce. Dijo que su plan estaba perfectamente trazado y que sus chicos iban a llevarlo adelante.

Murray hizo una bola con la servilleta de papel y la dejó caer en su plato.

—¿Alguna posibilidad de que se trate de un farol?

—No lo creo. No parece ese tipo de persona. Va a pasar —respondió McCoy—. Yo estaba presente. Lo dijo en serio, Murray. No estaba fantaseando.

—¿Y qué cojones se supone que tenemos que hacer? —preguntó Murray. Había empezado a enrojecérsele la cara—. ¿Evacuar Glasgow al completo?

—No lo sé —replicó McCoy—. Solo he repetido lo que él me dijo. Dijo que hoy al mediodía estallaría una bomba y que habría más.

—Entonces, ¿él es el responsable de la última?

—Creo que sí —contestó McCoy al tiempo que sacaba un cigarrillo del paquete de Number 6 que Wattie había dejado sobre la mesa—. No puedo decir más.

Murray encontró sus cerillas y encendió la pipa.

—¿Alguna idea brillante?

—Tenemos que pillar a alguno de sus chicos y sacarle la información —dijo McCoy—. Wattie y yo iremos a ver a Meiklejohn para que nos diga cuál cree él que puede ser el más dispuesto a hablar.

Murray lanzó una bocanada, la apartó de su cara e ignoró las quejas de las dos mujeres que estaban sentadas a la mesa de al lado al verse rodeadas por el humo.

—¿Estás seguro de que no querrá contarnos nada más cuando

despierte? —preguntó—. Me refiero a Lindsay.

—Está en la última fase de un cáncer de hígado —dijo McCoy—. Tomó dos sorbitos de morfina líquida mientras yo me encontraba con él. Estará fuera de combate hasta esta tarde, según me dijo el doctor.

Murray estaba cabreado.

—¿Y quién demonios le dio la paliza? ¿Fuiste tú?

—¡No! Joder. Venga ya, Murray. No soy tan malo —dijo McCoy.

—Entonces, ¿quién?

—Ni idea —respondió McCoy mintiendo como un bellaco.

—¿Qué es lo que van a volar por los aires? —preguntó Murray. Se dio cuenta de que Wattie no había dicho ni una palabra desde que se habían sentado—. ¿Watson? ¿Tienes algo que decir o vas a limitarte a dejar tu culo gordo en la silla mientras engulles tostadas?

El gesto de Wattie daba a entender que lo habían pillado haciendo algo que no tendría que haber estado haciendo.

—¿Un pub? —dijo—. ¿Una licorería? ¿Algo que tenga que ver con Inglaterra?

—Genial —replicó Murray—. Eso reduce mucho las posibilidades. Gracias por tu aportación. —Se volvió hacia McCoy—. ¿Estás seguro de lo de la bomba?

McCoy asintió.

Murray dejó escapar un suspiro.

—Voy a la calle Pitt. A ver si puedo organizar una lista de posibles objetivos. Le diré al personal que no le quite ojo a las bolsas abandonadas y esa clase de cosas. No sé cómo lograrán hacerlo sin causar pánico en las comisarías, pero por fortuna ese es su problema. —Se puso en pie—. No les va a hacer gracia y voy a tener que convencerlos. Esto es Glasgow, una ciudad llena de putos bares y licorerías. Dudo mucho que podamos controlarlos todos antes del mediodía. Poco importa lo que ocurra, vamos a salir perdiendo igualmente. Si no explota ninguna bomba, pensarán que soy idiota, pero si explota, morirá gente. Una mierda, McCoy, una puta mierda. ¿Alguna otra idea?

McCoy negó con la cabeza.

—Entonces, vamos allá. Encontrad a Meiklejohn —dijo Murray—. Espero que tengamos suerte.

Cuarenta y tres

Nadie respondió en el cuartel de Maryhill. McCoy comprobó la hora en su reloj. Eran las ocho menos cuarto. Tal vez todavía estaban durmiendo. Aunque no parecía algo muy propio del ejército. Se disponía a volver a llamar al timbre, cuando Wattie le palmeó el hombro.

—Es él, ¿verdad? —dijo.

McCoy se dio la vuelta y vio a un hombre corriendo en pantalón corto y camiseta por la calle Shakespeare en dirección a ellos. Meiklejohn alzó la mano a modo de saludo. Intentó acelerar el ritmo, pero la mueca de dolor en su rostro dio a entender que le resultaba imposible hacerlo.

—Hubiese jurado que todos estos militares estaban en forma —dijo Wattie.

Cuando se acercó, se hizo evidente el motivo de su mueca. La pierna izquierda de Meiklejohn estaba destrozada. Tenía dos grandes bultos por debajo de la rodilla, el resto de la pierna era un amasijo de quemaduras y cicatrices.

—Lo siento, caballeros —se disculpó cuando ya se encontraba a su lado—. Intenté acelerar, pero la pierna no estaba por la labor.

—Dios mío, tiene mala pinta —comentó Wattie—. ¿Qué le ocurrió?

—Irlanda del Norte —dijo Meiklejohn—. Por eso volví aquí a formar a los muchachos. Podría haber sido peor. El otro tipo que iba conmigo quedó tetrapléjico, todavía está en el hospital. —Se apoyó en el muro del cuartel y levantó la pierna izquierda del suelo—. Se supone que no tendría que correr con la pierna así. —Sonrió—. Ya debería haber aprendido la lección. Pero bueno, basta ya de mis problemas. Supongo que no se trata de una visita de cortesía, ¿verdad?

McCoy negó con la cabeza.

—Me temo que no.

Diez minutos más tarde, Meiklejohn se había duchado, se había puesto un chándal y estaba sentado al otro lado de su escritorio, en el despacho.

—Soy todo oídos —dijo.

A McCoy no se le ocurría un modo más fácil de explicárselo.

—Creemos que Lindsay está detrás de la bomba de la cervecera

Tennent's. Creemos que tanto él como sus chicos van a poner más bombas. Una de ellas es posible que explote a las doce de este mediodía.

Meiklejohn se echó hacia atrás en su silla.

—¿Está seguro? —preguntó—. ¿Lindsay?

McCoy asintió.

—Tampoco parece sorprenderle mucho.

Meiklejohn se encogió de hombros.

—Sabía que estaba pasando algo raro en esa casa. Pero no podía imaginar que fuese algo así.

—Entonces, ¿de qué creía que se trataba? —preguntó McCoy.

—Temía que uno de los chicos muriese o resultase herido durante los malditos ejercicios de campo de Lindsay. Él solía trabajar con soldados experimentados, la flor y nata del Ejército británico. Esos chicos apenas son unos críos. Están ahí para pasárselo bien y vivir aventuras.

—¿Eso era todo lo que creía? —preguntó McCoy.

Meiklejohn le miró a los ojos.

—Eso es todo.

—Para acabar con todo este asunto va a tener que ayudarnos. ¿Cuál de esos muchachos estaría más dispuesto a cambiar de postura? Tenemos que saber lo antes posible qué están planeando.

—George Orr —respondió Meiklejohn de inmediato—. Siempre me ha dado la impresión de que era el menos entusiasta de todos. Algo mayor a nivel psicológico. Más interesado en chicas y en beber que en pasar una noche lluviosa en un refugio improvisado en el bosque.

—¿Puede telefonearle? —preguntó McCoy—. Decirle algo que tenga que ver con asuntos administrativos. Si está en su casa, iremos a buscarlo..., pero no quiero que le ponga sobre aviso.

Meiklejohn asintió. Sacó una carpeta de un cajón, buscó un número y lo marcó en el teléfono.

—¿Dónde vive? —preguntó McCoy.

Meiklejohn tapó el micrófono con la mano.

—Vive en Ruchill con su madre. Creo que su padre los abandonó hace un par... ¿Señora Orr? Soy Meiklejohn, le llamo desde el cuartel. Me preguntaba si George estaba ahí, porque tenía que decirle una cosa. —Escuchó—. Sí, es un poco preocupante. Pero estoy seguro de que no le habrá pasado nada, seguramente está con un amigo. ¿Puede decirle que me llame cuando llegue? No corre excesiva prisa, solo tengo que contrastar unos datos con él. Igualmente. Adiós.

Colgó el teléfono. Un clic sordo.

—George Orr no pasó por casa anoche. No ha dicho nada. Nunca había hecho algo así.

—Joder —dijo McCoy—. ¿Puede probar con otro?

Meiklejohn asintió. Marcó el número. La misma historia. Bobby Slater no había pasado la noche en casa. Llamó a otro. No sabían nada de Thomas Ross. Ni de Henry Robb.

Cada vez que Meiklejohn confirmaba que otro chico había pasado la noche fuera de casa, la sensación de McCoy en la boca del estómago se intensificaba.

—Han desaparecido todos —dijo Meiklejohn. Su rostro era un reflejo de sus temores—. Robb era el último. ¿Adónde habrán ido?

McCoy negó con la cabeza. De repente, la cosa se estaba poniendo muy seria. Además de Crawford, habían desaparecido cuatro de los chicos de Lindsay. ¿Qué era lo que le había dicho de ellos? «Mis chicos van a incendiar vuestras ciudades.» Al parecer, fuera cual fuese la misión que aquel lunático les hubiese encomendado, ya había comenzado.

Meiklejohn parecía tan preocupado como el propio McCoy. Estaba sentado al otro lado del escritorio, con el lápiz entre los dientes y la mirada perdida.

—¿Podría quedarse aquí todo el día, por si acaso llaman o aparecen? —preguntó McCoy.

Meiklejohn asintió.

—¿Dispone de alguna fotografía de los chicos que pudiese darnos? —preguntó McCoy.

—Sí, tengo fotos de todos ellos en sus respectivos expedientes.

Meiklejohn separó las fotos grapadas en lo alto de cada uno de los archivos. Se detuvo.

—No es algo muy ortodoxo, pero podrían llevarse los expedientes —dijo—. Tienen números de teléfono, direcciones, esa clase de cosas. Podrían resultarles útiles.

—Wattie, encárgate de eso —dijo McCoy—. Avisa por radio. Que envíen un coche a cada una de las direcciones, que pregunten a los padres. A ver si alguno de los chicos soltó prenda respecto a lo que pensaban hacer.

Wattie asintió.

—Me encargo. —Recogió los archivos y se dirigió a la puerta.

Meiklejohn todavía parecía perplejo.

—¿De verdad cree que van a empezar a poner bombas? —preguntó—. Conozco a esos chicos. Me cuesta imaginarlo.

—No lo sé —reconoció McCoy—. Pero tenemos que empezar a actuar como si fuesen a hacerlo. Si sucede algo al mediodía podremos confirmarlo.

—¿Y qué pasará si es así? —preguntó Meiklejohn.

—Se desencadenará todo.

McCoy se puso en pie. Meiklejohn también. De nuevo, una mueca

de dolor. Se apoyó en la mesa.

—Usted sirvió en Irlanda del Norte —dijo McCoy—. ¿Alguna vez oyó hablar de oficiales de paisano con libertad para hacer lo que les diese la gana?

Por el gesto de Meiklejohn, parecía que hubiese visto a un fantasma, había empalidecido.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Estoy interesado —dijo McCoy—. He oído hablar de ellos. ¿Usted no?

Meiklejohn negó con la cabeza.

—¿Le suena Paul McVeigh?

Meiklejohn tardó más de la cuenta en responder.

—No, nunca he oído hablar de él. ¿Por qué lo pregunta?

—No importa —respondió McCoy—. Si cualquiera de los chicos o de sus padres se ponen en contacto con usted, llámeme de inmediato a la calle Stewart, ¿de acuerdo?

Meiklejohn asintió.

McCoy lo dejó allí, tras su escritorio, todavía con la cara lívida. No tenía claro si se debía al dolor de la pierna o a lo que le había preguntado.

Cruzó el patio del cuartel preguntándose cuál debía ser el siguiente paso. Probablemente no podían hacer gran cosa aparte de esperar hasta las doce del mediodía y ver qué sucedía. Hasta entonces, había que intentar encontrar a los chicos.

No sabía si merecería la pena hablar con la hermana de Lindsay. Tal vez supiese algo sobre lo que se había estado llevando a cabo en la casa grande. Parecía bastante simpática, pero no estaba seguro de hasta qué punto querría colaborar con la policía contra su hermano.

Casi había llegado al coche, podía ver a Wattie hablando por la radio al tiempo que leía los archivos que tenía en la mano, cuando oyó un ruido de algo que se arrastraba a su espalda. Al darse la vuelta vio a Meiklejohn cojeando hacia él. Su cara era un reflejo del dolor que sentía.

—¡McCoy! Espere un minuto.

McCoy esperó hasta que Meiklejohn se aproximó. Apoyó la mano en la pared.

—No sé por qué me ha hecho esas preguntas —dijo—. Pero tiene que andarse con cuidado. —Le temblaba la pierna y el sudor perlaba su frente—. Se hacen llamar Det. Son mala gente. No rinden cuentas ante nadie. Se les permite hacer todo lo que quieran.

—Pensaba que formaban parte del ejército —dijo McCoy.

—A nivel nominal, sí —admitió Meiklejohn—. Pero las normas no van con ellos. Tenga cuidado con quién habla de esto. No les gusta que se les conozca, no quieren que nadie sepa de su existencia. —

Frunció el ceño—. Porque, oficialmente, no existen.

—¿Cómo es que sabe tanto de ellos? —preguntó McCoy—. ¿Sabe usted qué pasó con Paul McVeigh?

Meiklejohn negó con la cabeza.

—Ya he hablado demasiado. Solo le digo que tenga cuidado, McCoy. Mucho cuidado.

McCoy vio cómo se daba la vuelta y se alejaba renqueando hacia el cuartel.

Cuarenta y cuatro

McCoy nunca se había sentido más inútil ni más frustrado en toda su vida. Habían hecho todo lo que estaba en sus manos. Desde la calle Pitt seguían telefoneando a bares y licorerías y ni siquiera habían completado la mitad de la lista. Meiklejohn no había recibido noticia alguna de los chicos o de sus padres. Según el doctor Basu, Lindsay seguía inconsciente y permanecería en ese estado hasta la tarde. Así que ahí estaban, sentados en la comisaría observando el reloj, esperando a que diesen las doce del mediodía. Faltaba media hora y no podían hacer nada. McCoy sacó una botella de Pepto-Bismol del cajón del escritorio y bebió un poco. No resultó de gran ayuda.

A pesar de haberse levantado a las cinco de la mañana, no estaba cansado. Al igual que todos los demás, se sentía alerta, tenso, sin parar de fumar, por Escocia. Aplastó su cigarrillo en el cenicero de su escritorio, lleno hasta los topes. Tenía que hacer algo, pensar en otra cosa. Vio entrar a Wattie en la comisaría, llevaba una botella de Irn-Bru en una mano y una bolsa de patatas fritas en la otra. Se levantó y fue hasta la mesa de Wattie, apartó una silla y se sentó frente a él.

—¿Has vuelto a hablar con Patsy Hearne? —le preguntó.

Wattie asintió.

—Vengo de ahí. —Desenroscó la tapa de la botella y le dio un buen trago—. Me ha contado exactamente lo mismo que cuando fuimos a verlo, no ha cambiado una sola palabra. La última vez que vieron a Jamsie Dixon estaba en las atracciones, fue cuando le dieron el dinero.

—¿Y ahora qué? —preguntó McCoy.

Wattie suspiró. Abrió la bolsa de patatas. Se la tendió. McCoy metió la mano, agarró un puñado y se las llevó a la boca.

—La hostia. Estoy atascado —dijo Wattie—. ¿Seguro que tiene suficientes patatas?

—Comes demasiado —dijo McCoy masticando con fuerza—. Debes contárselo a Murray.

—Lo sé. Pero voy a esperar hasta después de las doce. Si no pasa nada, tal vez esté de buen humor y será más sencillo. Si no, se me va a comer vivo. ¿Alguna idea?

¿Qué podía decirle? ¿Que Billy era quien había matado a Jamsie Dixon pero que no tenía prueba alguna más allá de lo que Cooper le había dicho?

Negó con la cabeza.

—Pensaremos en algo.

—Será mejor que lo hagamos pronto. Por cierto, Mary va a volver al trabajo. Empieza la semana que viene.

—Buena noticia —dijo McCoy—. Estará más contenta.

—Lo está. Casi bailaba por la habitación cuando me lo dijo. Creo que Duggie está echando un diente. Tiene la cara roja, se queja y me muerde la mano. Cree que...

—¡Vosotros dos! ¡Venid!

Se dieron la vuelta y vieron a Murray en la puerta de su despacho, señalándolos. Volvió a entrar en el despacho.

—Dios santo. ¿Qué querrá ahora? —dijo Wattie al ponerse en pie.

—No tardaremos en saberlo —repuso McCoy.

Murray estaba en mangas de camisa y corbata, arremangado, mostrando sus carnosos antebrazos. La camisa parecía cara. Vivir con Phyllis Gilroy, sin lugar a dudas, le estaba cambiando. Aunque todavía no había logrado nada con respecto a la pipa. Acababa de fumarse una, todo el despacho apestaba a tabaco Newton's Gold Flake. Se sentaron y esperaron hasta que puso fin a la llamada de teléfono que estaba atendiendo. Colgó el auricular y los miró.

—Llamaban de la calle Pitt. Han realizado tres cuartas partes de las llamadas. En algunos de esos lugares empiezan a hacerse preguntas. La prensa no tardará en meter las narices.

Los tres fijaron la mirada en el reloj que colgaba de la pared. Faltaban diez minutos para las doce. McCoy sintió que se le encogía el estómago una vez más. Intentó no pensar en las personas inocentes que habían ido a trabajar y que, en cuestión de diez minutos, perderían la vida.

—¿Estás aquí?

Murray le miraba fijamente. Asintió.

—Watson, necesito que le pidas un favor a tu Mary. Estaría muy bien que, con mucha discreción, descubriese si en el *Record* han recibido algún otro mensaje de los Hijos de los 51 o de quién coño se trate.

Wattie asintió.

Murray lo miró.

—¡Corre! ¡Jodido payaso!

Wattie se puso en pie y salió a toda prisa del despacho. Murray negó con la cabeza.

—No sabría decirte si este muchacho es tonto o no.

—No lo es —dijo McCoy—. Pero él está convencido de que usted cree que lo es, así que está un poco nervioso.

—Por Dios. Esto es una comisaría de policía, no un jodido psiquiátrico —dijo Murray—. Tiene que ponerse las pilas. Es un adulto

con un hijo, no un adolescente. ¿Cómo está llevando lo de Jamsie Dixon?

—No muy bien —respondió McCoy—. Pero nadie podría hacerlo mejor. Se trata de un mafioso cargándose a otro. Las posibilidades de que encontremos algo útil son escasas. Sabe tan bien como yo cómo van las cosas. Verá, le ayudaré con eso en cuanto pase lo de la bomba. Creo que está durmiendo unas tres horas por noche con lo del bebé. Recuerdo bien esa época. Fui un zombi durante seis meses.

—Como tú veas —dijo Murray—. Pero, pase lo que pase, necesitamos resultados.

McCoy comprobó la hora. Un minuto para las doce. El segundero siguió haciendo clic y llegó a las doce. Miró a Murray. No sabían bien qué estaban esperando, ¿el ruido de una explosión distante? No se oyó ninguna, tan solo el tictac del reloj y los gritos de un borracho que maldecía en el mostrador de la entrada.

—Ya son las doce —dijo.

Murray asintió y tamborileó con su pluma sobre el escritorio.

—A lo mejor no ha sido más que una falsa alarma —comentó McCoy con más convicción de la que realmente sentía.

—Eso espero —dijo Murray—. No tardaremos en saberlo. Se me olvidó preguntarte. ¿Qué se supone que significa todo ese asunto de Donny Stewart? ¿Eso de que va a convertirse en uno de los de la Muerte en Abril?

—No tengo ni la más remota idea —dijo McCoy—. Cuando me lo dijo ya estaba más allí que aquí, a lo mejor hablaba por hablar. Esa cantidad de morfina...

Sonó el teléfono de Murray. Ambos lo observaron durante unos segundos. Murray respondió. Escuchó. McCoy lo observaba. En cuestión de segundos, al ver el gesto de su rostro, supo que Lindsay no hablaba por hablar.

Había explotado otra bomba.

Cuarenta y cinco

Wattie pisó a fondo el acelerador y el coche derrapó en la esquina de Woodlands Road. Llevaban la sirena y las luces encendidas. McCoy estaba sentado en la parte trasera, intentando infructuosamente encenderse un cigarrillo mientras iba de un lado para otro.

—Allí —dijo Murray, señalando hacia el parabrisas.

Se veía una columna de humo gris a unos pocos centenares de metros de distancia. El olor a quemado llegaba hasta donde se encontraban. El tráfico se había detenido frente a ellos. Los agentes de policía intentaban que los conductores diesen la vuelta.

Wattie tocó el claxon.

—Agárrense —dijo al subir medio coche encima de la acera.

El vehículo se tambaleó de nuevo y McCoy se agarró al asiento de delante.

—No parece tan grande como la de la cervecera —dijo—. Menos mal.

Wattie no dejaba de tocar el claxon, pero no servía de mucho, porque la multitud de mirones que se había congregado ya era demasiado grande.

—Detente —dijo Murray—. Dejemos el coche aquí.

Cinco minutos más tarde, McCoy, Murray y Wattie observaban el oscuro y humeante agujero que poco antes había sido la licorería Agnew's. Había cristales por todas partes, de los dos escaparates y de las botellas que estaban en los estantes de la tienda. Era imposible no pisarlos al caminar. El alcohol olía tan fuerte que se podía paladearlo al tiempo que se respiraba. También se percibía otro aroma, más tenue pero presente. Almendras.

—Uno podría emborracharse solo con este olor —dijo Wattie.

Murray puso los ojos en blanco.

—Sal afuera y asegúrate de que los agentes acordonan la zona. Haz algo útil.

Wattie se apresuró en dirección a las furgonetas de la policía aparcadas para bloquear el paso de la calle a ambos costados del lugar donde había explotado la bomba.

Murray señaló con el mentón a un adolescente que estaba sentado en el bordillo, con las manos esposadas a la espalda.

—¿Está bien?

—Eso creo —dijo McCoy—. No tiene cortes ni heridas visibles.

No ha abierto la boca.

—No me sorprende. El muy estúpido escogió la licorería equivocada. Tendría que haber sabido que es mejor no meterse con Victor Wilkie. ¿Qué tal está?

—Pronto lo sabremos —dijo McCoy—. ¿Se va a quedar usted por aquí?

Murray negó con la cabeza.

—Voy a la calle Pitt. A calmar a los perros de presa. Vamos a ver qué le decimos a la gente de la prensa. Te veré en la comisaría.

McCoy lo vio acercarse a las furgonetas de la policía diciéndole a gritos a Wattie, mientras se alejaba, que se diese «prisa de una puta vez». Aunque la licorería quedó destrozada, los daños no fueron ni de lejos tan graves como en la cervecera. Un único muerto, un hombre mayor que pasaba por delante. Una herida grave, una mujer que trabajaba en la panadería de al lado. Los inquilinos de los apartamentos que estaban encima de la licorería parecían encontrarse bien. Había una gran grieta en la fachada del edificio.

Woodlands Road no quedaba muy lejos de la calle West Princes, donde había explotado la bomba que mató a Paul Watt. A unos cinco minutos caminando. McCoy ni siquiera se había parado a pensar por qué habrían elegido esa zona de la ciudad. No tenía nada especial. Pisos llenos de estudiantes universitarios. Unas cuantas familias asiáticas. Apartamentos baratos. No precisamente la zona habitual de la clase alta.

Podía oír a los periodistas gritándole desde detrás de la cinta policial, disparando los flashes de las cámaras al pasar calle arriba en dirección a la zona de recuperación que habían montado los servicios de urgencias. Pudo ver incluso la furgoneta de la STV acercándose hacia ellos por la calle Gibson. Esperaba que Wattie pudiese mantener infranqueable la zona acordonada.

Victor Wilkie estaba sentado en una silla plegable junto a la parte de atrás de una ambulancia. Una joven enfermera cortaba la manga de su camisa. La aflojó y empezó a retirar los pedazos de cristal de su brazo con unas pinzas. Tenía que resultar doloroso, pero Wilkie no parecía notarlo, tan solo estaba allí sentado mientras ella dejaba los fragmentos sanguinolentos en una bandeja con forma de riñón. Wilkie había sido policía. Todavía se le notaba. Alto, corpulento, con bigote negro y rapado.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó McCoy, al tiempo que sacaba otra de las sillas plegables de la parte de atrás de la ambulancia y se sentaba en ella.

Wilkie lo observó. Negó con la cabeza.

—Creo que dejó usted el cuerpo un mes después de que yo empezase. Fui a la fiesta en el Glen Douglas. Menuda nochecita.

Wilkie sonrió.

—No la recuerdo muy bien, la verdad.

—¿Se encuentra bien? —preguntó McCoy asintiendo en dirección a la enfermera que trajinaba con su brazo—. ¿Podrá responder a unas cuantas preguntas?

—Estoy bien —dijo Wilkie—. Mejor hacerlo ahora, mientras pueda recordar. Mi memoria ya no es lo que era.

—De acuerdo. Cuénteme qué ha pasado, desde esta mañana.

La enfermera cambió el brazo de posición y empezó a extraer los cristales de la otra parte.

—Esta mañana me llamaron de la calle Pitt. Me pidieron que estuviese atento por si veía algún paquete o bolsa sospechosa o a alguien comportándose de un modo inusual. No le di importancia. Uno nunca cree que esas cosas puedan pasarle, ¿verdad?

McCoy negó con la cabeza.

—Así que vine y abrí la tienda. Como todos los días.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí? —preguntó McCoy.

Wilkie se lo pensó un rato.

—Unos seis años. Empecé un par de años después de retirarme. Me pasaba el día en casa y eso me estaba trastornando, por no hablar de mi señora. Así que acepté este trabajito, para entretenerme.

—Y...

—Abrí la tienda. Había un buen puñado de gente esperando fuera, los habituales. Los atendí, metí su dinero en el cubo de agua. Agarré...

—¿Cómo? —dijo McCoy—. ¿Cubo de agua?

—El dinero que traen está asqueroso. Han estado mendigando toda la mañana. Monedas sucias con restos de vete a saber qué. Van directas al cubo.

—Ah, ya entiendo. Lo siento.

—Así que los tipos volvieron a la calle —prosiguió Wilkie—. Repuse las botellas de los estantes. Y mientras las estaba colocando, vi a un cabroncete fuera. Llevaba una bolsa, una de esas de deporte. ¿Adi? ¿Adis?

—Adidas —dijo McCoy.

—Eso es. Estaba escrito en un lado. En fin. Pasó de largo varias veces, pensando que no podía verlo, pero tenemos espejos para controlar a los ladrones, así que lo vi. Después de varias idas y venidas, entró. Y entonces pensé: ya está. Me bajé de la escalera, me coloqué tras el mostrador y le pregunté qué quería. Mierda.

La enfermera dejó caer un pedazo grande en la bandeja e intentó frenar el chorrito de sangre que resbalaba por el brazo de Wilkie. McCoy le pasó un paquete de algodón sin mirar, la enfermera consiguió controlarlo y Wilkie prosiguió su relato.

—Me pidió una bolsa de patatas fritas, la pagó y se dirigió a la puerta. Sin la bolsa de deporte. Le dije: «Te olvidas la bolsa», pero él echó a correr. Cabrón de mierda. Así que salté por encima del mostrador y eché a correr tras él. Iba por la acera hacia el centro. Supe que no iba a poder pillarlo. Estoy mayor para eso. Así que le grité a los tipos que estaban excavando en la calzada. Les dije que lo detuvieran. Y por mis cojones que lo hicieron. Tres de ellos lo agarraron, lo tiraron al suelo. Estaba regresando a la tienda, para llamar por teléfono, cuando... ¡bum! Lo siguiente que recuerdo es estar tumbado en el suelo como si fuese un puto alfiletero, con cristales clavados por todas partes.

—Lo hizo usted muy bien, señor Wilkie.

—Te diré una cosa, hijo. He echado de menos los viejos tiempos. El subidón de adrenalina.

La enfermera estaba observando un gran pedazo de cristal verde con la etiqueta de la botella de vino enganchado en él. Wilkie lo tenía clavado junto a la muñeca.

—Lo siento, señor Wilkie. Este está demasiado profundo para quitárselo aquí. Voy a tener que llevarlo al Western. ¿De acuerdo?

Wilkie asintió y le permitió que le ayudase a entrar en la ambulancia. McCoy se despidió de él y le dio las gracias de nuevo. Se encaminó hacia donde estaba sentado el joven esposado.

—Yo te he visto antes —dijo al reconocer el cabello rojo del muchacho—. Estabas encalando de blanco el cuartel.

El chico lo miró. No podía tener más de dieciséis o diecisiete años.

—¿Cómo demonios te has visto envuelto en esta mierda? ¿Eres consciente del lío en el que te has metido?

El muchacho no dijo nada. Empezó a llorar.

—Ya es muy tarde para eso, hijo —dijo McCoy—. De poco te va a servir llorar y pedir perdón. Como no nos ayudes te van a clavar en una puta pared. Piensa en ello dentro de la furgoneta, ¿te parece?

Vio cómo subían al joven en la parte de atrás de la furgoneta de la policía. Sabía que no tendría por qué haberle dicho eso, pero había que presionar al chico para que hablase; iba a tener que ser incluso más desagradable para que soltase la lengua.

Cuarenta y seis

—No va a funcionar —dijo McCoy—. Tres de nosotros ahí dentro será demasiado. Se asustará, porque tres personas forman una especie de muro. No querrá hablar.

Murray le miró desde el otro lado de su escritorio. Wattie parecía aliviado. Estaban en el despacho de Murray. El muchacho los esperaba en la sala de interrogatorios. Según las fotos y los archivos que les había entregado Meiklejohn, se trataba de Thomas Ross. Parecía más joven de lo que era. Había cumplido dieciocho el mes anterior. Vivía en Patrick con su madre. Calle Peel, a escasos metros del apartamento de McCoy. Trabajaba en Galbraith como aprendiz de carnicero.

—¿Qué dices? Ahora resulta que tú eres el único que ha interrogado a un sospechoso —replicó Murray.

—No —contestó McCoy con paciencia—. Pero creo que en esta ocasión saldrá mejor si le interrogo yo solo.

—Necesitamos información ya. No puedes joderla, McCoy —dijo Murray.

—No pretendo hacerlo —dijo McCoy—. Esa es la cuestión.

Murray tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Trabajamos contrarreloj. Te doy veinte minutos. Si no sacas nada, entramos nosotros.

McCoy asintió.

—Lo conseguiré.

Abrió la puerta de la sala de interrogatorios. Con toda la intención, habían metido al joven en la más pequeña y mugrienta de todas. También era la que estaba más lejos del despacho. Colocó un vaso de agua encima de la mesa, frente a Ross.

—Pensé que tendrías sed —dijo—. Bebe.

Ross tomó el vaso y bebió hasta la mitad. No tenía buen aspecto. Miraba sin descanso de un lado a otro. Daba la impresión de que los obreros que lo habían detenido le habían dado una tunda. Estaba empezando a aparecerle un moratón bajo uno de los ojos y también tenía un corte en la mejilla. Su camisa azul claro se veía sucia y rota por el hombro.

Dejó el vaso y miró a McCoy.

—¿Puedo ver a mi padre? —preguntó—. Quiero ver a mi padre.

McCoy dejó su pila de carpetas sobre la mesa y se sentó.

—Ni hablar —dijo—. Eres un adulto. Lo eres desde hace dos

años.

Ross parpadeó varias veces. Incluso las pestañas las tenía pelirrojas.

McCoy sacó una foto de una de las carpetas y la dejó frente a Ross. Una mujer de mediana edad les sonreía, con un sombrero navideño de papel y un vaso en la mano.

Ross la observó. Después miró a McCoy.

—Esta es Una Pollock —dijo—. Trabajaba en Tennent's.

Sacó otra fotografía de la carpeta y la dejó frente a Ross.

—Esto es lo que le hiciste.

Ross observó la fotografía. Empalideció de golpe. Se apartó de la mesa y vomitó el agua en una papelera. Un olor acre llenó al instante la diminuta sala de interrogatorios.

McCoy podía entenderlo. A duras penas era capaz él mismo de mirar aquella instantánea.

—Habrás visto que las dos piernas están separadas del cuerpo. De la cabeza apenas quedó nada. Su marido tuvo que identificarla por la alianza de boda. Verás, Thomas, quiero que pienses en esto. ¿Qué crees que te va a pasar cuando le enseñen esta foto al jurado?

Ross se estaba limpiando la boca con el puño de su camisa. No dijo nada.

—¡Ah! Entiendo —dijo McCoy—. El entrenamiento del bueno de Lindsay. Diles tu nombre, tu rango y tu número de identificación si te capturan, nada más. Pues bien, a la mierda con eso. No estamos en una película de guerra. Esto es real, hijo, y va a ser todavía más real. No lo pillas, ¿verdad? Aquí puedo hacer lo que me dé la gana. Patearte todo lo que quiera, romperte las costillas. Cualquier cosa.

Ross empezó a llorar, las lágrimas le corrían por las mejillas.

McCoy se sentía como un cabrón, pero tenía que seguir adelante. Recordó que morirían más personas si no lograba que el chico hablase. Tenía que presionarle más.

—A nadie le importas y nadie va a venir a salvarte. Una tenía cuatro hijos, tres nietos y otro en camino. Ella sí importa, pero tú no importas lo más mínimo.

McCoy se recostó en su silla.

—¿Sabes una cosa? No pareces tan estúpido, así que es posible que hayas entendido que el plan de Lindsay con sus soldaditos de juguete se ha acabado. Ahora estamos aquí, tú y yo. Y si no empiezas a hablar, todo empeorará. Empeorará mucho.

Sacó su paquete de Regal del bolsillo y encendió uno. Empujó el paquete y las cerillas sobre la mesa en dirección a Ross. El muchacho tomó uno y lo encendió con manos temblorosas.

—Yo no la maté —dijo—. No fui yo.

—Importa bien poco —prosiguió McCoy—. La bomba de la

cervecera Tennent's se fabricó con mezcla Co-op. La bomba que has puesto en la licorería fue construida con mezcla Co-op. Estás metido en esa organización. Existe una cadena de causalidad. ¿Sabes qué significa eso?

Ross negó con la cabeza.

—Significa que te van a acusar exactamente de lo que hizo tu colega, el que dejó la bomba en la recepción de Tennent's. Asesinato. Te declararán culpable. ¿Cómo no iban a hacerlo cuando te han pillado con las manos en la masa? A la gente no le gusta que exploten bombas en su ciudad. El juez se sabrá presionado e intentará que te caiga la mayor condena posible. ¿Te gustaría saber cuál podría ser?

Ross no apartaba los ojos de él. Le temblaba el labio inferior.

—Entre veinte y veinticinco años en la cárcel. Y si crees que lo que te va a pasar en este cuchitril es malo, no tienes ni puta idea de lo que le pasará a un joven bien parecido como tú en la cárcel. Le darán la vuelta a tu culo como a un calcetín.

Dejó que asimilase la idea durante un rato.

—Anda, dime. ¿Vas a tirar tu vida entera a la basura, tu vida al completo, por lealtad a un pijo cabrón del ejército que se divierte haciéndose pajas con adolescentes en el bosque o alguna otra cosa por el estilo?

Ross miraba ahora al suelo. Las lágrimas y un hilillo de saliva le habían mojado el regazo. McCoy apartó la vista. No quería hacer lo que estaba haciendo, pero tenía que hacerlo. Se acercó a Ross y le palmeó la espalda. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo dio.

—Tienes la oportunidad de contarme todo lo que sepas de Lindsay y de su campaña de bombas. Es tu única oportunidad. Si lo haces, todo cambiará. Le diré a todo el mundo que has colaborado. Meiklejohn te escribirá una bonita carta de recomendación. Le dirás a todo el mundo que lo sientes mucho y que Lindsay te llevó por el mal camino, y todo mejorará para ti. —McCoy se puso en pie y se dirigió a la puerta—. Volveré dentro de cinco minutos. Toma la decisión correcta.

McCoy se apoyó en la pared del pasillo. Encendió otro cigarro. Últimamente, casi encendía un cigarrillo con otro. Sacó la botellita de Pepto-Bismol del bolsillo de su chaqueta y le dio un trago. Tenía el sabor del yeso disuelto en agua. Hacía mucho que no le pegaba a un sospechoso en un interrogatorio. No tenía intención de volver a hacerlo. Aquellos a los que había zurrado podían sobrellevarlo, eran delincuentes veteranos, hombres duros. En aquel tiempo solía decirse que el fin justificaba los medios, pero igualmente se sentía como una mierda y dejó de hacerlo. No estaba seguro de si asustar de aquella manera a un muchacho de dieciocho años en lugar de pegarle era algo más aceptable. En cualquier caso, se sentía como uno de aquellos

matones que él tanto odiaba, abusando de alguien simplemente porque podía hacerlo. Tenía que acabar con aquello lo antes posible. Tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó. Abrió la puerta.

Ross estaba sentado en la silla. El ojo se le estaba hinchando. Tenía la cara bañada en lágrimas, manchada de vómito. Se notaba que el miedo le invadía a oleadas. Repiqueteaba con el pie en el suelo. Le había arrancado el filtro al cigarrillo, había sacado las hebras de tabaco y las había dejado en el cenicero.

McCoy se sentó.

—¿Estás listo?

Ross asintió.

—Es la decisión correcta, hijo. ¿Dónde y cuándo explotará la siguiente bomba? —preguntó.

—No lo sé —respondió Ross.

McCoy hizo el ademán de levantarse. Ross le agarró por el brazo para que se detuviese.

—¡No le miento! ¡Por favor! Así es como lo organizó Lindsay. De verdad.

McCoy volvió a sentarse.

—Lo llama la estructura en células. ¿Sabe en qué consiste?

McCoy negó con la cabeza.

—Ilústrame.

—La idea es que nadie sepa más de lo necesario. De ese modo, si te atrapan o si hay una brecha de seguridad, no puedes dar información porque no la tienes. Nos llamaba células. Yo lo único que conocía era mi labor. La licorería. No sé nada más.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Ross volvió a asentir.

—Los únicos que conocían el plan al completo eran Lindsay y Crawford. Ellos nos asignaban las labores. Lo hacían todo cara a cara, nada quedaba escrito.

—¿Cuántos erais?

—Cuatro. George, Bobby, Henry y yo. Además de Crawford y Lindsay.

—¿Y Donny Stewart?

Ross negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Cuando la bomba estalló en el apartamento, llamó a Lindsay desde Glasgow, necesitaba que fueran a buscarlo. Así que Lindsay y yo fuimos en el coche.

—¿El Daimler?

—Sí. Lo recogimos detrás del cuartel. Se había estado escondiendo en el almacén de atrás.

—¿Meiklejohn estaba al corriente?

Ross negó con la cabeza.

—No. Lindsay lo consideraba uno de los enemigos. Nos había dicho que nos mantuviésemos alejados de él, que no le dijésemos nada. Así que recogimos a Donny, pero fue muy raro. Tenía un gran corte hacia abajo en la pierna, le salía mucha sangre. Creo que se cortó con el cristal de un cuadro que había encima de la chimenea del apartamento.

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Lindsay. No podía dejar de mirar la pierna de Donny. Le hizo quitarse los pantalones antes de entrar en el coche. Dijo que quería ver la herida al completo. Así que Danny se los quitó al lado del coche y se quedó allí, con las piernas separadas. Fue como si Lindsay se quedase hipnotizado, no dejaba de mirar la herida de la pierna.

Ross tragó saliva. Daba la impresión de que quería decir algo, pero le daba miedo.

—¿Qué sucede? —preguntó McCoy—. Vamos, Tom, ya casi lo has conseguido.

Ross se limpió la nariz. Mantuvo la cabeza gacha. No quería mirar a McCoy.

—Todo el rato que estuvo mirándolo, mirando su pierna, tuvo una erección. Se notaba en sus pantalones.

Empezó a llorar.

McCoy sacó otro pañuelo del bolsillo y se lo tendió. Se dio cuenta de que era uno de los buenos, uno de los que Susan le había regalado en Navidad. Tenía bordadas sus iniciales en una esquina: H McC. Ross tomó el pañuelo, se sonó la nariz un par de veces y se enjugó las lágrimas.

—¿Qué pasó después?

—Regresamos a Knockland, y, por la mañana, Donny se había marchado. Había vuelto a la Armada.

—¿Cómo dices? —preguntó McCoy.

—Volvió al barco. Me lo dijo Lindsay. Me dijo que era donde mejor podrían curarle la pierna, que era mejor que ir al hospital, por si empezaban a hacerle preguntas.

McCoy se recostó en su silla. Se preguntó qué demonios le habría ocurrido realmente a Donny Stewart. No había regresado al barco. De eso estaba seguro.

—Va a entrar el detective Watson. Quiero que vuelvas a explicarlo todo y que intentes recordar incluso alguna cosa más. No te preocupes, él es un buen tipo, no como yo. Cuéntale todo lo que puedas. ¿De acuerdo?

Ross asintió.

—¿Estás seguro de que no sabes dónde podemos encontrar a los otros muchachos?

Ross negó con la cabeza.

—Lo único que sé es lo que Crawford me dijo. Nos controlaban cada media hora, para asegurarse de que no hablábamos unos con otros.

McCoy asintió. Se dio la vuelta para marcharse.

—¿Cómo os convenció Lindsay? ¿Cómo os hizo creer todas esas cosas sobre Escocia, todo lo del asunto de la bebida?

—¿Ha llegado a conocerlo? —preguntó Ross, repentinamente animado.

McCoy asintió.

—Entonces sabrá cómo es. Es brillante. Y de entre todos los cadetes nos eligió a nosotros cinco. Nos dijo que éramos una banda de hermanos, que estaríamos juntos toda la vida.

—¿Y le creísteis? —preguntó McCoy.

Ross asintió y volvió a bajar la vista a su regazo.

—Nunca había tenido amigos de verdad, ni en el colegio ni en el trabajo. Ahora tenía a Lindsay y a los otros. Formaba parte de algo. Era alguien. —Alzó la vista. Sonrió—. Habría seguido al coronel Lindsay al fin del mundo.

Cuarenta y siete

Tras las palabras de Ross, resultaba más plausible que la casa de Lindsay fuese el lugar en el que se refugiaban los muchachos desaparecidos. Apartada, segura, no demasiado lejos de Glasgow. Un lugar ideal en el que esconderse. Los chicos habían aprendido allí a trabajar sobre el terreno, debían conocer bien el entorno. Por ese motivo, McCoy y Faulds estaban sentados en la parte trasera de un coche patrulla, con las luces y la sirena puestas, en dirección a Gourock y al ferri que llevaba a Dunoon.

McCoy les había contado a Murray y a Wattie lo que Ross le había confesado. También les dijo que estaba convencido de que decía la verdad. Murray maldijo y despotricó, pero para McCoy tenía sentido. Lo de las células era una buena idea, justo lo que hubiese llevado a cabo un militar inteligente. Enviaron a un equipo de investigación al cuartel por si acaso Meiklejohn había mentido sobre lo de esconder a Donny Stewart y para comprobar si había algún otro muchacho allí.

Wattie tenía pensado interrogar de nuevo a Ross. Le dieron ropa limpia, una taza de té y algo de comer. Quería ver si podía sacar de él algo más por la vía amable. Un rápido vistazo a los archivos que les había entregado Meiklejohn demostró que los jóvenes desaparecidos encajaban en el mismo perfil que Thomas Ross y Paul Watt. Bajas calificaciones, hijos únicos, padres desaparecidos, soñadores que andaban buscando un cambio en sus vidas. Lindsay los había escogido cuidadosamente. McCoy le dijo a Wattie que se comportase como el hermano mayor que Ross nunca había tenido, que se ganase su confianza.

Saber que Ross no era el único, que había otros cuatro artificieros sueltos, incluyendo a Crawford, implicaba que el asunto adquiría otro nivel. Trabajar contrarreloj obligaba a hacerlo todo al doble de la velocidad habitual. El coche en el que iban lo conducía Colin Nish, el mejor conductor de la comisaría; había recibido formación especial en Inglaterra. Les había parecido buena idea, pero ahora McCoy no lo tenía tan claro. Debido a la elevada velocidad, empezaba a sentirse mareado. Saltaban de un carril a otro, a veces incluso circulaban en dirección contraria. De esa manera, aumentaban sus posibilidades de morir en un accidente de coche antes incluso de llegar al destino. A todo esto, Murray había regresado a la calle Pitt para ponerles al día

sobre los cuatro artificieros y para pedirles más recursos si era necesario. No envidiaba en absoluto la posición en la que Murray se encontraba.

—Esto es un puñetero infierno —dijo Faulds agarrándose con fuerza al asiento—. ¿No deberíamos decirle que aminorase un poco?

—No creo que pueda hacerlo —respondió McCoy encogiéndose al tomar una curva y ver aparecer el río Clyde y Dumbarton Rock—. Tendremos que confiar en él.

Además de conducir a Dios sabría cuántos kilómetros por hora, Nish hablaba por radio llevándose el receptor a la boca, intentando hacerse oír por encima del ruido del motor y del chirriar de los neumáticos.

—Estamos llegando a Port Glasgow, señor —gritó. Una pausa mientras escuchaba—. De acuerdo. Correcto.

Dejó el receptor en su sitio. Volvió la cabeza para mirar a McCoy y gritó:

—Cambio de planes. Una lancha de policía nos recogerá en el muelle de Greenock, en la aduana. ¿Sabe dónde está?

McCoy asintió.

Nish metió la quinta y adelantó a un MG.

—Estaremos allí en cinco minutos.

—Dios mío —dijo Faulds—. Esto parece una puñetera película de James Bond.

—Échale la culpa a Murray —dijo McCoy—. Creíamos que enviarían a agentes locales, pero él tenía otros planes. Porque no saben hacer la o con un canuto.

—Seguramente —reconoció Faulds—. ¡Joder! ¿Y ahora qué?

Nish cruzó dos carriles, realizó un giro con el freno de mano, enfiló la calle que llevaba al muelle de la aduana y detuvo el coche a escasa distancia del límite.

—Ya hemos llegado, caballeros —anunció—. Aquí es donde ustedes deben apearse.

Bajaron los escalones que llevaban hasta la lancha de la policía. Parecía una lancha rápida pintada de azul, con un diminuto parabrisas como única protección contra los elementos. Un joven agente con el uniforme de la policía fluvial les dio la mano y les dijo que se llamaba Archie Clegg. Acto seguido apretó a fondo el acelerador y la lancha salió disparada hacia delante, la proa se elevó hacia arriba y se alejaron del muelle.

A McCoy no solía gustarle lo de ir en barco, pero este viaje lo estaba disfrutando. Saltar por encima del agua a mucha velocidad significaba no tambalearse en exceso, así que no notaba el mareo. Se sentó al lado de Clegg mientras Faulds se quedó encogido en la parte de atrás, pálido como una sábana.

—No hay por qué llegar a Dunoon —gritó McCoy—. ¿Podrías dejarnos en Loch Striven? ¿Cerca de Glenstriven?

Clegg asintió.

—Sin problema. Estaremos allí en quince minutos.

McCoy permaneció a su lado todo el rato, disfrutando de la velocidad y notando las gotas de agua en la cara. Dejaron atrás Gourock, y McCoy se fijó en los grandes buques en el muelle de Holy Loch. Pero no llegó a ver ningún submarino. Pensó en Donny Stewart, tenía la impresión de que fuera lo que fuese lo que le había ocurrido no podía tratarse de nada bueno. Se preguntó qué significaría lo de la Muerte en Abril. Se dio la vuelta para mirar a Faulds, que estaba inclinado sobre la borda, limpiándose la boca con un pañuelo azul celeste. Cuando se volvió para mirar a McCoy, tenía un aspecto tan lamentable que este no pudo evitar echarse a reír.

—Muy gracioso, cabrón —dijo Faulds—. Me estoy muriendo.

Clegg aminoró la marcha, dibujó una amplia curva y se acercó a la costa de Glenstriven. Saltaron al estrecho embarcadero y lo recorrieron en dirección al pueblo.

—La casa está a unos diez minutos por la carretera —dijo McCoy.

Faulds asintió. Todavía tenía mala cara.

—Al menos nos encontramos otra vez en tierra firme —dijo.

La estrecha carretera estaba flanqueada por setos. Reinaba la calma, tan solo se oía el canto de los pájaros y, de vez en cuando, el mugido de una vaca. Podían verse los cerros al otro lado del lago, con sus cimas espolvoreadas de nieve. El sol se había abierto paso por entre las nubes y dejaba notar su calor en los hombros. Resultaba difícil hacerse a la idea de que estaban allí, en aquel entorno paradisiaco, para intentar detener a unos maniacos que pretendían que Glasgow saltara por los aires.

—¿Te gusta el campo? —preguntó Faulds.

—Qué va —dijo McCoy—. ¿Y a ti?

Faulds negó con la cabeza.

—Me he pasado la vida en Glasgow y en Belfast. Soy un urbanita. Toda esta naturaleza me pone nervioso. Puedo pasar un par de días, pero...

—¡Joder! —exclamó McCoy—. Se me había olvidado decírtelo con todo este jaleo. Cooper habló con su tío.

—¿Y? —preguntó Faulds, cauteloso.

—Los chicos de Belfast van a dejar las cosas tranquilas por un tiempo. Quieren revisar todo lo que pasó. Durante un tiempo, no vas a ser su objetivo.

Faulds se detuvo.

—¿Lo dices en serio?

McCoy asintió.

—Gracias a Dios —dijo Faulds.

McCoy señaló hacia la casa, que se veía entre los árboles.

—Ahí está. Knockland.

Cuando llegaron, había dos agentes de uniforme junto a la puerta. Habían llegado de Argyll y Bute. El más alto salió a su encuentro.

—Danny Finch —dijo—. A su disposición.

McCoy asintió y le dio la mano. Debía de tener unos veinte años. El otro se llamaba Jackson. Parecía más joven incluso.

—De acuerdo —dijo McCoy—. Vamos.

—Hay un problema —dijo Finch—. La puerta tiene un candado. Hemos llamado al interfono, pero nadie ha contestado.

McCoy pudo oír mascullar a Faulds entre dientes: «Mierda».

—¿Habéis traído alguna clase de equipo? —preguntó McCoy—. ¿Una cizalla? Nos iría bien.

Finch, como mínimo, tuvo la decencia de enrojecer.

—No —dijo—. Nadie nos dijo que la necesitaríamos.

McCoy resistió la tentación de gritar «¡Cómo cojones creíais que íbamos a entrar?», e intentó mantener la calma.

—El lugar más cercano en el que podemos conseguir una es en la comisaría de Greenock —dijo Finch—. Nos llevaría un par de horas.

McCoy sacó su paquete de Regal, lo abrió, sacó un cigarrillo y lo encendió. De repente, se le ocurrió algo.

—¿Habéis venido en coche?

Finch asintió señalando hacia un Ford Cortina azul marino aparcado en la carretera.

—Vamos —le dijo McCoy a Faulds—. Estaremos de vuelta en media hora.

Cuarenta y ocho

McCoy dejó de escuchar las exageradas disculpas de Finch y se limitó a disfrutar de las vistas del mar mirando por la ventanilla mientras se dirigían a Dunoon. No le hacía gracia admitirlo, pero tendría que haberle hecho caso a Murray y haberlo comprobado todo dos veces. No confíes más que en la policía de Glasgow, le decía siempre. Todos los demás son oportunistas incompetentes. McCoy no solía mostrarse de acuerdo con él, pero las circunstancias apuntaban a que iba a tener que cambiar de opinión.

—Vamos a las atracciones —dijo McCoy camino de Dunoon.

—¿Las atracciones? —preguntó Finch—. ¿Por qué?

—Porque sí —zanjó McCoy. No se veía capaz de decir nada más.

Finch se metió en el aparcamiento dispuesto en el campo que había junto a la feria. McCoy salió del coche y le dijo que regresaría en diez minutos. Cerró la puerta. Necesitaba desahogarse.

La feria estaba preparada para ese día. Habían empezado a retirar las lonas de los puestos. Unos tipos comprobaban las atracciones. Alguien se puso a freír hamburguesas y cebollas, ese olor y el del algodón de azúcar se había extendido por todas partes. McCoy se acercó a un joven que llevaba una camiseta de Black Sabbath y pantalones vaqueros cortos.

—Eh, colega —le dijo—. ¿Hay alguien por aquí relacionado con Patsy Hearne?

El muchacho lo miró con suspicacia.

—¿Quién quiere saberlo?

—Yo. Harry McCoy. Amigo de Patsy del Barnardo's. Lo vieron la otra noche en el Edrom. Necesito un favor.

Las referencias de McCoy funcionaron. Se alegró de no haber mencionado que era policía.

El joven señaló hacia un tipo que bailaba.

—¿Ves a ese tipo de la camiseta negra? Es Tommy, el primo de Patsy.

McCoy le dio las gracias. Esperaba que su plan funcionase. De no ser así, tendrían que esperar y tomar el ferri a Gourock. Entrevió a Finch dando una vuelta por un extremo de la feria. Tenía que cerrar el trato antes de que decidiese unirse a ellos. Se apresuró hasta llegar allí.

—¿Tommy? —preguntó—. ¿Puedo hablar un segundo contigo?

Tommy bajó la llave inglesa y le miró.

—Me llamo Harry McCoy. Soy amigo de tu primo Patsy desde que éramos niños, en Barnardo's. ¿Puedo pedirte un favor? ¿Tienes alguna herramienta que pueda cortar un candado?

Tommy asintió. Parecía ser un hombre de pocas palabras.

—Genial. Puedes ganar cinco libras. Tenemos coche. Tardamos unos diez minutos en llegar. ¿Te parece bien?

Tommy volvió a asentir. Era como intentar mantener una conversación con una estatua.

—El coche está en la entrada, un Ford Cortina azul. ¿Nos encontramos ahí en cinco minutos?

McCoy se apresuró antes de que llegase Finch o que Dios los pillase confesados si Tommy de repente hacía alguna pregunta.

*

Estaban esperando en el coche. Finch hizo unas cuantas preguntas sobre trabajar en Glasgow, cuando Tommy apareció por la cuesta, con una gran bolsa de lona sobre el hombro. Era bajito pero parecía fuerte, acostumbrado al trabajo físico. Estaba a unos doce o trece metros de distancia. McCoy se disponía a abrir la puerta para dejarlo entrar cuando se detuvo, dejó la bolsa y se quedó allí mirando.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Finch.

—Ni idea, joder —dijo McCoy abriendo la puerta del coche—. Espera.

Caminó hasta donde se encontraba Tommy. Pretendía mostrarse amistoso.

—¿Todo bien, Tommy? —le preguntó.

—No —respondió Tommy con un marcado acento de Donegal—. No voy a montarme en un coche con un maldito policía.

Diez minutos después, tras un considerable esfuerzo de persuasión y un monto total de diez libras, aceptó que lo llevasen hasta las puertas de Knockland. Tommy seguía sin tenerlas todas consigo. Como cabía esperar, no dijo ni media palabra durante todo el trayecto. Sentado en el asiento trasero, parecía abatido, con la bolsa de lona sobre el regazo.

Faulds estaba sentado sobre el mismo tronco sobre el que McCoy se había sentado la última vez que había ido ahí. Se había quitado la chaqueta y espantaba los mosquitos con las manos.

—Traigo un poco de ayuda —dijo McCoy.

Faulds se puso en pie.

—Estupendo. Los bichos me están comiendo vivo.

Tommy se acercó a la puerta y observó el candado.

—Quieres que lo corte, ¿no es eso?

McCoy asintió y Tommy sacó una enorme cizalla de la bolsa.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó Faulds.

—Soy amigo de su primo —dijo McCoy.

Tommy colocó el candado entre las enormes mandíbulas de la cizalla, apretó con fuerza, gruñó y presionó más fuerte. Se le puso la cara roja debido al esfuerzo, y después, con un «ping», un pedazo del candado salió volando junto a la cabeza de McCoy y la puerta se abrió de par en par.

—Será mejor que vayamos en coche —dijo McCoy—. Desde aquí hasta la casa todavía queda un buen trecho.

—Yo voy andando —dijo Tommy. Obviamente, volver a meterse en la parte trasera de un coche con un policía era más de lo que podía soportar.

A medida que ascendían hacia la casa, McCoy tenía más dudas sobre lo que podían encontrar allí. ¿Perros guardianes? ¿Un puñado de jovencitos armados? Lo mejor que cabía esperar era encontrar a cuatro adolescentes que se habían dado cuenta de que su líder había desaparecido y que el sueño de una Escocia libre de alcohol se había acabado. Tenía la intuición de que no iba a ser fácil. La expresión que Lindsay había utilizado para referirse a Donny Stewart todavía resonaba en su cabeza. «Uno de los elegidos para la Muerte en Abril.» ¿Quería eso decir que ya estaba muerto? ¿O que iba a llevar a cabo algún tipo de misión suicida con bomba, al estilo de los pilotos kamikazes? Dios santo, eso era lo último que necesitaban.

El coche se detuvo frente a la entrada y todo el mundo se bajó.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Faulds mientras observaba el edificio.

McCoy dio un paso al frente.

—Esto —dijo y llamó al timbre.

Cuarenta y nueve

McCoy no esperaba que contestasen y mucho menos ver salir a quien salió. Se oyeron pasos, el pomo giró y se abrió la puerta. Al otro lado apareció Margo Lindsay. Llevaba puesto un mono holgado de hombre y su famosa cabellera pelirroja recogida en una cola de caballo. Tenía una botella de vino tinto medio vacía en una mano y en la otra una copa de cristal.

—Te conozco —dijo balanceándose ligeramente—. McCoy.

—Así es —dijo él.

Alzó la botella y sirvió una considerable cantidad de vino en la copa. Se lo bebió y se limpió la boca.

—La última de la bodega de mi padre. Chateau Marquis de Terme, 1952. El viejo hijo de puta empezó con seis cajas y ahora solo quedan esta botella y otra más. —Lo miró a los ojos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tengo que echar un vistazo a la casa —dijo McCoy.

Ella sonrió.

—¿Has traído una orden judicial? —Alzó la mano—. La verdad es que me da igual si la traes o no. Hace años que no hablo con el cerdo de mi hermano. —Hizo una reverencia y abrió la puerta del todo—. Adelante.

Dejó la puerta abierta para que McCoy entrase, ella salió y echó a andar por el camino de tierra sin ser capaz de trazar una línea recta.

—¿Esa es Margo Lindsay? —preguntó Faulds. La vieron dar otro trago más mientras caminaba.

—Sí —dijo McCoy. Se volvió hacia los dos agentes uniformados —. Vosotros dos, comprobad el terreno, echad un vistazo en los edificios anexos, garajes, establos y esas cosas.

Finch asintió y los dos agentes se encaminaron a la parte trasera de la casa.

—No sabía que fuesen familia —comentó Faulds.

—Ella vive en una comuna varios kilómetros más allá —dijo McCoy—. Un puñado de hippies.

Abrió la puerta y entraron. No estaba seguro de cómo creía que iba a ser la casa de los Lindsay, tal vez parecida a un cuartel del ejército, pero no tenía nada que ver con eso. El vestíbulo estaba enmoquetado de color azul claro, en las paredes había escenas de caza y paisajes. De una de las paredes colgaba un enorme espejo dorado.

En la de enfrente, sobre una mesa de pie reposaba un libro abierto, como el de las reservas de los restaurantes.

McCoy leyó la cubierta: VISITAS, escrito en letras doradas. No pudo evitar ojearlo.

¡Gracias por este glorioso fin de semana! Duff y Diana, agosto de 1924

Brendan Behan 21/2/54

¡Dos truchas! Boothby, septiembre 1965

La lista era interminable. McCoy conocía a algunas de las personas. El resto parecía una lista inacabable de lores, *sirs* y damas. Cerró el libro. Encima del secreter había una colección de fotos enmarcadas. Cacerías. Salidas de pesca. Gente vestida para jugar al tenis. Gente nadando en el lago.

Recorrieron el pasillo hasta llegar a una puerta. La abrieron.

—Me cago en la puta —dijo Faulds—. No está nada mal.

Y no lo estaba. La estancia, de techos muy altos, era un despliegue de lujo. Papel pintado estampado, moqueta verde pálido cubierta con alfombras orientales, varios sofás rodeando una mesa de café cubierta de libros y pequeños objetos decorativos de aire japonés. Había lámparas de pie por todas partes, las paredes estaban cubiertas de cuadros, sillones con cojines bordados. Un gran ventanal en el extremo de la sala enmarcaba unas vistas del lago y de los cerros que se elevaban más allá.

Apareció Tommy, se sentó en uno de los sillones, de cara al ventanal. Parecía contento.

—Si ves algo u oyes algo, nos pegas un grito. ¿De acuerdo? —dijo McCoy.

Tommy asintió, acomodándose en el sillón de terciopelo.

Faulds y McCoy recorrieron el resto de la casa. Resultaba fácil olvidarse de lo que estaban haciendo allí y simplemente dejarse llevar por la fascinación.

—¿Qué hay que hacer para vivir en un lugar así? —preguntó Faulds cuando llegaron a la biblioteca, con estanterías de pared a pared plagadas de libros con lomos dorados, escritorios y una escalera de caoba montada sobre ruedas.

—Es fácil —dijo McCoy—. Solo tienes que nacer en la familia adecuada.

El dormitorio de Lindsay estaba en la habitación de al lado. Desde allí también se tenían vistas de la bahía. Cuadros de hombres de aspecto severo y hermosas mujeres en las paredes. Una hilera de botas

bien pulidas en el suelo, junto al sofá. McCoy se sentó en la cama, provista de cuatro columnas.

—Creo que estamos buscando en el lugar equivocado. No me imagino a Lindsay permitiéndole a un puñado de adolescentes de Glasgow corretear por aquí.

—No —dijo Faulds—. ¿Es posible que haya algún barracón o algo parecido? Debían de dormir en algún lugar cuando venían aquí los fines de semana.

—Es cierto —reconoció McCoy levantándose—. ¿Qué probabilidades hay de que esos dos zoquetes puedan encontrarlo?

—Escasas —dijo Faulds—. Vayamos a echar un vistazo.

Dejaron a Tommy sesteando en su sillón y salieron a la luz del sol. Había un sendero de grava que bordeaba la casa. Tenía que llevar a algún sitio. Echaron a andar.

—Estaba pensando en lo que dijo Ross sobre la estructura en forma de células. Sé que creíamos que este es el lugar más obvio para ocultarse, pero si lo que dijo Ross es cierto —argumentó McCoy—, es más probable que se hayan dispersado en diferentes lugares. Lindsay no les habría permitido permanecer juntos. Es probable que estén en Glasgow, en apartamentos o en pensiones diferentes, no aquí, esperando a que demos con ellos.

—Seguramente —dijo Faulds—. Pero, de ser así, ¿cómo vamos a encontrarlos? No tenemos ninguna posibilidad.

—Tal vez deberíamos regresar a Glasgow y organizar una búsqueda...

Un silbido. Después otro.

—Que Dios nos asista —dijo Faulds—. Los *boy scouts* deben de haber descubierto algo.

Y así era. Habían encontrado el barracón. Era una cabaña de troncos alargada, con diminutas ventanas en uno de los costados y tejado de tejas negras. En el interior había dos hileras de catres de campaña, algunas con las sábanas revueltas. Daba la impresión de que quien hubiese estado allí había salido a toda prisa. Había pequeñas tazas medio llenas de té sobre una mesita. Un gastado ejemplar de *Playbirds* en el suelo. Las taquillas estaban abiertas. A los pies de una de ellas, en el suelo, había ropa de deporte hecha una bola. Una gran cruz de San Andrés colgada de una de las paredes y un estandarte de tela en otra en la que se leía DEFENS.

—¿Habéis encontrado algo? —McCoy le preguntó a Finch.

Negó con la cabeza.

—Parece como si no hubiese habido nadie en este sitio desde hace unos cuantos días. Hay restos de comida en la basura y moscas por todas partes. La puerta estaba abierta de par en par.

McCoy vio a Faulds vaciando la basura frente a la puerta. Un

batiburrillo de bolsas de patatas, de dulces, lo que parecía un aperitivo de pescado envuelto en papel. Un pañuelo con lo que McCoy esperaba que fuesen mocos. Faulds no parecía tener muchos reparos, lo estaba revolviendo todo sin miramientos. Tomó una pequeña bola de papel. La desenrolló. Miró a McCoy.

—¿Qué pasa? —preguntó McCoy—. ¿Qué es?

Faulds se puso en pie y fue hacia McCoy. Se lo mostró. Parecía un trozo arrancado de un papel más grande.

ros Ba

—¿Qué significa? —preguntó McCoy.

—Quién sabe —dijo Faulds—. Seguramente, nada.

—Aunque podría ser algo. ¿Por qué si no lo habrían roto en pedacitos?

—¿El nombre de alguien? —preguntó Faulds—. La B está en mayúscula.

Se sentó en uno de los catres. Vio unas zapatillas de deporte debajo del de enfrente. Se dio cuenta de que Finch estaba remoloneando a su lado. Alzó la vista.

—En Greenock hay una freiduría —dijo— llamada Coia's. La regentan griegos, no italianos, la compraron.

McCoy asintió. No tenía ni idea de por qué Finch le hablaba de una freiduría.

—¿Está bien? —preguntó.

—Bueno —respondió Finch—. Allí trabaja un tipo que se llama Stav. Stavros. ¿Podría ser él?

—Stavros Ba... —dijo Faulds—. Encaja, pero no tiene mucho sentido.

—Ba —dijo McCoy. Se puso en pie—. ¡Joder!

—¿Qué sucede? —preguntó Faulds.

—No es un nombre —dijo McCoy—. Ba, es un bar. El Andros Bar.

—Dios santo, podrías tener razón —reconoció Faulds—. No queda muy lejos de la calle West Princes y de la licorería. Es un antro, la verdad, pero está en Great Western Road. La misma zona. ¿Crees que es un objetivo?

—Podría ser —dijo McCoy.

Faulds volvió al lado de la basura y se puso a rebuscar con cuidado. Desenrolló todos los trocitos de papel. Alzó la vista y negó con la cabeza.

—Mierda —dijo McCoy—. Es la mejor pista que tenemos. —Se volvió hacia los jóvenes de uniforme—. ¿Cuál de vosotros dos corre más rápido?

—Yo —respondió Finch.

—De acuerdo. Corre a la casa grande. Llama a la calle Stewart y

pregunta por Watson y Murray. Diles lo que hemos encontrado. Que evacúen el Andros Bar de Great Western Road. Diles que es posible que ya hayan colocado la bomba. ¿Me has entendido?

Finch asintió.

—¡Vamos! —gritó McCoy—. ¡Rápido!

Cincuenta

McCoy y Faulds estaban en la sala principal, ambos con la vista clavada en el teléfono, esperando a que sonase. McCoy vertía la ceniza del cigarrillo en la palma de su mano, porque no había sido capaz de desentrañar si alguno de los pequeños recipientes que había por allí era un cenicero o alguna valiosa antigüedad; optó por lo más seguro. Se acercó a la chimenea y lanzó allí la ceniza, le dio una última calada al cigarrillo y también lo lanzó dentro. De repente, algo le vino a la cabeza.

—¿Dónde se ha metido Tommy? —preguntó.

—Se habrá ido a dar una vuelta —dijo Faulds—. Su bolsa todavía está aquí.

—¿Por qué tardan tanto? —se impacientó McCoy—. Tendríamos que saber algo de ellos ya.

—¿Les diste el número?

—No, Hughie, supuse que serían capaces de adivinarlo. ¿Tú qué crees...?

—Ustedes dos están buscando algo, ¿verdad?

Se dieron la vuelta y vieron a Tommy en la puerta.

McCoy asintió.

—Estamos intentando encontrar a un tipo que ha desaparecido. Creemos que puede estar herido o algo peor.

Tommy recapacitó durante unos segundos y asintió.

—Traiga mi bolsa —dijo dándose la vuelta y empezando a subir las escaleras. Se detuvo a la mitad y se dio la vuelta—. Los polis no están aquí, ¿no?

McCoy negó con la cabeza.

—Están echando otro vistazo ahí afuera. Tommy, sabes que nosotros también somos policías, ¿verdad?

—Lo sé —dijo—. Pero llevan traje, no uniforme. Eso significa que son ustedes los jefes, así que supongo que no serán estúpidos del todo.

—Gracias —dijo McCoy. No tenía claro si aquello había sido un halago o un insulto.

Tommy asintió y siguió subiendo las escaleras.

La primera planta de la casa tenía los pasillos y los dormitorios enmoquetados. En las paredes colgaban astas de ciervo y cuadros de paisajes de las Tierras Altas. A través de las ventanas podía verse el verde de los árboles agitados por el viento. Tommy los condujo por un

pasillo hacia la parte de atrás de la casa y se detuvo al final de este.

McCoy dejó la bolsa en el suelo, pesaba una tonelada. Miró hacia la pared, después a Faulds y finalmente a Tommy. No imaginaba por qué estaban allí.

—Tommy. ¿Qué estamos...?

—Nunca imaginé que ayudaría a la policía, pero creo que aquí hay algo que no encaja —dijo Tommy, y golpeó a lo largo de la pared. Incluso McCoy pudo oír sonidos diferentes. Rebuscó en su bolsa, sacó de ella un largo destornillador y lo pasó por la pared. Atravesó el papel pintado con facilidad, parecía estar recorriendo un surco. Siguió la línea que trazaba el surco, hasta dibujar un gran rectángulo en el papel. Dio un paso atrás y observó su obra con orgullo—. Estuve echando un vistazo al edificio desde fuera. Había espacio para una habitación, pero no tenía ventanas. Pensé que podía ser algo así como una alacena o un armario de seguridad, pero era demasiado grande. Se trata de una habitación.

McCoy observó asombrado cómo arrancaba el papel del rectángulo. Le resultó fácil. Una pequeña chapa de madera cubierta a su vez por papel pintado de flores. Detrás había una puerta.

—Me cago en la puta —maldijo Faulds.

—Muy astuto —dijo Tommy entre dientes—. Esta casa es de un militar, ¿verdad?

McCoy asintió.

—Eso lo explica todo —prosiguió Tommy, señalando hacia la cerradura de la puerta—. Es una cerradura Mersey.

—¿Para qué sirve esto en una casa? —preguntó Faulds.

—Diseño militar —dijo Tommy—. Se utilizaba para guardar armas y esas cosas. No es el tipo de cerradura que tendrías en la puerta de tu dormitorio. De hecho, nunca había visto ninguna de estas fuera de una instalación militar. Solo pones una si realmente no quieres que nadie entre ahí.

—Mierda —dijo McCoy—. No lo entiendo. ¿Cómo es que sabes tanto de estas cosas?

Tommy parecía un tanto avergonzado.

—Digamos que no siempre he trabajado en las atracciones. Estoy ayudando a Patsy hasta que encuentre otra cosa.

McCoy pasó a su lado y llamó a la puerta. Gritó.

—¡Donny! ¿Estás ahí?

Escuchó. No hubo respuesta. Volvió a intentarlo.

—¡Quieto! —gritó Tommy empujándolo a un lado. Observó la puerta de arriba abajo. Golpeó con cuidado donde McCoy había golpeado y se echó hacia atrás. Observó la puerta de nuevo. Masculló «qué zorro» y empezó a dar golpecitos en la puerta siguiendo un patrón—. Creía haberlo oído —dijo después de un minuto,

volviéndose hacia McCoy y Faulds—. La madera solo tiene tres centímetros de grosor, es como una cubierta. La puerta de verdad está debajo. Suena a hierro.

—Santo Dios —dijo McCoy—. No quiere que entremos de ninguna manera, ¿es eso? ¿Qué vamos a hacer? No vamos a atravesarla. Tendríamos que traer a ingenieros de Glasgow y eso nos llevaría tres horas.

—No necesariamente —dijo Tommy—. Prometedme que no le diréis a nadie cómo vamos a abrirla.

McCoy asintió.

—No tendré problemas con la policía, ¿verdad?

McCoy hizo el signo de la cruz en su pecho.

—Te lo juro por la tumba de mi madre.

Tommy lo miró a los ojos.

—Soy un hombre de palabra, no me tomo los juramentos a la ligera. Usted tampoco, ¿verdad?

McCoy asintió. No tenía por qué contarle a Tommy que su madre estaba viva y que había perdido su sentido del honor hacía un par de años.

—Bien —dijo Tommy, rebuscando en su bolsillo y sacando toda una serie de ganzúas ensartadas en un anillo—. Vamos a probar suerte.

McCoy y Faulds se sentaron en el suelo del pasillo para observar cómo Tommy trabajaba. Llevaba ya unos veinte minutos. Por lo que McCoy pudo ver, abrir una cerradura consistía en introducir la ganzúa en la cerradura, remover y después maldecir. No tenía ni idea de qué podía haber en la habitación, en qué estado podía encontrarse Donny, si estaría vivo o no. De lo único de lo que no cabía duda era que Lindsay se había tomado muchas molestias para asegurar el lugar, y que fuera lo que fuese lo que ocultaba allí tenía que tratarse de algo turbio.

—¿Cómo lo llevas, Tommy? —preguntó.

—Estoy en ello —dijo—. Estas cerraduras son endiabladas, cuestan una eternidad... —Se detuvo. Giró la ganzúa. Se oyó un suave clic. Una gran sonrisa se dibujó en su cara—. Ya lo tenemos. Toda suya.

McCoy y Faulds se pusieron en pie. Esperaron hasta que Tommy recogió sus cosas, las metió en su bolsa y la apartó a un lado.

McCoy dio un paso al frente y empujó la puerta hacia dentro.

Cincuenta y uno

No era una habitación grande, de unos tres metros cuadrados aproximadamente. No tenía ventanas, como Tommy había dicho, y estaba a oscuras. McCoy palpó la pared en busca del interruptor y encendió la luz. Oyó a Faulds, detrás de él, que decía: «Me cago en la puta», y entró.

El suelo al completo de la habitación estaba cubierto de fotografías, tres o cuatro capas de ellas, algunas apiladas. Había por todas partes, apenas se podía entrever el suelo en algunos puntos. Era imposible no pisarlas. McCoy bajó la vista. Su pie derecho estaba sobre una foto de un joven negro atado sobre lo que parecía un caballo con arcos, para hacer ejercicios gimnásticos, y su espalda era un amasijo de cortes y sangre. Bajo su pie izquierdo vio una hoja de contactos, con un montón de primeros planos diferentes o de cuerdas alrededor de brazos, atadas con tal fuerza que cortaban la carne.

Alzó la vista de inmediato, le latía el corazón con fuerza y empezó a marearse, pero no había modo de escapar. Las paredes también estaban cubiertas de fotos. Todas ellas de jóvenes sufriendo, atados, torturados, sangrando. McCoy se propuso respirar despacio, calmarse. Había hombres negros, hombres de aspecto asiático y montones de jóvenes blancos, algunos de uniforme, algunos en lo que quedaba del mismo o lo que podía distinguirse bajo las manchas de sangre.

McCoy sintió que se le revolvía el estómago, pero no quería vomitar bajo ningún concepto. Junto a la pared se alineaban cajas con hojas de contactos, a medio vaciar. Más dolor, más sangre. Había dos sillas de comedor, una con cintas de super-8 encima, metidas en pequeñas cajas amarillas. En la otra había un proyector. Podía leerse algo escrito en la pared de enfrente, en lo que McCoy esperaba que fuese pintura roja.

VATER! HILF MIR!

McCoy apartó a Faulds, salió a toda prisa de la habitación y logró encontrar un lavabo antes de vomitar. Se limpió, se lavó la cara con agua fría, regresó y se detuvo al lado de Tommy en el pasillo. Sacó sus cigarrillos y encendió uno. Oyó los pasos de Faulds en la habitación y después el zumbido de un proyector y la luz blanca que podía

apreciarse por debajo de la puerta.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Tommy.

—Fotografías —contestó McCoy—. Fotografías de gente a la que están torturando.

—Madre de Dios —dijo Tommy santiguándose—. Me voy. No quiero ver nada de eso.

McCoy le vio alejarse. Ojalá él también hubiese podido hacerlo. No tenía claro qué era lo que acababan de descubrir. Algunas de las fotografías parecían antiguas, estaban descoloridas o habían adquirido una tonalidad marrón. ¿Desde cuándo venía sucediendo esto? Cesó el zumbido, la luz se apagó y Faulds salió de la habitación, con el rostro pálido y un par de fotografías en la mano.

Dio un par de pasos y empezó a patear la pared del pasillo. Salieron disparados algunos restos de yeso, pero él siguió pateando hasta quedar exhausto. Al detenerse, tuvo que enjugarse el sudor de la frente y echarse el pelo hacia atrás. Parecía poseído.

—Necesito una copa —dijo.

*

Minutos después, estaban sentados a la mesa del comedor. Dos vasos de cristal y un decantador con whisky frente a ellos. Faulds se había bebido ya la mitad de su copa. Seguía estando pálido. Le temblaba la mano.

—Nunca había visto nada parecido, Harry —dijo—. En toda mi vida. Cristo bendito.

McCoy tenía que preguntárselo, aunque no estaba seguro de querer oír la respuesta.

—¿De qué va la película?

Faulds negó con la cabeza.

—Sabrá Dios. Es como si la hubiesen rodado hace años. Tiene lugar en una habitación. Por lo que se ve a través de la ventana, parece África o algo así. —Le dio otro trago a su whisky—. Lo único que se puede ver es a un joven negro hecho polvo, como si le hubiesen dado una paliza, con la cara toda hinchada. Está atado a algo parecido a una cruz, una X de madera. Desnudo. Y entonces aparece un soldado, con uniforme británico y algo así como unas enormes tenazas en la mano. —Faulds clavó la mirada en la mesa—. Agarra los cojones del tipo con las tenazas y tira hacia abajo. No tiene sonido, pero puedes ver gritar al tipo. Sigue tirando y entonces los arranca y sale disparado un chorro de sangre... —Faulds alzó la vista—. No he podido ver más.

—Me cago en la puta —dijo McCoy—. ¿Ejército británico? ¿Estás seguro?

Faulds asintió. Le acercó una de las fotos. McCoy no quería mirarla, pero sabía que tenía que hacerlo. Se trataba de otro hombre negro, algo mayor en este caso, aovillado en el suelo de lo que parecía ser una celda, encima de un gran charco de sangre. Dos hombres de uniforme, jóvenes, sonrientes, de pie a su lado. Uno de ellos tenía el pie apoyado sobre la cabeza del hombre. Sonreían a la cámara, con pequeños látigos en la mano. McCoy le dio la vuelta a la instantánea. Había algo escrito detrás.

Manyani. Abril de 1956

—¿Manyani? —dijo McCoy—. ¿Dónde está eso?

Faulds se encogió de hombros.

—¿En algún lugar de África?

Le pasó otra foto a McCoy.

Era difícil de distinguir con claridad lo que se veía. Estaba un poco desenfocada. Parecía un pequeño pueblo, con cabañas. Había una pila de alguna cosa en el extremo de la imagen. McCoy pensó en un principio que se trataba de una hoguera, pero al mirar con más atención vio que se trataba de un revoltijo de brazos y piernas.

La dejó sobre la mesa. Intentó respirar lento. Echó un trago de whisky. Le dio la vuelta a la fotografía.

Batang Kali. Abril de 1948

—¿Qué significa todo esto? —preguntó McCoy—. ¿Por qué las tiene Lindsay?

—Esto no es lo más raro del asunto —dijo Faulds—. También he encontrado esto.

Le entregó otra fotografía. Parecía mucho más reciente. Un hombre despatarrado contra una pared de ladrillos, de puntillas. Pelo largo, moretones por todo el cuerpo, vestido únicamente con calzoncillos, con unos grandes auriculares cubriendo sus orejas. McCoy le dio la vuelta.

Brendan Shaughnessy. Dieciséis horas en posición de estrés. Ruido blanco. Ni comida ni bebida.

McCoy miró a Faulds.

—Conozco a Brendan Shaughnessy —dijo Faulds—. Era de la brigada Armagh. Lo arresté en una ocasión, imagínate, por conducir borracho. —Puso el dedo sobre la fotografía—. ¿Qué demonios hace una fotografía de Brendan Shaughnessy aquí? ¿Qué le hicieron?

McCoy negó con la cabeza.

—No tengo ni idea de qué es todo esto ni de qué relación tiene con Lindsay. Alguien que sepa del Ejército británico o de historia

militar tendría que venir a echar un vistazo.

—¿Crees que Lindsay fue uno de los que tomó las fotografías? —preguntó Faulds.

McCoy pensó durante unos segundos.

—Podría ser. Ahora debe de tener casi sesenta años.

Sonó el teléfono.

McCoy y Faulds se miraron. Habían olvidado por completo la llamada. Echaron a correr hacia la sala principal y McCoy respondió. Escuchó lo que le decían.

—¿En serio? —Miró a Faulds, sonrió y alzó el brazo en señal de triunfo—. Eso es genial. Buen trabajo. Escucha, Wattie, quiero que busques a alguien en la universidad que sepa del ejército o de la historia militar reciente. Tienes que traerlo aquí lo antes posible. Nish, la lancha y todo lo demás, ¿de acuerdo? —Escuchó de nuevo—. Estupendo. —Colgó el aparato—. Por eso han tardado algo más en llamar. El cabrón metió la bomba en una bolsa. La escondió en un armarito que había en el lavabo, donde guardan los productos de limpieza. Tenía un temporizador preparado para las ocho en punto de esta noche. Viernes. En la hora más concurrida. Han logrado desactivarla. Todo en orden.

—¡Sí, señor! —exclamó Faulds.

McCoy asintió.

—¿Puedes hacerme un favor? Ve a buscar a los dos zoquetes de la local y diles que vayan al muelle de Glenstriven a esperar. Tienen que traer aquí al tipo de la universidad.

Faulds asintió.

—No te preocupes. Seguro que están ahí fuera fumando y rascándose el culo. Quejándose de que la policía de Glasgow no les deje participar en nada.

McCoy vio cómo se alejaba. Podría haber ido con él, pero tenía que hacer una cosa. Tenía que volver a la habitación e intentar encontrar algo que le ayudase a saber qué le había pasado a Donny Stewart. Y quería hacerlo solo. No quería que Faulds le viese desmayarse o volver a vomitar. Subió las escaleras con el estómago ya revuelto. Lo último que le apetecía hacer en el mundo era volver a entrar en aquella habitación, pero tenía que hacerlo. Se encomendó al cielo para no encontrar nada relacionado con Donny Stewart.

Cincuenta y dos

McCoy estaba sentado encima de todas aquellas fotos y pedazos de papel. Empezó por la zona que quedaba más cerca de la puerta y fue avanzando en dirección al fondo de la habitación. Solo tuvo que levantarse y salir afuera un par de veces. Una de ellas, cuando encontró la foto de una mano con dos dedos cortados, y otra cuando vio una fotografía de la cabeza de un hombre negro sumergida en lo que parecía el cubo de una letrina.

Todavía no había encontrado nada relacionado con Donny Stewart. La mayoría de las fotos parecían antiguas, tomadas en el extranjero. Agarró una de las cajas de cartón y empezó a ojear el interior. Se detuvo. Sacó la fotografía de un joven, de la misma edad que los cadetes. Estaba sentado en un sofá grande en lo que parecía ser la sala principal que había en la planta baja de la casa. Reía, con el pecho al descubierto y una botella de cerveza en la mano. Siguió pasando las fotografías. Encontró otra, del mismo muchacho, pero en esta ocasión estaba tumbado en la alfombra que había frente a la chimenea. Era la planta baja, sin duda, porque McCoy reconoció el espejo y los cuadros de la pared. Parecía inconsciente. Siguió pasando imágenes. Se detuvo. Maldijo entre dientes.

En esta ocasión, el joven aparecía desnudo, atado con cuerdas. Estaba tumbado sobre un suelo de piedra y no estaba inconsciente ni dormido. Gritaba. Leyó lo que ponía en la parte de atrás.

N.H. Abril de 1973.

¿Era uno de los cadetes? Tenía que preguntárselo a Meiklejohn. Se puso de pie. Se fijó en que tenía un pedazo de papel pegado al zapato. Lo arrancó. Era antiguo, de color parduzco y la tinta casi se había borrado. En algún momento debió de mojarse y costaba distinguir algunas de las palabras.

15 de abril de 1945

..... es indescriptible. He visto cosas que no creía que existiesen en esta tierra. El olor de excrementos humanos era ..... vi el infierno en la sombra de los pinos ..... y esa tarde ..... pillamos a uno, un joven

soldado, rubio, ojos azules .....que eran lo bastante fuertes, se turnaban con los cuchillos, él gritó: *Vater! Hilf mir!*

McCoy alzó la vista para leer las letras rojas pintadas en la pared. Volvió a mirar el papel.

y estaba llorando y ..... todo el mundo apartó la vista, pero yo no, yo miré. Y, de repente, supe que estaba ahí para.....

No pudo entender nada más. Quiso recordar. ¿Qué había sucedido en la guerra en abril de 1945? A esas alturas, debía de estar a punto de acabar. Dejó el papel sobre la pila de fotografías que había escogido y salió para telefonear a Meiklejohn. ¿Por qué todo parecía estar relacionado con el mes de abril? ¿Fue entonces cuando comenzó todo? Daba la impresión de que estaba intentando resolver un rompecabezas con tan solo la mitad de la información. Realmente esperaba que Wattie hubiese logrado encontrar a alguien. Tal vez entre todos serían capaces de descubrir el sentido de todo aquello.

*

—¿Ha entrenado a alguien con las iniciales NH? —preguntó McCoy.

—Déjeme pensar —dijo Meiklejohn.

McCoy esperó, vertiendo la ceniza dentro de un jarrón. Se veía reflejado en el espejo que colgaba encima de la chimenea. No tenía buen aspecto. Viejo. Cansado. Podía oír al otro lado de la línea cómo Meiklejohn trasteaba con papeles. Regresó.

—He tenido que buscarlo. Dos. Neil Harrison y Norman Hill. ¿Por qué?

—¿Alguno de ellos ha desaparecido?

—No. Vi a Norman Hill el otro día. Ahora se dedica a limpiar cristales. Neil Harrison se mudó a Londres.

—¿Quién le dijo que se había mudado a Londres? —preguntó McCoy.

—Crawford... Me dijo que al bajar del tren de Greenock, en la estación Central de Glasgow, se cruzó con él, que acarreaba una maleta y que estaba a punto de subirse al tren. Le dijo que estaba harto de Glasgow y de su padre.

Crawford. Ese mierdecilla. Ahora McCoy estaba seguro.

—¿Recuerda cuándo se fue?

—Sí. El pasado mes de abril. Lo recuerdo porque no quiso ir al viaje a Aldershot y se marchó la semana antes. Tuve que cambiar los billetes. Un jaleo.

Otra vez abril, pensó McCoy. ¿Y si se tratase del mes de abril de

todos los años?

—¿Podría echar un vistazo a sus archivos y ver si alguien más desapareció en abril? ¿Podría comprobarlo también en los archivos del ejército, comprobar si alguien desapareció en la base escocesa en abril?

—¿De qué va todo esto? —preguntó Meiklejohn—. ¿Solo el mes de abril?

—Solo abril. No creo que simplemente desaparecieran —respondió McCoy—. Creo que es posible que les pasara algo, algo malo.

—Dios mío —dijo Meiklejohn—. Ahora me pongo con eso.

Colgó el teléfono y McCoy llamó después a la comisaría. Pidió que le pusieran con Murray.

—Buen trabajo con lo del Andros Bar —le felicitó—. Hemos salvado un montón de vidas. Esa bomba era el doble de grande que la anterior. ¿Cómo lo supisteis?

—Tuvimos suerte —dijo McCoy—. Mucha suerte.

—Por cierto, ¿qué demonios está pasando ahí arriba? Watson ha estado hablando con gente de la universidad cada cinco minutos.

—Necesitamos a un experto —dijo McCoy—. ¿Vienen para aquí?

—Llegarán en cualquier momento —respondió Murray—. Por lo visto, se trata de un profesor especializado en la historia militar del siglo XX. Tuvimos que sacarlo de una conferencia sobre Suez.

—Genial. Necesito que haga una cosa, Murray. Tenemos que realizar una búsqueda a fondo en la casa y los alrededores. Probablemente nos haga falta gente del concejo de Argyll y Bute y algunos de Glasgow.

—¿Por qué? —preguntó Murray—. ¿Se puede saber qué estamos buscando?

—Cuerpos —dijo McCoy—. Cabe la posibilidad de que haya más de uno. En cuanto llegue el profesor y se ponga manos a la obra, volveré a la comisaría y se lo explicaré todo.

Oyó la respiración profunda de Murray. Podía imaginárselo fumando en pipa.

—¿Estás seguro de lo que haces, McCoy? Una operación así supone un gran operativo.

McCoy observó la fotografía de Neil Harrison gritando.

—Estoy seguro —dijo—. Que vengan lo antes posible. Y envíe a Wattie para que se encargue de organizar la búsqueda. Lo hizo muy bien el año pasado cuando buscábamos a Alice Kelly.

Murray dijo que lo haría y McCoy colgó el teléfono. Se sentó en uno de los sillones. Necesitaba tomarse un respiro. Tenía que intentar entender qué estaba ocurriendo. Había un cuadro en la pared de enfrente. El coronel Angus Lindsay. Con bigote y vestido de uniforme.

Parecía un hombre duro, frío. Con un bastón bajo el brazo.

Vater! Hilf mir!

Cincuenta y tres

McCoy estaba sentado en las escaleras que daban a la puerta de la casa, observando las idas y venidas. Habían enviado a unos veinte agentes desde Argyll y Bute. Se hallaban en la zona de césped, fumando, haciendo bromas entre ellos. Las furgonetas que los habían traído estaban aparcadas en línea en el sendero de acceso. Ahora solo faltaba que llegase Wattie y asignase las tareas. Encendió un cigarrillo y apartó los mosquitos de su cara con la mano.

Tenía el pálpito de que Crawford Lindsay era el elemento clave. Había ayudado a organizar el tema de las bombas, y ahora que Lindsay estaba fuera de combate, el joven Crawford debía de haber tomado las riendas de las siguientes acciones que se iban a llevar a cabo. Había mentido sobre Neil Harrison y su traslado a Londres. La pregunta era si sabía por qué había mentido. ¿Le habría pedido su padre que lo hiciese o su implicación era más directa?

Un movimiento en la curva del sendero de acceso llamó su atención. Eran Faulds y Wattie y un hombre que parecía ir proclamando que se dedicaba a la docencia. Llevaba un traje de tweed, la camisa medio fuera de los pantalones y unas pequeñas gafas redondas. Miraba a un lado y a otro tratando de no quedarse atrás, debía de resultarle difícil, pues iba cojeando, arrastraba la pierna izquierda.

Wattie hizo un gesto con la mano y McCoy también le saludó. Se alegraba de verlo, no solo porque la búsqueda tenía que dar comienzo. Aquella gran cara de bobo, de un modo u otro, siempre alegraba a McCoy. Se puso en pie, se sacudió la tierra del trasero de los pantalones, y esperó a que llegasen.

—Estupendo, Harry —dijo Wattie—. Veo que las tropas han llegado.

—Tienes que organizar la búsqueda —dijo McCoy—. Por los terrenos y también en las edificaciones exteriores. Estamos buscando tierra removida recientemente, árboles caídos, bodegas, sótanos. Esa clase de cosas.

—¿Buscamos un cuerpo, entonces? —preguntó Wattie.

—Tal vez más de uno.

Wattie asintió, echó a andar y le dijo a voz en grito al grupo de agentes uniformados que se agrupasen.

—Este es el profesor Burns —dijo Faulds.

McCoy le tendió la mano y Burns se la estrechó. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la casa.

—Es una David Bryce —dijo con una sonrisa.

—¿Una qué? —dijo McCoy.

—El arquitecto. Lo sé porque yo crecí en una de ellas. Inzievar House. Cerca de Dunfermline.

—¿En serio? —dijo McCoy, preguntándose por qué siempre tenía que tratar con escoceses que hacían gala de un pijo acento inglés—. Vamos. Necesito que le eche un vistazo a una cosa.

McCoy le llevó hasta el comedor. Sirvió un vaso de whisky y se lo ofreció. Burns parecía anonadado.

—Beba —dijo McCoy—. Va a necesitarlo.

Burns dio un trago e hizo una mueca.

—No me apasiona el whisky. Me va más el vino tinto.

—Seguro que conseguimos encontrarle algo de eso —dijo McCoy —. Hughie, ¿podrías traernos una botella de vino tinto del sótano?

Faulds asintió y se apresuró en su busca.

—Su hombre, Watson —dijo Burns—. No me ha explicado por qué tenían que traerme aquí. ¿Es algo relacionado con historia militar?

McCoy asintió.

—En la planta de arriba hay una montaña de fotografías. Necesito que intente identificar dónde se tomaron y cuál es el motivo. Al parecer, las más antiguas tiene que ver con la guerra y llegan hasta Irlanda del Norte. ¿Entra en su especialidad?

Burns asintió.

—Soy especialista en conflictos coloniales. Restos del Imperio, cómo se liberaron, cómo alcanzaron la independencia. Sobre la Segunda Guerra Mundial no estoy tan puesto, a decir verdad.

Faulds regresó con una polvorienta botella que le entregó a Burns.

—He pillado la misma que Margo estaba bebiendo —dijo—. No sé nada de vino.

Burns tomó la botella. Alzó las cejas.

—¿Chateau Marquis de Terme? No está nada mal. Es una lástima tener que abrirla sin nada de comer o sin una mayor ceremonia.

—Ábrala —dijo McCoy—. Lo va a necesitar.

Cincuenta y cuatro

McCoy condujo a Burns hasta la habitación, ahora con una copa de vino en la mano. Le dijo que iba a ver cosas horribles. Burns parecía asustado.

—Lo siento —dijo McCoy—. Pero tiene que entrar ahí. ¿De acuerdo?

Burns asintió y abrió la puerta. McCoy no tenía pensado volver a entrar. Le dijo a Burns que bajase cuando hubiese acabado y que lamentaba ponerle en esa tesitura. Faulds sí entró con el profesor. Era el único que sabía cómo funcionaba el proyector.

McCoy permaneció en la sala principal, observando el reloj que había en la repisa sobre la chimenea. Llevaban ya una hora allí arriba. A través de un ventanal enorme podía ver a Wattie y a una larga fila de agentes uniformados recorriendo el terreno. Una casa hermosa, whisky de malta y vino tinto del caro, antigüedades por todas partes, y ¿qué estaban haciendo allí? Intentando descubrir qué retrataban las más horribles fotos que McCoy había visto en su vida. En ocasiones como esa, lamentaba haberse hecho policía. Sacó su botellín de Pepto-Bismol y le dio otro trago. No estaba seguro de si le iba bien o no, porque el estómago le dolía la mayor parte del tiempo.

Oyó pasos en la escalera y vio aparecer a Faulds, con una pila de fotos bajo el brazo. Burns iba detrás de él, con la copa de vino vacía en la mano. McCoy vio cómo Burns se acercaba al aparador, llenaba la copa hasta el borde y se bebía la mitad de un trago. Volvió a llenar la copa. Se sentó en el sofá y se llevó las manos a la cabeza.

McCoy miró a Faulds y gesticuló con la boca: «¿Se encuentra bien?».

Faulds se encogió de hombros. Y sin que se oyese palabra, dijo: «¿Cómo cojones saberlo?», y dejó las fotografías sobre la mesa.

Burns alzó la cabeza.

—Tendría que haberme advertido.

—Lo hice —dijo McCoy.

—No creo que nada me hubiese podido preparar para eso, pero podría haberlo intentado.

—Lo siento —dijo McCoy—. Pero no podía arriesgarme a que se negase a entrar.

—Me rompí la pierna esquiando cuando tenía catorce años —dijo Burns—. Una rotura fatal. Mi intención era alistarme en el ejército. —

Sonrió—. Cuando esa posibilidad se esfumó, decidí estudiarlo. Ha sido el trabajo de mi vida, algo de lo que he disfrutado inmensamente. Hasta hoy. Así es. Hoy me he planteado que ojalá no me hubiera interesado jamás por la historia militar. Que ojalá hubiera dedicado mi tiempo a la Grecia antigua, a cualquier cosa que hubiese significado no tener que entrar en esa habitación. —Dio otro trago de vino—. Pero he entrado —dijo—. Así que, dígame, ¿qué quiere saber?

—De qué van esas fotos —dijo McCoy—. Los que aparecen ¿son oficiales? ¿Todo tiene que ver con Lindsay o hay una razón mayor? ¿Y qué tiene que ver el mes de abril con todo el asunto?

—Empecemos con Lindsay —dijo Burns—. A partir de ahí, todo se complica. Lindsay era..., ¿es? —Alzó la vista.

—Coronel Angus Lindsay. Esta casa es suya.

—Por lo visto, estaba en los Highlanders —dijo Burns—. Las primeras cosas que he encontrado están fechadas en abril de 1945. Cuando liberaron Buchenwald.

—Dios mío —dijo McCoy.

—Hay varias fotografías de oficiales. Por lo que yo recuerdo, el plan era grabar lo que había ocurrido en los campos para mostrárselo al pueblo alemán, hacerles conscientes del horror que habían causado. Fue un proyecto rápidamente archivado cuando los rusos se convirtieron en el enemigo. —Sonrió—. Pero esa es otra historia. Otras fotografías parecen instantáneas *amateurs,* seguramente tomadas por Lindsay. Y, por desgracia, también hay un fragmento de película. Da la impresión de que se pasó la cinta a un formato mayor para poder verla en un proyector de ocho milímetros. Para uso doméstico, del tipo que se suele utilizar para enseñar las grabaciones familiares o de las vacaciones. —Dio otro buen trago de vino—. Tanto las instantáneas como la película muestran lo mismo. Cuando liberaron los campos, y esto pasó en muchas ocasiones, los sentimientos estaban, comprensiblemente, a flor de piel. En más de una ocasión, las autoridades miraron para otro lado cuando los prisioneros, aquellos que eran capaces de hacerlo, se vengaban de los guardias que, por desgracia para ellos, habían sido atrapados. —Se puso en pie y repasó la pila de fotografías, encontró la que andaba buscando y se la pasó a McCoy—. Eso es lo que muestran las fotos de Lindsay.

McCoy se armó de valor y bajó la vista.

Un joven rubio, con el uniforme medio desgarrado, estaba atado a un árbol, con las manos a la espalda. Parecía sano, pero su torso estaba cubierto de sangre seca. Un hombre demacrado, medio esquelético, le estaba apuñalando en el pecho mientras otros tantos esperaban detrás de él, formando una fila, con un cuchillo o trozos de cristal en las manos.

—Los prisioneros estaban muy débiles —dijo Burns—. Sus cortes

y heridas no eran muy profundos. Si viese la película, algo que no le recomiendo, entendería que fue la acumulación lo que le mató. Tardó un buen rato en morir. —Otro trago de vino—. Ese parece ser el primer acontecimiento, y el más importante, en el que Lindsay se interesó. De ahí lo que está escrito en la pared. *Vater! Hilf mir!*

—¿Qué significa? —preguntó McCoy.

—Significa «Padre, ayúdame». Seguramente, era lo que decía el hombre mientras se ensañaban con él.

Burns vació la copa.

—¿Podemos abrir otra botella? —preguntó.

Faulds asintió y fue en busca de ella.

—A partir de aquí, las cosas se ponen turbias —dijo Burns.

—¿A qué se refiere?

—Existe una parte de la historia militar de la que nunca hablamos. La historia de las cosas que se hicieron mal, de forma ilegal. Torturas, abusos. Tuvieron lugar, especialmente, en los conflictos coloniales. La cuestión radica en saber si Lindsay estuvo allí dejando constancia o si lo instigó. ¿Conoce Amnistía Internacional?

McCoy negó con la cabeza.

—Es una entidad benéfica relativamente nueva. Más bien, un grupo de protesta. Investigan abusos en los derechos humanos. El trato que se les dio a los prisioneros políticos rusos en el gulag, esa clase de cosas. —Se puso en pie, se acercó a la pila de fotografías y escogió la de Brendan Shaughnessy—. Esta es la fotografía más reciente. Da la impresión de ser algún tipo de centro de detención en Irlanda del Norte.

Faulds apareció con otra botella en la mano.

—¿Este va bien? —preguntó. Burns ni siquiera la miró. Asintió sin más. Faulds tomó el sacacorchos y la descorchó.

—Amnistía Internacional publicó un reportaje, hará un par de años, en 1971, si no recuerdo mal. Afirmaba que los prisioneros del IRA estaban siendo torturados. El Gobierno británico dijo que eso no tenía sentido. Lo pasó por alto. Dijeron que era propaganda republicana. —Alzó la foto de Brendan Shaughnessy—. Perdone el tono melodramático, pero aquí tenemos la pistola humeante.

Faulds le pasó otra copa y comentó:

—Esto provocaría la Tercera Guerra Mundial en Irlanda.

Burns asintió.

—Uno de mis alumnos de doctorado está investigando la caída del poder colonial y cómo tendió hacia el abuso en sus últimos días. —Señaló las fotos—. Adén, Malasia, Kenia, Irlanda e incluso Corea. Todo está ahí, fotografiado por Lindsay. —Burns bebió vino. Sonrió—. Casi parece una coincidencia que el mismo hombre estuviese presente en todas esas ocasiones.

—¿Quiere decir que estaba allí de manera deliberada? —preguntó McCoy.

Burns asintió.

—Los británicos utilizaron su poder colonial para muchas cosas, pero una de ellas fue perfeccionar sus técnicas de interrogatorio y tortura. Lo que aprendieron en los campos Mau Mau de Kenia ayudó a concretar lo que estaba pasando en las afueras de Belfast, por decirlo de algún modo.

—¿Así que a eso se dedicaba realmente Lindsay en el ejército? ¿A refinar las técnicas de tortura? —preguntó McCoy.

Burns se encogió de hombros.

—Cabe la posibilidad.

—Y le pilló el gusto —comentó Faulds—. Siguió haciéndolo cuando se retiró.

—Los cadetes desaparecidos —dijo McCoy—. Por amor de Dios.

Pensó en la fotografía de Neil Harrison gritando. Se preguntó cuántos más habrían pasado por eso. Burns parecía haberle leído la mente.

—Hay seis o siete fotos que no parecen tener un enfoque militar. —Se dirigió al aparador para llenar de nuevo su copa. Se detuvo. Observó uno de los sillones de gastado cuero rojo. Se volvió hacia McCoy—. Por Dios. Una de las fotos fue tomada ahí. En ese sillón.

Se le aflojaron las rodillas y cayó sobre la alfombra como si fuese un niño. Empezó a llorar.

McCoy le pasó la bebida. Le dio las gracias. Y se dirigió hacia la puerta.

Cincuenta y cinco

McCoy había apoyado la cabeza en la ventanilla del coche. Veía pasar el mundo al otro lado, intentando ordenar sus pensamientos. Si Burns estaba en lo cierto, no había modo de saber qué le había pasado a Donny Stewart. No quería ni imaginarlo. Y no solo se trataba de Donny. A saber cuántos chicos más habrían desaparecido allí. McCoy necesitaba que Lindsay empezara a hablar de las bombas y de los muchachos desaparecidos. Tenía que encontrar un modo de hacerle hablar. Había pensado en ir directamente al hospital, pero cuando llamó por teléfono al doctor Basu desde Greenock, este le dijo que volvía a estar inconsciente, que lo más adecuado era intentarlo por la mañana. Si dormía durante toda una noche, tal vez estaría en su sano juicio cuando se despertase. Se dijo que si Lindsay era consciente de lo que había hecho, tomaría más drogas de la cuenta para perder el sentido y no responder a ninguna pregunta relacionada con ese tema.

Wattie estaba al volante. Habían dejado a Faulds en la casa. Tenían que seguir buscando, por eso se iba a quedar a pasar la noche y volverían a empezar a primera hora de la mañana. El recuerdo de la habitación le golpeaba de vez en cuando. Comprobó la hora en su reloj. Casi las siete. Supuso que se tomaría otra copa y comería alguna cosa. Tal vez iría al Central. Si Stewart estaba allí, podría decirle lo estúpidos que habían sido Cooper y él. Si no estaba, no pasaba nada. Tenía otras cosas en la cabeza además de echarles la bronca. Por otra parte, ¿qué sentido tenía? Lo hecho, hecho estaba.

—¿Se duerme? —preguntó Wattie.

—Qué va —dijo McCoy. Se enderezó en el asiento. Se puso a buscar sus cigarrillos.

—¿Dónde quiere que lo deje? —preguntó Wattie—. ¿En la calle Gardner?

McCoy negó con la cabeza.

—En cualquier lugar del centro. Voy a ir a tomarme algo. ¿Te apetece?

—Me voy a casa a ver a mi retoño —respondió Wattie—. A ver qué ha preparado Mary para cenar. Seguramente me envíe a una freiduría.

McCoy encendió un cigarrillo. Dejó la cerilla en el cenicero de la puerta.

—No suena mal —dijo. Y lo creía. Recordaba las semanas

posteriores al nacimiento del pequeño Bobby. El apartamento era un caos, pañales y botellas por todas partes, estaban demasiado cansados para cocinar y la mayoría de las noches compraban comida para llevar. Le alegraba el mero hecho de sentarse en medio del caos y ver dormir al bebé.

—¿Quiere venir a verlo? —preguntó Wattie.

McCoy negó con la cabeza. Después de lo ocurrido durante el día, no se sentía con fuerzas. Lo último que necesitaba era tener a un bebé entre los brazos y recordar qué se sentía.

—Iré a verlo el próximo fin de semana —respondió—. Lo llevaré al parque, así Mary y tú dispondréis de unas horas libres.

—Buena idea —dijo Wattie cuando se detuvo frente al semáforo de la calle Jamaica.

—Nos vemos en el Royal a las ocho de la mañana —dijo McCoy —. Veremos si podemos sacarle algo al bastardo de Lindsay.

Wattie suspiró.

—¿Quiere que venga a buscarlo?

—Creí que no me lo preguntarías —contestó McCoy saliendo del coche—. Hasta mañana.

*

El bar del hotel estaba abarrotado, como de costumbre. Turistas y hombres de negocios trajeados tomando algo antes de subir al tren. McCoy echó un vistazo alrededor y, de repente, Jackie se materializó a su lado.

—El señor Stewart está en el restaurante —le dijo.

McCoy asintió. Pensó en cómo se reducirían las propinas de Jackie cuando Stewart regresase a Estados Unidos. Atravesó el bar camino del restaurante. Sabía que Stewart le preguntaría si había alguna noticia sobre Donny y él tendría que decirle que no. No era del todo mentira. Todavía no sabían qué podía haberle pasado. McCoy tenía la ligera sospecha de que, fuera lo que fuese, no sería nada bueno y estaría relacionado con Lindsay, pero no quería decirle eso a Stewart. Por hoy había tenido suficiente. Abrió la puerta y vio a Stewart en una esquina, con el *New York Times* abierto frente a él. Stewart alzó la vista y lo vio mientras se acercaba por entre las mesas. Al menos, tuvo la decencia de parecer abrumado por la culpa.

—Harry —dijo—. Qué bien verte. ¿Tienes hambre? ¿Cenas conmigo?

McCoy asintió casi sin darse cuenta. No había comido en todo el día. Se sentó. Se fijó en los arañazos y los moratones en los nudillos de Stewart.

—Esas marcas son de boxear, ¿no?

Stewart asintió.

—Los guantes no me apretaban lo suficiente.

—¿En serio? —preguntó McCoy—. ¿Fuisteis hasta el Royal con los guantes puestos? Stevie también llevaba los suyos, ¿verdad?

Stewart se moría de la vergüenza.

—Harry, lo siento. Bebimos más de la cuenta y...

McCoy alzó la mano.

—Agua pasada. Ya sabes lo estúpido que fue hacerlo. No es necesario que te lo diga.

Stewart asintió.

—¿Alguna novedad?

—Nada específico —dijo McCoy—. Lo siento.

—Lo encontrarás.

McCoy asintió, menos seguro de lo que lo estaba Stewart. Le preocupaba que la fe que Stewart tenía en él fuese mayor de la que se merecía.

Cenó lo mismo que en la ocasión anterior. Bistec y vino tinto. McCoy no iba a quejarse, era mucho mejor que las barritas de pescado que tenía en casa. Dio buena cuenta de su plato. Dijo que no quería queso y después se comió la mitad del bistec de Stewart. Podían darle bien por saco a la úlcera.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó tras un trago de vino.

—Creo que le he mostrado una fotografía de Donny a toda la gente de Dunoon —dijo Stewart—. Volví esta tarde.

—¿Tuviste suerte? —preguntó McCoy, rebuscando su paquete de tabaco en los bolsillos, decidido a bautizar el cenicero limpio.

Stewart negó con la cabeza.

—Me estaba planteando la posibilidad de volver a centrar todo mi esfuerzo en la Armada. Para ver si mueven el culo y hacen algo.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar por aquí? —preguntó McCoy.

—El que haga falta —respondió Stewart. Su mirada evidenciaba determinación—. No me voy a ir hasta que encuentre a Donny. Es mi hijo y no puedo...

Y entonces empezó a llorar. McCoy no sabía qué hacer. Ya le incomodaba lo suficiente ver llorar a una mujer, por no hablar de un tipo tan grande como Stewart. Se inclinó hacia delante, palmeó la espalda de Stewart al tiempo que este sacaba un pañuelo del bolsillo y empezaba a enjugarse las lágrimas.

—Lo siento —dijo—. A veces me supera. Lo peor de todo es no saber nada. —Se sonó la nariz, volvió a secarse los ojos y metió el pañuelo en el bolsillo—. Lo siento, Harry. Creo que he llorado más esta semana de lo que lo había hecho en toda mi vida.

—Está bien —dijo McCoy—. Tienes todo el derecho.

—No sé por qué, pero Donny siempre me ha preocupado.

Siempre he tenido miedo por él.

—¿Por qué? —preguntó McCoy.

Stewart dudó durante unos segundos. Después se puso a hablar.

—Desde que era un niño, siempre parecía el chaval con el que nadie quiere jugar a la pelota, el que acaba con el ojo morado, el que es motivo de burla, el que nunca recibe una invitación para una fiesta de pijamas. Solía volver a casa llorando, preguntándome qué tenía de malo, por qué la gente se reía de él. Y después, lo que pasó con el niño en el colegio... —Se encogió de hombros—. Creí que se abría ante él otro mundo de problemas. Que fuera cual fuese su vida, eso haría que le resultara cien veces más difícil.

—Y sabías muy bien cómo se sentía —dijo McCoy.

—Sí —dijo Stewart.

—Y no querías que le pasase a él.

Stewart le miró a los ojos. Tragó saliva.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sabía. No hasta ahora. Estuve haciendo preguntas por ahí. Quería saber dónde podría un marino estadounidense encontrarse con otras personas de esas inclinaciones. El tipo al que le pregunté me dijo: «¿Uno joven?». Como si también hubiese mayores. —McCoy sonrió—. Supuse que no tenía que haber muchos marinos estadounidenses mayores en Glasgow en este momento.

—Barry —dijo—. En el Backstage Bar.

McCoy asintió.

—¿Quieres saber la historia? —le preguntó Stewart.

—Solo si tú quieres contármela —contestó McCoy—. No es asunto mío.

Stewart alzó la vista y el camarero surgió de la nada.

—Dos Johnnie Walker —pidió Stewart—. Dobles. —Miró a McCoy—. Tras todos estos años, tal vez también yo tenga algo que contar.

Llegaron las bebidas y Stewart contó su historia. Cómo su padre había notado algo en él cuando era joven, cómo le obligó a entrar en la academia militar, dedicarse al boxeo, enrolarse en la Armada. Las cosas que hacía un hombre de verdad.

—Y lo hice —dijo Stewart—. Porque tenía miedo. Creí que si hacía todas esas cosas no habría modo de que pudiese ser, ya sabes... —Le dio un trago a su whisky—. Me casé, tuve un hijo. Hice todo lo que se suponía que tenía que hacer. Lo tenía todo bajo control. —Sonrió—. Pero ¿qué sucede cuando lo controlas todo? Incrementas la presión y, finalmente, la presión puede contigo. Así fue como acabé conociendo a alguien como Barry. Siempre lejos de casa, siempre con discreción, siempre con cuidado.

—¿Es suficiente? —preguntó McCoy.

—Lo es para mí —dijo Stewart—. Pero Donny pertenece a otra generación. Tal vez será más fácil para él, no lo sé. Tal vez hice lo mismo que hizo mi padre conmigo, me asusté y lo arrastré a la vida militar. Pero cuando lo encuentre le diré que lo sé, que no pasa nada. Le diré que su vida es solo suya.

—¿Le hablarás de ti? —preguntó McCoy.

Stewart negó con la cabeza y sonrió.

—Soy demasiado viejo para eso. Las cosas son como son.

McCoy alzó su copa.

—Por ti. Y que les den por saco a todos.

—Que les den por saco —dijo Stewart, y se bebió su whisky de un trago.

Cincuenta y seis

McCoy dejó a Stewart en el bar del hotel, atendido solícitamente por Jackie. De repente, se le ocurrió que tal vez había en su disposición algo más que el afán de conseguir una propina. Pero no era asunto suyo. Le resultaba curioso, solía pensar que la gente como él, con vidas un tanto desordenadas, eran la excepción. Estaba empezando a creer que, en cuanto arañabas un poco la superficie, comprobabas que ese tipo de cosas le pasaban a todo el mundo. Incluso a excapitanes de la Armada de Estados Unidos con muchísimo dinero. Bajó del taxi en Dumbarton Road. Su idea era subir la cuesta andando hasta el apartamento y así airearse un poco. Como mínimo, eso fue lo que se dijo. Comprobó la hora en el reloj: las nueve y media. Tiempo más que suficiente para tomarse un par de copas en el Victoria y meterse en la cama. Con todo lo que había visto en aquella habitación, su única esperanza de conciliar el sueño radicaba en meterse borracho en la cama.

Abrió la puerta. No era como el bar del hotel Central. Los parroquianos de siempre apostados en la barra, el habitual olor a tabaco y chaquetas mojadas. Metió la mano en el bolsillo para buscar monedas y se dirigió a la barra. Pidió una pinta de cerveza. El barman se la sirvió.

—Ha pasado alguien por aquí buscándote —dijo.

—¿El hombre de las apuestas Littlewood? —preguntó McCoy—. ¿He acertado la quiniela?

—Y una mierda. Un tipo joven. Dijo que volvería. —Señaló hacia la puerta—. Míralo, ahí está.

McCoy se dio la vuelta y vio a Billy entrando en el local. Alzó la mano para saludar. Parecía nervioso, como si no fuese él mismo.

—Al parecer, voy a tener que pedir otra pinta —dijo McCoy, y dejó un billete encima de la barra.

Billy se sentó al fondo del pub. Apoyó la espalda en la pared. Vestía su uniforme habitual: pantalones y chaqueta vaquera, media melena.

McCoy dejó las cervezas sobre la mesa y se sentó.

—No te veía desde hace tiempo.

—Cooper no viene por aquí, ¿verdad? —preguntó Billy.

—No, que yo sepa.

Billy pareció sentirse aliviado y le dio un trago a la cerveza.

A McCoy no se le ocurrió un modo más sencillo de plantear el tema.

—Por el amor de Dios. ¿Qué pasa, Billy? ¿Qué está ocurriendo?

Billy se encogió de hombros. Miró hacia el televisor que colgaba de la pared. Un borroso partido de fútbol en blanco y negro sin sonido. Volvió a mirar a McCoy.

—He intentado cambiar de aires. —Sonrió—. Pero no ha salido bien.

—¿Por qué? —preguntó McCoy—. Por lo que yo sabía, las cosas te iban bien con Cooper.

—Ahora lo sé, pero tenía a William Norton enganchado a mi chepa prometiéndome el mundo. Y fui estúpido. Le creí. Creí que era mi gran oportunidad. Pensé que iba a llevarme el bote, ¿verdad?

—Sigo sin entenderlo —repuso McCoy—. A Cooper le caes bien. Eres listo. Te escucha. Creía que ibais a estar juntos toda la vida.

Billy suspiró. Observó al chaval de los periódicos pasando por entre las mesas con un puñado de ejemplares del *Daily Record* del día siguiente bajo el brazo. COMPLOT FRUSTRADO PARA UNA ÚLTIMA BOMBA, podía leerse en la primera página.

—Contigo es diferente —dijo.

—¿A qué te refieres? —preguntó McCoy.

—Porque eres policía. No sabes lo que es trabajar con él, estar cerca de él todo el día. Cooper es Cooper. Algunos días es tu gran amigo y otros temes que te pegue una patada en el culo. Incluso tras todos estos años, sigo sin saber de qué humor va a estar. Estás tenso todo el rato. No trabajas para él, Harry, no sabes cómo es. No puedes saberlo.

—Eso es cierto —admitió McCoy—. Pero ¿realmente es tan malo?

—Ahora ya no importa. Está hecho.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó McCoy.

—Por eso estoy aquí —dijo Billy inclinándose hacia delante—. Tengo que pedirte un favor.

—Dime —insistió McCoy, con la esperanza de que no fuese a pedirle lo que él creía que iba a pedirle.

—¿Podrías hablar con él? —le preguntó Billy.

A McCoy se le cayó el alma a los pies.

—¿De ti?

Billy asintió.

—¿Le dirías que lo siento?

McCoy aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Creo que ya es un poco tarde para eso, Billy. ¿No te parece?

Billy tenía un aspecto horrible. Apoyó la cabeza entre las manos.

—¿Qué voy a hacer?

—Pero ¿tú no estabas ahora con Norton? —preguntó McCoy—.

¿No había sido esa tu gran idea?

—Sí, pero resulta que no soy más que otro empleado: haz esto, haz lo otro, salta cuando diga que saltes. —Alzó la vista. Sonrió—. Creo que me ha dado gato por liebre.

McCoy quería ayudar, pero no podía mentirle. Tan solo le daría falsas esperanzas y haría que todo fuese peor a largo plazo.

—Creo que has cruzado una línea con Cooper. Ya sabes cómo es. O estás con él o contra él.

Billy asintió.

—No me gusta tener que decirte esto, Billy, pero creo que será mejor que salgas por piernas. Lárgate de Glasgow. No sé qué otra cosa podrías hacer.

—Imaginaba que me dirías eso —declaró Billy—. Supongo que es lo que voy a hacer. —Se puso en pie—. Gracias, Harry. Siempre has sido un amigo.

McCoy se levantó. De repente, temió por la vida de Billy. Le dio un abrazo.

—Cuídate, ¿de acuerdo?

Billy asintió. Se dirigió a la puerta. Salió a la oscuridad de Dumbarton Road y la puerta se cerró a su espalda.

McCoy volvió a sentarse. Se sentía como una mierda. Lo lamentaba por Billy. Le había dado la impresión de que sería la última vez que lo viese. Se estaba cansando de esas cosas. Las amenazas y la violencia y las consecuencias. Vidas arruinadas. Sentía que estaba rozando su límite. No quería seguir viviendo así, formando parte de eso. No quería ver a chicos atados gritando de miedo, a hombres a los que tenían que extraerles pedazos de cristal de la cara. Las vidas de los padres destrozadas cuando él les decía lo que les había sucedido a sus hijos. Toda la mierda que le estaba cayendo encima últimamente era demasiado. Normal que tuviese una úlcera.

Se bebió lo que quedaba de cerveza.

Se fue a casa.

20 de abril de 1974

Cincuenta y siete

—Ha conseguido desayunar un poco —dijo el doctor Basu—. Eso siempre es buena señal. Esta mañana todavía no ha tomado morfina, así que ahora seguramente sea el mejor momento para entenderse con él.

—Su hijo Crawford no ha pasado por aquí, ¿verdad? —preguntó McCoy.

El doctor Basu negó con la cabeza.

—Yo no lo he visto.

McCoy asintió, abrió la puerta de la habitación de Lindsay y entró seguido por Wattie. Olía a lejía y a desinfectante, igual que en todos los hospitales, pero también se apreciaba algo más: un leve aroma a putrefacción. Lindsay estaba sentado en la cama, con un ejemplar del *The Times* frente a él. Un cuenco de cereales vacío sobre la mesita. Su rostro parecía un poco menos hinchado y machacado que el día anterior. La pierna amputada estaba protegida por una jaula de metal bajo las mantas.

McCoy se sentó en una de las sillas junto a la cama. Wattie se quedó en la puerta, cerrada a su espalda.

Lindsay se quitó las gafas y dejó el periódico a un lado. Los miró con una expresión de aburrimiento y desprecio.

McCoy apenas pudo sostenerle la mirada. Los hombres como Lindsay le daban muchísimo asco, hombres que hacían daño una y otra vez a los demás y que lo disfrutaban. Y después se permitían mirar a gente como él como si fuesen ellos los que estaban equivocados por intentar detenerlos.

—Neil Harrison —dijo.

Lindsay se sorprendió. Dibujó una sonrisa en su rostro. Empezó a aplaudir lentamente.

—Bueno, al parecer le subestimé, McCoy. Bien hecho.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —preguntó McCoy.

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó Lindsay—. Me parece obvio. Ha encontrado mi habitación y se las ha apañado para entrar en ella. No era tarea fácil. ¿Puedo preguntarle cómo lo ha conseguido?

—No —dijo McCoy—. Lo que quiero que nos diga es esto: dónde están Crawford y el resto de los muchachos. Cuál es el plan.

Lindsay se dejó caer sobre las almohadas.

—¿Y por qué demonios les contaría eso?

—Porque de ese modo aclararía ese asunto antes del final. Llame también para que detengan las bombas. Todavía está a tiempo.

Lindsay soltó una risotada.

—McCoy. Diga las cosas por su nombre. Doy por hecho que es usted católico romano, pero no parece ser usted de los que creen en la expiación. Bueno, yo tampoco creo en ella. Estoy totalmente preparado para conocer a mi creador tal como soy. Si es que lo hay, quiero decir. El problema es que somos humanos venales. Desagradables, estúpidos y marcados por la mentira. No tenemos a nadie ante quien responder más allá de nosotros mismos. Estoy tranquilo sabiendo lo que he hecho y le aseguro que no voy a ofrecerle ningún tipo de confesión barata en el lecho de muerte. Tráteme con el respeto que merezco. —Se detuvo e hizo una mueca de dolor. Tomó aire un par de veces y prosiguió el discurso—. Pero tiene razón en una cosa. Me queda muy poco tiempo. Días, seguramente. Así que vamos a ponerle algo de interés al asunto, ¿le parece? ¿Por qué no jugamos un poco para pasar el rato? ¿Qué me dice?

McCoy asintió. Tuvo que sentarse sobre sus manos para no levantarse y golpear con ellas a Lindsay en la cara.

—Bien —dijo Lindsay—. Dejándome llevar por la magnanimidad, empezaré yo. El soldado Michael Martyn. Hay unas tierras abandonadas a pocos kilómetros al norte de la casa, en la costa. Hay allí dos árboles. Está enterrado entre ellos. Supongo que esa es la clase de cosas que anda buscando, ¿verdad?

—Dios santo —dijo McCoy—. ¿Va a afrontar este asunto como si fuese un juego?

—¿Por qué no? —preguntó Lindsay—. Estoy atrapado en esta cama, solo puedo ver un pedazo de Glasgow desde mi ventana, una ciudad por la que nunca he sentido gran cariño. Más borrachos per cápita que en cualquier otro lugar. Catedrales papistas por todas partes. Alimentándose de su propio desorden, con la gente de rodillas. Un patrimonio vendido por unas pocas monedas que los ingleses han lanzado en el cuenco de los mendigos. —Tomó aire de nuevo. Sonrió —. Por eso necesito divertirme de algún modo. Y engañar a bobos como usted es algo demasiado sencillo como para resistirse.

—¿Dónde va a explotar la próxima bomba? —preguntó McCoy finalmente.

—No —respondió Lindsay—. Es su turno. ¿Qué es lo que me va a contar usted? ¿Qué podría darme para no volar en pedazos a esa basura alcohólica de Glasgow?

A duras penas fue capaz de pronunciar lo que dijo.

—¿Qué es lo que quiere? —le preguntó McCoy.

—Vaya, vaya, no sea usted así. ¿Acaso no tiene sentido del humor? —replicó Lindsay. Volvió a sonreír—. Se lo voy a poner fácil.

Lo que quiero es algo muy simple. Fácil de organizar. De hecho, es algo de lo que podemos encargarnos ahora mismo en esta habitación. ¿No le suena bien, señor McCoy?

—¿De qué se trata? —preguntó McCoy sentándose con fuerza sobre las manos.

Lindsay señaló con el mentón por encima de su cabeza.

—Ese tipo grandullón detrás de usted. Lo que quiero es que se quite la camisa y que me deje cortarle la piel de la espalda con un cuchillo Stanley. O con un escalpelo. Más fácil de encontrar aquí.

—¿Qué ha dicho? —exclamó McCoy—. ¿Se está quedando conmigo?

—¿Le ha dado esa impresión, McCoy? —preguntó Lindsay—. Obviamente, habría tenido más sentido pedírselo a usted, por lo de la simetría, supongo, pero es usted demasiado mayor, demasiado flacucho. El que está detrás de usted. Watson, ¿verdad? Me recuerda a un joven que vi morir a la sombra de los pinos. Una época gloriosa.

La sombra de los pinos. McCoy sabía exactamente de qué estaba hablando. El papel que había encontrado en el suelo. La película del joven guardia atado a un árbol, hombres esqueléticos en fila para poder acuchillarle.

Wattie no le quitaba el ojo de encima, parecía atemorizado.

—Ni en un puto millón de años —dijo McCoy.

—Una lástima —dijo Lindsay. Volvió a agarrar el periódico.

McCoy se inclinó hacia delante, le arrancó las páginas de las manos y salieron volando por toda la habitación.

—Escúcheme, pedazo de mierda. O empieza a hablar o...

—¿O qué? —gruñó Lindsay, repentinamente iracundo—. ¿Qué podría hacerme usted a mí, McCoy? Aquí soy yo quien está al mando. Soy yo el que dispone de la información que usted desea, y solo hay un modo de que pueda conseguirla, que me siga el juego. Mantendré la oferta durante veinticuatro horas.

Alargó la mano hacia el otro lado de la cama, agarró el vial de cristal de la mesita y le dio varios sorbos a través de una cañita. Apretó el botón de alarma.

—¿Dónde está Donny Stewart? —preguntó McCoy—. ¿Está vivo?

Lindsay se acomodó en las almohadas.

McCoy lo agarró y volvió a sentarlo. Se puso a gritar, no pudo evitarlo.

—¿Dónde cojones está? ¡Dígamelo!

Lindsay sonreía. Los ojos se le empezaron a poner vidriosos.

McCoy lo lanzó contra las almohadas.

—Supongo que todavía estará donde lo dejé —dijo Lindsay—. Es una lástima no haber podido acabar el trabajo que empecé.

McCoy se levantó de la silla, tenía que apartarse de Lindsay. No

estaba seguro de cuánto tiempo más sería capaz de resistir el impulso de pegarle.

—Se lo juro, asqueroso viejo del demonio, voy a...

Se detuvo cuando se abrió la puerta y apareció una enfermera.

—¿Se encuentra bien, señor Lindsay? ¿Está cómodo?

—Estoy bien, querida —contestó—. Pero estoy muy cansado. Necesito descansar. ¿Podría acompañar fuera a estos caballeros? Gracias.

McCoy dio un portazo al salir, le propinó una patada al cubo y a la fregona que estaban junto a la pared del pasillo. Salieron volando, repiqueteando sobre el linóleo.

—¡Cabrón de mierda! —gritó.

La enfermera en el mostrador al fondo del pasillo alzó la vista y lo miró con desaprobación. Chasqueó la lengua. Volvió a bajar la vista cuando apreció la rabia en el gesto de McCoy. Este sacó sus cigarrillos y encendió uno. Le dio una profunda calada.

—Te juro que nada me daría más placer que sacarle la información a golpes.

—Tenga en cuenta que esa opción ya la probó alguien —dijo Watson. Se apoyó en la pared del pasillo. Miró a McCoy—. Lindsay va a hacer volar por los aires a Dios sabe cuánta gente más, Donny Stewart seguramente esté atado, muriéndose de hambre o de lo que sea que ese cabrón le haya hecho. Hay familias, padres y madres, que no tienen ni idea de qué les ha ocurrido a sus hijos y que no tienen modo de enterrarlos y de guardar luto por ellos adecuadamente. A menos que...

—¿A menos que qué? —preguntó McCoy.

—A menos que le sigamos el juego. —Dudó—. Puede cortarme o lo que cojones quiera hacer. No me importa. Serán unos minutos de dolor, después de todo. Merece la pena. Lo haré.

—Por Dios, Wattie, no puedes hacer eso. Ni en sueños voy a permitir que pase. ¿Me has oído?

Wattie le miró a los ojos.

—Nada de juegos. No vamos a pasar por el aro con ese miserable. Vamos a detenerlo a él y a sus muchachitos, lo juro. ¿De acuerdo?

Wattie asintió. No parecía tenerlas todas consigo.

—Vamos a ver qué tiene que decirnos su hermana. Si me quedo en el hospital un minuto más, haré algo que lamentaré.

Cincuenta y ocho

La única actriz escocesa que había conseguido ganar un Oscar no parecía encontrarse en su mejor momento. Difícilmente podría haberlo estado atada a un radiador junto a un cubo lleno de vómito y orines. Margo Lindsay estaba dormida, roncando como una mula.

—¿Con cuánta frecuencia ocurre esto? —preguntó McCoy.

La chica de pelo largo vestida con un mono que tenía al lado suspiró.

—Un par de veces al año. Dijo «voy a tomarme unas copas» y tres días después estaba aquí. No se preocupe, nos pide que la atemos cuando se desmaya. No es que la hayamos hecho prisionera.

McCoy asintió. No lo dudaba. Tenía la suficiente experiencia con alcohólicos como para creerlo.

—¿Cuándo crees que despertará? —preguntó Wattie.

—No sé —dijo la chica—. Una vez que empieza, no duerme, se pone a beber y a beber hasta que pierde el conocimiento.

—¿Con quién dirías que tiene más confianza aquí? —preguntó McCoy.

—Lo cierto es que es muy solitaria. Resulta difícil de creer tratándose de alguien que puso en marcha una comuna, pero es así.

—¿Alguna vez habla de su hermano? ¿De algún sitio adonde solían ir cuando eran pequeños? ¿De algún secreto que compartan?

La chica negó con la cabeza.

—Solo lo menciona para insultarlo. Eso es todo.

McCoy y Wattie la dejaron allí. Le pidieron a la chica que los llamase a la casa grande en cuanto Margo despertase. Regresaron al coche, que habían aparcado junto al establo de las vacas. Tenían que empezar a afrontar lo inevitable.

—Donny Stewart probablemente esté muerto a estas alturas —dijo McCoy.

—¿Faulds y los chicos no han encontrado nada? —preguntó Wattie.

McCoy negó con la cabeza.

—Hablé con él hace un rato. Ahora está supervisando lo de Michael Martyn. Han buscado en la casa, en todas las edificaciones, las bodegas, en todas partes.

Se metieron en el coche y se pusieron en marcha.

—¿Qué vamos a hacer en la casa? —preguntó Wattie.

—No lo sé —respondió McCoy, sintiéndose inútil—. Vamos a echar otro vistazo. A ver si podemos encontrar alguna pista de dónde lo escondió Lindsay.

—Lindsay es jodidamente rico —dijo Wattie—. Una casa grande. Un Daimler.

McCoy asintió, apretó el botón del encendedor del coche y sacó su paquete de tabaco. Ya había tenido suficiente aire fresco del campo.

—Sí. Generaciones con dinero. Todo heredado. Tu padre tendría algo que decir al respecto.

—Más bien despotricaría, supongo —repuso Wattie—. Es lo que hace siempre que alguien de la familia real sale por la tele. Probablemente lo recita de memoria. —Tosió. Impostó la voz para parecer enfadado y darle acento de Greenock—. ¡Jodidas sanguijuelas! ¿Quién paga todo eso? Los trabajadores, ¡quién si no!

McCoy se echó a reír. Encendió el cigarrillo con el mechero del coche.

—¡Todas esas joyas! Todos esos coches y el maldito tren y los malditos barcos, por no hablar de las mansiones. ¿Por qué tendría que necesitar una familia más de una jodida casa? ¡No puedes vivir en dos a la vez! Es un jodido des...

McCoy alzó la mano. Wattie se detuvo.

—Hijo de puta —dijo.

—¿Qué? —preguntó Wattie—. ¿De qué está hablando?

—Tiene otra propiedad. Por eso está tan tranquilo y sereno. Sabe que estamos buscando en los alrededores de su casa y le importa una mierda.

Wattie giró el coche en el camino de acceso a Knockland.

—¿Y dónde está?

—Quién cojones lo sabe. Habrá que buscar en los papeles de la casa, a ver si encontramos algún registro o recibo. Tiene que haber algún rastro de papel. Es posible que los chicos estén allí, ocultos, esperando a saber cuál es su misión.

—¿Quién está aquí ahora? —preguntó Wattie, señalando con el mentón hacia un Mercedes negro aparcado frente a la casa.

—Ni idea —respondió McCoy cuando Wattie detuvo el coche detrás—. No vamos a tardar en saberlo.

Cincuenta y nueve

Kenny Barnes estaba sentado en uno de los sillones de la sala principal, con un ejemplar de *Mayfair* en el regazo. Alzó la vista cuando McCoy y Wattie entraron.

—Vaya, vaya, pero si es el querido amigo de los irlandeses —dijo —. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Soy el detective asignado al caso —dijo McCoy—. ¿Qué cojones está haciendo usted aquí?

—Venga, hombre —respondió Barnes—. No seas así. Todos estamos en el mismo bando. —Echó un vistazo a su alrededor—. No imaginaba que alguno de vosotros tuviese pasta. Bonita choza.

Ver a Barnes allí sentado, con aquel chungo traje suyo, zapatos de plataforma, comportándose como si estuviese al mando, era más de lo que McCoy podía soportar. Pero tuvo que contenerse y decirle a aquel grasiento bastardo que había que ponerse en marcha.

—Quería darte las gracias —dijo Barnes—. Blythswood Square. Buen consejo. Encontré a una buena pava, tirada de precio, le di por todas partes. Es posible que vuelva esta noche si acabamos pronto aquí.

—¿Acabamos? —preguntó McCoy—. ¿Quiénes?

Barnes sonrió.

—Por eso he venido. Anoche recibí una llamada. Alquila un coche, me dijeron, recoge a alguien del aeropuerto de Glasgow y llévalo a la casa.

—¿A quién? —preguntó McCoy.

Barnes se encogió de hombros.

—Todo confidencial. No me dijeron su nombre y yo no lo pregunté. Me dijeron que mantuviese la boca cerrada y que hiciese lo que me decían.

—¿Dónde está? —preguntó McCoy.

Barnes señaló hacia arriba.

—En la planta de arriba. Me dijo que me quedase aquí abajo.

McCoy dejó a Wattie con él y subió las escaleras. La Brigada Especial ya estaba tardando en involucrarse. Deberían haber estado allí desde el principio. Esperaba que el superior de Barnes no fuese tan estúpido. Había un Mercedes aparcado fuera, tenía que ser un alto cargo, cabía suponer que tuviese cerebro.

Recorrió el pasillo hacia la estancia secreta de Lindsay. Tal vez la

Brigada Especial dispusiese de un acceso especial a los registros de propiedad, a los registros de impuestos, cosas de ese tipo. Podría resultar de ayuda, facilitar que encontrasen la segunda propiedad de Lindsay.

Abrió la puerta.

Un hombre estaba sentado en una de las sillas, de espaldas a la entrada, observando la fotografía que tenía en la mano. Traje de raya diplomática. Un maletín en el suelo, a su lado. Debía de haber oído cómo se abría la puerta. Se volvió hacia McCoy. Sacudió la cabeza.

—Me dio en la nariz que ibas a ser tú —dijo—. Qué suerte la mía.

Si a McCoy le había sorprendido encontrarse a Barnes al entrar en la casa, reconocer a quien le estaba ahora mirando directamente lo dejó paralizado.

—¿Cavendish?

—Me dijeron que un detective de Glasgow estaba al mando. Supongo que era inevitable. —Se puso en pie—. Demos una vuelta, ¿te parece? Tenemos que hablar.

Sesenta

Dieron un paseo junto a la orilla del lago. El sol se hallaba en lo alto del cielo. Un par de botes atados a una boya se mecían con la brisa. En la lejanía, un transatlántico se alejaba del puerto de Greenock. Se oía gritar a algunos de los chicos de Faulds en el bosque; la búsqueda proseguía. No habían encontrado nada todavía.

—¿Cuándo nos vimos por última vez? —preguntó Cavendish—. Recuérdamelo.

—Hará un par de años —respondió McCoy—. Me dijo que era un pedazo de mierda y que le revolvía las tripas.

Cavendish sonrió.

—Una situación difícil que tenía que zanjar de inmediato. Estoy seguro de que lo entendiste.

Lo único que entendió fue que habían enviado a Cavendish desde Londres para cerrar un caso que apuntaba directamente a algunos de los integrantes de la flor y nata de la alta sociedad británica. Culpable o inocente, poco importaba: lo único importante en ese momento era que ciertos individuos no se viesen expuestos.

—¿Para eso está aquí ahora? —preguntó McCoy.

—No —contestó Cavendish—. En esta ocasión es diferente. En esta ocasión necesito tu ayuda.

McCoy negó con la cabeza.

—Jamás imaginé que fuese a decir algo así.

—Sí, para mí también supone una sorpresa. Pero en este asunto no lo hemos hecho bien, nos hemos metido en un lío. Digamos que nos hemos equivocado.

—¿A qué se refiere? —preguntó McCoy.

—Conocíamos el pequeño pasatiempo de Lindsay y su «Escocia Libre». Le permitimos seguir con él. Parecía algo inofensivo. ¿Sabes lo que es una bandera falsa?

McCoy negó con la cabeza.

—Nos servíamos de Lindsay como una especie de pararrayos para atraer a otros fanáticos. A decir verdad, principalmente se trataba de tipos miserables de pubs de Edimburgo que decían tonterías sobre ejércitos privados y la Piedra del Destino. Todo el rollo de la liberación de Escocia, el Club 1320. Payasos. No merecía la pena preocuparse.

—¿Y creyeron que tampoco merecía la pena preocuparse por

Lindsay? —preguntó McCoy.

—Así es —respondió Cavendish—. Durante un tiempo, funcionó. Logramos descubrir una conspiración seria para asesinar al príncipe Carlos el año pasado. Un lobo solitario consiguió acercarse mucho a él. Así que Lindsay parecía útil y creímos que lo teníamos bajo control, que, en esencia, era uno de los nuestros. Esa clase de talentos nos resultan muy útiles. Nos parecía un intercambio bastante decente.

—Técnicas de tortura —dijo McCoy.

Cavendish pareció sorprenderse. Entonces lo entendió.

—Ah. Tu charla con el profesor Burns. Un hombre interesante. Sí, Lindsay fue muy útil en el pasado.

—¿El pasado?

—Sí. Obviamente, tenemos que separar nuestros caminos por completo lo antes posible. Lo último que necesitamos es que esté involucrado con el Ejército británico.

McCoy se echó a reír.

—Pues les va a resultar un poco difícil. ¡Él forma parte del maldito ejército!

—De hecho, está retirado —dijo Cavendish—. Desde esta mañana. Será una novedad para él, pero así están las cosas.

Cavendish se acuclilló, tomó una piedra y la lanzó al agua.

—Estas cosas pasan. Una manzana podrida afecta a toda una organización. Por supuesto, no sabíamos nada de esta visión extremista de Escocia, y menos aún del ejército privado que ha estado organizando o de su intención de poner bombas. Una sorpresa total y terrible. Un buen hombre que se apartó del camino. Imposible de predecir.

McCoy se detuvo, se sentó en un bote vuelto del revés y encendió un cigarrillo.

—¿Cómo piensan hacerlo? —preguntó—. ¿Cómo van a lograr que la gente se trague ese montón de mierda?

Cavendish sonrió.

—Ahí es donde entras tú —dijo—. En primer lugar, necesitamos que se le ponga fin a la campaña de bombas lo antes posible. Hasta el momento, has hecho un buen trabajo. Vamos a ofrecerte toda la ayuda y los recursos que necesites. Más ayuda de la que puedes imaginar. —Sonrió de nuevo—. Para mi sorpresa, al parecer tú eres nuestra mejor baza.

—De acuerdo —dijo McCoy—. Pero tengo algunas condiciones.

Cavendish puso los ojos en blanco.

—No creo que lo hayas entendido, McCoy. Te estoy dando una orden, no estoy negociando.

—Burns ha visto la foto de Brendan Shaughnessy —dijo McCoy —. Lo ha visto todo. Está al corriente de sus sucios asuntillos de

Belfast.

Cavendish intentó disimular su asombro.

—A Burns podemos contenerlo. Es un agitador izquierdista reconocido. El Movimiento Tropas Fuera, Partido Socialista de los Trabajadores. No será difícil menospreciar sus opiniones, hacer que parezcan ridículas.

—¿Está seguro? —preguntó McCoy—. ¿Cómo saben que no ha hablado ya con Amnistía Internacional? ¿Cómo saben que no he hablado yo con ellos?

Cavendish sacó una pitillera de plata y encendió un cigarrillo. Reflexionó durante unos segundos. Observó a unos pájaros que volaban por encima de sus cabezas.

—¿Qué quieres?

—Quiero que aleje de mí al payaso de Barnes. Cree que soy una especie de contacto del IRA, cree que soy un espía importante.

Cavendish asintió.

—Siempre he pensado que Barnes es una carga. No es el más brillante. Hecho.

—Hay una cosa más.

Cavendish volvió a asentir.

—El IRA cree que Hughie Faulds tuvo algo que ver con el asesinato de Paul McVeigh. Ya han intentado matarlo en una ocasión. Quiero que los aleje de él.

Cavendish negó con la cabeza.

—Creo que nos sobrestimas. El IRA es una organización terrorista, no hablamos con gente como ellos.

—Sí que lo hacen —dijo McCoy—. Negócielo de algún modo. O Faulds tal vez recuerde quién lo hizo.

—¿Y de quién estaríamos hablando?

—La Det —dijo McCoy.

En esa ocasión, Cavendish no fue lo bastante rápido para fingir. Parecía genuinamente sorprendido.

—Eres un tipo muy escurridizo, McCoy. Sabes demasiado para tu propio bien.

—¿Estamos de acuerdo? —preguntó McCoy.

Cavendish lanzó su cigarrillo hacia el lago.

—Estaba en lo cierto. Eres un pedazo de mierda. Pero también eres útil. Hecho. Ahora haz que acaben las puñeteras bombas y déjame encargarme del resto.

Echaron a andar de vuelta a la casa.

—¿Y qué pasa con todas las personas que Lindsay ha matado? —preguntó McCoy—. Los jóvenes del ejército.

—Eso también habrá que silenciarlo. Pero primero, que se acaben las bombas, ¿estamos?

McCoy asintió, preguntándose en qué estaría pensando realmente Cavendish. Cómo iba a manejar todo lo que Lindsay había hecho. Se dijo que ese no era su problema. Aunque había una cosa que sí sabía. Esa clase de cosas no pueden enterrarse sin más. Y él iba a hacer todo lo posible para que así fuese. Los padres de muchachos como Neil Harrison tenían derecho a saber qué les había pasado a sus hijos, por horrible que eso fuese. Stewart tenía derecho a saber qué le había sucedido a su hijo Donny. Poco importaba lo que le hubiese prometido a Cavendish.

Sesenta y uno

Murray estaba sentado al otro lado de su escritorio, tenía en la mano una hoja de papel.

—Esto ha llegado desde la calle Pitt hará cosa de una hora. —Empezó a leer—: «Es necesario movilizar todos los recursos para cazar a los artificieros. Quedan cubiertas las horas extras y los que tengan que interrumpir las vacaciones. Se requiere la ayuda de todas las fuerzas que estén en la reserva. Se tendrá un acceso extraordinario a la información del Ministerio del Interior durante la búsqueda».

Alzó la vista y miró a McCoy.

—¿Tienes amigos en las altas instancias? ¿Hay algo que no me hayas dicho, McCoy?

—Ojalá. No tiene nada que ver conmigo. Probablemente están desesperados por arreglar este asunto antes de que aparezcan más titulares en plan GLASGOW ATERRORIZADA POR LAS BOMBAS.

Murray dejó el papel en la mesa. No parecía totalmente convencido con su explicación.

—No estoy seguro de que esto nos convenga —dijo McCoy—. El Registro de la Propiedad podrá resultarnos útil, y lo del Ministerio del Interior lo acelerará todo, pero aun así llevará su tiempo. Necesitamos que nos dejen en paz, no otro puñado de gente rondando por aquí como moscas.

—¿Y cómo vamos a lograrlo? —preguntó Murray.

—Tenemos que encontrar a Donny Stewart, si es que todavía está vivo. Creo que esa es nuestra mejor baza. O bien está escondido en algún lugar de sus tierras, o en alguna otra propiedad de Lindsay. Faulds se encuentra ahora en la casa grande organizando a los que van llegando para que la búsqueda sea más efectiva. Pero sigue siendo como buscar una aguja en un pajar. Las tierras de Lindsay son inabarcables.

—¿Y su hermana?

—Iré a verla ahora mismo. Con un poco de suerte, habrá dormido hasta ahora. A lo mejor puede decirnos si el padre de Lindsay le legó alguna propiedad más.

—Margo Lindsay, todavía no puedo creerme que la conozcas —dijo Murray, un poco emocionado aún—. Era una mujer muy hermosa.

—Lo sigue siendo —dijo McCoy—. Cuando no está como una cuba, quiero decir.

Llamaron a la puerta. La agente Walker asomó la cabeza.

—Alguien le busca, señor McCoy —les interrumpió—. El señor Meiklejohn.

—Estupendo —dijo McCoy—. ¿Te importa traerlo aquí?

Walker asintió y desapareció.

—El tipo del cuartel —aclaró McCoy—. Ha estado buscando a otros soldados desaparecidos.

—Por Dios —dijo Murray—. Esperemos que no haya encontrado ninguno. Por cierto, le compré un Joan Eardley a Phyllis. Buena idea.

—¿Un qué? —preguntó McCoy.

—Es una artista. De Glasgow. Phyllis ya tenía un cuadro suyo, le gusta esa pintora. En la cocina, el gran cuadro de los niños con palabras pintadas.

—Ah —dijo McCoy fingiendo recordar.

—No fue lo que se dice barato, te lo aseguro. Le gustará.

Meiklejohn apareció junto a la puerta. Su aspecto resultaba un tanto chocante sin uniforme. Pantalones de pana y camisa arremangada. Con una bolsa al hombro.

—Entre —dijo McCoy—. Siéntese.

Meiklejohn entró en el despacho y se sentó en una silla. Estiró la pierna delante de él.

—Jefe inspector Murray —dijo McCoy—. El jefe. ¿Qué tal todo?

Meiklejohn se inclinó y le dio la mano a Murray, después rebuscó en la bolsa y sacó un cuaderno de tapas duras. Los miró.

—Seis posibilidades —dijo.

—¿Tantas? —preguntó McCoy.

—Siete si contamos a Neil Harrison. Todos hombres jóvenes, soldados o cadetes, desaparecidos en abril o justo antes. El primero fue en 1961. Un joven llamado Duncan McNab que se ausentó sin permiso en el cuartel de Cupar. La última vez que lo vieron fue en un autobús a Glasgow.

—Algunos de ellos pueden ser desertores —dijo Murray— que querían ocultarse del ejército.

Meiklejohn asintió.

—Eso espero. —Dejó el cuaderno sobre el escritorio de Murray—. Todo lo que he podido averiguar de cada uno de ellos está aquí.

McCoy tomó la foto del chico que gritaba de la mesa de Murray.

—Siento lo que le voy a enseñar, pero tiene que ver esto —dijo—. ¿Lo reconoce?

Meiklejohn se puso blanco.

—Es Neil Harrison.

—Gracias —dijo McCoy—. ¿Le habló Lindsay alguna vez de otra propiedad?

Meiklejohn reflexionó durante unos segundos y negó con la

cabeza.

—No que yo recuerde, pero, para ser sincero, no creo que me lo hubiese dicho a mí. Tal vez su hermana sepa algo.

McCoy se puso en pie.

—Las grandes mentes piensan las mismas cosas. ¿Le importaría quedarse aquí y repasar este material con Thomson?

—Por supuesto.

—¿De cuánto tiempo disponemos hasta que explote otra bomba? —preguntó Murray.

—No lo sé —dijo McCoy—. De momento, ha transcurrido un par de días entre cada una de ellas. La del pub la encontramos ayer, así que...

—¿Mañana? —preguntó Murray.

McCoy suspiró.

—Podría ser. Mejor me voy.

Sesenta y dos

Margo Lindsay estaba sentada en una silla de cocina sobre el césped de la parte de atrás de la granja, mirando hacia el lago. Soplaba el viento, el agua del lago estaba picada y las nubes corrían rápidas por el cielo. Tenía una taza de té en la mano y una manta de tartán sobre los hombros. No ofrecía muy buen aspecto, temblaba ligeramente. Normal.

McCoy encendió un cigarrillo y esperó a que ella hablase.

—Mi hermano y yo nunca hemos tenido una relación muy estrecha —dijo—. Nuestra infancia fue la típica de los niños de clase alta. Le enviaron a un internado justo cuando yo nací. Él tenía ocho años, era un niño. No teníamos mucho en común. Tan solo lo veía durante las vacaciones y él nunca mostró ningún interés por mí. —Sonrió—. Yo era una chica. No le resultaba de gran utilidad para jugar a los soldados. —Le dio un sorbo a su té—. Después del internado, ingresó en el ejército. Estaba en el extranjero la mayor parte del tiempo. Nos encontrábamos en bodas y funerales. Todo muy cordial, pero distante. —Alzó la vista cuando voló por encima de ellos una gaviota—. Y por si lo de ser actriz no fuese lo bastante malo, cuando empecé a interesarme por la política de izquierdas comenzó a mostrarse mucho menos cordial. Mi hermano es, cómo lo diría, un hombre difícil. —Miró a McCoy—. ¿Qué ha hecho? ¿Algo malo?

McCoy no iba a contarle que era sospechoso de asesinato.

—Creemos que ha organizado a un grupo de muchachos que están poniendo bombas. Quiere una Escocia diferente.

—Ay, Dios. No tendrá que ver con eso de acabar con el alcohol y la Declaración de Arbroath, ¿verdad? Lleva años con ese tema.

—¿La Declaración de Arbroath? —preguntó McCoy.

—En 1320, un grupo de nobles, cincuenta y uno para ser exactos, redactaron una carta declarando la autonomía de Escocia. Daba la impresión de que Angus creía que aquello tenía que volver a pasar. Por suerte, ya no vivimos en una sociedad feudal.

—Cincuenta y uno —dijo McCoy—. Los Hijos de los 51. Ahora tiene sentido.

—Nada me gustaría más que una Escocia independiente —prosiguió Margo sin apartar la vista del lago—. Pero no tendría nada que ver con la visión de mi hermano. Independiente, socialista, no unida a Inglaterra o Estados Unidos, dirigida por personas del pueblo.

—Se volvió hacia él—. Y así será. Lo sé. Tal vez yo no llegue a verlo, pero pasará.

McCoy asintió. Le pareció que tenía que hacerlo; por educación.

—¿Su hermano tiene alguna otra propiedad? ¿Algo que recibiese en herencia?

Ella sonrió.

—La respuesta es que, de ser así, yo no lo sabría. Tiene que ver con la primogenitura, como manda la tradición.

—¿Primogenitura? —preguntó McCoy.

—El hijo mayor se lo queda todo. Todas las tierras, propiedades y títulos. Así que si heredó alguna otra cosa aparte de la casa grande, nunca lo sabré, a menos que él quisiera contármelo.

—¿Le habló alguna vez de un lugar secreto? ¿O recuerda algún lugar adonde fueran siendo niños?

—No. Había una parcela a unos seis kilómetros, por esta carretera. Solíamos ir allí.

McCoy asintió. No le contó que era allí donde estaban buscando el cadáver de Michael Martyn.

—Si se acordase de algo en ese sentido, hágamelo saber.

—Por supuesto —dijo Margo. Dudó—. ¿Me vio ayer?

McCoy no estaba seguro de si se trataba de una pregunta o de una afirmación. Volvió a asentir.

—No es agradable. Pero pasa. Mi madre era alcohólica. Y mi padre también. De ahí viene el odio de Angus por el alcohol. Dice que es para lograr que Escocia deje de estar arrodillada. Pero no es así. Tiene que ver con encerrar a mi madre en el desván cuando pillaba una curda y de mi padre pegándole cuando se pasaba con el whisky. Que era la mayoría de las noches. Debía de ser el único niño de ocho años del mundo desesperado por regresar al internado. —Se recolocó la manta sobre los hombros y miró a McCoy—. No sé qué es lo que habrá hecho mi hermano, señor McCoy, y no quiero saberlo. Pero sí sé una cosa. Fue un niño majo, como cualquier otro. No es culpa suya haberse convertido en la persona que es ahora. Fue culpa de mis padres.

McCoy se puso en pie.

—¿Sabe algo de Crawford?

Margo parecía no haber entendido.

—¿Crawford?

—Su hijo.

Margo negó con la cabeza.

—Mi hermano no tiene hijos. A ver, déjeme suponer. ¿Unos veintipocos, fuerte, militar?

McCoy asintió.

—¿Quién es, entonces? —preguntó—. ¿Su novio?

Margo negó de nuevo.

—Su discípulo, señor McCoy. Ha tenido unos cuantos. Y suelen ser más fanáticos que mi propio hermano. Ándese con cuidado.

Sesenta y tres

McCoy observó el reloj que colgaba de la pared de la comisaría. Había vuelto después de verse con Margo. No tenía mucho sentido quedarse en la casa para ver si aparecía el cadáver. Se puso en pie y se desperezó. La gente del Registro de la Propiedad esperaba tener toda la información al día siguiente. También telefoneó al doctor Basu. No había señal alguna ni de Crawford ni de ninguna otra persona, y Lindsay estaba «cómodo», significara eso lo que significase. Se disponía a salir de allí cuando su teléfono sonó de nuevo. Respondió. Nada de formalidades. Tan solo la voz de Cooper:

—Jumbo va hacia allí.

Después se oyó un clic y se acabó la llamada. Casi se había olvidado de que tenía que meter a Jumbo esa noche entre rejas. Todavía no sabía por qué.

Salió de la comisaría. Tenía ganas de alejarse de aquel ambiente viciado. Estaba anocheciendo, las nubes adquirían una tonalidad rosácea. Se encendió un cigarrillo justo en el momento en que Jumbo apareció por la esquina. Parecía haberse ensanchado, si es que eso era posible. Caminaba sin prisa, casi dos metros de músculo, pero acompañados de una inteligencia más bien justita. Jumbo vio a McCoy, se dibujó una amplia sonrisa en su cara y le hizo un gesto con la mano. A decir verdad, era como un niño grande. Vaqueros, jersey y zapatillas de deporte, como siempre.

—¡Señor McCoy! —exclamó—. ¡Qué gusto verle!

—¿Has estado levantando pesas, Jumbo? —preguntó McCoy—. Estás impresionante.

Sonrió y negó con la cabeza.

—Solo he estado trabajando de jardinero. Cuando el señor Cooper no me necesita, trabajo con una empresa que arregla los jardines de la gente pija.

—¿Cómo es eso? —preguntó McCoy.

—Fácil —respondió Jumbo. Se le ensombreció el gesto—. No creo que pueda volver a hacerlo con frecuencia ahora que el señor Cooper ha salido de la cárcel.

—Es verdad —dijo McCoy. Todavía no tenía ni idea del porqué de lo que iba a hacer—. Voy a detenerte por estar borracho y por desorden público. ¿Sabes el motivo?

Jumbo negó con la cabeza.

—El señor Cooper me ha dicho que haga todo lo que usted me diga.

—Bien —repuso McCoy—, eso significa que vamos a ir a un pub.

Diez minutos más tarde estaban en el Lauder's. No era el que se encontraba más cerca, pero McCoy no quería cruzarse con nadie de la comisaría. Pidió una pinta para él y una pinta y un whisky doble para Jumbo. Jumbo nunca había sido un gran bebedor. Le daba la impresión de que otra pinta y otro whisky doble lo dejarían fueran de combate, lo suficiente en cualquier caso para que Billy, en el mostrador de entrada de la comisaría, no pensase que algo estaba fuera de lugar.

—No me gusta el whisky —declaró Jumbo con un gesto de desagrado.

—Mala suerte —dijo McCoy—. Tienes que emborracharte.

Jumbo miró el vaso con desconfianza, se lo bebió de un trago e hizo una mueca. Lo mismo que habría hecho un niño tomándose una medicina.

—¿Has visto a Billy? —preguntó McCoy.

Jumbo negó con la cabeza vigorosamente.

—No desde que el señor Cooper salió de la cárcel. Me ocupé del jardín de la casa mientras estuvo fuera y Billy se presentaba por allí a veces, pero no sé qué pasó. No es muy amable conmigo y yo mantengo las distancias.

A McCoy no le sorprendía. Billy nunca le había dedicado mucho tiempo a Jumbo y mientras conspiraba tendría incluso menos razones para aguantarlo.

—¿Y qué tal con Iris?

Jumbo le dio un buen trago a su cerveza y McCoy le hizo un gesto al barman que venía a decir «otra ronda».

—Iris deja que me quede en casa si no está Billy.

—Eso está bien —dijo McCoy—. Es una casa bonita. ¿Dónde te quedas el resto de las noches? —preguntó, consciente de que no tenía ni idea.

—En diferentes sitios —respondió Jumbo—. A veces en Memen Road. —Parecía un poco avergonzado—. A veces en Great Eastern, sitios así.

—Por amor de Dios, Jumbo, eso no está bien. Hablaré con Cooper. Vamos a conseguirte una habitación fija en la casa. Te lo debe por todo lo que has hecho en el jardín.

—¿Y qué pasa si Billy está allí? —preguntó Jumbo.

McCoy empujó la pinta y el whisky doble hacia él.

—No creo que tengamos que preocuparnos por eso.

Necesitaron tres rondas para que Jumbo pareciese lo bastante borracho como para no levantar sospechas. McCoy lo condujo por la

calle hasta la comisaría. Jumbo se tambaleaba ligeramente.

—Cuando lleguemos, no digas nada, ¿de acuerdo? —dijo McCoy.

Jumbo asintió. No daba la impresión de poder articular gran cosa.

A Billy, el sargento del mostrador, no le hizo ninguna gracia verlos entrar. Movió la cabeza a un lado y a otro cuando McCoy empujó a Jumbo y lo sentó en el banco que había junto a la puerta.

—Mi turno está a punto de acabar, ¿no podrías enviar a este capullo a su casa? —preguntó.

—Por lo general, es lo que haría —dijo McCoy—, pero el muy cabrón me ha pegado una patada en los huevos.

Billy suspiró.

—Pues vamos allá.

McCoy levantó a Jumbo y lo acercó al mostrador.

—Nombre —dijo Billy.

—Jumbo —dijo Jumbo.

Billy puso los ojos en blanco.

—Nombre real, payaso.

—Mark Munroe —dijo Jumbo.

A McCoy le sorprendió. No creía haber oído nunca el auténtico nombre de Jumbo.

—Vacía los bolsillos —dijo Billy al tiempo que sacaba un formulario de pertenencias y escribía «Mark Munroe» en la parte de arriba.

Jumbo rebuscó en los bolsillos de sus vaqueros. Sacó un paquete medio vacío de gominolas, veinte peniques, un llavero de pata de conejo y una billetera con una imagen de un *cowboy*.

Billy la abrió. Dejó escapar un silbido. Empezó a contar todos los billetes.

—Doscientas setenta libras —dijo—. A alguien le ha tocado la lotería.

Para McCoy también supuso una sorpresa. Nunca habría imaginado que Jumbo tuviese tanto dinero. Seguramente eran todos sus ahorros. Jumbo no era capaz de lidiar con una cuenta bancaria.

—No me encuentro bien —dijo Jumbo. Tenía una pinta horrible —. Creo que voy a vomitar.

—Oh, por todos los santos —gritó Billy—. ¡No se te ocurra vomitar!

—Creo que te lo dejo aquí —dijo McCoy dirigiéndose a la puerta. Lo último que oyó fue a Billy chillando «¡Me debes una, McCoy!», y un ruido que daba toda la impresión de ser vómito cayendo sobre el suelo de linóleo.

21 de abril de 1974

Sesenta y cuatro

McCoy bostezó y echó un vistazo hacia la bahía. Otro domingo de trabajo. No eran más que las diez y ya hacía calor. Según la radio, iba a pegar fuerte durante los siguientes tres días. Lo había oído en el coche de camino a Greenock. Se estaba convirtiendo en una especie de costumbre: lo recogían en casa, después la lancha de la policía y la caminata hasta Knockland. El desplazamiento para ir al trabajo no estaba mal, no en días como ese. El agua centelleaba, los insectos zumbaban, notaba el calor del sol en la nuca.

Giró y echó a andar hacia la casa grande. El único inconveniente era que estaban atascados. No habían encontrado a Donny Stewart y tampoco había rastro alguno de los artificieros. La siguiente bomba seguramente explotaría ese mismo día y no tenían ni la más mínima pista de dónde o cuándo iba a ser. Pudo ver a Faulds en la ventana, con una taza de té en la mano. Se había estado quedando allí, no tenía mucho sentido volver a casa. La búsqueda se iniciaba por la mañana y solo se detenían cuando oscurecía. Los perros iban a llegar ese día, entrenados para detectar cadáveres. Tal vez encontrasen algo. No estaba seguro de cuánto tiempo podría Murray justificar los costes de una búsqueda que no estaba dando resultados, a pesar de lo que le había dicho Cavendish. Tenían que encontrar algo lo antes posible.

—Bonito día —dijo Faulds saliendo al jardín. Le tendió a McCoy una taza de té y se sentaron en un banco junto a los simétricos arriates de rosas—. Podría acostumbrarme a esto —dijo—. Me quedaría aquí.

—No lo dudo —dijo McCoy—. ¿Se están haciendo cargo de todo?

Faulds asintió. Cavendish y Barnes habían llegado el día anterior. Estaban metiendo en cajas de cartón todo lo que había en la habitación.

—Como si nunca hubiese habido nada.

—¿Tú crees que el profesor se llevó algo? —preguntó McCoy.

—Sería tonto si no lo hubiese hecho —contestó Faulds—. Pero dejemos que sea Cavendish el que se preocupe de eso. Anoche encontramos un trozo de tierra removida junto a la verja. Podría ser algo. Aunque podría no ser nada. Veamos qué tal lo hacen los sabuesos del demonio.

McCoy asintió. Le dio un sorbo al té.

—Al menos nos hemos librado de Barnes —dijo Faulds.

—Durante un rato.

Faulds se puso en pie y se sacudió los pantalones.

—Será mejor que vaya a ver qué están haciendo los equipos esta mañana. ¿Cuándo llegará Wattie?

McCoy comprobó la hora en su reloj.

—En cualquier momento.

—¿Qué vais a hacer hoy?

McCoy negó con la cabeza.

—Esperar. Esperar a que nos llamen de la comisaría para decir que ha estallado una bomba. Esperar hasta que Lindsay esté lo bastante recuperado como para hablar. Esperar hasta que encontremos a Donny Stewart. Me estoy volviendo loco, me siento un poco inútil, la verdad. Perfectamente podría volver a Glasgow esta tarde. Aquí no voy a hacer gran cosa aparte de admirar el entorno.

—Ah, bueno, no le des más vueltas —dijo Faulds—. Sé muy bien dónde me gustaría estar en un día como este.

McCoy lo vio alejarse en dirección a la casa. Se preguntó si los del Registro de la Propiedad habrían descubierto alguna otra posesión de Lindsay. Faulds tenía razón, tal vez podría disfrutar del rato que pasase allí. Caminó hacia la orilla. Se sentó apoyando la espalda en una barca de remos que habían dejado allí. Notaba el calor del sol en la cara, el sonido de las pequeñas olas y el zumbido de los insectos.

—Eso es lo que yo llamo trabajar duro.

McCoy abrió los ojos y miró a Wattie, de pie frente a él.

—Mierda, debo de haberme dormido. —Se enderezó—. Solo he cerrado los ojos un minuto.

—Claro —dijo Wattie sentándose a su lado—. Yo le creo, aunque la mayoría no lo haría.

McCoy sacó los cigarrillos del bolsillo de la chaqueta y encendió uno. Los dos allí sentados, mirando las barcas amarradas subiendo y bajando en el agua bajo la luz del sol.

—Me estoy asando —dijo McCoy. Se quitó la chaqueta—. Debemos de estar a más de veinte grados.

Wattie asintió.

—¿Cree que hoy explotará otra bomba?

—Es probable —respondió McCoy—. Solo falta Crawford, y me da la impresión de que la suya será la grande.

—Joder —dijo Wattie.

McCoy espantó una mosca de su cara. Salió volando y se posó en una piedra junto a la mano de Wattie. Una piedra que tenía una brillante mancha de sangre. Miró la mano de Wattie, le goteaba sangre.

—Estás sangrando —dijo McCoy.

—¿Qué? —preguntó Wattie. Observó su mano, la apartó para no verla.

—¿Qué pasa? —preguntó McCoy.

No hubo respuesta.

McCoy miró alrededor y pudo ver más restos de sangre en las piedras.

—¿Wattie?

Wattie se puso de pie y se dirigió hacia el agua. Se quedó allí, mirando a la lejanía. Incluso a esa distancia, McCoy pudo ver cómo la sangre le goteaba de la mano y caía sobre las piedras del suelo. Y entonces lo entendió.

—Wattie, quítate la chaqueta.

Nada.

Se levantó y fue hacia él.

—Quítate la maldita chaqueta, Wattie.

Wattie volvió la cabeza, se movió de un modo raro, se sacó la manga derecha y después el resto de la chaqueta. McCoy apartó la vista al instante, pero no antes de ver que la espalda de su camisa de color claro estaba oscurecida y húmeda por la sangre.

—No puede ser —dijo McCoy—. Dime que no lo has hecho.

Pero sí lo había hecho.

McCoy le ayudó a quitarse la camisa. No resultó sencillo porque la sangre la mantenía pegada a su espalda. Finalmente se la sacó, llevándose pegado también un largo vendaje para heridas. McCoy dio un paso atrás y observó. Dos largos cortes se cruzaban justo encima de las paletillas.

—Por Dios, Wattie, no tendrías que haber ido a ver a Lindsay por tu cuenta. Es un...

—Ahora lo sé. Me dijo que me diría dónde estaba Donny Stewart. —Hizo una mueca de dolor—. Pero no me lo dijo.

—Nunca tuvo intención de hacerlo, Wattie. Es parte del juego de Lindsay.

Wattie dejó caer la cabeza.

—Quería hacer algo por mi cuenta. Decirle a Murray que había conseguido algo. Encontrar a Donny Stewart. Ser un héroe. Va a librarse de mí, Harry, volveré a llevar uniforme, a hacer rondas.

—Eso no es así —dijo McCoy con más fe que convicción—. Las enfermeras te pusieron ese vendaje, ¿no?

Wattie asintió.

—No hace gran cosa.

—¿Te duele? —preguntó McCoy.

—Un poco. En el momento fue muy doloroso. Se aseguró de hacerlo lo más despacio posible.

—Madre mía —dijo McCoy apartando la vista. Podía imaginar la cara de Lindsay mientras trazaba la cruz en la espalda de Wattie. Volvió la cabeza y vio a Wattie sentado en las rocas desatándose los

zapatos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Me voy a meter —respondió Wattie quitándose los calcetines y dejándolos dentro de los zapatos—. Creo que el agua salada me irá bien, lo limpiará todo.

McCoy iba a decirle que no estaba seguro de que el agua del lago fuese salada, pero se calló. ¿Qué sentido tenía? Si Wattie se encontraba mejor haciéndolo... Además, tenía que limpiarse la sangre de algún modo.

—Por Dios, Wattie, ¿de dónde los has sacado? —preguntó McCoy, señalando los calzoncillos de Wattie con dibujitos de Mickey Mouse.

Sonrió.

—Del catálogo de Mary. Están bien, ¿eh?

—Yo no diría exactamente eso —dijo McCoy.

Observó a Wattie meterse en el lago. Lanzó un gruñido cuando el agua fría le llegó a la altura de los calzoncillos de Mickey Mouse, después se sumergió. Sacó la cabeza del agua unos cuantos metros más allá. Parpadeó varias veces, debía de ser agua salada después de todo.

—¿Por qué no se baña, Harry? —gritó.

—Eso estaría bien —dijo McCoy.

Wattie era un gran nadador. Había ganado medallas. McCoy tan solo era capaz de hacer un par de largos en los baños de Springburn. Aun así, resultaba tentador, el sol seguía ascendiendo en el cielo y lo cierto era que hacía calor. Qué demonios. McCoy se desató los zapatos, se quitó los calcetines y agarró un remo.

Caminó por la orilla, arriba y abajo, con los pantalones remangados. No había sido consciente de lo desesperado que estaba Wattie, del miedo que tenía a perder su trabajo. Se había detenido, flotaba en el agua, a escasos metros de las dos barcas amarradas. Una era de remos, la otra era más bien un barco: con un largo mástil, cabina con ventanillas, parecía uno de esos con los que se navega alrededor de una isla o con los que se llega hasta Francia.

Qué diría Murray si pudiese verlos en ese momento. Probablemente no articularía palabra, simplemente estallaría de manera espontánea. Lo más adecuado sería regresar a la casa. Los del Registro de la Propiedad habían dicho que llamarían por la mañana, tenía que comprobar si habían encontrado algo que mereciese la pena investigar. Le gritó a Wattie que saliese. No le oyó, seguía haciéndose el muerto, con el rostro hacia el sol.

Se arremangó un poco más los pantalones y se adentró en el agua.

—¡Wattie!

En esa ocasión sí le oyó. Alzó la mano.

—¡Voy! —gritó. Empezó a nadar, pero se detuvo. Tenía la cabeza hacia un lado, sobre el agua.

—¡Vamos! —gritó McCoy—. ¡Tenemos que volver!

Wattie alzó la mano para darle a entender que se callase. Movió un poco más la cabeza hasta enfocarla hacia el barco grande. Empezó a nadar hacia él.

—Me cago en la leche —masculló McCoy.

Wattie llegó hasta un costado del barco. Se detuvo. Escuchó. Le gritó a McCoy.

—Oigo algo.

Subió al barco y desapareció dentro de la cabina.

McCoy negó con la cabeza, no sabía qué estaba haciendo Wattie. Se disponía a volver a gritarle cuando apareció en cubierta. Hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Venga aquí rápido, McCoy! ¡Utilice el bote de remos!

McCoy logró meter el bote en el agua, lo empujó con fuerza, saltó dentro y agarró los remos. Se acercó lo suficiente al barco para lanzarle una soga a Wattie. Wattie la agarró y empezó a tirar de ella.

—¿Qué sucede? —preguntó McCoy al tiempo que subía al barco intentando mantener el equilibrio—. ¿Qué pasa?

El gesto de Wattie era sombrío.

—Hay alguien en el barco.

—¿Quién? ¿Está vivo? —preguntó McCoy.

—Apenas —respondió Wattie. Se dio la vuelta y descendió los escalones que llevaban a la cabina. McCoy tomó aire y le siguió.

Sesenta y cinco

McCoy entró en la cabina del barco, donde apestaba a mierda y a humedad, y esperó a que sus ojos se adaptasen a la penumbra. Lo primero que notó fue que el suelo estaba cubierto de agua rojiza. Lo segundo, el hombre joven. Estaba desnudo, atado a una de las paredes, el cuerpo cruzado por unas tensas cuerdas. Por lo visto, algo había interrumpido a Lindsay. El brazo izquierdo del hombre era un amasijo de cortes y pinchazos. Algunos de los cortes estaban cubiertos de sangre coagulada, otros seguían frescos. McCoy bajó la vista. Se recompuso y volvió a alzarla.

El hombre tenía la cabeza caída sobre el pecho. El pelo rubio estaba embadurnado de sangre. No podía ver bien su cara, pero parecía alto y delgado. Tenía que ser él.

—¿Donny? —dijo McCoy.

No hubo respuesta. Había una cantimplora tirada al fondo de la cabina. La recogió y la agitó, parecía contener líquido. Desenroscó la tapa. Probó el contenido. Agua. Se la apoyó a Donny en los labios.

—Creo que se agotó gritando —dijo Wattie—. Creo que ha sido lo que he oído.

—¿Donny? —preguntó McCoy—. ¿Puedes oírme? Intenta beber un poco.

Nada.

—¿Donny?

—Espere —dijo Wattie acercándose. Echó la cabeza de Donny hacia atrás y McCoy vertió un poco de agua en su boca. La escupió y entonces abrió los ojos, los abrió mucho. McCoy consiguió verter algo más de agua en su boca, despacio, no quería que se atragantase, pero Donny bebía con ansia. McCoy acabó el contenido de la cantimplora y la bajó.

—¿Donny? —preguntó.

Donny asintió. Logró hablar. Fue apenas un susurro.

—¿Qué día es hoy? —dijo Donny.

—Domingo —respondió McCoy.

Donny le miró horrorizado.

McCoy negó con la cabeza.

—No ha pasado nada. Todavía no. Vamos a desatarte, ¿de acuerdo?

Donny asintió.

McCoy subió a cubierta cuando le retiraron la primera cuerda. Dejó allí a Wattie. No podía soportar los gritos al cortar las cuerdas ni ver correr la sangre por la carne dañada de Donny.

Esperaba que Donny fuese capaz de hablar cuando lo llevasen a la casa. Tenía muy mal aspecto. Estaba deshidratado, había perdido mucha sangre. Debía de llevar atado varios días. Solo Dios sabía cuánto habría sufrido en aquella cabina. Otro grito y a McCoy se le revolvió el estómago. Había visto el terror en su mirada cuando le dijo que era domingo. Era el día de la última bomba. La de Crawford. Por la expresión de Donny, tenía que tratarse de algo grande.

Se dio la vuelta y vio a Wattie en lo alto de las escaleras. Estaba cubierto de sangre. McCoy no estaba seguro de si era suya o de Donny.

—Ya lo he soltado —dijo—. Pero está muy débil. No sé si saldrá adelante.

—Lo hará —dijo McCoy—. Tiene que hacerlo. Dejémoslo en el barco.

Sesenta y seis

Dos de los agentes que formaban parte de los grupos de búsqueda tenían conocimientos en primeros auxilios. Se estaban haciendo cargo de Donny, tumbado en un sofá en la sala principal, intentando cortar la hemorragia. Haber subido a Donny al bote de remos casi había acabado con él. No podía caminar, resultó muy complicado encontrar una parte de su cuerpo que no le doliese para poder levantarlo. Lograron dejarlo en el suelo del bote y remaron hasta la orilla. Donny gritaba con tal fuerza de camino a tierra firme que Faulds lo había oído desde el bosque y ya estaba esperándole en la orilla acompañado por los dos agentes, ataviados con una manta para poder transportarlo.

McCoy, Faulds y Wattie, ahora con los pantalones puestos y una camiseta que había encontrado en el vestidor de Lindsay, estaban fuera, fumando. Esperaban un veredicto. Los agentes habían cortado sábanas para poder aplicarle vendas. Faulds había encontrado un botiquín en la cocina. A partir de ese momento, lo único que podían hacer era esperar y tener fe.

—¿Así que ha estado en el barco todo este tiempo? —preguntó Faulds

McCoy asintió.

—Dios santo. Cuántas veces habré estado aquí mirando hacia el lago pensando en lo bonito que sería salir a navegar un rato.

—He llamado al hotel Central —dijo McCoy—. Su padre no estaba allí. Volveré a intentarlo dentro de un rato.

—El pobre desgraciado seguramente nos habrá estado oyendo hablar de él en el jardín —dijo Wattie.

—Y mientras tanto, Lindsay tumbado en la cama del hospital sabiendo perfectamente qué estaba ocurriendo —comentó McCoy—. Riéndose.

Escupió a la hierba. Cavendish no iba a poder tapar eso. Aunque Lindsay muriese antes, podrían acusarlo igualmente. Se aseguraría de que los periódicos conociesen el caso. Se volvió hacia Wattie.

—¿Cuándo vuelve Mary al *Record?* Es...

—Señor McCoy. —Uno de los agentes apareció en la puerta—. Venga, por favor.

McCoy lanzó el cigarrillo a la hierba y entró en la casa.

Por fortuna para él, habían cubierto a Donny con una sábana y

una alfombra de tartán rojo, de ese modo evitó volver a ver todos aquellos cortes. La cara del joven estaba mortalmente blanca, demacrada, y tenía los ojos cerrados. Durante unos segundos, McCoy creyó que había muerto, pero entonces Donny abrió los ojos y le miró directamente.

—¿Crees que podrás responder algunas preguntas? —preguntó McCoy. Se acuclilló a su lado y le tomó de la mano—. Aprieta mi mano si la respuesta es sí. ¿De acuerdo?

Asintió levemente.

—¿Fue Lindsay el que te hizo esto?

Apretó.

—¿Sabes algo de las bombas?

Volvió a apretar.

—¿Qué se supone que va a pasar hoy?

Entendió de inmediato que Donny no podía responder sí o no. Le pidió disculpas, pero Donny, de repente, empezó a hablar. McCoy se inclinó para acercar la oreja a su boca.

—Es el día de Crawford. La grande.

—¿Sabes dónde la va a colocar? —preguntó McCoy.

Negó con la cabeza muy despacio. Intentó hablar, pero apenas tenía aliento.

—Quería poner una bomba en la base...

—Tómate tu tiempo —dijo McCoy.

Asintió. Lo intentó de nuevo.

—En la base naval, pero no pudo conseguir un pase de seguridad.

Empezó a toser. Un hilillo de saliva sanguinolenta le corrió por la barbilla. McCoy se lo secó con la manta.

—Va a ser en otro sitio. Algo que sorprenda a todo el mundo.

—¿Sabes dónde está ahora?

Negó con la cabeza.

—¿Se te ocurre algún posible objetivo?

Le empezaron a caer lágrimas por las mejillas. McCoy le apretó la mano.

—Está bien. Tu padre está aquí. Ha venido a buscarte. Es un buen hombre, lo entiende todo. Todo. —No tenía claro si a Donny le quedaría claro a qué se estaba refiriendo—. Ahora van a llevarte al hospital, para curarte. Tu padre llegará pronto, ¿de acuerdo?

Donny volvió a asentir y cerró los ojos.

McCoy se puso en pie y llevó al agente uniformado a un lado.

—¿Cómo lo ves? —le preguntó.

El agente era joven, apenas había superado la veintena. Su expresión confirmó lo que McCoy estaba pensando.

—No soy médico, pero está muy mal. Si sobrevive al traslado al hospital tal vez salga adelante. —Se encogió de hombros—. No lo sé.

McCoy le dio las gracias. Miró de nuevo a Donny Stewart. No era más que un joven estadounidense solitario en busca de amigos y ahora estaba ahí tumbado. Oyó la sirena de la ambulancia acercándose por el sendero de acceso. Lo que le ocurriese o dejase de ocurrirle a Donny Stewart ya no estaba en sus manos. Lo habían encontrado. Lo único que podían hacer era, por una parte, esperar a que la bomba de Crawford explotase y, por otra, rezar para que no causase muchos daños. Pero el máximo de daños era exactamente lo que aquel bastardo andaba buscando.

Sesenta y siete

McCoy dejó a Faulds y a Wattie en la casa para que se encargasen de la escena del barco y para que continuasen con la búsqueda. No podía seguir allí sentado durante más tiempo, admirando las vistas, esperando a que sonase el teléfono para decirles que había explotado la bomba. Suponía que si Andy Stewart no estaba en su hotel, en Glasgow, se encontraría en Dunoon entregando fotografías a la gente. Se montó en el coche y descendió por el sendero de acceso alejándose de la casa. Podía ir a darle la noticia.

Aparcó junto a la feria. Daba la impresión de que iban a trasladarse. Los hombres estaban desmontando las atracciones con herramientas enormes, también desmantelaban las casetas. McCoy salió del coche y echó a andar en dirección al pueblo. Le contaría a Stewart que su hijo iba camino del hospital de Greenock, y después se marcharía a Glasgow. Aunque no pudiese hacer nada con relación a la bomba, sentía que debía estar junto a Murray cuando se produjese la llamada.

Acababa de quitarse la americana, la tenía doblada sobre el brazo, y se disponía a desabrocharse el botón del cuello de la camisa cuando oyó un grito.

—¡Señor McCoy!

Al volverse vio a Patsy Hearne corriendo hacia él desde la feria. Era la última persona a la que pensaba encontrar. Patsy se detuvo y le tendió la mano.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó McCoy.

—Estoy ayudando a desmontar. Son pocos, me he visto obligado. ¿Y tú qué estás haciendo aquí?

—Cosas de polis —respondió McCoy—. He venido a Dunoon para ver a un tipo, después me largo a Glasgow. ¿Quieres que te lleve?

Patsy negó con la cabeza.

—Ojalá. Estaré aquí hasta que anochezca. ¿Llegaste a saber qué le pasó a Jamsie Dixon?

McCoy negó con la cabeza.

—No creo que llegue a saberlo nunca. Es posible que tenga que dar el caso por perdido.

—Mierda —repuso Patsy—. Pensaba que si pillabas al culpable, a lo mejor podríamos recuperar nuestro dinero. ¿Conoces a un tipo llamado Ronnie Naismith?

McCoy asintió.

—Al parecer, Jamsie recogía el dinero para él. Ahora nos dice que no es cosa suya si el dinero se ha perdido, que igualmente tenemos que pagar.

—Eso no está bien —dijo McCoy.

—Me lo dices o me lo cuentas —replicó Patsy—. Doscientas setenta libras tiradas al río Swanee. No sé cuándo volveremos a ganar ese dinero.

McCoy le miró a los ojos.

—¿Cuánto dinero has dicho? —preguntó.

—Doscientas setenta putas libras —respondió Patsy.

Patsy siguió contándole que ese año habían descendido los ingresos y que no resultaba sencillo ganar una cantidad así, pero McCoy ya no le estaba escuchando. Se despidió de Patsy, le dijo que vería lo que podía hacer con el tema de Ronnie Naismith y echó a andar hacia el pueblo. De repente, todo lo relacionado con la muerte de Jamsie Dixon empezaba a cobrar sentido.

Acababa de dejar atrás el gran hotel cuando vio a Andy Stewart. Estaba en la puerta del Paul Jones, con fotografías impresas de Donny en la mano, intentando que los jóvenes que entraban y salían le prestasen atención. Por una vez, McCoy iba a darle buenas noticias. Se detuvo, encendió un cigarrillo y le observó durante un minuto. Estaba convencido de que la mayoría de los marinos que entraban y salían del pub ya le habían visto a él y sus fotografías. Lo saludaban, le deseaban suerte y aceleraban el paso.

Stewart lo vio antes de que se acercase a él. Le hizo un gesto con la mano. Metió los papeles en una bolsa de plástico y cruzó la calle al trote.

—¡Harry! —gritó—. Me alegro de verte.

Le tendió la mano y McCoy correspondió a su saludo.

—Estoy harto de pasarme el día repartiendo estas fotografías, te lo digo porque...

—Hemos encontrado a Donny —dijo McCoy.

Stewart se detuvo. Dejó caer la bolsa de plástico. Le miró con intensidad.

—Está vivo —se anticipó McCoy—. Pero se halla en muy mal estado.

—Dios mío —dijo Stewart. Temblaba, parecía como si fuese a desmayarse en cualquier momento. McCoy señaló hacia un banco junto al muelle.

—Sentémonos un momento —indicó.

Se sentaron en el banco y McCoy le contó toda la historia. Stewart escuchaba, enjugándose las lágrimas de vez en cuando con la manga de la camisa.

—¿Dónde está? —preguntó Stewart.

—A estas alturas, debe de estar en el hospital de Greenock —dijo McCoy—. Al otro lado de la bahía.

Stewart se abalanzó sobre él y le abrazó con fuerza.

—Gracias —dijo—. Gracias.

McCoy se sintió un tanto conmovido, le palmeó la espalda a Stewart y le dijo que todo iba a ir bien. Finalmente, Stewart le soltó. Se sentó de nuevo.

—El próximo ferri sale en media hora —dijo McCoy.

Stewart sonrió.

—En ese caso, tengo tiempo suficiente para invitarte a una copa. —Se puso en pie—. ¿Te importa si vamos al Paul Jones? Me gustaría decirles a los chicos que Donny está bien.

—Claro —respondió McCoy. No se le podría haber ocurrido un lugar al que le apeteciese menos entrar, pero no quería fastidiarle el momento a Stewart.

Sesenta y ocho

El Paul Jones estaba hasta los topes, debido, al parecer, al cambio de turno en la base. Una marabunta de muchachos de poco más de veinte años gritando y sudando debido al calor. McCoy agarró la cerveza que Stewart le había pedido, esforzándose para evitar verterla en mitad de aquel jaleo. A pesar de estar pasando un mal momento, Stewart parecía contento. La gramola sonaba con fuerza. Por fortuna se trataba de algo medio decente: «Purple Haze» dio paso a «Brown Sugar».

Las últimas notas de «Brown Sugar» se fueron apagando y un tipo corpulento de cabellera rubia gritó: «Preparados», y empezó a sonar la batería de «Fortunate Son». McCoy rugió, sabía qué significaba eso. Los allí presentes enloquecieron, saltando sin parar, haciendo volar las bebidas. Locura total. Tres chicos intentaron levantar a hombros a Stewart. Uno de ellos había subido a una camarera encima de la barra y bailaba a su alrededor mientras ella reía. McCoy suponía que, en caso de ser joven, también lo disfrutaría. Pero se sentía demasiado mayor para eso. Dejó la cerveza en la barra, el estómago le dolía demasiado para seguir bebiendo. Era el momento de fumarse un cigarrillo y respirar algo de aire fresco.

McCoy abrió la puerta justo cuando uno de los chicos salía. Llevaba la cabeza gacha, gorra de béisbol, le dio las gracias, se escabulló y echó a andar calle abajo. McCoy sacó el paquete de tabaco. Qué hacía un muchacho escocés en aquel bar, se preguntó; la camarera le había dicho que nunca iban por allí. Y entonces lo supo.

Maldijo entre dientes. Otro muchacho salió del pub y vomitó en la acera. *«Some folks inherit star spangled eyes»,* sonaba a todo trapo cuando McCoy abrió de nuevo la puerta. Invasores extranjeros y alcohol. Tendría que haberlo pensado antes. El Paul Jones era el objetivo perfecto.

Intentó abrirse paso hasta la barra para apagar la música y evacuar el lugar. Ni siquiera pudo superar la primera barrera de muchachos. Saltaban, gritaban. Uno de ellos lo agarró y le dio la vuelta. Quiso gritar, pero nadie lo habría oído con aquel ruido. Empujó a un tipo y este cayó al suelo. Gritos de «¡Eh, tío!», y un tipo grande le agarró de los brazos y se los sujetó a la espalda. McCoy gritaba «Salid del bar», pero nadie podía oírle debido a la música y los gritos.

Vio a Stewart, gritó su nombre lo más fuerte que pudo, al tiempo

que intentaba librarse del joven que lo sujetaba sin lograrlo; el tipo era el doble de grande que él. Stewart se acercó, con la cara roja y una gran sonrisa en la cara.

McCoy gritó con todas sus fuerzas:

—¡Busca una bolsa! ¡Han dejado una bomba!

La cara de Stewart cambió de inmediato. Se dio la vuelta, se adentró en la multitud. McCoy ya había tenido suficiente, le golpeó al tipo en la espinilla con el talón. El tipo gruñó, pero no lo soltó. Lo arrastró hacia la puerta gritándole al oído: «¡Tienes que calmarte, colega!».

McCoy se revolvió, pero no sirvió de nada, no pudo liberarse. El tipo le empujó hasta la puerta, la abrió y lo lanzó a la calle. Al caer se golpeó la cabeza con el pavimento, miró hacia arriba y vio salir a Stewart corriendo del pub con una bolsa de deporte Adidas en la mano. Se puso en pie y echó a correr tras él. Stewart apartaba violentamente a la gente a su paso, gritándoles. Giró al llegar al hotel, en dirección al muelle. McCoy le seguía, con el corazón en la boca, intentando alcanzarlo. Atravesó el jardín del hotel justo en el momento en que Stewart llegaba al muelle, pasando junto a la gente y los coches que hacían cola para montar en el ferri y se detuvo en el límite. Stewart echó el brazo hacia atrás, para lanzar la bolsa al agua, y justo cuando la dejó ir, la bomba explotó. Fue un estallido terrorífico, un destello de luz blanca, ruido de cristales al romperse y el grito de Stewart.

McCoy corrió hasta el muelle, esquivando a los niños que gritaban, pisando los restos de cristales de las ventanillas de los coches, el muelle cubierto de gaviotas muertas, amasijos de plumas y sangre. Llegó hasta Stewart y le dio la vuelta. Tenía los ojos muy abiertos; evidenciaban terror. La sangre salía a borbotones por lo que le quedaba del brazo derecho. McCoy se sacó la corbata y le hizo un torniquete en el brazo apretando el nudo con fuerza. Stewart gritó. No podía morir. Apretó incluso con más fuerza el torniquete. Stewart gritó de nuevo.

—Está bien —dijo McCoy—. Saldrás de esta.

Stewart asintió. La cara retorcida de dolor.

—Por favor, dile a Donny que le quiero.

—Se lo dirás tú mismo —dijo McCoy—. No te vas a ninguna parte.

Stewart asintió y cerró los ojos. McCoy apretó de nuevo el torniquete y atrajo la cabeza de Stewart hacia su regazo. Gritó para que alguien llamase a una puñetera ambulancia.

22 de abril de 1974

Sesenta y nueve

No había nada en el mundo que McCoy odiase más que una morgue. En cuanto bajó del taxi y pudo ver el largo y bajo edificio a orillas del Clyde, se le revolvió el estómago. Lo último que deseaba era echarle un vistazo al cadáver, pero tenía que hacerlo. Se lo debía.

Nada más atravesar la pesada puerta de madera, el olor salió a su encuentro. Lejía y putrefacción, y también el agridulce olor del formaldehído a modo de trasfondo. Firmó en el mostrador y recorrió el pasillo hacia la sala de autopsias. Le habían llamado a primera hora de la mañana. Lo sacaron de la cama. No podía creerlo. Debería haber estado preparado, pero no lo estaba. Fue como si le hubiese caído encima una tonelada de ladrillos.

Golpeó con los nudillos en el cristal esmerilado, donde podía leerse el nombre de Phyllis Gilroy, la médico forense en jefe, en letras doradas.

—Adelante.

Como mínimo, ella sabía de sus reparos con la sangre y las vísceras y se lo había puesto fácil.

Abrió la puerta. Ella vestía su habitual bata blanca de laboratorio. Le ofreció una agradable sonrisa.

—Lo siento, Harry, pero necesitábamos que alguien lo identifique de manera oficial. Ya sé que no es tu lugar favorito.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo McCoy. Intentó que su voz sonase tranquila y serena.

Dio un paso adelante y Phyllis lo condujo hasta la cabeza del cuerpo cubierto que reposaba sobre el banco metálico en el centro de la estancia.

—¿Preparado?

Asintió y ella retiró la sábana.

El pelo fue lo primero que reconoció. El corte de pelo típico de Billy. Su cara resultaba más difícil de reconocer. McCoy se obligó a estudiarla, respirando lento por la nariz. Los ojos de Billy estaban hinchados, una larga herida bajo la mejilla derecha. La mayor parte de los dientes habían desaparecido. Tenía la nariz aplastada contra el pómulo, rota y machacada, pero era la suya.

Asintió.

—Es Billy Weir.

Phyllis volvió a cubrirle la cabeza con la sábana y le dijo que

podía salir.

McCoy se sentó en los escalones de la Corte Suprema y encendió un cigarrillo. Cada vez que iba a la morgue acababa ahí, esperando a que terminase su trabajo quien todavía estaba dentro. Un autobús se detuvo en la acera de enfrente. Un niño cubrió de vaho la ventanilla y dibujó una carita. Se preguntó si Billy habría intentado huir o se habría limitado a esperar, sabiendo que lo inevitable estaba por llegar. ¿Qué edad tenía? ¿Veintidós? ¿Veintitrés? Menudo desperdicio. Le había tratado un poco, siempre parecía dispuesto a reír. Solo había cometido un error. Cruzarse con Stevie Cooper.

Cabía suponer que Cooper era el responsable. En su mundo, no tenía elección. Un golpe de Estado fallido debía ser respondido con dureza y la mayor rapidez posible. Tenía que demostrarle a todo el mundo que el jefe seguía llevando el timón. Aun así, no entendía por qué no acabar con el asunto con una puñalada. ¿Por qué lo había machacado de ese modo? Daba la impresión de haberse tomado su tiempo. Cuando a Cooper se le calentaba la sangre, no había nada que hacer. Debía de haberle golpeado una y otra vez hasta acabar con la vida de Billy.

—Tendría que cambiar mi despacho e instalarme aquí fuera —dijo Phyllis, sentándose en el mismo escalón que él—. Pasar más tiempo aquí fuera cuando tú tengas algo que ver. ¿Te encuentras bien?

McCoy asintió.

—¿Qué le ocurrió?

—Más bien habría que decir qué no le ocurrió —respondió Phyllis—. Básicamente, le golpearon y luego le golpearon más. En un momento dado se le rompió el bazo. Hemorragia interna. El daño cerebral tampoco fue de gran ayuda. En resumidas cuentas, algo muy desagradable.

McCoy asintió. No quería imaginarlo.

—¿Cuándo murió?

—Hará unas treinta y seis horas —dijo—. Encontraron el cuerpo anoche, en unos matorrales junto al Clyde, cerca del puente colgante.

McCoy intentó calcular las horas.

—Entonces, lo mataron...

—En algún momento de la tarde del día anterior —dijo Phyllis—. El sábado día veinte.

—¿Estás segura?

Asintió.

—Sí.

McCoy se puso en pie.

—Tengo que irme, Phyllis. Nos vemos.

Echó a andar en dirección al centro de la ciudad.

Phyllis gritó a su espalda.

—¡McCoy! ¡Vuelve! ¡Tienes que firmar la declaración!

Setenta

—Billy está muerto —dijo McCoy.

Cooper se había apoyado en el fregadero de la cocina del apartamento de Memen Road. Tenía una botella de leche medio vacía en la mano.

—Eso he oído —comentó secándose la boca—. Una lástima.

—Le pegaron con tal fuerza que murió de una hemorragia interna.

—Qué desagradable —dijo Cooper—. Aunque hay gente que opina que se lo merecía.

—¿Gente como tú? —preguntó McCoy.

Cooper se bebió lo que quedaba de la leche y dejó la botella en el fregadero.

—¿Hay algo que quieras preguntarme, McCoy?

—¿Por qué hiciste que Jumbo matase a Jamsie Dixon? Le falta un hervor, Cooper, es un chaval. Eso no está bien.

—¿No lo está? ¿Sabes dónde estaría Jumbo de no ser por mí? En la puta calle. Todo el mundo se aprovecharía de él. Tendría que chupársela a los viejos detrás de Saint Enoch a cambio de algo de comer. ¿Te habrías hecho tú cargo de él? ¿Le habrías dado trabajo? ¿Te asegurarías de que comiese? Intenta que no se ponga a llorar en mitad de la noche cuando se acuerda de cómo su madre lo ataba a un puto radiador y le daba de comer como a un perro. Cuando le llamaba tarado antes de quemarlo con sus cigarrillos. ¿Harías eso por él?

McCoy negó con la cabeza.

—Eso pensaba. Así que calla la puta boca.

Cooper respiraba con dificultad. Mala señal.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó.

—¿Acaso importa? —replicó McCoy—. No te preocupes. Sé que no mataste a Billy. Te aseguraste de estar viendo un combate de boxeo con Stewart. Por eso querías que encerrase a Jumbo, ¿no? Así tampoco podría ser acusado, porque estaba metido en una celda. Nada que apuntase a Stevie Cooper. Lo hizo Desy Dixon, ¿no es cierto? Finalmente, logró vengar a su hermano. El problema es que eligió al hombre equivocado y ahora Billy está muerto.

Cooper se encogió de hombros, pero McCoy pudo apreciar en sus ojos que no esperaba que él lo descubriese.

—Newcastle. Vi el billete de tren. La estación más cercana a

Gateshead. Fuiste allí para decirle que Billy Weir había matado a su hermano, ¿verdad? Prendiste la mecha y te sentaste a esperar que Desy Dixon te hiciese el trabajo sucio.

Se fijó en que Cooper estaba agarrando con fuerza el borde del fregadero. Tenía los nudillos blancos.

—Dime. ¿Realmente Billy ya estaba trabajando con William Norton para apartarte de en medio, o te libraste de él porque había empezado a molestarte? ¿Demasiado independiente, demasiado amable con Norton mientras estabas en Peterhead?

No sabía hasta qué punto podía seguir presionándolo. Era consciente, por el gesto de la cara de Cooper, que tal vez ya había ido demasiado lejos. Pero no tenía sentido detenerse.

—¿Iris te calentaba la cabeza? Llamé a Peterhead esta mañana. Ella fue tu única otra visita. Y te lo tragaste, ¿no es cierto? A ella nunca le gustó Billy, siempre quiso librarse de él y, al parecer, lo ha conseguido, ¿no? Te utilizó como un...

No tuvo tiempo de acabar la frase, Cooper ya se había lanzado contra él. Un par de puñetazos en la cabeza y McCoy estaba tumbado en el suelo, con Cooper a horcajadas sobre él, con las rodillas en los hombros.

McCoy no lo pudo evitar y dijo:

—Siempre he sabido que eras un cabrón, Cooper, pero no sabía lo tonto que podías llegar a ser.

Tan solo notó los primeros golpes, después perdió el conocimiento.

Cuando abrió los ojos lo rodeaba la oscuridad. Estaba tumbado en el suelo. Pudo ver las manchas de sangre en la tarima. Se llevó la mano al rostro y notó la sangre seca. Recordó entonces que se encontraba en la habitación trasera de Memen Road. Aquella en la que la gente solía acabar gritando. Aquella en la que Cooper dejaba salir lo peor de sí mismo. Soltó un gruñido. Se sentó.

Pudo entrever la figura de alguien sentado con la espalda apoyada en la pared de enfrente. Supo que era Cooper por la camiseta blanca y el cabello rubio. Vio cómo se llevaba una botella de whisky a la boca y le daba un largo trago.

—Vaya, sigues vivo —dijo.

—Más o menos —dijo McCoy.

Cooper le pasó la botella y él la tomó y le dio un trago. El líquido frío quemó las heridas que tenía en la boca. Se la devolvió. Entrecerró los ojos para poder enfocar la imagen de Cooper. Parecía como si hubiese caído sobre él un peso enorme, aunque ahora la tormenta había pasado. Había recuperado la compostura.

—Siempre igual, McCoy. Te crees más listo de lo que eres.

—¿Por qué lo dices? —preguntó McCoy.

—Billy no era el tipo simpático que tú creías. Que yo creía. —Cooper dio otro trago a la botella—. Creía que era mi colega, que podía contárselo todo. Una noche nos colocamos, justo antes de que me llevasen a Peterhead, borrachos y colocados. —Cooper dio otro trago—. Le conté lo que me había pasado en algunos de los hogares de acogida. Le conté lo que me hizo el guardia nocturno de Barnardo's.

Brilló una pequeña llama cuando Cooper encendió un cigarrillo. Cooper solo le había contado una vez a McCoy aquella historia. Estaba lo bastante borracho como para soltarlo. Después había llorado. Era la única ocasión en la que había visto llorar a Cooper.

—También te equivocas con Iris, tonto del bote. Una noche, estando en casa, pudo oír lo que hablaban Billy y Norton. Billy alardeaba del dinero que le había pagado a la Brigada de los Golpes para que me diesen una buena y para asegurarse de que me metían una porra por el culo, porque «eso le volverá loco».

Más whisky.

—Y lo hicieron. Sí. Estuve en una celda de aislamiento durante dos meses, vigilándome por si intentaba suicidarme. No me importaba mi situación, no me importaba lo que le pasase al negocio. Tal como había planeado Billy. Ella se enteró de mi estado y fue a verme para contarme lo que había pasado.

—Dios, Stevie, no sabía que...

—No, no lo sabías porque tú eres el poli y yo soy el delincuente. Tú lo sabes todo y yo no sé nada, no me entero de nada. Solo bebo y follo y le hago daño a la gente para ganarme la vida.

No se equivocaba del todo. Había olvidado con el paso de los años que Cooper había sufrido tanto como él. El hecho de que no lo mostrase no cambiaba la realidad del asunto.

—Así que, ¿a qué has venido, McCoy? ¿Qué quieres esta vez? —preguntó—. ¿Qué más puedo hacer para ayudar a Harry McCoy? Después de todo, por eso estoy aquí, ¿no es cierto?

—Stevie...

Cooper alzó la mano.

—Dímelo. —Sonrió—. También podría compensarte por haberte zurrado.

Setenta y uno

—¿Qué dijo Mary cuando te vio la espalda? —preguntó McCoy al sentarse a su escritorio.

—Todavía no la ha visto. Dormí en el sofá, le dije que necesitaba dormir bien, que así se libraría de mis ronquidos, que la compensaba por todo el sueño que había perdido cuidando del pequeñajo.

Wattie alzó la vista.

—Dios bendito. ¿Qué le ha pasado a su cara?

—Me caí —respondió McCoy—. Vamos, llévame al hospital. Tengo que hablar contigo.

Se montaron en el coche, salieron del garaje y se adentraron en el tráfico de la ciudad.

—Escúchame bien —dijo McCoy—. No voy a decírtelo dos veces. Esto es lo que le vas a contar a Murray.

—De acuerdo —dijo Wattie, mirándolo con cautela.

—Vas a decirle que has estado un poco preocupado últimamente porque te has estado trabajando a un nuevo confidente. El tipo es difícil de controlar, porque es un paranoico y teme que lo descubran, pero te ha pasado información. Te ha revelado que Desy Dixon es quien ha matado a Billy Weir. Porque Billy mató a su hermano Jamsie...

—¿Fue Billy?

—Te lo digo en serio, Wattie. Escúchame —dijo McCoy—. Billy Weir mató al hermano de Desy y por eso Desy lo ha matado a él. Le pegó hasta dejarlo sin vida, y acabó manchado de sangre. Depositó una camisa y una chaqueta en el fondo de los contenedores de basura que hay detrás de la frutería de la calle Clyde. Tienes que ir a buscar esas prendas. Las encontrarás. Están manchadas con la sangre de Billy. Dos más dos. A Jamsie Dixon lo mató Billy. Asesinato resuelto. A Billy Weir lo mató Desy Dixon. Asesinato resuelto. Has resuelto dos asesinatos. Serás el chico de oro. ¿Lo pillas?

Wattie asintió.

—Pero no entiendo, cómo...

—No tienes por qué entenderlo, Wattie. Échalo a rodar. Este es el éxito que necesitas para poner a Murray de tu parte. No lo malgastes. Ahora detén el coche.

Lo hizo y McCoy se bajó, dejando allí sentado a Wattie con cara de pasmarote. Cooper lo había tramado todo. Le habían pedido que

llevase ropa nueva para que Desy Dixon se cambiase después de hacerlo. Tiraron la ropa manchada en el contenedor. Con un poco de suerte, seguiría allí.

McCoy subió las escaleras del Royal, abrió la puerta. La mujer de recepción le dijo que encontraría a Andy Stewart en la sala dos.

*

Stewart estaba sentado en la cama cuando entró McCoy. Le habían amputado el brazo por debajo del codo y lo tenía cubierto de vendajes. A pesar de los múltiples pequeños cortes que los cristales le habían dejado en la cara, parecía bastante feliz.

—Me temo que tu carrera como boxeador se ha acabado —dijo McCoy—. ¿Cómo se encuentra Donny?

—Lo he visto esta mañana. —Su rostro se ensombreció—. Las heridas físicas se curarán, pero no es eso lo que me preocupa. No creo que nadie pueda pasar por lo que él ha pasado y salir indemne. Va a tener que recorrer un largo camino. Muy largo.

—¿Cuándo te dan el alta?

—Mañana —dijo—. Pero me voy a quedar aquí los días que hagan falta hasta que Donny mejore.

Tenía los ojos anegados en lágrimas y con los dedos tiraba de un hilo de la manta que lo cubría.

—Salvaste a un montón de gente, Andy —dijo McCoy—. Puedes sentirte orgulloso.

Alzó la vista y se enjugó los ojos.

—Salvamos a un montón de gente —remarcó Stewart—. Espero que eso suponga un ascenso para ti.

—Algo así, supongo —dijo McCoy—. Mi jefe quiere hablar conmigo mañana.

—Te lo mereces —dijo Stewart—. De no ser por ti, Donny estaría muerto.

—¿Te ha contado algo de las bombas? ¿De Lindsay? —preguntó McCoy.

Stewart asintió.

—Me ha dicho que no sabía nada de las bombas hasta que se presentó en el apartamento de Paul Watt. Creyó que era un grupo reivindicativo, que hacían manifestaciones, esa clase de cosas. Creía que Lindsay no sabía nada de las bombas, por eso regresó. Para avisarle.

Empezó a llorar de nuevo. McCoy se sentó a su lado en la cama y le pasó el brazo por encima del hombro. Lo entendía. Las posibilidades de que Donny saliese adelante eran del cincuenta por ciento y, aun así, resultaba imposible delimitar el daño que le habían causado a su

cerebro. Un calvario como el que había experimentado bastaba para enviarlo a uno al otro barrio.

Dejó allí a Stewart. Le dijo que pasaría a verlo a la mañana siguiente. Ahora tenía que encargarse de otra cosa. No le quedaba mucho tiempo. Subió las escaleras que llevaban a la planta de arriba. La planta en la que estaba Lindsay. No tenía claro si creerse o no lo que había contado Donny. Pero no era a él a quien tenía que convencer, sino a un jurado. El penetrante dolor de estómago le llevó a detenerse durante un minuto. Lo sentía a la altura del bolsillo. Maldijo. Se había dejado el Pepto-Bismol en casa. No podía recordar la última vez que había ingerido algo sólido. El estómago le dolía si comía y si no comía también.

Asintió al pasar delante del agente uniformado que hacía guardia, abrió la puerta y entró en la habitación de Lindsay. Algo había cambiado. El olor a podrido era más fuerte que el olor a lejía. Lindsay estaba tumbado en la cama. Parecía más un esqueleto que otra cosa, pero su mirada evidenciaba que estaba alerta. Abrió mucho los ojos cuando fue consciente de que McCoy estaba allí.

McCoy se sentó en la silla que había junto a la cama y lo miró.

—Va a ser borrado para siempre —dijo McCoy—. El ejército y el MI5 se asegurarán de que no quede el más mínimo rastro de usted. Nada de un glorioso historial en el ejército, nada de bombas, nada de asesinatos. Será como si nunca hubiese existido. Un espacio vacío. Nada.

Lindsay lo miraba. Finalmente pudo apreciar algo de miedo en su rostro.

—No pueden hacer eso.

—Ya lo han hecho —dijo McCoy.

—Crawford se encargará de que mi... —Lindsay se detuvo, le costaba respirar.

—Crawford ha muerto —dijo McCoy—. Se tiró a las vías del tren de Greenock esta mañana. Seguramente, se dio cuenta de hasta qué punto le había arruinado la vida. Igual que arruinó la vida de otros tantos. Y todo ello para nada.

McCoy se puso en pie, tomó el frasquito de morfina líquida de la mesita y se lo tendió a Lindsay.

—Bébaselo —dijo—. O le juro que yo mismo lo mataré y haré que le resulte jodidamente doloroso.

Lindsay lo miró a los ojos. Alzó el frasquito, colocó los labios alrededor del borde de cristal. Sus mejillas se hundieron al succionar el líquido.

—Todo —dijo McCoy.

Logró ingerir tres cuartos del contenido antes de que se le cayese el frasco sobre la cama. Cerró los ojos y expiró.

McCoy lo dejó allí, recorrió el pasillo camino de las escaleras. Otra horrible punzada de dolor en el estómago. Intentó respirar despacio, esperó a que pasase la oleada. Tenía que llegar lo antes posible a la farmacia y comprar Pepto-Bismol. Empezó a bajar las escaleras, pero el dolor era tan fuerte que tuvo que detenerse. Se sentó en un escalón intentando respirar acompasadamente. Y entonces vomitó. Tenía el aspecto de lodo marrón, con retazos de brillante sangre roja. Se llevó la mano a la boca, la sangre le corría por la barbilla. Se apoyó en la pared. Nunca había sentido un dolor como aquel. Volvió a vomitar. Oyó pasos en la escalera. Alzó la vista y vio al doctor Basu.

—¡Señor McCoy! ¿Se encuentra bien?

McCoy logró negar con la cabeza.

—Creo que no.

Sutherland

Crawford se sirvió una taza de café en la cocina, fue a sentarse en el escalón de la entrada de la granja y miró hacia el bosque que se extendía frente a él. Lindsay le había hablado de ese lugar hacía un par de días, cuando dejó la bomba en el pub americano. Era demasiado peligroso ir a verle al hospital, por eso Lindsay había pasado al plan B. Un pequeño anuncio en *The Times*. PEQUEÑA GRANJA AISLADA PARA ALQUILAR EN SUTHERLAND. Acompañado de un mapa para guiarse. Dirigirse a A. Lindsay.

Le había llevado un rato encontrarla. No le sorprendió. Sutherland era una zona enorme, desocupada en su mayor parte. Y la granja estaba a casi cien kilómetros del pueblo más cercano. El padre de Lindsay la había ganado en una partida de cartas treinta años atrás y todavía estaba registrada a nombre del propietario original. Tuvo que adecentarla un poco, porque nadie había pasado por allí en todo aquel tiempo. Ahora estaba limpia y seca y era cálida. Un hogar.

Le dio un sorbo al café. Lamentaba lo ocurrido con Henry Robb, pero tenía que pasar. Así de sencillo. Era el que más se parecía a él. Metro ochenta y cinco, cabello castaño, la misma edad. Metió su cartera en el bolsillo de Robb antes de empujarlo desde el andén. No quedaba gran cosa para identificar después de que el tren expreso le pasase por encima a noventa kilómetros por hora. La policía tenía que estar contenta. El malvado artificiero ponía fin a su vida abrumado por el sentimiento de culpa.

Sonrió. Qué estúpidos llegaban a ser, qué fácil resultaba engañarlos.

Se quitó la camiseta DEFENS por encima de la cabeza para disfrutar del calor que notaba en la espalda. Resultaba agradable sentirlo en sus cicatrices cruzadas. Dobló la camiseta con mucho esmero y la colocó encima de la hoguera que había prendido frente a la granja. También se quitó las botas militares y los pantalones caqui. Se quedó desnudo. Lo lanzó todo al fuego y lo vio arder.

Ya no le interesaba transformar Escocia. En realidad, nunca le había interesado, pero a Lindsay sí y eso había sido motivo suficiente para él. Ahora estaba interesado en el hombre que le había impedido llevar a cabo sus planes. El detective Harry McCoy. Pero podía esperar. McCoy no se iría a ninguna parte y él necesitaba tiempo para perfeccionar su plan. En esta ocasión, no fallaría.

Vio un ciervo en el cerro que se elevaba más allá del bosque. No iba a pasar hambre allí. No después de todo lo que le había enseñado Lindsay. Vertió lo que quedaba del café sobre la hierba y entró en la granja. Tenía que acabar lo que Lindsay había empezado. Además, los gritos de Neil Harrison empezaban a molestarle.

Agradecimientos

Gracias a Francis, Megan, Jamie y a toda la gente de Canongate. Gracias a Isobel y a todos los de Blake Friedmann.

Por sus consejos e información, me gustaría darles las gracias también a Christine Morrison y a Alex Morrison, Kai Goldie, Michael Myhre, Mitch Miller, Stephen Fox, al personal de la Biblioteca Mitchell, Liam McIlvanney, Mark Wylie y al libro *The American Years* de Andrene Messersmith.

Como siempre, soy el responsable de todos los errores e imprecisiones históricas.

Muerte en abril
(Serie Harry McCoy 4)
Alan Parks

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The April Dead*

Fotografía de la portada: © Raymond Depardon / Magnum Photos / Contacto

© Alan Parks, 2021

De la traducción: © Juan Trejo Álvarez, 2023

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2023

ISBN: 978-84-1107-240-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

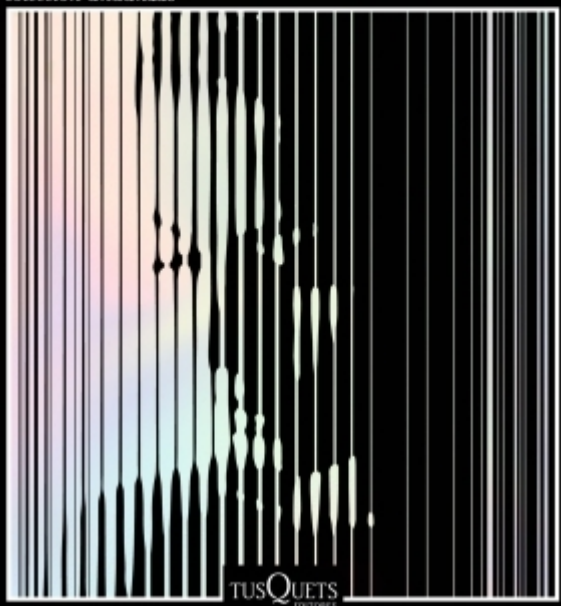
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Marc-Uwe Kling

QUALITYLAND 2.0

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

QualityLand 2.0

Kling, Marc-Uwe
9788411072632
432 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«Delirante a la par que escalofriante.» **Laura Fernández, *El País***
«Una novela que renueva la sátira europea, entre Orwell y Monty Python … De esos títulos llamados a marcar a una generación de lectores.» **Xavi Ayén, *La Vanguardia***
«Sátira distópica, inquietante y visionaria sobre un mundo 'perfecto' donde los poderosos algoritmos hacen realidad todos los caprichos del ciudadano.» **Anna Abella, *El Periódico***

En QualityLand —ese maravilloso lugar donde los algoritmos deciden qué quieres o qué pareja te conviene—, las aguas parecen haber vuelto a su cauce y Peter Sinempleo (recuerden, en QualityLand el apellido es el oficio de tu padre cuando te concibió) trabaja ahora como terapeuta de máquinas con graves problemas psicológicos. Martyn (presidente de la Fundación del Consejo de Administración del Comité Directivo de la Oficina Presidencial), después de su «pequeño incidente» con el presidente anterior (bueno, al fin y al cabo solo era un androide), trata desesperadamente de subir niveles para tener derecho al olvido. Pero Kiki, esa atractiva joven que vive en la clandestinidad y que se aprovecha de los delitos que cometen los demás, ha empezado a bucear en su propio pasado y se ha situado en el punto de mira de un asesino; ella será el hilo conductor de esta historia que nos revela muchos secretos de ese futuro que tanto se parece a nuestro mundo actual.

Cómpralo y empieza a leer

Éric Vuillard

UNA SALIDA HONROSA

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

Una salida honrosa

Vuillard, Éric
9788411072656
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Uno de los conflictos modernos más prolongados del siglo xx fue la guerra de Indochina, y sin embargo apenas se le ha prestado atención. *Una salida honrosa* narra cómo, por un revés sin precedentes de la historia, dos grandes potencias mundiales, Francia y Estados Unidos, fueron derrotadas por un pueblo pequeño, el vietnamita, y nos introduce en la cadena de intereses que conducirá al desastre. En una serie de escenas memorables, Éric Vuillard nos acerca tanto a los explotados recolectores del caucho como a los generales que guiaron la contienda, mientras describe una inquietante comedia humana. ¿Qué debates suscitó esa guerra? ¿Cómo reaccionaron los políticos? ¿Qué solución propuso el secretario de Estado norteamericano? ¿De qué habló el ministro francés de Asuntos Exteriores, apóstol del napalm, en la televisión norteamericana? Y, bien pensado, ¿preferimos el confort de la ficción al vértigo que nos provoca la realidad?

Si la literatura tiende a lo universal, debería relatar cómo el humilde Vietnam venció a grandes potencias, y eso nos permitirá entender cómo hoy, en Afganistán, en Mali, en cualquier lugar, seguimos buscando en vano una «salida honrosa».

«Un libro terrible, históricamente insoportable.» **Bernard Pivot**

«Una serie de escenas entretejidas por una escritura brillante. Bajo la pluma de Éric Vuillard, los personajes históricos son seres de carne y hueso; los oímos respirar, los vemos sudar.» **Pierre Assouline**

«Doscientas páginas apretadas como puños listos para golpear. En cada uno de sus libros, Éric Vuillard escenifica un episodio de esta eterna guerra de los poderosos contra los débiles, a veces con énfasis, siempre con una ira fría y metódica.» **Elisabeth Philippe, *L'Obs***

«Con su prosa sutil, Vuillard nos invita a ampliar nuestra reflexión sobre las tragedias contemporáneas. Su relato, por la fuerza de su convicción, mantiene encendida en nosotros "esa pequeña luz que

llamamos conciencia".» **Camille Laurens,** ***Le Monde des Livres***

«Vuillard no escribe sobre la historia, sino que va con ella. Acompaña al pasado como se hace con un moribundo, pero sin absolverlo. Un arte grandioso.» **Laurent Lemire,** ***Livres Hebdo***

«Un libro terrible y necesario.» **François Busnel,** ***La Grande Librairie*** **(FRANCE 5)**

Cómpralo y empieza a leer

Javier Cercas

EL CASTILLO DE BARBAZUL

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

El castillo de Barbazul

Cercas, Javier
9788411071031
400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«Cercas cierra la trilogía con una trepidante brillantez para goce de lectores anteriores y neófitos… Un *thriller* frenético, esmeradamente urdido, que arrastra al lector a través de sucesivos suspenses… Gran literatura con los instrumentos de la ficción de aventuras.» **Domingo Ródenas de Moya, *Babelia* (*El País*)**
«Excelente novela... Una intriga que nunca se había desarrollado de modo tan trepidante.» **José María Pozuelo Yvancos, *Abc Cultural***
«No podía soltar la novela.» **Lilian Neuman, *Cultura/s (La Vanguardia*)**
«Cercas redondea la trilogía de Tierra Alta con este novelón, que se sustenta sobre pilares argumentales que despliega con maestría... Una obra de factura exquisita (…) que se devora con fruición.» **Iñigo Urrutia, *El Diario Vasco***
«Cercas culmina su trilogía de forma brillante… Una obra magnífica, de lectura absorbente, llena de detalles que estimulan la voracidad del lector. Excelente novela que se lee de un tirón.» **Ascensión Rivas, *El Cultural***

Años después de lo ocurrido en *Independencia*, Melchor Marín ya no es policía: trabaja como bibliotecario y vive con su hija Cosette, convertida en una adolescente. Un día, Cosette descubre que su padre le ha ocultado cómo murió su madre, y este hecho la confunde y la subleva. Poco después parte de vacaciones a Mallorca, pero no regresa; tampoco contesta los mensajes ni las llamadas de Melchor, quien, convencido de que algo malo ha ocurrido, decide plantarse en la isla en busca de ella. A partir de aquí la novela se adentra en un laberinto absorbente, a la vez siniestro y luminoso, donde Melchor descubre que los seres humanos somos capaces de lo peor, pero también de lo mejor: que vivimos rodeados de violencia, mentiras, abusos de poder y cobardía, pero que también hay gente capaz de jugárselo todo por una causa justa. Astuta y felizmente disfrazada de novela de aventuras, *El castillo de Barbazul* acaba de desenmascarar las novelas de la Terra Alta como lo que son: el proyecto literario más ambicioso de Javier Cercas.

Cómpralo y empieza a leer

Javier Cercas

NO CALLAR

Ensayos y artículos
2000-2022

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

No callar

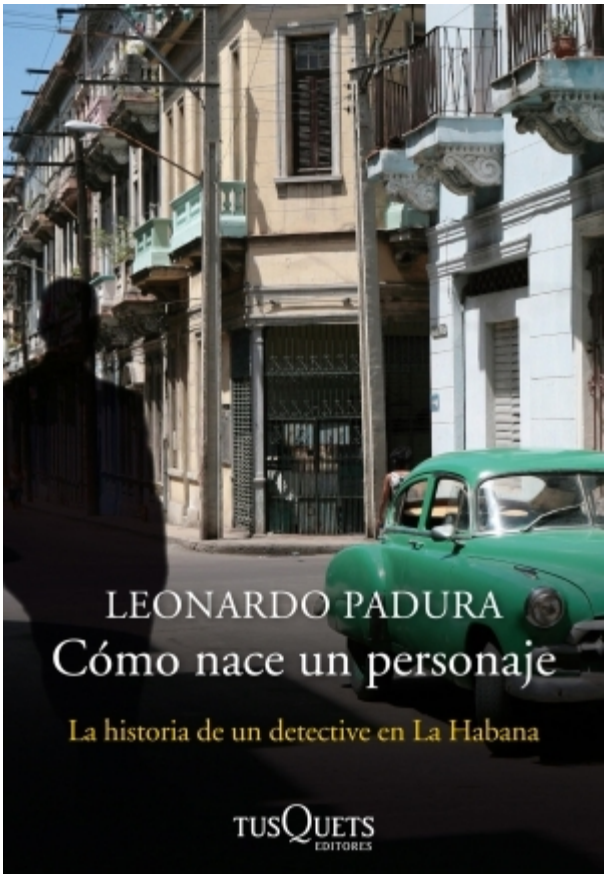
Cercas, Javier
9788411072663
608 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«El gran escritor español.», Garth Risk Hallberg, *The New York Times*
«El mayor escritor vivo.», Aldo Cazullo, *Il Corriere della Sera*
«Tengo a Javier Cercas por uno de los mejores escritores de nuestra lengua.» Mario Vargas Llosa, *El País*

No callar aborda desde los asuntos candentes y definitorios del momento histórico en que nos encontramos (populismos, posverdad y falsas noticias, construcción del relato, capitalismo de la vigilancia, amenazas a la democracia, nuevos autoritarismos…) hasta su repercusión en el ámbito español (relectura de la Transición y la Guerra Civil, desorientación de las izquierdas, desprestigio de las instituciones, partitocracia, falta de consensos, etc.) y las manifestaciones locales de todo ello, como el secesionismo catalán. Estas «lecturas del presente», que demuestran la conciencia cívica y el compromiso de Javier Cercas, se complementan con inteligentes reflexiones sobre el valor del periodismo, la vida literaria española e internacional e inolvidables semblanzas dedicadas a personajes del cine, la música, el deporte y la literatura. El volumen es por tanto un magnífico diagnóstico del presente y a la vez un manifiesto personal sobre las cuestiones que más nos importan, escrito por uno de los autores europeos más relevantes.

Cómpralo y empieza a leer


LEONARDO PADURA
Cómo nace un personaje
La historia de un detective en La Habana
TUSQUETS
EDITORES

Cómo nace un personaje

Padura, Leonardo
9788490660584
14 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Desde sus orígenes en *Pasado perfecto*, donde apareció por vez primera, el personaje de Mario Conde, el investigador cubano que fue policía y ahora se busca la vida con la compraventa de libros de segunda mano, ha crecido con Leonardo Padura. Y ahora, llegados a la misma «edad vital e ideológica», se ha convertido, sin pretenderlo, en su alter ego. En este texto, los muchísimos seguidores de Padura sabrán cómo surgió el personaje, que ha servido no sólo para investigar crímenes, sino también para revelar la realidad de la isla, en casos policiales cada vez más cargados de intenciones sociales y reflexivas.

Cómpralo y empieza a leer